



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**PROGRAMA DOCTORAL EN ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS**

**El guerrillero, de vanguardias revolucionarias
y elites políticas: el caso de Cuba**

**TESIS
PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
PRESENTADA POR**

MARTIN LOPEZ AVALOS



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción.....	1
Capítulo I	
El Espacio teórico.....	20
Capítulo II	
El espacio histórico	
La clase política cubana en la primera república liberal.....	71
Capítulo III	
La II República: vanguardistas y nacionalistas.....	107
Capítulo IV	
El ocaso de la República liberal.....	171
Capítulo V	
El guerrillero: de la vanguardia a la elite socialista.....	247
Conclusiones	
El ocaso de la vieja Cuba.....	279
Bibliografía consultada y fuentes de información.....	289

Introducción

El estudio de los procesos revolucionarios ha sido tradicionalmente, uno de los grandes temas en la historiografía latinoamericana contemporánea; la revolución y su impacto en la vida y formas de organización social llama la atención e intriga a los estudiosos de la sociedad por las formas en que este fenómeno ocurre. En este contexto, los procesos revolucionarios son identificados, por ciertos autores, como parte de la toma del poder por una elite que trata de imponer una nueva estructura social y política, representando una fuerza renovadora frente al *statu quo* que se opone a cualquier cambio. Transformar o revolucionar a la sociedad, podríamos decir, es obra de hombres nuevos que rompen con la elite del *ancien régime*.

Uno de los ejemplos característicos de este fenómeno es, sin duda, la revolución cubana. El interés natural sobre una revolución en una isla tropical aumentó por el gran atractivo intelectual y mítico en torno a las figuras de sus principales dirigentes. Los nombres de Fidel Castro y su hermano Raúl, de Ernesto Che Guevara o Camilo Cienfuegos rápidamente conformaron un nuevo mito revolucionario difícil de pasar por alto. Un halo heroico cubrió la gesta de la Sierra Maestra y con él al pequeño núcleo que encabezó la revolución, haciendo de ésta un acto épico por toda la composición que la acompañaba: la lucha de este grupo de jóvenes contra una dictadura con todo y su ejército profesional no sólo era revolucionario sino también heroico porque representaba el momento en que los hombres traspasaban su propia condición ordinaria. La revolución será ese momento luminoso en que se glorifica a un pequeño grupo de hombres y mujeres excepcionales.

La revolución cubana marcó a toda una generación que se entusiasmó y, en muchos casos, murió por el ideal que irradiaba la experiencia cubana. El fulgor inicial lejos de menguar con los años se ha mantenido como muestra la abundante bibliografía producida a lo largo de estos años. La revolución cubana después de casi cinco décadas de vida no ha dejado de ser un tema de actualidad, sobre todo cuando se acerca un inevitable relevo generacional en su elite gobernante. Sin embargo, desde su gestación hasta la actualidad, esta preocupación ha estado bordada por el matiz de la Guerra Fría. Buena parte de los estudios en torno a la revolución cubana suponen, para bien o para mal, que la aparición de los comunistas es lo que explica la transformación socialista de la revolución. Durante décadas, esta ha sido la preocupación fundamental de los estudios en torno a la historia de la revolución cubana, generando una oposición dialéctica entre la democracia y la dictadura o entre la revolución y la contrarrevolución, según el ángulo desde el cual miremos el cuadrilátero cubano, dispuesto a la confrontación dado que la historia es vista como otro campo de batalla; la lucha por la interpretación de la historia ha polarizado aun más los trabajos que han aparecido a partir de 1959 y que se prolongan hasta la actualidad. Basta echar un vistazo a los recuerdos (Memorias) de los participantes, la mayoría menores¹ por desgracia,

¹ Este es un rubro abundante, iniciado por el mayor escritor de la revolución cubana, el Che Guevara, quien aportó un modelo: el de los *Diarios* como bitácora de los acontecimientos; no es extraño que en esta perspectiva la obra documental más valiosa, compilada por Carlos Franqui (1976), se titule *El diario de la revolución cubana*. Después del Che, y del lado contrario, aparecieron los profesionales de la memoria, cuyo único objetivo está en establecer el momento en que los Castro giraron hacia el comunismo y pusieron fin a las ilusiones democráticas y humanistas, encontrando culpables a un crimen que, por desgracia, se niegan a analizar. Es el caso de todos los revolucionarios arrepentidos como Carlos Franqui (1981) con *Retrato de familia con Fidel*, Huber Matos (2002) con *Cómo llegó la noche* y una serie de actores muy menores que pretenden arañar la gloria por denunciar a una dictadura, que van desde el primer presidente de la revolución, Manuel Urrutia, con *Fidel Castro y compañía*; Teresa Casuso (1963) con *Cuba y Castro*; hasta personajes tan extraños como inverosímiles como José Luis Llovio (1989) con *Desde dentro. Mi vida secreta como un revolucionario en Cuba*; Roberto Luque Escalona (1990) con *Fidel: el juicio de la historia*; César Leante (1999) con *Revive, historia. Anatomía del castrismo*, que hacen de su disidencia el negocio de su vida.

INTRODUCCIÓN

donde aparece la tesis de la Guerra Fría: había una revolución democrática que los comunistas cubanos echaron a perder, gracias a la perfidia de Fidel Castro y de su hermano Raúl, ayudados por el Che Guevara y los dirigentes soviéticos. Paradójicamente, la Guerra Fría también condicionó la visión académica, centrando su debate en torno a la ausencia de democracia representativa o a la aparición de un proceso político antiimperialista y socialista.

El influjo de la revolución cubana modificó y condicionó, sin duda alguna, la historia latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX, no sólo por la Guerra Fría, sino también por la lectura que diversas fuerzas políticas dieron a los acontecimientos cubanos y los asumieron como lecciones. En este sentido queda abierta, para el análisis no solo histórico, la importancia de la aportación cubana a la teoría revolucionaria y en específico para el marxismo. Es en este punto, fuera del debate tradicional de los estudios cubanos, donde podemos examinar el crimen que los anticomunistas de todos los tamaños y sabores nos han gritado por décadas en todas sus memorias, estudios académicos o reportajes y biografías. Los ríos de tinta y las montañas de papel acumulados todos esos años indican que el tema es importante pero también que no ha encontrado el punto de inflexión, aún cuando la Guerra Fría se cerró como capítulo histórico hace casi veinte años.

Dentro de esta maraña de ríos de tinta y montañas de papel, los dirigentes ocupan una buena parte de esta producción, sobre todo dos de ellos, Fidel y Che, los máximos héroes de la saga revolucionaria. Este esfuerzo por ensalzar el papel del individuo, o de los líderes en concreto, en los procesos históricos si bien conecta con el contexto social y político del momento, así como el papel de la organización en este esfuerzo, se limita a describir los hechos pero hace poco por buscar sus conexiones entre estos dos niveles, sobre todo en su antecedente histórico, en particular cómo se conformó y evolucionó su carismático grupo dirigente, desde la idea original de organizar una vanguardia, cuya única finalidad era la de

desencadenar una insurrección popular, y cómo, posteriormente este mismo núcleo se expande y se torna más complejo al transformarse con el ejercicio del poder en una elite que requiere de mecanismos idóneos para su nuevo papel, en específico, la aparición del partido gobernante que, a su vez, mantendrá los mecanismos de control del Estado nacional. Este es el punto álgido de lo que conocemos como revolución cubana, una vez concluido el espacio de los héroes, viene el de los estadistas con la construcción del nuevo espacio para hacer política.

Si aceptamos que la revolución cubana es un hecho histórico relevante, acorde con esa relevancia, el presente estudio propone estudiarla en tal forma para aportar nuevos cauces de discusión sobre su origen y destino. En ese sentido, un tema de trascendencia, poco estudiado todavía hoy, es el de su elite política, la que encabezó la revolución. El encontrar el origen de ésta, su conformación, organización y funcionamiento nos ayudará a comprender las posibilidades de transformación o cambio que puedan ocurrir en la Cuba de hoy. Sin duda, origen es destino.

El presente estudio parte de la hipótesis que la formación del Estado nacional cubano es producto de la organización de una elite política que siempre se ha definido como revolucionaria. Este proceso abarca tres repúblicas, la primera da inicio a la existencia formal de la nación en 1902 y es producto de la guerra de independencia y la intervención norteamericana cuyo corolario será la Enmienda Platt. La I República, liberal y oligárquica, cargará con ese pecado de origen que marcará las disputas políticas de las elites. La II República se producirá como una ruptura, revolucionaria, en contra de la primera en 1933; ahí surgirá el modelo de la vanguardia como forma de organización para el asalto al poder en contra del principal instrumento de dominación política de la oligarquía, el ejército nacional. La revuelta de los sargentos y activistas universitarios demostrará la validez de la tesis insurreccional al descabezar al ejército de sus oficiales y tomar los cuarteles en

INTRODUCCIÓN

nombre de la revolución que transita acorde a los nuevos tiempos que corren; producirá un Estado nacionalista que lo hermana con las experiencias más conocidas que se están producido en Argentina, Brasil y México. La III República se producirá como reacción a la anterior y se gestará a partir de retomar la herencia insurreccional vanguardista cuando se rompe el orden constitucional en marzo de 1952. Originalmente su objetivo es una república restaurada, sin embargo, pronto deviene un nuevo proyecto que la Guerra Fría definirá como socialista, a diferencia de las dos anteriores que bordean el marco liberal. Ese será nuestro escenario histórico que nos permitirá establecer una serie de regularidades que apuntan a señalar cómo se organizan y desarrollan las elites políticas cubanas a lo largo del siglo XX, principalmente.

Hemos señalado un aspecto que nos permitirá una mejor comprensión de este contexto: la revolución. La revolución aparece en estos tres momentos claves en la articulación del Estado nacional; es un espacio esencial para comprender dónde surgen las elites políticas y cómo, a partir de esta experiencia común, los miembros de ella socializan entre sí y van generando lazos sociales y políticos que les permitirán insertarse en la organización (el partido) que controlará al Estado. Aquí advertimos una continuidad más que una ruptura. Al mismo tiempo, en cada una de estos tres momentos, la elite se caracteriza por controlar los recursos nacionales en su propio beneficio; desde la I República (liberal oligárquica) a la III República (socialista), la elite revolucionaria encuentra en el manejo de los recursos nacionales su fuerza y cohesión como elite del poder. Sin embargo, este proceso no sería posible sin una consideración más: la importancia de la organización como instrumento de dominación política. En los tres momentos señalados, la elite del poder se diferencia por el control que tiene sobre el aparato político por medio del ejército o de la fuerza armada, de hecho esa es una constante de la organización vanguardista entre las dos últimas repúblicas y punto medular

para la elite de la III República. Este es el verdadero debate en torno a la nueva estructura política generada por la revolución, no es el de la democracia *versus* comunismo, ni mucho menos la dicotomía entre humanismo y autoritarismo. Esta peculiaridad está enraizada en la tradición histórica cubana que las diversas vanguardias asumen como su herencia; a diferencia de la tradición europea donde existe un lazo orgánico con una ideología específica que determina el tipo de organización política, en Cuba este lazo habrá que buscarlo en el pensamiento de José Martí y el modernismo que definen a la vanguardia como revolucionaria por su noción de ruptura pero que adquiere su elitismo a partir de la adopción de la organización celular a partir de los años treinta del siglo pasado. En Cuba, a partir de la II República, se genera una vanguardia sin la tradición ideológica del leninismo pero que definirá el derrotero para el reclutamiento político, pasando del activismo estudiantil a la militancia política, cuando es posible esto y no necesariamente en esta secuencia, y de ahí al profesional de la revolución, el verdadero cuadro de elite. El espacio de socialización política es, al mismo tiempo, el campo del reclutamiento. En cada uno de los momentos señalados sucede lo mismo: la revolución a través del activismo y militancia establece el marco de socialización en el aparato político y/o militar, así fue la guerra de independencia de 1895 con el Ejército Libertador y el Partido Revolucionario Cubano (PRC) lo que definió a la elite política de la I República compuesta por los generales y coroneles del Ejército Libertador y los políticos del PRC. Ellos serán los jefes del control del reclutamiento y los que iniciarán la construcción de las primeras redes políticas formales que dispensarán los cargos y carreras políticas, ya sea como parlamentarios, burócratas de diversos niveles y alcaldes, gobernadores y presidentes de la república. El primer ciclo republicano no se puede explicar sin la aplastante presencia norteamericana, así como tampoco la dinámica de las elites que giran en torno a ella, depositando buena parte del ejercicio soberano en el

INTRODUCCIÓN

tutelaje norteamericano que modelará y modulará las disputas políticas por el poder; de ahí la importancia del ejército como parte del equilibrio político interno, y el uso que se le dará a lo largo de un siglo. La historia de la Enmienda Platt puede verse, desde este lado, como el fracaso de los generales y coroneles por construir un sistema político verdaderamente soberano. Tal será el peso de este fracaso, que la transición a la II República tiene en este punto una de sus demandas principales, estimuladas por la política de no intervención del presidente Roosevelt, pese al protagonismo del embajador norteamericano en La Habana, Sumner Welles.

Los partidos políticos organizados en la I República funcionarán en esta dinámica. Al final de esta etapa empezará a germinar la semilla del cambio con el surgimiento de la noción de vanguardia entre los jóvenes intelectuales, estudiantes universitarios y activistas estudiantiles. La formación del Grupo Minorista marcará el rumbo para la aparición de una nueva forma de organización política que ya no pasará por el partido político y que se justificará por la acción misma, es decir, por la insurrección. El discurso de la vanguardia será el de la ruptura como medio para la renovación nacional; al mismo tiempo, la vanguardia traerá una nueva forma de estructura diseñada para la acción, que le conferirá su característica principal, la de un grupo de elite clandestino y militante por medio de la organización celular. Originalmente diseñado por el mítico ABC en la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado, su éxito será tal que inmediatamente será adoptado por todas las organizaciones de vanguardia surgidas al calor de esa lucha.

En el segundo momento histórico, la revuelta de los sargentos, inicia un proceso de destrucción de la república oligárquica de los generales y coroneles del Ejército Libertador. La II República será el resultado de un prolongado proceso de transición que inicia con la pretensión de Gerardo Machado por eternizarse en el poder en 1928. La tradición oligárquica de la exclusión, tan usada tanto por liberales como por conservadores, llegó a su máximo con la llamada prórroga de

poderes a favor de Machado y su grupo que cerraba, de hecho y por derecho, cualquier posibilidad de circulación entre las mismas elites oligárquicas.

La lucha contra Machado fomentará la aparición de las primeras organizaciones de vanguardia produciendo un amplio movimiento social que puso en una encrucijada a la oligarquía, que apelaba a la mediación norteamericana como forma de arreglo básico y, al mismo tiempo, a la política de no intervención del presidente Roosevelt. La mediación Welles reflejará esta contradicción entre un embajador formado en la política del gran garrote que creía en el arreglo entre las elites oligárquicas y la visión presidencial mucho más sensata en el sentido de dejar, por primera vez, que las propias fuerzas políticas internas construyeran sus mecanismos de consenso. La mediación Welles saltará por los aires gracias a un audaz golpe encabezado por estudiantes, activistas del Directorio Estudiantil Universitario, y sargentos con mando de tropa, que comprobarían en la práctica la validez de la tesis de la vanguardia en la toma del poder. Durante un breve periodo (septiembre de 1933 a enero de 1934), este grupo emergente gobernó de *facto* al quitarles el control del ejército nacional a los políticos tradicionales. No será extraño que tanto la universidad como el ejército se convirtieran en instancias formadoras de los cuadros políticos, al tiempo que abrió el mecanismo de circulación y reclutamiento de nuevos miembros para la elite política en lo que sería la II República cubana².

² Una derivación importante de la II República será la gestación, permanente, de grupos insurreccionales de vanguardia. El que inicia esta tradición será Antonio Guiterras, activista del DEU en sus años universitarios a finales de los veinte y activo participante en la lucha contra Machado (fuera del DEU), será secretario de Gobernación en el gobierno septembrista de Grau, y el político de izquierda más influyente, gracias al trabajo de reorganización de la marina de guerra que llevó a cabo, colocándolo como el único contrapeso a la fuerza del ejército que Batista empezaba a dominar. Después del fin de esta experiencia, fundará Joven Cuba con muchos de los activistas más radicalizados del 33, tanto estudiantes como soldados y marinos. Si el ABC proporcionó el modelo celular de organización, Joven Cuba proporcionará el modelo de insurrección: desembarco de un núcleo armado que iniciará la insurrección para la toma del poder. La muerte de Guiterras el 8 de mayo de 1935 cambiará el destino de este tipo de grupos que terminarán involucionando hacia el "gangsterismo", propio del activismo universitario en los años cuarenta y cincuenta; cooptados por

INTRODUCCIÓN

La experiencia del gobierno septembrista de 1933 marcaría el futuro de Cuba, pues a partir de ahí encontraremos el nuevo espacio de socialización de la elite gobernante. Tres figuras dominan la II República, producto de la experiencia de 1933 y sobre todo del gobierno de septiembre: Fulgencio Batista, Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. El primero, cabeza de los sargentos insurrectos, los otros dos representantes de las capas medias surgidas de la universidad y del activismo del DEU. Los tres serán presidentes y las principales cabezas políticas en torno a las cuales se agruparan las elites de este periodo.

El rasgo más importante del mismo será la formación del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, donde se aglutinarán buena parte de los activistas del DEU y vanguardistas de 1933. Es un paso importante e interesante, pues es la transformación de la vanguardia en partido, postulando la “auténtica revolución”, nacional pero progresista, es decir, moderna. Los Auténticos serán el partido político más exitoso de la II República y artífices, junto con Batista, de la famosa Constitución de 1940. Con los Auténticos se desprenderá el segundo partido de la época, el Partido del Pueblo Cubano bautizado como Ortodoxo, es decir, como crítica por las desviaciones del partido original. A la cabeza de él estará otro veterano del 33, Eduardo Chibás. Los Ortodoxos llenarán un espacio importante que los Auténticos fueron dejando en la medida que el ejercicio del gobierno los fue institucionalizando; ahí recalará una nueva generación de vanguardia que verá en Chibás un modelo para la acción, gracias a su facilidad verbal para polemizar, sobre todo con los Auténticos en el gobierno. La II República terminará comiéndose a si misma, víctima de las contradicciones de su elite política, sobre todo entre Batista y Prío. Para entonces, el uso discrecional de la riqueza nacional se había convertido en el centro de la política, pero a diferencia

los gobiernos auténticos, derivarán en instrumentos de choque, paramilitares, en busca del mejor postor.

de su antecesora oligárquica, la política nacionalista había permitido incrementar las atribuciones del Estado en materia regulatoria, sobre todo de la principal riqueza nacional, el azúcar. Cuba, al igual que otras experiencias exitosas del nacionalismo revolucionario de la época, contará con una amplia economía regulada por instituciones del Estado, lo que confería un enorme poder a la elite gobernante. Con esta característica, tampoco resultará extraño que una década después el proceso de estatización económica se hiciera rápidamente.

El golpe de Estado perpetrado por Batista el 10 marzo de 1952, iniciará otro periodo de transición, que al igual que con Machado, transformaría no sólo la composición de la elite política sino también al Estado mismo. El 10 de marzo más que fracturar la estabilidad de la clase política, mostró descarnadamente su verdadero esqueleto, cuando la mayoría de ésta abandonó cualquier intención por guardar las formas elementales de un gobierno republicano. La desbandada de gran parte de la clase política —incluidos los dirigentes sindicales beneficiados por los gobiernos Auténticos— a los cuarteles militares para negociar con Fulgencio Batista un espacio político, así como el abandono de los Auténticos a su presidente y las indecisiones de los Ortodoxos, marcarían el principio del fin cuando un joven abogado, de nombre Fidel Castro, lanzó un audaz reto —que en su momento pasaría desapercibido— para la estructura judicial que mantenía en pie Batista, al demandar juicio a los responsables del golpe de Estado, poniendo en duda la legalidad jurídica del nuevo régimen y de paso su legitimidad, al mismo tiempo que advertía a los partidos políticos, tanto del derrocado presidente como al que militaba en ese momento, el Ortodoxo, la urgencia de la situación y la necesidad de una definición.

Como en 1933, la coyuntura de 1952 abrió el camino para una amplia circulación y renovación de la elite política, basada en primer lugar, en un intento de restauración del orden político quebrado y alterado por un poder dictatorial; al

INTRODUCCIÓN

mismo tiempo, se advertía ya la exclusión de todo el universo político creado por la II República. La historia de la transición hacia la III República —iniciada con las demandas judiciales presentadas por Fidel Castro al Tribunal de Cuentas, el ataque al cuartel Moncada y su posterior defensa política en *La historia me absolverá*, hasta el manejo estratégico del conflicto armado que culminará en enero de 1959— nos deja una serie de pistas en ese sentido, nada más baste recordar la primera ley revolucionaria enunciada en *La historia me absolverá* para entender el sentido elitista del movimiento al ponderar la representación política no en el consenso electoral sino en la militancia de los revolucionarios. La evolución de los revolucionarios y su organización es notable en ese sentido: pasarán de la tradición de la vanguardia insurreccional, ahí está el asalto al cuartel Moncada y el desembarco del *Granma* para comprobarlo, a la organización del aparato político ya en el poder, que a su vez, les permitirá el manejo de todos los mecanismos del Estado. Aquí está la originalidad, teórica y práctica, de la revolución cubana: la importancia del control de la organización de vanguardia, diseñada para el asalto del poder pero no para el ejercicio del mismo. La transformación de la vanguardia en elite política choca, paradójicamente, con la forma original de organización, el Movimiento 26 de Julio, ajeno a la nueva dinámica que se está generando en la Sierra Maestra con los sobrevivientes del Moncada y del *Granma* y que pondrá énfasis en el aspecto militar de la tradición vanguardista, además de incorporar al campesino serrano como catalizador revolucionario en su lucha por el control de aparato. No deja de ser trágico que la dirigencia del “Llano” se vea ante una disyuntiva no sólo política, sino también ética, de apoyar y mantener un aparato paralelo (la “Sierra”) que desde el inicio de 1957, el primer año de la guerra revolucionaria, los amenazaba con un ajuste de cuentas, como al final sucedió después de la huelga de abril de 1958 y con el desplazamiento de los llamados moderados del gabinete de Urrutia en 1959. Las memorias de Franqui, Matos y el

mismo Urrutia, son el lamento de los perdedores por su incapacidad de ver el verdadero problema de fondo: el control de la organización por un grupo de cumplía cabalmente con la noción mosquiiana de elite, conciencia, cohesión y conspiración, es decir, las tres “C” en acción.

Este será el tercer momento histórico para la reconfiguración de la elite política cubana. En el proceso destaca el liderazgo de Fidel Castro y la permanencia de un núcleo histórico en torno a él, los del Moncada, mismo que se ampliará en un segundo momento, en la Sierra Maestra. En estos dos momentos se articula el espacio de socialización de los miembros de la elite, sobre todo con la depuración que tendrá lugar por el control del M-26 hasta mediados de 1958 y posteriormente en el gabinete formado en enero de 1959 hasta la definición socialista de la revolución en 1962. Resulta impresionante la continuidad de los hombres y mujeres que han permanecido en el primer círculo del poder desde entonces. Los “históricos”, los del Moncada, son Raúl Castro, Ramiro Valdés y Juan Almeida, no en balde estos dos últimos llevan el título de *Comandante de la Revolución*, a ellos le siguen Pedro Miret, Melba Hernández y hasta su muerte, Jesús Montané y Haydée Santamaría. En la Maestra se incorporan Celia Sánchez y los civiles del Llano³ que encontraron acomodo con los comandantes de tropa que hicieron el

³ Celia será la incorporación más importante al verdadero círculo del poder hasta su muerte en la década de los ochenta; su papel en los primeros meses de la gestación de la guerrilla le valdrá esta distinción ante Fidel, quien encontró en ella un vínculo efectivo para contrarrestar a los líderes santiagueros del M-26. Al lado de ella se encuentran Armando Hart, Vilma Espín, Faustino Pérez, curiosamente militantes de otra organización de vanguardia, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, que abandonan para incorporarse a la fundación del M-26 y convertirse en operadores del desembarco del *Granma*, como Faustino, o como parte de la red de apoyo desde Santiago y La Habana. Tanto Hart como Vilma Espín se convertirán en cuadros incondicionales al liderazgo emanado de la Maestra; su papel en la insurrección no será menor y estarán en las discusiones políticas de primer orden, pero al mismo tiempo establecen un nuevo vínculo en la socialización elitista: el matrimonio. Hart con Haydée Santamaría y Vilma Espín con Raúl. No serán los únicos (Melba y Chucho Montané son el primer caso en este sentido), pero sus vínculos maritales con miembros del primer círculo de la elite contribuirán a mantenerlos en las alturas. El hecho no es anecdótico, forma parte de las formas de acceso y permanencia de la elite política, que una generación después confirmarán la Ley de Hierro de la Oligarquía de Robert Michels, cuando veamos como los hijos de la elite se casan entre ellos.

INTRODUCCIÓN

ethos guerrillero. Aquí debemos distinguir dos niveles, el de los primeros comandantes⁴ serranos auténticos y el de los oficiales y soldados de línea que por su edad, casi todos adolescentes o veinteañeros tempranos, harían carrera en las columnas o frentes de los primeros. En este caso destaca la figura de Raúl Castro, con él encontraremos el mayor número de veteranos serranos, que en 1959 no pertenecían a la elite guerrillera, pero que con el tiempo se convertirían en hombres de primera línea al ir desapareciendo los comandantes y capitanes en las operaciones internacionalistas de los años sesenta; de hecho, ellos forjarían su propia leyenda al formar parte de la profesionalización del Ejército Rebelde a las Fuerzas Armadas Revolucionarias con la asesoría soviética, y con el grado de generales, comandar a las tropas cubanas en África en las décadas de los setenta y ochenta.

El último eslabón de esta cadena lo integrarán los militantes del Partido Socialista Popular y del Directorio Revolucionario, este último, brazo armado de la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de La Habana, es decir, organización de vanguardia por la tradición de lucha estudiantil. Con ellos se cerrará la integración de la elite, pero al igual que con el M-26, será un proceso no exento de depuración, sobre todo con el PSP, una vez que la radicalización de 1959 lleve a todos a declararse socialistas. El proceso de unificación revolucionaria estará enfocado en la construcción del partido leninista clásico y culminará con la

⁴ El Che Guevara representa por sí mismo este camino de los valores y actitudes personales que caracteriza al auténtico revolucionario de la nueva hornada. Es la verdadera estrella, que por su carisma y dotes personales eclipsa a los históricos del Moncada y a los recién llegados al M-26. Su figura sólo se compara con la de Fidel... pero será una estrella fugaz, tan brillante que nos sigue deslumbrando no sólo por su epopeya militar sino también por ser el mayor escritor revolucionario latinoamericano en esa década que estuvo vinculado a Cuba. Por su trayectoria no pudo convertirse en un factor de poder, que sin duda lo fue mientras permaneció como funcionario con altas responsabilidades del Estado cubano, comparable con Raúl o Celia. Una situación similar sería la de Camilo Cienfuegos, quien apuntala, junto al Che, el panteón de los héroes revolucionarios, su prematura muerte en el verano de 1959 le impedirá transitar el camino al que estaba destinado. El resto de los comandantes serranos que se destacan en la Maestra terminarán con discretos papeles, adaptados al cambio de circunstancias políticas como, la transformación socialista de la revolución.

fundación del Partido Comunista de Cuba en 1965 al darse a conocer la composición de su Comité Central; diez años después se celebrará el I Congreso, cerrando una década de institucionalización de los órganos del poder del Estado cubano.

Si bien el interés primordial de este trabajo está centrado en las elites como fenómeno político, este esfuerzo de comprensión no sería posible sin una visión panorámica de la historia cubana, como se ha señalado al destacar tres momentos históricos importantes, pues es a través de la historia que la tesis elitista adquiere consistencia al comprobarse que la elite política socialista responde a la tradición política cubana y que no puede explicar su existencia sin la articulación previa de la república oligárquica y la república populista, sobre todo de esta última. La vanguardia cubana no puede explicar su desarrollo por la “contaminación” comunista, como el paradigma de la Guerra Fría insiste en ver este fenómeno, incluso hoy en día cuando una suerte de mesianismo pseudo demócrata ha inundado la nueva interpretación de los estudios sociales.

Como todo trabajo académico, el presente inicia con un preámbulo dedicado al desarrollo teórico de las elites, donde se destaca su importancia para la ciencia social y su vinculación con la teoría marxista en relación con la noción de vanguardia política como un postulado indispensable para la revolución social. El apartado concluye con las aportaciones empíricas, en particular el reclutamiento de las elites, donde se puede poner a prueba la existencia de este grupo especial que se diferencia del resto de la población por el poder e influencia que ejerce en el gobierno, independientemente de las formas de éste. Las elites son un hecho y como tal hay que darles el mismo tratamiento para construirlas y explicarlas. Este es el objetivo de este trabajo.

A continuación, la exposición de los resultados de la investigación se presenta como una secuencia histórica, a partir de la idea de la existencia de tres

INTRODUCCIÓN

repúblicas que dan forma al Estado nacional cubano. La comparación histórica permite establecer los rasgos de ruptura, pues cada una de ellas es el resultado de la negación de la anterior pero, al mismo tiempo, nos admite constituir la continuidad de las características de toda elite a lo largo del tiempo, rasgos que en nuestro caso se centran, en el manejo de la organización política y/o militar que permite acceder al control del Estado en su totalidad para manejar buena parte de la riqueza nacional. Esta característica se acentúa en las dos últimas etapas, donde cada una de las elites se justifica con la fórmula política de recuperar las riquezas nacionales en beneficio de la nación.

La transmutación de la elite de la III República en socialista constituye la parte final de nuestro trabajo; este fenómeno está vinculado con el apartado previo donde se desarrolla el tránsito de la vanguardia hacia el movimiento político —del que se organizó para el Moncada y que ni siquiera tenían nombre, al Movimiento 26 de Julio y la aparición del Ejército Rebelde, que se convierte en el elemento estratégico de la insurrección, y hace de ésta una operación militar de agobio a las ciudades con el auxilio campesino, abandonando la huelga general en las ciudades. Las tensiones en torno al control del proceso, explicarán las mutaciones cuya expresión externa será la “intromisión” comunista en una revolución que no hicieron y que los demócratas de entonces considerarán una traición. El mito de la Guerra Fría, que descarga toda la responsabilidad a los partidos comunistas, no puede explicar las disputas internas en el M-26 desde su nacimiento formal y la tensión que provocó el cambio de la estrategia insurreccional, sobre todo cuando a partir del verano de 1958 se empezaba a percibir el deterioro de la fuerza del ejército cubano y el aislamiento político y diplomático a que Batista se vio sometido, favoreciendo las posibilidades de triunfo rebelde. El primer año de la revolución, 1959, será la secuencia de coyunturas en torno al manejo del aparato de gobierno y el inicio de una depuración cíclica de los elementos menos identificados

con el liderazgo emanado de la Sierra Maestra. Esta situación se despejará con el enjuiciamiento del único comandante serrano y gobernador militar en Camagüey, Huber Matos, que discrepó pero sin asumir un liderazgo político de oposición. Ahí se acabaron las ilusiones liberales y conservadoras. Quedaba, de aquí en adelante, la construcción del aparato político para gobernar; entre 1960 y 1965 se concluirá este proceso. Aparentemente se trata de la unificación entre el Ejército Rebelde/M-26, el PSP y el Directorio Revolucionario como fuerzas políticas decididas en la transformación socialista, sin embargo, visto más de cerca nos percatamos que se trata de una absorción de las otras organizaciones en torno al liderazgo político de Fidel Castro y sus comandantes guerrilleros. El Directorio Revolucionario, dado su origen, era un pariente cercano del Ejército Rebelde, su incorporación se dará básicamente en el terreno de las armas y la acción. El primer cuerpo de seguridad de Fidel en La Habana estará compuesto por militantes del Directorio, sus comandantes figurarán al poco tiempo en ese nuevo universo que simbolizaron las operaciones internacionalistas. Políticamente no representaron un obstáculo, ya que nunca rebasaron la organización vanguardista; la estructura militar y el paradigma insurreccional guevarista les proporcionaron un sendero donde transitar en los siguientes años y sentirse parte de la leyenda revolucionaria. Con el PSP la relación era otra. Los comunistas cubanos sí constituían una organización política que, por lo menos teóricamente, representaban una vanguardia de acuerdo al postulado leninista, es decir, el partido era la expresión de la organización de una vanguardia de clase. Las tensiones en torno a la construcción de la organización política en los años señalados anteriormente tiene como punto medular esta situación. Esto devendrá en debate teórico en torno de las particularidades de la revolución socialista, en particular sobre cuál tipo de vanguardia debe prevalecer en el control del aparato para hacer la revolución. La desarticulación del PSP como organización política —dejada por Moscú a sus propias fuerzas en la purga contra

INTRODUCCIÓN

el sectarismo de Aníbal Escalante—, comprueba la falacia del argumento que la revolución cubana se hizo marxista por la influencia comunista, a decir verdad nunca tuvieron ninguna influencia política sobre Fidel, mucho menos control de la estrategia a aplicar en los años de la construcción del poder revolucionario. La sempiterna dirección del PSP —Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Fabio Grobart, Lázaro Peña, Joaquín Ordoquí— figuraría en el directorio de los puestos ejecutivos de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), el Partido Unificado de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) y finalmente en el Comité Central y Buró Político del nuevo Partido Comunista de Cuba, pero su papel en nada modificaba el verdadero sentido de la nueva estructura del poder de la III República. Al igual que durante la guerra en la Maestra, donde Fidel pedía todas las armas y municiones a la Sierra, la construcción del aparato político demandó la misma consigna, todo el poder y todas las atribuciones al núcleo histórico de la vanguardia del Moncada.

Por último, pero no al último, se hace necesario comentar sobre las fuentes de información, pues encontramos que el acceso a éstas, sobre todo a las de primera mano, resulta una misión imposible para el investigador sin los contactos adecuados para moverse, paradójicamente, entre la elite política cubana. El acceso a los archivos históricos de la revolución es una decisión política, donde se examina la trayectoria del solicitante, ponderando su confiabilidad para el uso de la información. Carlos Franqui (1981) y Huber Matos (2002) han señalado que desde el lejano año de 1959 Celia Sánchez se dedicó meticulosamente a rescatar todas las comunicaciones emitidas por Fidel hacia los comandantes y capitanes en la Maestra para “escribir la verdadera historia de la revolución”. Como esto no ha sucedido, y al parecer no sucederá mientras Fidel esté vivo —sobre todo por los sinsabores que le han causado soltar información de archivo para la biografía no autorizada de Tad Szulc (1987) y la polémica biografía sobre el Che de Jon Lee Anderson (1997), gracias a la consulta del archivo personal de Guevara dado por su

viuda—, sólo unos pocos han tenido acceso a la memoria histórica de la revolución, los documentos celosamente guardados en el Archivo Histórico del Consejo de Estado y el Fondo Especial del Archivo Nacional de Cuba, donde se encuentran los documentos del M-26 (Marel García, 1996; Bornot Pubillones *et al.*, 1981; Harnecker, 1986). El acceso a la información forma parte del control político, al igual que la interpretación de la historia siempre ha sido un asunto muy sensible para la dirigencia cubana. El mismo Fidel se ha encargado de dejar muy claro que se reserva el derecho para discrepar con sus biógrafos cuando lo considere pertinente, es decir, para descalificarlos (Furiati, 2003). Aun con la anuencia del gran líder es difícil que el flujo de información sea el adecuado y confiable como Furiati comprobó al investigar para la última biografía, “consentida”, de Fidel y eso que este trabajo se inscribe dentro del reforzamiento de la leyenda de la importancia del gran hombre dentro de la historia y su conexión con el pueblo.

Por referencias de compilaciones documentales (Franqui, 1976), sabemos que existen actas de las reuniones de la dirección del M-26, incluso sabemos el nombre de los redactores de dichas actas, pero esos son datos aislados en la medida que no contamos con la secuencia completa de las mismas. La importancia de esta documentación es obvia, sobre todo en la medida que gracias a ellas podemos advertir la dinámica interna de la organización, su verdadera dimensión cuantitativa y su composición cualitativa.

Sin embargo, ningún historiador que ha tenido acceso a esos fondos nos ha informado de un padrón de militantes del M-26 o el listado de la tropa del Ejército Rebelde, aun cuando en una de las pocas circulares publicadas por Franqui en su *Diario de la revolución* Fidel ordena a sus comandantes y capitanes levantar dicho censo. En otro tipo de aspectos, como señalamos en el apartado respectivo, ningún historiador confiable para los cubanos nos ha develado la respuesta de Fidel a Frank País en torno a la propuesta de éste de reformar al M-26 o el acta de la

INTRODUCCIÓN

dirección del Movimiento para evaluar la huelga de abril de 1958 elaborada por Celia Sánchez (Furiati, 2003), que definió formalmente el cambio de la estrategia insurreccional y la supremacía del aparato militar sobre el civil. Tampoco sabemos el destino de los documentos del PSP, que sin duda alguna existen, sobre asuntos tan medulares como las formas de acercamiento con Fidel y las condiciones para formalizar una alianza política, como sugiere Szulc en su biografía, o las peticiones que los comandantes de la izquierda, como Che y Raúl, le hacían al partido. Esto por no mencionar los resolutivos de su último congreso, así como saber si existían consultas a Moscú sobre la política de alianzas.

La “verdadera historia” de la revolución cubana seguirá siendo un proyecto mientras los documentos, que no sean los manifiestos políticos ampliamente reproducidos en toda compilación que se respete, no estén a la mano del historiador, independientemente de su orientación política. Aunque esto no nos garantiza que la calidad de la información sea mejor a la que ya conocemos. Junto a esto, la tarea del historiador está en pasar a un nivel más alto de la interpretación marcada por la Guerra Fría y su secuela posterior donde se descalifica al castrismo *a priori*. Como hace cuarenta años, existe una tendencia en crear y creer en los grandes culpables, sin tomarse la molestia en examinar los crímenes de los que son acusados.

Capítulo I

El espacio teórico

Una de las tareas fundamentales de toda investigación es indagar para descubrir, esta es una constante que se puede aplicar en todo saber humano. El estudio de la política y de las instituciones políticas tiene una larga tradición en ese sentido desde que los antiguos griegos indagaron para descubrir cuál era la naturaleza de la política para explicarse las relaciones que los hombres establecían entre sí en una comunidad. Así, y de acuerdo con esta tradición, surgió una de las controversias de más larga data: elitismo *versus* democracia. Desde entonces, el pensamiento político occidental se ha ocupado de esta relación primero desde la filosofía política y, posteriormente, desde la moderna ciencia social para precisar y establecer racionalmente los factores que determinan los acontecimientos y comportamientos políticos de las comunidades y de las modernas sociedades humanas.

Es importante reconocer que los argumentos esgrimidos a lo largo de varios siglos en este debate, a veces intenso y en ocasiones opacados por la propia dinámica de la producción teórica, han variado de acuerdo al contenido de los términos clave que sustentaban una u otra postura. En su forma más simplificada, sin embargo, el debate se postulaba como “el gobierno de los pocos” (elitismo) frente al “gobierno de las mayorías” (democracia); dicha distinción si bien acierta en un plano muy general, configuró un debate muy superficial entre polos antagónicos y, por tanto, ajenos entre sí. Se concebía al elitismo como una postura aristocrática contraria y opuesta a la democracia sin reparar en las propias

configuraciones teóricas de las posturas elitistas dentro de un tema fundamental de los estudios políticos como es la forma de gobierno y las cualidades de sus gobernantes. Si los estudios sobre política fueran vistos como la arqueología donde hay que ir develando capa por capa nos encontraríamos que debajo de la superficie —la que incumbe al gobierno de la minoría y el gobierno de las mayorías— se encuentra un estrato que correspondería a la forma en cómo se seleccionan a quienes van a ejercer el gobierno. Independientemente de su forma el fondo siempre es el mismo: sólo una minoría accede a este ejercicio, pues se requiere de cualidades específicas que van más allá de las propias personalidades, teniendo que develar otro estrato donde nos topáramos con las formas de organización que cada comunidad política encuentra para tal efecto.

La filosofía política, por ejemplo, surge de esta preocupación que Platón observó en *La República*. Más que un rechazo a la democracia en su totalidad, el elitismo se fincó, desde entonces, en las formas con las cuales se justificaba ese acceso al ejercicio de gobierno, independientemente de su superficie arqueológica. El debate no era, pues, en torno a las formas de gobierno, sino en torno a la organización para el ejercicio del poder, pues en cada una de estas variantes encontramos siempre el mismo substrato. El debate tendría que darse en la legitimidad de los pocos para acceder al gobierno en nombre de los muchos. La tradición teórica de la filosofía política nos señala que la modernidad política se entendió en la desaparición de la élite aristocrática del privilegio hereditario frente al mérito, principalmente del conocimiento, o la igualdad de los derechos ciudadanos. Los defensores de la democracia, de cualquier tipo, siempre han visto como una amenaza los postulados del elitismo, negando su existencia en un

sistema que por sus propias bases postulaba la igualdad de condiciones para todos, sin reparar que las necesidades de una sociedad moderna y, por tanto, compleja, exigían de estratos especializados para su administración y mantenimiento, incluyendo la esfera política y en especial el ejercicio del gobierno.

La aparición de la moderna ciencia social vino a develar por fin el trabajo arqueológico del estrato más profundo de la política: la organización. Sea cual fuera su tipo, tiene un componente elitista porque cuando se le compara surge inmediatamente la noción de jerarquía. La obra de autores como Max Weber y Robert Michels abrieron la investigación de las élites como un hecho más de la realidad social y no como resultado de una conspiración de grupos antidemocráticos, como lo seguían percibiendo los demócratas en el periodo entre las dos guerras mundiales. Al terminar la Segunda Guerra Mundial esta visión se matizó con la Guerra Fría, sin embargo, también fue el periodo de la incorporación de los estudios de estas minorías selectas a la investigación de manera sistemática y constante, primero dentro de la propia estructura democrática y, a partir de ahí, como parámetro de comparación para el resto de los modelos sociales, en específico los totalitarios y los tradicionales. Respecto a las experiencias totalitarias, el marxismo vino a conformar un elitismo que todavía hoy es materia de acalorados debates por su inevitable comparación con el modelo democrático; en menor medida, las experiencias de sociedades tradicionales también fueron pasadas por el tamiz democrático para medir su grado de desarrollo.

Visto como “hecho” que merece ser estudiado, el surgimiento y desarrollo de las élites políticas poco a poco se fue abriendo paso en el mundo académico, convirtiéndose en un área de estudio cultivada principalmente desde la ciencia

política y la sociología política, pasando por la historia y la filosofía política¹. Todo un movimiento reflexivo en las sociedades democráticas de Norteamérica y Europa en la década de los sesenta y setenta del siglo XX redefinieron el contenido del elitismo, por cierto alejado de sus fundadores de principio de siglo, pero acorde con las preocupaciones del momento: los fundamentos minoritarios del poder, las mistificaciones instrumentales del conocimiento y las ideologías y, sobre todo, la naturaleza autoritaria de todo aparato organizado, empezando por el Estado y muchas de sus instituciones. Estas reflexiones no sólo actualizarían los postulados del elitismo clásico sino que también se formularía nuevos enunciados para entender la dinámica propia de la posguerra, tanto en las sociedades democráticas como en las experiencias socialistas de Europa del Este y la Unión Soviética. América Latina estará, como en muchos otros aspectos, a la sombra de este debate fecundo que ni siquiera alterará el mayor acontecimiento político de este periodo, la Revolución cubana, a la que no se le vio con el nuevo instrumental que se estaba actualizando y armando a partir de la experiencia democrática y socialista. Para los propios académicos e intelectuales latinoamericanos, Cuba sería un conflicto ético, en el mejor de los casos, mas que un problema de investigación de cómo se estructura el poder político en las sociedades contemporáneas.

A partir de estas consideraciones, veremos en el presente capítulo el desenvolvimiento del elitismo como disciplina teórica, su evolución o adecuación a las preocupaciones de la propia ciencia social por entender una parte del proceso

¹ Geraint Parry (1986) consideró que este debate sobre las élites políticas tuvo como resultado el que “los elitistas han obligado a los filósofos políticos a reexaminar el status de muchos de los valores asociados comúnmente a la democracia, como la igualdad y la libertad y por consecuencia han hecho necesaria una revisión de la teoría democrática, así que fue imposible hasta para los opositores del elitismo ignorar sus conclusiones”.

político con la pretensión de hacerlo de manera científica². Veremos cómo esta tendencia hacia la objetividad científica matizó la visión de los estudios sobre la elite política desde sus planteamientos iniciales y su aceptación como parte del saber compartido por una comunidad científica. Pero también veremos cómo este problema se trasladó del nivel teórico al historiográfico y obviamente, condicionó la producción sobre nuestro tema, primero en la orientación de sus estudios, donde el problema de la élite política era tangencial o nulo y, segundo, por lo menos desde la perspectiva latinoamericana, la Revolución cubana se instaló —en las comunidades científica e intelectual— como un mito fundacional que se arraigó como una iglesia con una comunidad de creyentes y devotos frente a los apostatas de la revolución, o en su faz más extrema, la iglesia de la contrarrevolución.

Elitismo y democracia

Es de uso común en la jerga académica justificar el abordaje teórico de la investigación en la medida que pone en claro al investigador el campo en el cual se está adentrando y los senderos que ya han sido recorridos por otros —la calidad del trazo y de los materiales con los que fue construido—, tanto en el ámbito teórico como en el empírico, pues estudiar para comprender las realidades humanas, es decir, sociales, siempre resulta complejo. Admitir la complejidad de todo problema social requiere de un aparato conceptual que nos auxilie a hacerlo menos problemático, es decir, entendible para aventurarnos a establecer su comprensión racional. La definición de la tradición teórica desde la cual partimos es necesaria en

² Peter Novick (1997) en su estupendo estudio sobre la “objetividad” como principio de la historia profesional norteamericana, atiende el asunto desde la legitimidad epistemológica de cualquier estructura cognitiva. Para Novick, esto puede implicar la articulación de un mito de cómo se adquiere el nuevo conocimiento.

la medida que nos ayuda a entender cuáles son las claves del debate en el cual participamos. El problema teórico, de su solución, derivará la justificación y legitimidad del estudio. Al igual que la vida social, la academia también tiene sus normas de ejercer autoridad a través del conocimiento socialmente justificado como válido.

El estudio de las élites, de acuerdo con lo anterior, introduce problemas teóricos y prácticos a varios niveles que van de la filosofía política a la ciencia política. Sin embargo, en cualquier perspectiva la pregunta central está en cómo vemos los acontecimientos, las prácticas y los comportamientos políticos a partir de optar por la élite como categoría filosófica y científica que articula la forma de abordar estos problemas. Determina, también, la forma cómo observamos y percibimos los fenómenos; la elección teórica es, al mismo tiempo, una elección empírica que encamina la recolección y obtención de los resultados en una investigación. Al plantear la existencia de un pequeño grupo que ejerce, por diversos medios, una autoridad para gobernar debemos considerar cómo se ha estudiado y planteado el fenómeno para determinar nuestro propio rumbo, si optamos por el camino bien trazado y pavimentado o caminamos por el sendero sin desbrozar armado con un mapa apenas trazado como guía.

El elitismo entendido en el primer plano de su comprensión —las minorías selectas que gobiernan a las mayorías— no es una idea nueva. Mas que aceptar o negar su existencia como si fuera un credo, partamos de que es un “hecho” que se aprecia en mayor o menor medida en todas las experiencias históricas donde queremos analizar ese plano de nuestra primera capa arqueológica de la política, las formas de gobierno. Aceptadas como realidad que están ahí, nos guste o no, las

élites han tenido que pasar por un largo camino para, primero, ser justificadas como una categoría de análisis de acuerdo a los cánones del paradigma de la ciencia social moderna y, segundo, como un campo de acción, es decir, de investigación disciplinaria. Ninguna teoría es obra de la generación espontánea, al igual que el fenómeno social estudiado, tiene su historia que corre paralelo a la realidad social. El trayecto de justificación y de *status* científico para las élites tiene un largo antecedente, primero como parte de la discusión filosófica de la política y, posteriormente, como parte del saber científico de las sociedades humanas. Podemos distinguir, de esta manera, su génesis más remota en Platón con su idea del rey filósofo como resultado de un preciso programa de selección y capacitación de los mejores de una comunidad para ejercer el gobierno. Sin embargo, su primera formulación está hecha a partir de un ideal que sería deseable se cumpliera, mas no como resultado de una observación de una realidad concreta que deduce su existencia; independientemente de su formulación ideal, la aparición del elitismo estuvo vinculado siempre a un referente comparativo, a su antípoda, la democracia. El problema para su justificación racional tendría que sortear durante varios siglos un examen previo que estaba fuera del parámetro de la observación filosófica y científica para encuadrarlo en el de los valores socialmente aceptados³. Si la democracia es un principio general de la mejor forma del gobierno de toda comunidad, el elitismo en esta comparación tuvo un saldo negativo, pues resultaba

³ Otro aspecto sobresaliente de esta arista se encuentra, como después confirmarían otros estudios, que el principio básico de la política es el mito, siempre expresado como creencia arraigada, termina en un valor social. Vilfredo Pareto observó agudamente este problema en su *Trattato di sociologia generale*, cuando relacionó el pensamiento lógico-experimental y las divagaciones míticas y mágicas con lo cual se ha condenado lo que no nos gusta y exaltado lo que sí: "...todo lo que estaba bien estaba colocado bajo la protección de la 'sabiduría de los antepasados'. Hoy, todo lo que se considera bueno es atribuido al 'progreso' [...] Para designar a los hombres peligrosos, destinados al mal, se decía antes que eran 'herejes' o 'excomulgados'. Hoy se dice que son 'reaccionarios'. Todo lo que es bueno es 'democrático'; todo lo que es malo es 'aristocrático'.

un anti valor; cargado de sospecha era el polo negativo a partir del cual se median los valores positivos. El referente élite tenía un significado unívoco, con lo cual resultaba más difícil utilizarlo para la elaboración del pensamiento social aceptado como verdadero⁴. Sin una legitimación teórica, el elitismo no podía rebasar el ámbito de la intuición, de algo que sabíamos que existía pero del cual no podíamos ofrecer explicaciones convincentes, por ejemplo, de cómo detrás de cualquier forma de gobierno, hay un ejercicio particular del poder político y derivado de él un principio de autoridad que siempre incumbe a personajes que tienen poder y autoridad sobre las mayorías a partir de formas concretas de organización.

El elitismo fue una especie de exorcismo para conjurar las inquietudes que estuvieron alrededor de la teoría de las mayorías como la mejor forma de gobierno. Concebido de manera dualista —los menos *versus* los más— la irrupción del elitismo moderno tuvo que esperar a que la sociedad industrial fuera madurando para tener las condiciones propicias para abrirse camino entre los postulados de una ciencia social que aspiraba a explicar el surgimiento y desarrollo de este tipo de sociedad. La revolución industrial y la consolidación del capitalismo vinieron a cambiar las anteojeras con la cual se había visto a las élite, como resultado del privilegio hereditario, al modificarse las bases del poder económico y político. La nueva sociedad era producto del mérito y de la habilidad para aprovechar las oportunidades; un ambiguo igualitarismo matizaría el nuevo parámetro

⁴ El desarrollo de la filosofía política después del mundo greco-romano puso mucho énfasis en este principio antielitista. Por ejemplo, Maquiavelo y Hobbes sin ser demócratas se oponían a justificar la existencia de una élite porque consideraban negativo para el cuerpo social que tuviera preferencia el principio del privilegio de la sangre por el del mérito. Los defensores del principio democrático como el fundamento del mundo moderno aludieron a esta crítica para mantener en pie un principio valorativo pero no científico, confundiendo el valor (lo que debe ser) por encima de lo que es como realidad que se construye mediante el estudio sistemático.

comparativo en la escala de valores, situando a las élites como las representantes del antiguo régimen, conservador y clasista, es decir, excluyente.

Por su propia conformación histórica como concepto, el elitismo tiene una característica reactiva muy definida. Al comparársele con un criterio valorativo, sus primeros intentos teóricos por hacerse de un *status* científico fue el de reaccionar contra esta medición al afirmar que las aptitudes de las élites dependía de habilidades específicas altamente valoradas por la colectividad.

Sin embargo, la lucha del elitismo por aprobar satisfactoriamente los cánones de cientificidad distaba de estar concluida. El fin del *ancien regimen* implicó para el elitismo una nueva lucha, ahora contra esa especie de hermano siamés de la democracia, el socialismo y su pretensión de acabar con todas las jerarquías sociales. De hecho, el inicio de la obra de Gaetano Mosca, uno de los fundadores del elitismo como disciplina, tenía como preocupación atajar el avance del movimiento socialista en su país natal, Italia. Mosca intentó destruir el concepto marxista de clase social contraponiendo el de élite como motor de todo cambio social y político, al mismo tiempo que creía que la estabilidad de las sociedades modernas dependían del accionar de un conjunto de élites, dispersas en todos los ámbitos de la vida social, frente al argumento marxista que privilegiaba el conflicto social.

Sin embargo, la mayor preocupación para el elitismo estaría en su capacidad de comprobación como modelo normativo para explicar la mecánica y estructura de una sociedad abierta, opuesta a la tradición y la jerarquía donde las élites eran poco numerosas y gozaban de una extraordinaria estabilidad, por lo que estaban bien definidas. Si en los siglos anteriores se consideraba al elitismo como un

obstáculo para el advenimiento del mundo moderno, con éste se vio a las élites como un lastre del mundo conservador y excluyente de la aristocracia. Con esta paradoja, el elitismo volvió al principio de su historia, como una simple elucubración intelectual sin capacidad de tener efectos trascendentes ni para el ámbito de la ciencia social. Para entonces Mosca y Pareto⁵ ya habían dado a conocer sus aportaciones en torno a la clase política para el primero, y la circulación de las élite para el segundo; Robert Michels investigaba sobre el partido político y daría a conocer su famosa “Ley de Hierro de la Oligarquía”⁶ para referirse a la constante influencia de los núcleos dirigentes sobre el aparato organizativo en una sociedad burocratizada. Esta obra es la primera investigación que siguió la teoría de las élite de Mosca para comprobarla en el ámbito de la organización, en específico el partido político democrático representado por el Partido Socialdemócrata Alemán; de acuerdo con Michels, ni los ideales de igualdad y democracia representados por la organización, fueron suficientes para que en la

⁵ Para la obra de Pareto destaca su *Trattato di sociologia generale* (1916) donde propone como parte del estudio de la sociedad lo que él denomina *élite*. Para Mosca, *Elementi di scienza politica*, cuya primera edición apareció en 1896, siguiendo dos ediciones más, en 1923 y 1939, desarrolla la teoría de la “clase política” cuya parte central es la existencia de una élite política que ejerce el poder sobre la mayoría. Esta obra resulta muy interesante porque en ella Mosca intentó desarrollar un carácter normativo para el estudio de la política. Existe una traducción al inglés titulada *The ruling class; elementi di scienza politica*, New York, McGraw Hill, 1939; en español, sobre Mosca se encuentra la selección que Norberto Bobbio hizo de esta obra *La clase política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 e *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, s.p.i., 1941. Para una interpretación de la obra y conexiones de ambos autores, es muy útil el esfuerzo que Ettore Albertoni ha hecho por años para promover y difundir el elitismo político, muy en particular el pensamiento de Mosca a través del Archivo Internazionale Gaetano Mosca per lo Studio della Classe Política donde se publicó en 1978 su *Gaetano Mosca, storia di una dottrina politica. Formazione e interpretazione* y de 1985, *Dottrina della classe politica e teoria delle élites*, del cual se publicó un texto muy parecido en español bajo el título de *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. También resulta muy recomendable el texto de James Meisel (1975). *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la élite*, por ser un estudio crítico sobre esta teoría y por reproducir el último texto de Mosca sobre la clase gobernante.

⁶ La primera edición de su obra clásica, *Los partidos políticos*, es de 1911. La famosa ley de hierro de la oligarquía dice que: “La organización es lo que da origen a la dominación de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía” (Michels, 1991, II: 189).

práctica prevaleciera un claro ejercicio de dominación de los dirigentes hacia los representados. El partido encarna una organización compleja que requiere de una burocracia entrenada y especializada para administrar y solucionar demandas y conflictos que el militante de base no está capacitado para atender sin un entrenamiento previo⁷.

Paralelamente a ellos, Max Weber al hablar en nombre de la ciencia social, consagraría como realidad científica el hecho que la moderna sociedad de masas era un sistema burocratizado que requería de grupos específicos altamente calificados para mantener la organización de todo el Estado. Si bien la urbanización y la industrialización habían creado a la masa social, también llevaba dentro de sí un elemento elitista, propio de la dinámica del sistema basado en la creencia del valor de la ciencia y la industria. Weber reconoció la crisis de las élites tradicionales europeas y su reemplazo por una burocracia profesional más acorde a este modelo de organización social; para él, su poder no es individual sino dado en razón de la propia organización jerarquizada que confiere la especialización de funciones, tanto en el Estado como en la empresa privada. En el ámbito público, la burocracia no puede ser abolida por ningún mecanismo político porque la complejidad de las sociedades hace imposible retroceder a cualquier forma personalista de organización.

⁷ El liderazgo se explicaba por esa razón, pues según Michels, todas estas actividades requieren de una experiencia que las masas de los miembros no tienen la aptitud de desarrollar y por las cuales ciertamente carecen de vocación. El control de las masas entra en conflicto con la eficiencia y es reemplazado por la dirección profesional tanto en la toma de decisiones como en la administración técnica. El resultado de esta “necesidad técnica del liderazgo” es que el control del partido de masas pasa a manos del líder político y su burocracia. Véase “El liderazgo en las organizaciones democráticas” en Michels, 1991, I, sobre todo la sección A Causas técnicas y administrativas del liderazgo.

Otro alemán, Karl Mannheim (1982), siguiendo a Weber al considerar el papel de la nueva dinámica social, encontró que en condiciones de movilidad social muy acelerada las élites se multiplican, incrementando en la misma medida su competencia, declinando en su capacidad de conducción que anteriormente las había distinguido. Las nuevas élites se debilitaron y se neutralizaron por la competencia, logrando una especie de “veto” que favoreció la aparición de liderazgos carismáticos que devinieron en dictaduras.

Al entrar de lleno en el plano de la ciencia social, el problema de las élites seguía ahí, sin embargo, esperando su reconocimiento como norma para guiar el estudio de esa “realidad” que la dinámica del capitalismo contemporáneo estaba generando.

En conjunto, de Pareto a Weber, pasando por Mosca, Michels y Mannheim, se fue gestando un reconocimiento de que son las propias exigencias científicas las que hacen necesario reparar en las élites como categoría analítica. Faltarían unas décadas más para que este reconocimiento se hiciera extensivo a toda sociedad, sin excepción. El dilema del hombre moderno no gira en torno a una opción ética sobre la mejor forma de gobierno, pues independientemente del tipo de organización que las sociedades se den así mismas, subsiste el “hecho” que a mayor complejidad social, mayor es el poder que representa la organización frente al individuo⁸.

En una conversión de papeles, la teoría democrática, que hasta el primer tercio del siglo XX había normado la política moderna, se vio de pronto a la

⁸ Reinhard (1997), sostiene que existe una tendencia en la cultura occidental desde la Edad Media hasta nuestros días en la cual el poder de las instituciones, principalmente el Estado, ha ido creciendo a expensas de los súbditos hasta desembocar en el Estado moderno que hoy conocemos con sus atribuciones y lógica propia. Esta situación ha venido a generar la nueva preocupación para el estudio de la política para explicar el por qué de ese poder.

defensiva, reaccionando ante el panorama que los datos científicos le mostraban: el sistema no era repelente a los grupos selectos que por medio de las propias estructuras se imponían. Sólo quedaba por saber, cuál era el papel de las élites en una sociedad democrática.

Para los defensores de la democracia, el mundo contemporáneo introducía una dinámica hasta ese momento inédita en el estudio de este tipo de estructuras: la movilidad social. Con ella en un marco de “masas”, la sociedad democrática tenía las bases para repeler cualquier intento elitista por perpetuarse. El debate se centraba en un contexto social preciso, el de las sociedades democráticas, sin embargo, dejaba fuera otra realidad social que en ese momento ponía entredicho al sistema democrático por considerarlo socialmente injusto: el socialismo⁹. El reconocimiento de la existencia de élites, independientemente de sus valores, no fue suficiente para equilibrar la aplicación de la norma de cómo se comportan, debido a que los principales teóricos del elitismo pensaban en sociedades con estructuras democráticas para aplicar su modelo. En una sociedad liberal, las élites jugaban un papel de estabilizadoras del sistema político en la medida que alcanzaban un equilibrio por medio de la circulación en el ejercicio del poder.

Con la incorporación del papel de las élites en el funcionamiento de una estructura democrática, como Mosca lo había planteado originalmente, buena parte de la reflexión del futuro de la teoría política democrática incorporó este

⁹ No hay que olvidar que en este contexto histórico el fascismo representó la otra gran crítica a la democracia, poniendo en entredicho o negando su capacidad por normar las relaciones políticas de una sociedad moderna. Queda por hacer, todavía, el estudio acerca de la relación del elitismo pensado para una sociedad democrática y su interpretación en otro tipo de organización, definida a partir de la propia democracia, tal como el “autoritarismo” y el “totalitarismo”, por ejemplo. Otro aspecto que se toca tangencialmente es el papel de las revoluciones en los cambios de las estructuras políticas y su construcción por élites que no encajan con los parámetros democráticos pero que, sin embargo, cumplen con la misma función. Al respecto, veremos más adelante este problema para la teoría.

elemento para renovar a la propia democracia¹⁰. Sin embargo, habría que recordar que esta transformación tiene sentido en una realidad histórica dada, en este caso, la lucha contra los sistemas “totalitarios” que el liberalismo tuvo que enfrentar antes y después de la Segunda Guerra Mundial.

Corresponderá a Joseph Schumpeter¹¹ reinterpretar el problema teórico de las élites para la democracia¹². Su argumentación se centrará en desvincular los valores ideológicos que hasta ese momento habían justificada a la democracia como sistema de organización política con un método ajeno a cualquier idea o valor en particular. Si la democracia tiene un valor ese está en organizar todo un sistema político para garantizar la libertad del hombre, combinando los medios con los fines¹³. Para Schumpeter, el futuro de la democracia estaría en igualar los medios con los fines, reduciendo a la democracia a un método, a una organización de las instituciones del Estado para alcanzar la toma de decisiones en la esfera del

¹⁰ Hasta ahora hemos manejado un concepto de democracia de tipo normativo dentro de la gran variedad de teorías sobre la democracia, en adelante, ésta tendrá mayor énfasis en la explicación de cómo son en vez de cómo deberían operar.

¹¹ *Capitalismo, socialismo y democracia* vio la luz en 1942 en su edición original en lengua inglesa, la traducción al español de editorial Aguilar es de 1968, de la cual provienen las siguientes citas de esa obra.

¹² Junto a Schumpeter, la *Élite del poder* de C.W. Mills, contribuyó grandemente a popularizar el término en el ámbito académico norteamericano; más que su valor teórico, esta obra fue una denuncia y llamada de atención de un liberal clásico sobre el peligro para el “hombre común” de las élites que no estaban sujetas al escrutinio político pero que influían en su vida cotidiana, tal como las corporaciones capitalistas en conjunto con el aparato militar que ha creado una economía de guerra; la relación entre éstos se basa en un intercambio en los puestos entre estos dos segmentos. Véase el capítulo 12 “La ‘elite’ del poder” (Mills, 1978: 253-277).

¹³ En una obra contemporánea a la de Schumpeter, Carl Becker, *Modern democracy* (1941) afirmaba que: “La moderna democracia liberal está asociada a una ideología que descansa en algo más que los supuestos mínimos esenciales de todo gobierno democrático: una filosofía de medios y fines universalmente válidos. Su premisa fundamental es el valor, la dignidad y la capacidad creativa del individuo, que hacen que la principal objetivo del gobierno sea la auto dirección máxima de los individuos, y que el medio principal para alcanzar ese fin sea un mínimo de compulsión por parte del Estado [...] Esos medios y fines se combinan en el concepto de libertad: libertad de pensamiento, para que pueda imponerse la verdad; libertad de ocupación, para que el talento tenga acceso a las carreras profesionales; libertad de autogobierno, para que nadie pueda ser compelido contra su voluntad”. Citado en Bachrach (1973: 31-42).

gobierno¹⁴. La democracia no puede ser un fin en sí misma, con independencia de las decisiones que genere en determinadas condiciones históricas.

Si bien el individuo presta incondicional acatamiento a los ideales por él abrigado, también es cierto que ese mismo individuo obedece condicionalmente al método político que a su juicio logrará tales fines. Es esta parte del análisis de Schumpeter la que abre la posibilidad de redefinir la finalidad de la democracia, pues si en la circunstancia histórica la democracia funciona en forma contraria a las expectativas del individuo, el darle la espalda sería completamente racional pues no se puede defender a un método político que amenaza los ideales e intereses del ciudadano. Este planteamiento lo hace al proyectarnos una situación hipotética: si existiera un país en el cual por métodos democráticos se aprobara perseguir a los cristianos, por ejemplo, o matar a los judíos, y condenar a la hoguera a los disidentes ¿lo aprobaríamos por el hecho de que las decisiones fueron democráticas? Puesto el dilema, introduce el problema de fondo, “¿Aprobaríamos la propia constitución democrática que dio origen a tales resultados, o nos inclinaríamos más bien por una constitución no democrática que pudiera evitarlos?”. Su respuesta se inclina por la segunda opción, pues para él, existen ideales e intereses que están por encima de la propia democracia entendida como método para tomar decisiones únicamente. En este contexto se entiende lo del acatamiento condicional a la forma de tomar decisiones, preservando los ideales de cualquier desviación que el método pudiera introducir.

¹⁴ “La democracia es un método político, vale decir, un cierto tipo de ordenamiento institucional para alcanzar decisiones políticas, y, por ende, no puede ser un fin en sí mismo, con independencia de las decisiones que genere en determinadas condiciones históricas” (Schumpeter, 1968: 242).

Al considerar el problema político en un aspecto instrumental, Schumpeter abrió el camino para introducir modificaciones y regulaciones en la teoría democrática con el objetivo, por ejemplo, de proteger a la libertad de sus enemigos. Sin este planeamiento, la convergencia del elitismo con la democracia difícilmente se hubiera dado, independientemente si es válido el supuesto del que se parte. El valor de la observación de Schumpeter está en la imagen que representó: la democracia, por su propia naturaleza en la forma de tomar decisiones corre el peligro de transgredir sus propios valores. No olvidemos las condiciones históricas a las que alude Schumpeter para comprender la relación instrumental entre valores y fines, y como mencionamos anteriormente, para la época de éste, lo histórico alude a la lucha en contra de cualquier “totalitarismo” político que pretenda acabar con la libertad.

Con esta base, Schumpeter propuso una nueva denominación instrumental de la democracia, a partir del “gobierno por el pueblo” por “gobierno aprobado por el pueblo” y definió el método como “aquel ordenamiento institucional para alcanzar decisiones políticas en el cual los individuos adquieren poder de decisión merced a una lucha competitiva por el voto de la población” (Schumpeter, 1968: 269). El ordenamiento democrático tiene una base elitista evidente, dejando a las “masas” el papel de elector nada más, sin capacidad para alterar el rumbo que los grupos que aspiran a gobernar decidan. En una lapidaria sentencia, Schumpeter (1968: 285) afirmaría que: “La democracia no significa otra cosa que la oportunidad con que cuenta el pueblo para aceptar o rechazar a los hombres que han de gobernarlo”. Como vemos, no podemos dejar de aludir a Mosca en el papel que juegan las élites; la democracia es un sistema institucionalizado en donde las

élites compiten por el ejercicio del gobierno. Para diferenciarlo de otras realidades políticas, es un sistema “abierto”, en oposición a los sistemas “cerrados” representados por los totalitarismos¹⁵. El desarrollo del elitismo democrático a mediados del siglo XX se enfocó a constatar esta diferencia para salvar la inconsistencia del planteamiento schumpeteriano de ver a la democracia como un instrumento, libre de fines o ideales concretos. Al comprobar que el elitismo democrático es abierto frente al carácter cerrado del elitismo totalitario, el debate sobre la pertinencia de las élites en los sistemas políticos contemporáneos volvió a la comparación valorativa, en vez de enfocarlo a la relación, que sin duda existe, entre los fines planteados y los medios para lograrlos¹⁶. Los teóricos de la nueva democracia aceptaban la existencia de élites, pero lo que importaba era su propia capacidad de apertura (de integración) para mantener estable al entarimado institucional que hacía posible la realización del método instrumental, suponiendo que son las élites las que determinan el contenido de la institucionalidad instrumental por sí solas donde el “pueblo” o las “masas” tienen una función secundaria¹⁷.

Para entender este vuelco en la teoría habrá que recordar que la identificación de la democracia con el liberalismo había sido la base para el desarrollo de la modernidad política. Esta era una idea que sintetizaba el

¹⁵ Al respecto, Raymond Aron definió la democracia y el totalitarismo por la composición de sus élites: “[La diferencia entre] Una sociedad de tipo soviético y una de tipo occidental es que la primera tiene una élite unificada y la segunda una élite dividida” (Bachrach, 1973: 51).

¹⁶ Un notable crítico de este planteamiento como Peter Bachrach (1973: 50), apunta que “la cuestión decisiva no es si el método democrático es abierto en alguna de sus interpretaciones particulares, sino para quién lo es y con qué propósitos. Dejar de responder a esta cuestión sobre la base de que ello cerraría el sistema de alguna manera es suponer, erróneamente, que un sistema abierto está impedido de aplicarse al logro de un ideal”.

¹⁷ Entre este grupo de teóricos se encuentra Robert Dahl, Giovanni Sartori y Raymond Aron, por citar a los más conocidos en nuestro medio.

igualitarismo donde las mayorías eran el dique que resguardaba la libertad y los derechos civiles contra las regresiones de la élite aristocrática; pero ahora, dos siglos después de su formulación, y con nuevas condiciones históricas de por medio, los teóricos opinaban que la amenaza contra la libertad estaba en las masas mismas que se mostraban indiferentes a los ataques y asaltos de élites profundamente antidemocráticas. Europa mostraba cómo las masas se incorporaron a este asalto contra la libertad apoyando a líderes carismáticos u organizaciones políticas que no crían en las bondades del liberalismo.

Esta situación provocó el segundo reacomodo de la teoría democrática, al dejar de percibir a las élites como las enemigas de la libertad. Si el liberalismo anterior a la Segunda Guerra Mundial consideraba indispensable ampliar las libertades civiles de las mayorías, ahora el énfasis se establecía en el equilibrio político que las élites pudieran proporcionar. Con este cambio, el elitismo político dejó de ser una referencia de los textos de historia de las ideas políticas para transformarse en objeto de reflexión política¹⁸. Sólo la reformulación de las bases de la democracia operó a favor de la incorporación de las élites como variable indispensable para entender la dinámica política contemporánea, como señaló Sartori en su *Teoría de la democracia* (1991), lo que bien podría ser el epígrafe que justifica ocuparnos de las élites: “La desconfianza y el temor hacia las élites es un anacronismo que nubla nuestra visión de los problemas futuros”.

El futuro de la democracia como sistema político está en la capacidad de las élites para resguardar el dique de la libertad en dos planos, el primero, contra las propias masas de acuerdo al reconocimiento de “la superioridad de unos pocos” y,

¹⁸ Para ampliar esta interpretación *cfr.* (Bachrach, 1973: 53-81) y (Albertoni, 1992: 242-262).

segundo, contra la influencia de las élites antidemocráticas que no vacilarán en manipular a las masas en su beneficio. En su ya citada obra, Sartori escribe al respecto: “La democracia es sumamente difícil, tanto que solo las élites expertas y responsables pueden salvarla de caer en los excesos, el vórtice de la demagogia y en la degeneración del *lex majoris partis*. Y es por eso que un liderazgo apropiado resulta vital para la democracia”. La función del elitismo democrático es el de conservar el equilibrio del sistema, como había previsto Schumpeter y antes que él Mosca y Pareto, razón por la cual las elecciones sólo tienen sentido si de ahí se seleccionan a los mejores líderes.

Al igual que la teoría democrática, el concepto de élite sufrió modificaciones en la misma dimensión; antes de la Segunda Guerra Mundial se le veía únicamente por su capacidad de manipulación para alcanzar fines políticos. Es decir, su ámbito estaba marcado por el ejercicio del poder político en el Estado nacional y eran consideradas grupos cerrados que compartían un objetivo común. Al insertarse como una parte de la democracia, las élites dejaron su estigma de conjura en la medida que contribuían a regular un sistema “abierto”. Así, las élites se convirtieron en el principio de la democracia¹⁹.

El elitismo en su contenido esencial —las decisiones políticas primordiales deben ser tomadas por una minoría— aun dentro la variante democrática, se ha convertido en un argumento irrefutable, más todavía cuando la investigación de la propia dinámica de las sociedades modernas ha comprobado que sin esta división se hacen prácticamente imposible que funcionen las estructuras sociales y políticas.

¹⁹ Sartori (1991), concluye que “la democracia es una variante —la variante abierta— del principio de las élites [...] tiene la virtud de sacar a luz el papel vital del liderazgo, en la medida en que implica que las minorías son la condición *sine qua non* del sistema”.

Establecido como parte del conjunto de creencias y valores científicos, el estudio de las élites debe enfrentar una prueba más al ir de la teoría general a la construcción del modelo particular. A lo largo de las páginas anteriores, hemos visto que el ámbito principal de nuestra preocupación es la política y dentro de ésta, el ejercicio del poder que otorga pertenecer a una élite. Sin embargo, el enunciado teórico no es prueba suficiente para afirmar su existencia, para llegar a tal certeza, debemos comprobar que éstas son el resultado de la organización de sociedades humanas específicas, es decir, históricas. Al hablar de sociedad debemos entender el ámbito político que previamente elegimos como campo de acción, con lo cual dejaremos el genérico de élites, definido por la teoría al concepto social amplio, por el singular de élite política como definición del un espacio social específico. La definición es pertinente pues de no hacerlo así, dejaríamos abierta la posibilidad de estudiar y analizar a cada una de las élites que en su conjunto integran la dinámica de una sociedad, su presencia y características como grupo minoritario que ejerce funciones especiales nos permitirá detectar esa existencia que durante siglos pareció no ser atribuida a la misma organización social.

Visto como rompecabezas que hay que integrar para darnos una idea del contenido, la élite política es sólo una pieza de este complejo cuadro que tiene que interactuar con las otras piezas para darle racionalidad al conjunto; de sus relaciones y acciones se generaran las situaciones específicas que percibimos como realidad histórica.

Sin pretender terminar con el tema, podemos decir que ambas posturas se encuentran en un punto, el de salvaguardar y promover los intereses de la comunidad; el papel de las élites, y su justificación, está en su capacidad para

representar los intereses de la comunidad, donde difieren es respecto a la propia índole de esos intereses y al papel que el Estado debe cumplir para ello.

Paralelamente, la teoría elitista está estructurada para una sociedad equilibrada pero no considera la situación compleja de una sociedad producto de un proceso revolucionario. Revolución y socialismo son variables que no se han visto en el camino de la conformación de las élites políticas, por lo menos desde la perspectiva de los clásicos del elitismo, como tampoco lo vieron los estudios emprendidos por la sociología y ciencia política enfocada principalmente a las estructuras sociales definidas y no a sociedades en transición provocada por una revolución política.

Si partimos del supuesto que la complejidad de la vida humana requiere de una organización jerárquica para tomar decisiones, debido a esa misma complejidad, los que deciden se ubican en un pequeño número, la teoría marxista del cambio político incorpora elementos elitistas que los seguidores de esta teoría negaban porque el proletariado sería la clase que terminaría con todas las clases...pero no con las elites.

Marxismo y elitismo

Presentar al elitismo político emparentado al marxismo resultaría, a primera vista un contrasentido; el primero intenta ofrecer una respuesta normativa para una sociedad burguesa con instituciones liberales bien establecidas, mientras que el segundo no solo es una alternativa ante esa sociedad sino sobretodo su futuro.

Como vimos en el apartado anterior, la concepción elitista inicial es antimarxista²⁰, pero esto es más el resultado de una convicción que de una razón (Meisel, 1973). Tanto el elitismo como el marxismo forman parte de un mismo movimiento revisionista del conocimiento de corte racionalista y científico; vistos como parte de un mismo movimiento, el marxismo y el elitismo comparten la misma razón; ambos pretenden ser una teoría científica para explicar y predecir los acontecimientos sociales y políticos de la nueva sociedad; ambos pretenden hacer ciencia al universalizar las leyes que reglamentan la naturaleza social del hombre, Mosca consideraba a la historia como la expresión de diversas fuerzas sociales que podrían equipararse a la dinámica de las clases sociales marxistas ¿acaso las fuerzas sociales de Mosca no representan los cambios ocurridos en las diversas esferas de la vida social al igual que las clases sociales de Marx al cambiar de modo de producción que determina, casi siempre, las creencias y valores de una sociedad? ¿Las luchas políticas por el poder no terminan por crear un nuevo equilibrio social que representan los intereses colectivos de una época histórica a través de una nueva élite gobernante, independientemente de su representación de clase? ¿Podemos equiparar a la élite del poder político con la vanguardia revolucionaria?

El elitismo se funda en la refutación puntual del marxismo por considerar que se opone a la verdadera naturaleza humana y, en segundo plano, a su determinismo económico. Paralelamente, Mosca también creía que el movimiento de masas proletarias de su época era el resultado de la acción de un grupo de tráfugas sociales de clase media que ya no encontraban acomodo en la clase

²⁰ Tanto Mosca como Pareto mostraron en vida su desafecto teórico y político hacia el marxismo; Michels, por su parte, devino de militante socialdemócrata a desilusionado crítico.

gobernante. El marxismo como movimiento social es el resultado de una convulsión demagógica en el sentido que manipula a las masas a partir de la agitación de un mito: la vida colectiva y la desaparición de clases sociales²¹. El mito se transforma en activismo social que se puede traducir como acción organizada a través de las organizaciones de masa, ya sea sindicatos, partidos socialdemócratas o el movimiento fascista. Los tráfugas de clase media son, para fines prácticos, los jefes, es decir, la élite que agita la bandera de la revolución social para enseñar a las masas a confiar en ellos, como antes confiaban en el cura católico, el rabino judío o el pastor protestante.

A la utopía del mito de la igualdad social marxista, opondrá el razonamiento lógico, inspirado en el análisis por la búsqueda objetiva “de un equilibrio social”:

“...tenemos el derecho y el deber de preguntar si, con la implantación del sistema comunista, la justicia, la verdad, el amor, y la tolerancia recíproca entre los hombres ocupará en el mundo un lugar mayor que ahora; si los fuertes, que siempre estarán arriba, serán menos despóticos, y si los débiles, que siempre están abajo serán menos oprimidos. A esa pregunta respondemos categóricamente: no” (Mosca, 1939: 283).

Mosca consideraba que su teoría era lo suficientemente amplia como para predecir el comportamiento de los actores políticos en tanto entendemos su actividad a partir de leyes que rigen las normas sociales. El Estado comunista, como cualquier otra forma de gobierno, es susceptible de ser explicado de acuerdo a la noción de clase política ya que “no hay duda de que las sociedades comunistas y colectivistas serán dirigidas por funcionarios [...] Los administradores de la

²¹ Para que el mito funcione debe estar arraigado a ciertas creencias, por eso, “Aunque opinamos que la socialdemocracia amenaza el futuro de la civilización moderna, nos vemos obligados a reconocer que se basa en el sentimiento de justicia, en la envidia y el ansia de placeres; y estas cualidades se hallan tan difundidas entre los hombres, sobre todo en nuestra época, que sería un gran error negar que las doctrinas socialistas tienen enormes poderes de autopropagación” (Mosca, 1939: 191).

república social serían también sus jefes políticos, y serían sin duda, mucho más poderosos que nuestros actuales ministros y millonarios” (Mosca, 1939: 284). Como ley sociológica, la clase política tendrá un papel determinante en los nuevos procesos sociales, pues toda sociedad requiere de administradores que al ejercer tal función determinarán el destino de la riqueza (economía) aunque ésta sea un bien colectivo y no individual.

Adelantándose una generación al anticomunismo de la Guerra Fría, dirá que la fuerza del comunismo está en la crítica penetrante y minuciosa de las debilidades y defectos del propio liberalismo. La confrontación con el marxismo resulta, sin embargo, paradójica pues Mosca no podrá conciliar los dos niveles de su crítica, una como mito político y la otra, como teoría científica que al igual que el elitismo político, emite leyes de comprensión histórica de todas las sociedades humanas. En su obra dedicada a la clase política, se decide a descalificar al mito político marxista, ya que de otra manera se sabe derrotado²². Elige un plano donde le resulta más fácil la crítica pero, al mismo tiempo, nos ofrece sus limitaciones y contradicciones, pues en la medida que su ataque se intensifica, también nos muestra las insuficiencias de su propia teoría. Veamos el siguiente ejemplo:

- Ninguna organización social puede basarse en el sentimiento de justicia [...] Es natural que las cosas se presenten de ese modo [...] Dado que los sentimientos humanos son lo que son, proponerse crear un tipo de organización política que corresponda en todo sentido al ideal de justicia [...] es verdaderamente una utopía, y la utopía se vuelve francamente peligrosa cuando logra encausar un gran caudal de energías morales e intelectuales hacia el logro de un fin que nunca será alcanzando y que, si llegara a

²² “Entre los servicios que un individuo presta a la sociedad, escribe Mosca, y la recompensa que recibe hay casi siempre una discrepancia grande, y a menudo notoria. Combatir al socialismo tratando de negar este hecho, o simplemente atenuarlo, equivale a situarse en un terreno donde la derrota es segura” (Mosca, 1939: 286).

concretarse, no podría significar otra cosa que el triunfo de los peores y la angustia y desilusión de los mejores (*Ibid*).

La crítica resulta tan endeble como lamentable, pues no hay ninguna referencia a la lógica científica del marxismo, a quien dicho sea de paso nunca basó su argumentación como ciencia en razones de índole moral sino en demostrar que las instituciones sociales y políticas cambian de acuerdo a las fuerzas productivas de la sociedad, ya sea de manera evolutiva o por medios revolucionarios. Los cambios no son causa —como critica Mosca— por una motivación moral, como el ansia de justicia social, por el contrario —como sí afirmó Marx— las actividades humanas, es decir las políticas, económicas y morales, están condicionadas por la función social que tanto el individuo como la clase están condicionadas a seguir en el desarrollo del proceso histórico²³. Confrontando su propia teoría con la lucha de clases marxista, Mosca sostendría que esta última no puede ser el verdadero motor de la historia ya que el hecho verdadero estaría dentro de la propia clase política, es decir, es una disputa entre élite rivales que luchan por el poder ya sea dentro de un marco regulado o mediante un proceso revolucionario. Sin embargo, a descargo del marxismo, éste nunca identifica la lucha de clases como una sublevación de los “pobres” contra los “ricos”, pues esta categoría sólo refleja una relación de clase.

La relación del elitismo con el marxismo es un desencuentro en todos sus aspectos. Para el pensamiento marxista, por su parte, no se trata de un encuentro de teorías científicas sino un desencuentro de ideologías. Así, cualquier crítica al marxismo tiene que ver con la lucha ideológica de la

²³ Al respecto véase “De Moro a Marx” en Meisel (1973) y Albertoni (1992) sobre todo la primera parte dedicada a Mosca y su teoría.

burguesía contra el proletariado por eliminar el carácter revolucionario del marxismo; teniendo como base esta consideración, su réplica a la sociología y ciencia política de la burguesía (o del imperialismo) se convierte en diatriba descalificadora por apartarse de los fundamentos de la única ciencia de la historia. La noción de élite, por otra parte, es contraria a cualquier consideración teórica marxista, pues aceptar su existencia, aun en el plano de la organización y funcionamiento de cualquier tipo de “aparato”, implicaría admitir que la sociedad sin clases no es posible. Este es el punto más crítico entre ambas teorías; su relevancia es tal que merece un análisis más detallado, como veremos más adelante.

El único marxista destacado que en su momento conoció la obra de los elitista, sobre todo la de Mosca, fue Antonio Gramsci, quien dedicó alguna de sus reflexiones sobre el punto²⁴. Apartado de querer refutar a Mosca, Gramsci se inclina por describir las formas históricas que caracterizan a las sociedades modernas y, dentro de este conjunto, el papel que la revolución marxista juega.

Según Gramsci, la clase política de Mosca es un concepto vago que no es posible entender su significado exacto. Estableciendo la analogía con un rompecabezas, observa que Mosca a veces se refiere a las clases medias, otras a los propietarios en general, en otras más a quien denomina “cultos” o el “personal político” del Estado. Sin embargo, reconoce que “Mosca refleja

²⁴ Véase Gramsci (1975) [a]. *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno* y (1975) [b]. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Las referencias de Gramsci al elitismo, y sobre todo a la obra de Mosca, son marginales y no el centro de reflexión en sus “cuadernos” que recopilan temas diversos. En ese sentido, las observaciones contra el elitismo son apenas apuntes de algo que, suponemos, cimentaría una verdadera obra orgánica dedicada a la construcción del Estado moderno. Los compiladores de las notas de Gramsci quieren interpretarlas como la traducción de Lenin, y por lo tanto de Marx, a las circunstancias italianas de ese momento. Para este punto véase el “Prólogo” del marxista argentino José Aricó en Gramsci, 1975[a]: 10.

inconscientemente las discusiones suscitadas por el materialismo histórico” pero las refleja como un provinciano que “siente en el aire” las discusiones producidas en la capital y no tiene los medios de procurarse los documentos y textos fundamentales²⁵. Debido a esta deficiencia, Mosca no desemboca en el estudio de la organización, es decir, del partido político, para hacer distinción concreta de la clase política de otros espacios sociales donde también se generan élite. En términos marxistas, a este rompecabezas le hace falta el marco, el contexto exacto, en el cual es posible acomodar sus piezas de manera científica, racional, si a la manera de Marx con Hegel, se le despoja de su contenido positivista y se establece su verdadera relación²⁶.

En otras notas (Gramsci, 1975[b]), descubrió la relación conceptual entre la clase política de Mosca y la élite de Pareto, reduciéndola a la función de los “intelectuales” en la vida política y social, en la medida que una élite empresarial debe crear las condiciones más favorables para la expansión de su propia clase al “seleccionar” a los empleados a los que puede confiar la actividad organizativa de la empresa. Agrega Gramsci: “se puede observar que los intelectuales orgánicos que cada nueva clase crea consigo misma y forma en su

²⁵ “En el caso de Mosca, ‘no disponer de los medios’ de procurarse los textos y documentos del problema que sin embargo trata, significa pertenecer a aquel grupo de universitarios que mientras consideran un deber utilizar todas las precauciones del método histórico cuando estudian las ideuchas de algún publicista medieval de tercer orden, no consideran o no consideraban dignas ‘del método’ las doctrinas del materialismo histórico, no creían necesario ir a las fuentes y se dedicaban a hojear articulejos de periódicos y folletos de divulgación” (Gramsci, 1975 [a]: 174-175).

²⁶ Esta crítica a Mosca es sostenida por Meisel (1973: 277) por la incapacidad para reconocer el aporte que el marxismo dio a su teoría: “¿Esta marcada diferenciación se debe a que Mosca se sintió incómodo al hallarse tan cerca de Marx? No sería la primera vez que en una obra pensada como contradocina aparecen signos de su origen. Así como Marx nunca pudo desprenderse de Hegel, es posible que nuestro autor no haya querido advertir la magnitud de su deuda hacia Marx”. ¿Debemos entender el “reflejo inconsciente”, señalado por Gramsci, como algo que ni siquiera la ideología puede evitar del todo cuando nos enfrentamos a las realidades científicas?

desarrollo progresivo son en general, ‘especializaciones’ de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz”²⁷.

En este punto es necesario advertir que el elitismo político se acerca al marxismo en el sentido que este último acepta la aparición de una “vanguardia” que representa a la clase y que inicia la lucha por ella; el propio Marx advirtió que el pueblo sigue a dirigentes que cumplen el papel de vanguardia política. Este aspecto teórico es un problema de interpretación muy interesante que debido a las circunstancias históricas no ha sido posible llevar a cabo: ¿es posible lograr una síntesis interpretativa entre el elitismo y la teoría política marxista para los procesos políticos contemporáneos, sobre todo los de carácter revolucionario de izquierda?

El marxismo presupone la existencia de una élite dentro de la futura clase hegemónica de la sociedad. Aunque el término de élite y el de vanguardia no es empleado en el *Manifiesto del Partido Comunista*, sí se establece la necesidad de la clase obrera por organizarse para tener la capacidad de representar los intereses comunes del proletariado en su conjunto; esta necesidad se debe superar con la organización de la propia clase a través del “partido”. Sólo a través de éste es posible crear las condiciones para el surgimiento del partido del proletariado como entidad dedicada a visualizar las condiciones de este proceso²⁸. Como parte de su evolución, al principio los líderes obreros más

²⁷ “La llamada ‘clase política’ de Mosca no es otra cosa que la categoría intelectual del grupo social dominante: el concepto de ‘clase política’ de Mosca es vecino del concepto de *élite* de Pareto que representa otra tentativa de interpretar el fenómeno histórico de los intelectuales o de su función en la vida estatal y social. El libro de Mosca es una enorme mezcla de carácter social, lógico y positivista con gran influencia tendenciosa de la política inmediata que lo hace menos indigesto y literalmente más vivaz” (Gramsci, 1975[b]: 12).

²⁸ Al respecto, en el *Manifiesto* (publicado originalmente en 1848) se establece que los comunistas son “el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa

destacado se configuraron como el “revolucionario profesional”²⁹ que se encargarían de la formación del aparato organizativo y que posteriormente ocuparían la categoría de “comunista”, es decir, los que visualizan las etapas de la lucha proletaria.

La historia del movimiento marxista en su primera etapa, muestra el debate del papel de “revolucionario profesional” dedicado a la organización, agitación y propagación de los intereses de la clase obrera. En su visión de la herencia teórica del marxismo, Lenin concibió esta acción como la tarea de una “vanguardia revolucionaria”, ligándola a la noción de organización de clase de Marx, es decir, el partido. Para Lenin, la vanguardia estaba unida a la organización de la clase, sin la cual no tenía razón ninguna acción revolucionaria³⁰. En este sentido, la vanguardia leninista está compuesta por los revolucionarios profesionales mencionados por Engels, encargados de aglutinar la base del partido y, al mismo tiempo, asegurar su continuidad como organización, en su acción y su concepción política para aplicar una táctica. Son ellos, a decir de Lenin, los encargados de dirigir por su temple hecho en la

adelante a los demás; teóricamente, tienen la ventaja sobre el resto del proletariado de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario” (Marx y Engels, sf, I: 31).

²⁹ Al describir a un excepcional líder proletario, Engels enumera las cualidades de los destinados a la dirección de la clase obrera por sus dotes: “De complexión atlética, resuelto y enérgico, siempre dispuesto a poner en peligro los bienes vitales y la propia vida, era un modelo de revolucionario profesional” citado en Basmanov y Leibzon, 1978: 10.

³⁰ En su clásico *¿Qué hacer?*, resumía esta situación: “En nuestros días podrá convertirse en vanguardia de las fuerzas revolucionarias sólo el partido que *organice* campañas de denuncias de verdad ante *todo el pueblo*...La inmensa mayoría de los denunciadores que no pertenecen a la clase obrera (y para ser vanguardia es necesario atraer a otras clases) son políticos realistas y hombres serenos y prácticos. Saben muy bien que si es muy peligroso ‘quejarse’ incluso de un poderoso funcionario, lo es todavía más quejarse del ‘todopoderoso’ gobierno ruso. Y se quejarán a nosotros sólo cuando vean que sus quejas pueden surtir efecto, que somos una *fuerza política*. Para lograr que las personas ajenas nos consideren una fuerza política debemos trabajar mucho y con tenacidad a fin de *elevantar* nuestro grado de conciencia, nuestra iniciativa y nuestra energía, pues no basta con pegar el membrete de ‘vanguardia’ a una teoría y [tener] una práctica de retaguardia” (Lenin, 1977: 100). Las cursivas son de Lenin.

lucha³¹. Lenin estableció un principio elitista en la organización política de vanguardia; por medio de ella se deberían superar los obstáculos que la conformación de la propia clase obrera presenta, en particular el alcance de la lucha revolucionaria:

Hemos dicho que los obreros *no podían tener* conciencia socialdemócrata. Ésta sólo podría ser traída desde fuera. La historia de otros países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos [...] En cambio la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa³².

Como vemos, para el marxismo es necesario que la clase obrera acepte a un grupo especial que en su nombre asuma la propia conciencia de los proletarios, incluso en extremo que ni siquiera pertenezcan a este clase social. El papel de conciencia es adquirido por medio de una lucha que establece la vanguardia en contra de la ideología de la burguesía; sin este detonante, el proletariado es incapaz de verse a sí mismo como una clase revolucionaria. La conciencia de clase es un proceso adquirido no espontáneo, que se dará por sí mismo; al contrario, sin la acción de la vanguardia, éste se puede retardar indefinidamente. Quienes piensen lo contrario, prosigue Lenin, están en un error, para lo cual cita extensamente a Karl Kautsky³³:

³¹ “...el movimiento debe ser dirigido, concluye Lenin, por el menor número posible de los grupos más homogéneos de revolucionarios profesionales templados por la experiencia”.

³² Lenin, 1977: 35-36. Las cursivas son del original.

³³ La presentación es sumamente elogiosa para quien después se convertiría en “renegado”: “Para completar lo que acabamos de exponer, añadiremos las siguientes palabras, profundamente justas e importantes...” (Lenin, 1977: 44-45). Las cursivas del original de Kautsky. En una nota al pie de este texto, Lenin aclara que esto no significa que los obreros no participen en esta elaboración: “Pero no participan como obreros, sino como teóricos del socialismo [...] dicho en otras palabras, sólo

[...] la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos el caso, la técnica moderna; y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra, ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino *la intelectualidad burguesa*: es del cerebro de algunos miembros de este sector donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella [...] Heinfeld decía con toda razón, que es tarea de la socialdemocracia introducir en el proletariado la conciencia (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esa conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases.

La vanguardia debe asumir el papel dirigente del proceso revolucionario; sin este papel, la organización de la clase se hace menos que imposible. La lucha de clases va más allá de las reivindicaciones económicas del trabajo, por eso, la organización política ha de ser, necesariamente, distinta a la gremial: "...la organización de los revolucionarios debe agrupar, ante todo y sobre todo, a personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso hablo de organización de revolucionarios)" Con esta organización, sostiene Lenin, se terminará por asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto y alcanzar, al mismo tiempo, los objetivos "tradeunionistas" de los obreros. Al describir cómo tendrá que ser el aparato, Lenin dice que no deberá ser muy amplio y lo más clandestino posible; es decir, una organización centralizada en su dirección y elitista en su acceso³⁴. La selectividad del partido leninista es una

participan en el momento y en la medida que logran, en grado mayor o menor, dominar la ciencia de su siglo y hacerla avanzar..."

³⁴ "El único principio de organización, prosigue Lenin, a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento ha de ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de los afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con esas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que el 'ambiente democrático', a saber: la

característica nacida de la propia necesidad de la organización, un partido político sólo puede agrupar a una minoría de la clase, “puesto que los obreros verdaderamente conscientes en toda la sociedad capitalista no constituyen sino una minoría de todos los obreros. Por eso nos vemos precisados a reconocer que sólo esa minoría consciente puede dirigir a las grandes masas obreras y llevarlas tras de sí”³⁵. El elitismo leninista hay que entenderlo en su aspecto normativo: el revolucionario es, antes que nada, un teórico que requiere de una preparación intelectual que lo capacite para entender la teoría revolucionaria. Como el propio Lenin decía, “sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario”; la teoría revolucionaria es el marxismo, el movimiento revolucionario es el partido de vanguardia: “sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia” (Lenin, 1977: 30).

El revolucionario de vanguardia tiene la obligación de enfrentar la lucha de clases en todos los planos, como señalaba Lenin y debe adquirir en ésta distintas capacidades para actuar. Incluso, dentro de ellos debe existir una cierta especialización para alcanzar los objetivos de la táctica revolucionaria: debe ser líder político de la clase obrera, ser tribuno popular, organizador de la clandestinidad y, a la vez, combativo miembro de la actividad legal. En la

plena confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios” (Lenin, 1977: 155). En otra parte del mismo texto, señalará que “la estructura de cualquier organismo está determinada de modo natural e inevitable por el contenido de la actividad de dicho organismo”.

³⁵ *Nuevas tareas y nuevas fuerzas*, citado en Basmanov y Leibzon, 1978: 190-191. Abundando en el tema, en *Carta abierta a Boris Suvarin*, Lenin remarcaba el argumento: “¡Tonterías! Considérese la Francia de 1780, o la Rusia de 1900. Los revolucionarios con conciencia política y decididos que en Francia representaban a la burguesía –la clase revolucionaria de aquella época-, y en Rusia –a la clase revolucionaria de hoy- el proletariado, numéricamente eran en extremo débiles. Eran sólo unos pocos que constituían como máximo el 1/10,000, e inclusive el 1/1000,000 de su clase. Al cabo de algunos años, sin embargo, esos pocos, esa minoría pretendidamente insignificante dirigió a las masas, a millones y decenas de millones de hombres” (*Ibid*: 195).

terminología leninista, ser un hombre del partido; esto significa para el hombre o mujer que alcanza esta categoría representar la esencia de la organización proletaria (el aparato político). Como revolucionario profesional y hombre de partido, Lenin consideraba que los partidos políticos en general estaban dirigidos por grupos estables, integrados por las personas de mayor prestigio, “influyentes y expertas”, elegidos para los cargos de mayor responsabilidad y llamadas “jefes”; pero advertía que la organización “no merecerá ese nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble”.

La aparición del leninismo como teoría actualizada del marxismo incorporó un nuevo elemento en la discusión política de las élites: la vanguardia política que representa y asume un liderazgo a través de un “instrumento” construido para tal efecto, el partido político revolucionario marxista-leninista. La función del partido político de vanguardia era inédita hasta entonces porque pretendía normalizar, instrumentándola racionalmente, a la revolución. Ésta se convertiría en la fase para la construcción de un nuevo Estado industrial cuya razón de ser estaba en “las masas” de la ciudad y del campo. Las transformaciones sociales más dramáticas del siglo XX fueron experiencias revolucionarias que de alguna u otra manera siguieron el modelo revolucionario de vanguardia como razón instrumental de sí misma y, por tanto, del nuevo Estado.

Los escritos de Lenin tuvieron un fin práctico, independientemente de su calidad teórica, razón por la cual cabe preguntarse ¿qué pasa con la capa de revolucionarios de vanguardia una vez que triunfa la revolución? ¿La

construcción de la nueva sociedad debe asumirse con el mismo fervor de la acción revolucionaria para no caer en la “burocracia revolucionaria”?

¿Qué es la vanguardia del proletariado? A diferencia de la interpretación liberal del elitismo —donde su composición de clase está abierta—, en el marxismo sólo refleja a una clase. Al igual que el ideal científico de Mosca, el marxismo tiene un alto contenido normativo porque predice lo que pasará tarde o temprano en el futuro. Para Marx y Lenin, es el triunfo de los eternos dominados sobre sus dominadores; para el elitismo si bien es la expresión de profundos cambios sociales y políticos, que como en otras etapas históricas, reflejan cambios en las fuerzas sociales existentes, éstos se manifiestan primeramente en las élite gobernantes. Aunque el socialismo sea la expresión de un dominio de clase, esta nueva etapa sigue reflejando el hecho fundamental de toda la historia política: los menos gobiernan sobre los más. El ocaso de las clases sociales no implicaría la desaparición de los puestos de dirección de la nueva sociedad, ocupados por la vanguardia política.

Al establecer la base de un análisis comparativo, intentamos demostrar que como toda teoría, el elitismo admite diversas interpretaciones; aunque inicialmente se ideara para el liberalismo democrático, también es posible aceptar una lectura marxista del elitismo en la formación de las sociedades poscapitalistas del siglo XX³⁶. Después de la Segunda Guerra Mundial, coincidiendo con el replanteamiento teórico de la democracia elitista, una corriente de la sociología angloamericana empezó a preocuparse por estudiar a

³⁶ Albertoni (1992), reseña la obra inspirada en Mosca de Aleksandar Sekulovic, *Teorija politicke klase*, Belgrado, 1982, donde el autor establece el carácter científico de la obra de Mosca y, por tanto, susceptible de aplicarse en cualquier realidad histórica.

las sociedades sin clases representadas por la experiencia de la Unión Soviética, para saber qué había pasado con la estructura social y, sobre todo, con la vanguardia revolucionaria que había encabezado este proceso. El impacto del modelo leninista fue tal, que la mayoría de estos trabajos observó la creación de una élite de nuevo cuño que escapaba a cualquier otro parámetro visto hasta entonces, sobre todo por que estas experiencias se gestaron en sociedades consideradas como “atrasadas”³⁷ incluso, a las propias consideraciones marxistas sobre desarrollo. Con esa característica de contar con una débil burguesía, la revolución en esos países la hizo una élite de vanguardia leninista apoyada por una masa campesina no contra la burguesía sino incluso a pesar de ella, considerando las etapas económicas de los modos de producción establecidos por Marx y Engels. A falta de una denominación más exacta, a la élite política de las sociedades poscapitalista se le llamó “la nueva clase”, en alusión a su novedad en el ámbito del análisis sociológico.

Se le atribuye a Mijail Bakunin la utilización primera del término “nueva clase” (Gouldner, 1985), sin embargo en un sentido más amplio —e incluso profético— fueron los llamados socialistas utópicos, en especial Henri de Saint-Simon, quienes indicaron que la verdadera modernidad se alejaría, por un lado, de la fuerza y la coerción como base de la autoridad política, y por otro, del privilegio hereditario, para descansar cada vez más en la posesión de habilidades especializadas fundadas en el conocimiento “positivo”. Este aspecto será en el siglo XX, una de las vetas de análisis que abrirán la perspectiva de las

³⁷ La revolución socialista marxista leninista en el siglo XX fue una experiencia de las sociedades periféricas, empezando por la propia Rusia zarista y continuando con China y el Sudeste asiático hasta recalar en África y Medio Oriente con su proceso de descolonización, sin olvidar la peculiaridad caribeña de la Revolución cubana.

élites en una nueva dinámica social; para entender las pautas del desarrollo post-industrial, la nueva clase dio la clave para resaltar la tensión entre los propietarios del capital y los propietarios del conocimiento. El desarrollo, sin importar su vertiente, lleva en su seno a una nueva clase que poco a poco se irá imponiendo a las otras por la propia racionalidad científica y tecnológica.

Este aspecto es una preocupación común en las diversas corrientes que se abocan al análisis de la dinámica social moderna; como hemos reseñado, la aparición del elitismo y el marxismo se da en el momento en el cual el capitalismo está disolviendo las últimas barreras de la tradición aristocrática (en ocasiones asumida como un valor para la burguesía ascendente) y en su lugar aparece la “masa” como figura que describe el irremediable paso a una nueva dinámica social que escapa del dominio de los grupos elitistas acordes a una sociedad menos compleja y más estratificada. El supuesto orden de esta sociedad quedaba a la deriva; en su lugar un nuevo paradigma irrumpía, mismo que definiría el nuevo conocimiento como positivo³⁸. La configuración del nuevo saber racional, desde sus diversas raíces, tiene una pretensión científica, la de encontrar las regularidades que expliquen con objetividad no sólo la complejidad sino también la dinámica social. Detrás de todos estos esfuerzos teóricos quedaba también una constante, el conocimiento sobre el mundo humano era necesario para manipularlo, ahora sí, racionalmente. El manejo de

³⁸ Para Augusto Comte, padre del positivismo y discípulo de Saint-Simon, la ciencia es el descubrimiento de la realidad objetiva utilizando un método que permita al investigador salir de sus propios parámetros mentales, es decir, de sus meditaciones como único atributo intelectual, para explicar las cosas en sus propios términos. Así como la naturaleza tiene una lógica que implica regularidades, el mundo social también. La misión de la ciencia positiva es el encontrar estas regularidades para explicar la realidad.

la sociedad de masas requiere, para sus dirigentes, de cualidades acordes a esta complejidad que la sociología sintetizó con la teoría de la burocracia de Weber.

Élite y reclutamiento político: los empiristas

Si la ciencia política como disciplina empírica es el estudio del modo como se conforma y comparte el poder, entonces no es sorprendente que se tome a los influyentes y poderosos como principal objeto de estudio. Tampoco es inusual que desde este punto de vista se conciba a la sociedad dividida entre élites y masas; la política, por tanto, puede estudiarse de esa manera.

Al igual que la teoría democrática y los estudios críticos marxistas, el estudio de la élite política sufrió modificaciones en la misma dimensión. Antes de la Segunda Guerra Mundial se veía a las élites políticas como los pocos que manipulaban a los muchos, según observaban H. Lasswell y A. Kaplan (1950): “El destino de una élite se ve profundamente influido por la forma en que manipula el ambiente, vale decir, por el uso que haga de la violencia, los bienes, los símbolos y las prácticas sociales”. Después de la Segunda Guerra Mundial, la ciencia política que tenía de fondo a la teoría de la democracia puso más énfasis en la distribución del poder, antes que la manipulación, para alcanzar ciertos fines propios de una élite: “La élite está compuesta por aquellos individuos que, dentro de un grupo, gozan de mayor poder; la semi elite, por los que tienen menos poder que los anteriores; la masa por los que tienen mínimo poder”.

Desde esta perspectiva, el poder de la élite política está en “la participación en la toma de decisiones”. La elite política, entonces, es el grupo de individuos

que “poseen poder dentro del cuerpo político” (Lerner, *et al*, 1952). En términos metodológicos, estas definiciones aluden a un ámbito específico, el de la política concebido unidimensionalmente a la acción del gobierno, sin embargo, no considera otras variables o circunstancias, tales como la influencia que otras elites pueden ejercer entre los que toman las decisiones políticas —y que sin embargo, no están consideradas al escrutinio de la opinión pública en la democracia³⁹. Si ampliamos la definición de política concediendo a ésta la capacidad de relacionar varios ámbitos de la vida social, tendríamos que admitir que las decisiones políticas son influidas por otros factores que van más allá de la propia toma de decisiones en abstracto. Sin embargo, también habrá que admitir que la misma definición puesta en un contexto “autoritario” tendría mejor suerte para ajustarse a este patrón.

Para mediados del siglo XX, el estudio de las elites conformaba un amplio abanico de posibilidades teóricas y metodológicas; como hemos visto, esto fue el resultado de un amplio debate teórico en torno a la dinámica de las sociedades modernas e incluía a la democracia y al socialismo como los principales referentes para estudiar su evolución⁴⁰. Después de la Segunda Guerra Mundial, el debate de las elites no está en torno a su validez como categoría científica sino

³⁹ Este problema está planteado en la obra de Mills (1978) como el punto medular.

⁴⁰ Los estudios, tanto teóricos como empíricos, dedicados a las sociedades en transición, específicamente del llamado Tercer Mundo, eran y, por desgracia, siguen siendo escasos, destaca el estudio de, Robert Putnam (1976) que le dedica atención a este segmento, destacando la atracción de los estudiosos hacia el caso de China y la India. Uno de los teóricos del reclutamiento político, Moshe Czudnowski (1975), por el contrario, se quejaba de la falta de este tipo de estudios y la necesidad de hacerlos para comparar patrones de reclutamiento. En todo caso, es apenas necesario advertir, como veremos más adelante, que los patrones teóricos del estudio empírico de las elites políticas se circunscriben al ámbito de la circulación en las democracias. Para los procesos revolucionarios (Lasswell & Lerner, 1965) aunque está dedicado a casos europeos.

en sus peculiaridades metodológicas para investigarlas⁴¹. Aceptadas como parte integrante de una realidad política, las elites admiten tantas interpretaciones como definiciones sobre política podamos encontrar.

A la definición funcional habrá que agregar el contexto preciso, es decir, histórico, para que lo primero tenga sentido; es decir, si hablamos de quiénes tiene el poder dentro de un cuerpo político, tenemos que preguntarnos en lo que hace posible que esa influencia se convierta en obediencia. En el parámetro funcional de Lasswell y Kaplan, el poder es simplemente “el ejercicio con un alto grado de coacción”, al igual que Hobbes, consideran que la obediencia política es el resultado de la coacción que da la fuerza del poder para que otros hagan lo que queremos. Sin embargo, para aceptar el poder como lo conciben estos autores tendríamos que agregar que el poder se basa, antes que nada, en la autoridad que emana de quien tiene ese atributo, o dicho en parámetros mosquianos, en la “fórmula política” que la elite tiene que elaborar para ejercer el poder, tanto dentro del aparato de gobierno, como en otras esferas de la vida social. Esta relación que Mosca desarrolló en su teoría de la clase política —al igual que Pareto en sus acciones lógicas y no lógicas— es la que explicaría por qué el poder de la elite deviene en autoridad aceptada por el resto de la población (o los gobernados). Cuando los muchos aceptan la autoridad de una

⁴¹ Para este debate *cf.* (Bachrach, 1973), (Lerner, *et al*, 1952), (Lasswell & Kaplan, 1950). La discusión si bien se da en la academia norteamericana, es un homenaje involuntario al elitismo italiano, Pareto y Mosca principalmente, pues aunque no se les cite, los parámetros de los cuales parten provienen de esos dos autores. Incluso la terminología de elites, sub elites y no elites usados por Lasswell tiene una obvia referencia paretiana, así como el de las acciones lógicas y no lógicas con las “acciones severamente sancionadas” que utiliza para describir operativamente a las elites. Lo mismo podríamos decir de la conclusión, dicha por Mosca cincuenta años antes, de que la élite política es una derivación de la propia actividad política.

élite es porque consideran el dominio de ésta “aceptable”, independientemente si existe o no la coacción de por medio.

Las definiciones anteriores nos auxilian a delimitar la dimensión del ámbito que vamos a utilizar, en este caso, el de la política. Como un prisma que nos ayuda a la construcción de categorías, las definiciones nos dan la generalidad del problema en abstracto, pero la investigación nos debe mostrar lo específico en situaciones concretas. Así, si el interés teórico es el de estudiar el papel de la elite del poder político, debemos demostrar la existencia de tal grupo en el ejercicio del poder, expresado como autoridad en la participación de la formulación y ejecución de las políticas públicas. A esta identificación habrá que añadir otra: dónde se encuentran los cargos relevantes y cuál es la ruta para llegar y mantenerse en ellos. Sobre este aspecto, el estudio de las elites se ha enfocado de manera empírica al llamado reclutamiento político. A través de éste podemos explicar el proceso que distingue a la élite política de otras elites (dentro de un mismo contexto) y, sobre todo, de las masas. Visto de manera funcional, el reclutamiento político se convierte en una útil herramienta de análisis político para situaciones concretas⁴². El acceso a los cargos de alta responsabilidad política y la autoridad que estos confiere a sus poseedores, son las categorías básicas que analiza el reclutamiento político de la elite y son esenciales para saber por qué una estructura determinada puede proveer, en varias formas, igualdad de oportunidades o restringirlas para unos y para otros no. Como señala Ai Camp (1996: 12), cuando hablamos de igualdad política no hablamos de tener poder igual sino en la igualdad de acceso a

⁴² Lasswell & Lerner (1965) señalaron este problema, sin embargo, el tema ha dado pie desde entonces a una extensa corriente historiográfica; para un análisis detallado del mismo véase Ai Camp (1996: 11-54). Welsh (1970) propone una metodología para el caso latinoamericano.

posiciones de poder. Es el control de esta situación el que determina el contenido de la política en una sociedad. Quienes lo poseen, por tanto, tienen el poder y la influencia para modificar no solo las oportunidades políticas del reclutamiento, sino los procesos de toma de decisiones en la elaboración y ejecución de las políticas públicas.

Tradicionalmente, el estudio del reclutamiento político (Lasswell & Lerner, 1965) cotejaba a los que tienen el poder contra los que no lo tienen, o entre las distintas edites entre sí para examinar las características entre ellas. Otros estudios comparaban diferencias entre los niveles geográficos y jerárquicos de las edites políticas, concretamente entre los políticos locales, estatales y nacionales, estableciendo patrones de homogeneidad en sus antecedentes familiares y profesionales, pero muy pocos hacían la comparación en un momento determinado para resaltar las diferencias que cada estructura institucional ofrecía en el reclutamiento.

Otro aspecto importante en este tipo de estudio es que se centran única y exclusivamente en el resultado final del reclutamiento: en la composición de individuos seleccionados, es decir, en los “ganadores” del proceso. Así como resultaría importante comparar a los que quedan fuera de dicho proceso para determinar los factores decisivos que influyeron en la selección, también es necesario establecer las consecuencias que esto tiene en la conformación de los grupos dirigentes.

La metodología para aplicar el principio de selección siempre ha sido discutible, en la medida que se tiene que justificar los criterios de identificación de las personas con influencia política. Estas discusiones se centran en dos enfoques,

uno posicional y otro reputacional (Smith, 1978: 317-328). La investigación empírica⁴³ indica un mayor peso al primer enfoque. La mayor parte de la literatura teórica producida sobre este tema viene del mundo anglosajón, de modo que habrá que considerar a este modelo producto de sus propias circunstancias. Al igual que el debate teórico sobre el modelo de democracia elitista, el tratamiento que se da al reclutamiento político de la elite se enfoca a sociedades democráticas con una alta competencia electoral. Como veremos más adelante, es importante tomar esta consideración muy en cuenta pues en cada caso encontramos modelos específicos de reclutamiento, acorde a sus circunstancias históricas. En el reclutamiento si hablamos de modelo, éste siempre tiene una referencia concreta, de tal modo que cada experiencia produce su propio modelo, así como su proceso de promoción acorde al desarrollo específico de cómo se forman las redes políticas. Los modelos teóricos basados en las estructuras políticas democráticas tienen poco que aportar a las sociedades con una cultura política autoritaria; aunado a eso, si esta estructura es producto de un proceso insurreccional, el panorama se vuelve más complicado. Para América Latina la revolución mexicana es un punto comparativo más importante en la medida que refleja ciertos rasgos comunes en la región como es el nacionalismo y su impulso industrializador como vehículo hacia la modernidad. En otro extremo tendríamos que ubicar a la revolución cubana que pasa por este proceso fugazmente y termina adoptando al socialismo.

El reclutamiento político se puede estudiar en dos etapas, en la primera se establece el *reclutamiento inicial*, es decir, los factores que atraen a un individuo a

⁴³ Consideramos tres obras para calibrar este instrumento y las opciones que proporcionan de acuerdo a los casos analizados. Las obras de Camp (1996), Smith (1978) y Guerra (1988) para el caso mexicano son importantes en la medida que las tres incorporan un componente semejante al caso de Cuba, a saber, el proceso revolucionario y cómo configura una nueva elite de poder.

la actividad política y, en la segunda, se establecen los factores ascendentes que impulsan la movilidad de esa vocación dentro de la estructura política; a esta etapa se le denomina *reclutamiento intermedio y final* (Ai Camp, 1996: 15). Con ambas etapas podemos trazar un mapa de trayectorias individuales y generacionales que convergen en uno de esos puntos: cuando el individuo reclutado integra, primero, a la clase política y, en segunda instancia, y dependiendo de sus habilidades y las propias condiciones que encuentra, puede llegar a la elite del poder. El estudio del reclutamiento político es todo un proceso que tendría que responder las siguientes interrogantes: 1) cómo un individuo llega a los más altos cargos de responsabilidad política; 2) quién realiza la selección; 3) cuál es la experiencia formal e informal de reclutado; 4) cuáles son los caminos ascendentes para la movilidad política; 5) cuál es el vínculo entre quien selecciona y quien es seleccionado. Según Camp (1996: 20), el investigador que se adentre al análisis de este proceso tendrá que, en primer lugar, que establecer la *estructura institucional* que nos permita describir todos los mecanismos de preselección o reclutamiento inicial. En segundo lugar, construir varios tipos de *variables*: a) las llamadas *de oportunidad*, entendiendo por ello las características que estimulan el potencial del individuo para ser un “político”; y b) las de *promoción*, entendidas como las condiciones que afectan el ascenso del recluta a la elite de poder. En tercer lugar, *identificar* al o individuos, instituciones y procesos que determinan quién es seleccionado, o sea, los llamados *porteros de reclutamiento*.

En todo el proceso de reclutamiento el contexto histórico es el que determina de alguna u otra manera las características y, sobre todo, los límites del mismo. Independientemente de la ideología, el reclutamiento político nos

proporciona una radiografía del sistema político por los mecanismos formales e informales que describe de su funcionamiento concreto.

Las estructuras juegan un papel muy importante en la preselección de los individuos. Los rasgos estructurales son el primer filtro que elimina o estimula a los reclutas por los riesgos que se corren. En el caso de la revolución cubana, la etapa de la insurrección —que va de 1953 a 1958— fue el primer filtro para el reclutamiento de una elite que se disputaba con otras el poder; podríamos decir que fue un momento de preselección pues se da antes de la institucionalización de una nueva estructura política. En el momento de preselección existe un alto riesgo entre los que integran a los reclutas de la insurrección, pero una vez pasado este periodo, el riesgo es minimizado porque la competencia se va aminorando gradualmente al desaparecer en los meses que siguieron a enero de 1959 otras fuerzas políticas que eventualmente podrían disputar el poder al grupo insurreccional. En esos momentos, entonces sí, ya hablaríamos de una estructura de selección, que se iría afinando y puliendo con la decantación de una parte de la elite insurreccional y otra parte de sus aliados marxistas; este periodo culminaría formalmente en 1965 con el nacimiento del nuevo Partido Comunista de Cuba de inspiración fidelista⁴⁴. En un sistema político como el cubano, debemos de identificar el sistema estructural del reclutamiento a partir de esta circunstancia histórica, el predominio de la influencia de una sola persona, Fidel Castro, primero sobre la propia elite del poder y, después, sobre el resto de la clase política. No

⁴⁴ No olvidemos que este proceso fue muy perturbador para la propia causa revolucionaria; podemos observar dos planos, uno dedicado a los propios revolucionarios que se consideraban a si mismos como demócratas y, otro, para los marxistas que organizaron los dos primeros partidos de la revolución, las Organizaciones Revolucionarias Integradas y el Partido Unido de la Revolución Socialista. En ambos planos, la elite revolucionaria se depuró de los elementos poco partidarios de Fidel Castro.

entender esta característica nos llevará a distorsionar el modelo de reclutamiento político o a descalificarlo por la falta de competencia (electoral) democrática. Toda estructura política, aun la autoritaria, produce una cultura que estimula a los talentosos a seguir adelante con una carrera política en diversos niveles (local, provincial o nacional) simplemente por que el sistema electoral no es el único mecanismo de selección y promoción que funciona.

Si definiéramos al sistema político cubano como una estructura autoritaria dominada por una sola fuerza política, entonces tendríamos que establecer el primer nivel estructural en el partido político único como el punto de partida para iniciar una carrera política. Esta estructura de selección determinará que solo un número limitado de candidatos cubrirá los requisitos del aparato dentro de las oportunidades institucionales abiertas, sin embargo, como veremos en otras secciones de este trabajo, el Partido Comunista Cubano no es la única puerta de entrada al proceso de selección; tanto las Fuerzas Armadas Revolucionarias como ciertas organizaciones de masas, la Unión de Jóvenes Comunistas y la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de La Habana, han tenido y tienen un papel relevante en este proceso.

El sentido formal (estructural), se complementa con la informalidad del proceso. Debemos considerar que los criterios formales se aplican en el reclutamiento inicial, pero una vez que se traspasa el primer filtro, la informalidad juega un papel que puede resultar determinante. A la selección se añade la depuración sistemática para cada uno de los niveles que integran a la clase política; no todos pueden llegar a los puestos de mayor jerarquía ocupados por la elite.

En este segundo momento, ya dentro de la estructura formal, el papel de los *porteros* se vuelve determinante para estimular la carrera ascendente de un recluta. Un portero se mueve en un marco formal pero muchas veces actuando con reglas informales. La actividad del portero —en su relación (formal-informal) tanto con la estructura como con el recluta— se denomina *patrocinio*. Para los teóricos del reclutamiento en estructuras democráticas, el patrocinio institucional suple al patrocinio personal, más característico de estructuras no democráticas o autoritarias. Nuevamente, tendremos que insistir que son las circunstancias de cada caso las que determinarán la ruta del análisis; también vale la pena señalar que quedarnos con el análisis estructural nos limitará a describir pero no a comprender bajo qué reglas se mueven los reclutas en su afán de competir para llegar a la cúspide.

La lógica del patrocinio es “a quien conoces” en lugar del “¿qué sabes?”, porque el reclutado casi siempre será un reflejo, al menos inconsciente, del patrocinador. Los porteros-patrocinadores son por lo general políticos de la elite en activo. En Cuba es el *círculo de hierro* el que cumple con esta función, pues el patrocinio es una expresión de poder e influencia, que para el recluta se expresa con las variables de oportunidad y promoción, para llegar a la elite de poder, que potencialmente le ofrece su patrocinador. El patrocinio en Cuba se manifiesta en la ocupación de puestos burocráticos dentro de la estructura del Estado (aunque en tiempos recientes se está abriendo otra posibilidad con la gerencia de alto nivel de las empresas mixtas y los *joint ventures* para la inversión). La competencia no es sólo por ocupar un cargo, representa también la cristalización de los valores sociales y de reconocimiento al mérito o por lo menos de lealtad hacia el

patrocinador. En cada una de las etapas establecidas para el reclutamiento y promoción, pueden existir diferentes patrocinadores o porteros, cuando el recluta se va relacionando y/o vinculando con círculos o grupos incrustados más arriba del reclutamiento inicial.

Para entender las variables de promoción es importante establecer una coordinación de varios niveles de entrecruzamiento que nos permita entender cómo funciona la cultura política; aunque esto no implica olvidarnos de las reglas formales establecidas por la institucionalidad burocrática. Podemos distinguir tendidos primarios y secundarios en la vida social y política del recluta, que pueden ir de los antecedentes familiares al círculo de amistades tanto de la familia como del otro espacio de socialización por excelencia, la escuela (en cualquiera de sus niveles). Estas relaciones, como señalamos, cumplen un papel de espacio de socialización para el reforzamiento de valores y comportamientos, pero también es un campo de observación donde el portero puede seleccionar informalmente a nuevos reclutas que inician el ciclo de reclutamiento y promoción, primero constituyendo y ampliando lo que denominaremos *red*, donde eventualmente, el círculo inicial se amplía o se fusiona con otras redes o grupos.

La red se da en todas las sociedades, sin importar su desarrollo, y se refleja en el funcionamiento de las instituciones; sin ellas, el objetivo de normalización de la estructura institucional se vería seriamente afectado porque el aparato no tendría control sobre sus miembros. Una red genera una lealtad entre sus miembros, ésta a su vez, asegura estabilidad para la propia elite, pues ésta no opera en el vacío ni siquiera cuando existe un ambiente autoritario. El portero cumple esa función en la medida que obtiene la lealtad de los miembros de reciente ingreso al

grupo. La red es lo que da forma al aparato y le da sentido a la institucionalización. Por ejemplo, la existencia de un sistema de redes es importante para los procesos de transición, por que sin ellas no podríamos asegurar una pluralización de las elites en el sentido democrático, ya que las redes tendrían que ocupar un lugar destinado a las distintas elites que se disputan democráticamente (electoralmente) el poder. El problema de la red es que nunca puede considerarse como estructura formal, pues su función es la de agrupar a un conjunto de individuos que comparten objetivos políticos, pero también valores y códigos éticos y lingüísticos para saberse mover en un laberinto lleno de trampas y salidas falsas como es el poder.

Variables de oportunidad

Los sistemas políticos presentan una gama de estructuras, el conjunto de ellas son lo que conforman un sistema. Dentro de esta gama se acomodan las variables de oportunidad, la cual nos indicará por que unas personas sí y otras no, obtienen una carrera exitosa dentro de la actividad política.

Estas variables no tienen que ver con las características formales del sistema, sino de las informales, es decir, se enfocan a las del portero-reclutador que junto con las estructuras sociales colocan a los reclutas en contacto con la organización formal y sus procesos de reclutamiento. En la relación de la formalidad con la informalidad, esta última ejerce una influencia mayor sobre el modo de cómo se hacen las cosas, quién las hace pero sobre todo quién las hace con más éxito. Estas variables están asociadas con los antecedentes de la élite y son indicadores útiles del posible lugar del reclutamiento político y de diferencias en el

ambiente estructural relacionado con el reclutamiento en una sociedad. Pero esto no explica cómo ocurre el proceso sólo dónde es probable que ocurra.

Quién realiza el reclutamiento y cómo lo realiza es más importante que las características atribuidas a los grandes grupos de elites políticas. Las tendencias recientes de la investigación se ha concentrado más en esas características compartidas por varios tipos de políticos más que en el proceso concreto de cómo se obtiene un puesto político, es decir, cómo se avanza en la vida pública y cómo se llega a la cúspide de la carrera política, y quién es responsable tanto en el reclutamiento inicial como en la promoción de la carrera. Es muy raro encontrar un estudio sobre la discriminación en el proceso concreto de reclutamiento; pero esos procesos son los más importantes y misteriosos para investigar. Es necesario examinar los vínculos informales para comprender en forma ampliada cómo el reclutamiento afecta al sistema político y cómo la estructura política afecta al reclutamiento.

Entre los factores más importantes que afectan al reclutamiento no está la competencia electoral, como sucede en los países con una estructura democrática donde la votación en elecciones periódicas son la única competencia política, en este tipo de sociedades son los mecanismos informales los que determinan e impulsan una carrera exitosa: las redes de colaboración, que pueden ser de orden generacional, familiar o profesional. Estamos hablando de la cultura política y los canales que se disponen para el reclutamiento así como el tipo de reclutadores.

En los sistemas autoritarios, los reclutadores provienen de los altos funcionarios. Una elite auto perpetuada escoge a sus sucesores; las sendas de reclutamiento están dadas por la escala burocrática y no por la competencia

electoral. Esta es una característica estructural donde el partido es muy débil; más que controlar a la burocracia, depende de ella debido al dominio del Ejecutivo (en este caso caudillo) sobre las otras ramas del aparato del Estado.

En este tipo de sistema, las cohortes generacionales tienden a exagerarse, por lo que la edad pasa a ser una variable importante. Los altos funcionarios en ejercicio determinan la composición del reclutamiento. La formación de “camarillas” en los ambientes universitarios hay un predominio de colegas porque se tiende a reclutar a los de su propio grupo de edad. Cualquier alteración en los patrones de reclutamiento primario como la edad, altera el reclutamiento de la próxima generación de líderes.

Por un lado está la estructura formal de reclutamiento, pero el vehículo de reclutamiento más eficaz se encuentra en la red de relaciones (familiares, generacionales, profesionales). Ahí se recluta y se depura a los miembros con aspiraciones.

La educación es una variable esencial del reclutamiento inicial. Se ha convertido en una variable universal porque es común a todas las elites, sin importar el grado de desarrollo de los países. En consecuencia la universidad es el espacio por excelencia para la formación de redes de colaboración con ese fin, empezando con los de la misma edad.

En la etapa intermedia de reclutamiento, la burocracia federal o central sustituye a la universidad como espacio de reclutamiento. Lo mismo sucede con la etapa final, cuando el aspirante llega a ocupar posiciones de relevancia e influencia en la burocracia. Aquí es necesario distinguir, que a diferencia de la etapa inicial donde predominan los aspectos informales, ahora son las estructuras formales las

EL ESPACIO TEÓRICO

que determinan el ascenso. Los canales institucionales que influyen en este proceso pueden ser muy diferentes entre una y otra etapa.

Capítulo II

El espacio histórico

La clase política cubana en la primera república liberal

En el presente capítulo se desarrollarán los entrecruzamientos que definen la construcción del poder y su ejercicio en Cuba durante la primera y segunda república como un proceso que abarca, sobre todo, a los grupos organizados políticamente cuyo objetivo es el ejercicio del poder nacional. Entender este proceso, contradictorio y complejo, contribuirá a mejorar la comprensión de la dinámica política que inició en 1902 con el nacimiento de la primera república cubana y, a partir de ella, los diversos ciclos políticos representados por élites en plena construcción y circulación. La aparición y desaparición de estas élites está condicionada por esta herencia que se prolongará por un poco más de medio siglo. El 20 de mayo de 2002 Cuba cumplió un siglo de existencia como república independiente, sin embargo, el acontecimiento no causó ninguna expectación como ocurrió con otra fecha simbólica para la historia cubana: 1898. Por lo menos esta efeméride produjo una serie de encuentros en ambos lados del Atlántico que buscaron por diversos medios no tanto celebrar sino reflexionar el impacto para la historia nacional cubana, pero también latinoamericana e incluso española, de la irrupción norteamericana como potencia interventora en la región.

Este conjunto de reflexiones¹, casi todas ellas del orden académico, coinciden en identificar 1898 como el punto de partida para comprender el siglo XX cubano, pero que, a su vez, ese momento no puede explicarse sin la prolongada guerra de independencia iniciada treinta años antes. Durante este periodo, las diversas estructuras que conforman Cuba entraron en un periodo de transformación que le daría la fisonomía al 1898 como hecho fundacional. Casi todos los historiadores contemporáneos del periodo coinciden en ver este proceso desde la formación del Estado nacional, sin el cual, la clase política no tendría una función o razón de ser.

La historia política, entonces, debe enfocarse a las estructuras políticas que hacen funcionar a la sociedad, sus características, etcétera, con el objetivo de identificar las continuidades de los elementos estructurales, independientemente de los factores internacionales, pues una estructura histórica es el resultado de procesos prolongados que difícilmente un acontecimiento coyuntural puede modificar de un día para otro. El peso de la historia —sin pretender ser deterministas— influye en las respuestas que las coyunturas nos proporcionan, de tal manera que buena parte de lo histórico puede verse como una continuidad o, mejor dicho, como transiciones de procesos inacabados.

Si 1898 es el punto de inflexión para valorar el periodo inmediato anterior, 1959 se convertirá en ese nuevo anclaje que nos permitirá valorar su antecedente, el que se abre con la intervención norteamericana en la guerra de independencia

¹ Véase, por ejemplo, las memorias del Congreso Internacional *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, Ediciones Doce Calles, 1996 y las Actas de las I Jornadas sobre Cuba y su historia tituladas *Cuba la perla de las Antillas*, Madrid, Ateneo de Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Ediciones Doce Calles, 1994. Sobra decir que los congresos de americanistas de esos años si no fueron dedicados a este tema, por lo menos tuvieron un apartado para él.

que los cubanos libraban contra España y se dilata, en mayor o menor medida, con los reacomodos políticos de la década de 1930 cuyo punto culminante será la Constitución de 1940.

Por su parte, 1959 es el producto de ese proceso republicano del liberalismo cubano del primer medio siglo de vida independiente. La justificación de estudiar ese periodo salta a la vista en la medida que el pasado va cobrando existencia en el presente para explicarnos realidades que deben su expresión a procesos dilatados.

El periodo del liberalismo republicano cubano (1902-1962) puede verse, desde un ángulo político, como la historia de una clase política en su formación como tal. La república liberal abarca dos fases unidas por este proceso; la primera (1902-1933) es el tiempo de la conformación de una naciente clase gobernante que tuvo que lidiar con las limitaciones estructurales de su propio país en la construcción del Estado nacional, marcando las características de las redes políticas que le darían sustento, donde –en buena medida, pero no como condición fundamental– la experiencia insurreccional en el Ejército Libertador o la representación política en la Asamblea de la República en Armas, sería el espacio de socialización para el ejercicio de la carrera política en sus diversos niveles, así como para la circulación de las elites, ya sean moderadas, liberales o conservadoras.

El traslado del poder en 1898 se dio entre actores políticos que representaban amplias fuerzas sociales que van de la elite económica ligada al poder colonial a los diversos grupos representativos del movimiento separatista, tanto revolucionarios como el Ejército Libertador, hasta los representantes del llamado “anexionismo” y “autonomismo”. El anexionismo representaba una

solución “externa”, por definirla de alguna forma, en la medida que buscaba una salida política por medio de un *pacto* que requería la existencia de un poder externo que garantizara esta construcción y su funcionamiento². Así, en las primeras décadas de existencia de la república las tensiones entre estas fuerzas habían impedido, paradójicamente, fijar las líneas de la transición hacia cualquiera de estos polos.

La siguiente etapa (1933-1959) iniciada por la revuelta de sargentos y estudiantes, marca el fin del liberalismo oligárquico producido por la generación de los generales del Ejército Libertador e inicia una importante apertura al ampliar el acceso de las capas medias a las elites políticas, así como una nueva configuración de las redes políticas que le darán sustento, aunque sin alterar la característica básica de la etapa anterior: la apropiación de los recursos públicos para sostener una base social de apoyo y generar una burguesía alrededor de los proyectos del Estado, salida de la propia elite gobernante.

Nuevamente tenemos que la elite emergente se socializa en este acontecimiento y también en el activismo universitario que le antecede; el rompimiento estético de un grupo de poetas (representado por el grupo Minorista) de mediados de los años veinte se convertirá en compromiso político universitario que se sintetiza en la acción para la transformación, iniciando con ello un nuevo modelo político tanto individual como en términos del “aparato” que sustenta la acción individual. Con la revuelta de 1933 se gestará el modelo revolucionario de 1959. Es su antecedente y como tal, su reivindicación.

² De estas condiciones estructurales, históricas, tomaremos el significado de “pactismo” al referirnos a esa tendencia de solucionar las disputas políticas a través de un garante externo.

En ambos casos observamos que la aparición y desarrollo de las elites políticas tienen como contexto el Estado nacional; en la medida que éste se desarrolla, veremos que las bases de la política en Cuba se originan con el propio Estado nacional, sin él, la actividad política no tenía posibilidades de ser una realidad, como bien observaron los dirigentes políticos de la primera república. Se requería de un Estado para crear una clase política.

El papel jugado por las diferentes elites políticas en esta historia no es un producto circunstancial sino el resultado de un pasado estructurado que hereda las circunstancias en un marco que conocemos como historia. Es esa herencia histórica donde el historiador debe moverse para realizar su trabajo, el de la comprensión y explicación de las circunstancias en un proceso político. Las elites cubanas no son ajenas ni están por encima de su historia; se mueven y actúan acorde a un parámetro histórico que requerimos presentar para explicar no sólo su circunstancia sino también su propia dinámica como actor histórico.

Las elites cubanas, sin importar más allá de su ámbito político, son el producto del cruzamiento de diversos procesos que van de la modernización económica, donde la caña de azúcar tiene un papel predominante, a la transformación política que la propia guerra de independencia (en sus diferentes fases) introduce en la isla, destacando la idea de la identidad política autónoma, ya sea por medio de una república independiente producto de una guerra revolucionaria o por una fórmula de autonomía de gobierno dentro del propio imperio español, mediante reformas graduales que en buena medida respondían a las exigencias de la propia guerra interna. A estas dinámicas internas habrá que añadir otra, tal vez la más estudiada, en la medida que definió la construcción y

ejercicio del poder político nacional: la influencia de los Estados Unidos como realidad dominante en los asuntos cubanos desde 1898. La primera y segunda república cubana tendrá que lidiar con esta situación como su problema político fundamental, es decir, con la formación de una clase política –y dentro de ella una élite- capaz de ejercer la soberanía nacional de manera independiente. Este será el punto medular de toda ecuación política en las dos primeras repúblicas cubanas del siglo XX y el punto de articulación de la clase política.

La estructura colonial

La estructura sociopolítica cubana moderna se origina desde finales del siglo XVIII y se consolida a todo lo largo del siglo XIX. La estratificación de la pirámide social cubana debe verse a través de la propiedad de la riqueza. En ese sentido, la clasificación étnica de la población no es el mejor criterio para describir este fenómeno, pues el color de la piel no es sinónimo de clase social y tampoco de su nivel de riqueza, parámetro este último el que determina en realidad la estratificación de cualquier sociedad. Ateniéndonos a esta medición, la sociedad cubana que transita por el lindero de la colonia y la república, está dividida por la propiedad entre quienes la poseen y quienes no tienen acceso a ella. Las clases sociales cubanas se estructuran alrededor de la fuente de la riqueza: el azúcar; lo mismo podíamos decir de las relaciones sociales que emanan de esta estructura, sin importa el origen racial de su población. La tradicional oposición entre lo criollo y lo peninsular y entre éstos y lo negro para explicar la organización social se basan

en una noción estamentaria de otros tiempos coloniales, que para entonces Cuba ya había rebasado³.

La economía azucarera demandó de una organización de la propiedad y de las clases sociales acorde con una economía de exportación. La base de esta estructura está ocupada por una masa campesina dependiente de la principal fuente de riqueza, el azúcar, en sus diversas etapas, ya sea en su cultivo y cosecha. Pueden ser cultivadores o arrendatarios de la gran propiedad agrícola; paralelo a ellos coexisten propietarios pequeños o medianos. En ambos casos se confluye hacia el ingenio o central, la unidad productiva donde se procesa la caña y se convierte en azúcar, ocupando mano de obra del campo en periodos estacionales determinados. La economía azucarera genera esta estructura desde el último siglo colonial y las particularidades de otros ámbitos o niveles como el político y el cultural. Las relaciones sociales y políticas entre las diversas clases sociales en este contexto estarán matizadas por la relación colonial que el azúcar forjó en la conciencia y los actos de la elite económica así como en el resto del cuerpo social. Producto de una economía para la exportación⁴, el sistema azucarero no estimula un mercado interno, condición indispensable para el nacimiento del Estado moderno, y con éste, de una clase política que se justifica con el ejercicio de la

³ Sin embargo, esto no quiere decir que dejara de existir la exclusión social hacia los afro cubanos, y que la integración de una sociedad multirracial fuera una realidad. La población de color tenía ante sí una doble carga, pues la pobreza sí tenía una fuerte dosis racial. Como en toda sociedad producto de la economía de plantación –Brasil sería el otro gran ejemplo en América Latina –, la negritud no fue considerado un elemento constitutivo de la nación hasta los estudios antropológicos del siglo XX de Fernando Ortiz y Gilberto Freyre para ambos casos.

⁴ El negocio del azúcar, visto como una industria desde su implantación moderna por Arango y Parrero a finales del siglo XVIII, se concibió para exportar, pues para ser un “negocio” debía buscar el mercado internacional: “Cuba no tiene otra alternativa que esta: o perecer o poder vender su azúcar al extranjero sin interrupción ninguna”. Francisco Arango y Parrero, *Discurso sobre la agricultura de La Habana y los medios para fomentarla*, 1792. El texto puede leerse en Beatriz Bernal (1994) y Javier Rodríguez (1990).

soberanía del Estado. Ahí está la clave para entender su desapego hacia la independencia política, a lo más que aspira es a la autonomía administrativa al lado de una élite colonial destinada hacia ese fin⁵.

Otro aspecto importante de esta peculiaridad estructural estaría en las políticas del gobierno español. La política cubana de Madrid fue un reflejo de la influencia de esta élite nativa con raíces e intereses fuera de la isla, tanto en España como en Estados Unidos y Gran Bretaña. La política aduanera española en Cuba es un buen ejemplo de esta imbricada relación del siglo XIX donde la élite no adquiriría su connotación nacional, es decir, plenamente cubana. Como los procesos sociales no son tan rápidos, la conformación de los grupos económicos de élite cargarán con ese pasado aun en el siglo XX: una élite que no se sentía plenamente nacional y que prefería navegar en la ambigüedad que le proporcionaba un esquema colonial en transición, primero con España y posteriormente con Estados Unidos. Asumir una solución plenamente nacional implicaba el riesgo de perder su propia fisonomía como élite económica. Así vemos como a partir de la década de 1830 el papel de los capitanes generales españoles (Miguel Tacón, José Gutiérrez de la Concha, por citar a los más representativos), es decir, de los políticos gobernantes, configuran su papel fundamental: ser la correa de transmisión entre los intereses locales con la

⁵ El citado Arango y Parrero definiría el paradigma político de la elite azucarera en sus *Reflexiones de un habanero sobre la independencia de esta isla*, subordinación política y dependencia al lazo colonial, al comparar a Cuba con un infante inexperto e ingenuo que se enfrenta a un mundo peligroso: "... si en su infancia y aun en su adolescencia, se conserva en un estado de subordinación y quietud en que se conserva el hombre que quiere ser algo después; pero si se trastorna este orden, le tocará de seguro la suerte que al joven incauto, que antes de tiempo quiere gobernarse por sí mismo, y dar rienda suelta a sus pasiones: le sucederá mucho más; porque éste al menos no tiene lejos ni cerca enemigos que le ataquen, y Cuba los tendrá sobre sí de diferentes clases en el momento en que trate de cualquier revolución". Véase Aguirre, 1990: 102.

metrópoli⁶. Un siglo después, la visión del papel de la élite política seguía siendo el mismo: correa de transmisión de intereses locales con fuertes vínculos exteriores, ahora principalmente con los Estados Unidos.

En el siglo XIX, con la modernización y desarrollo de la economía de plantación, no existen las condiciones para el surgimiento de una elite política que aglutine a la nación como tal; podemos hablar de una exitosa elite económica que requiere de la articulación de sus intereses con España como conductora de este proceso, que por otra parte, define el reclutamiento político en la propia metrópoli, dejando a un lado a los criollos cubanos⁷.

La articulación política de elite en Cuba tendremos que buscarla en esa unión indisoluble tanto en la isla como en España a través de tres grandes sectores: Los propietarios de ingenios azucareros, casi todos cubanos, es decir, criollos, pertenecientes a las familias tradicionales de mayor linaje social, que no controlaban el comercio y que terminarían cobijándose en el sistema colonial y, en cierta medida, impulsarían el llamado anexionismo después del primer intento insurreccional en 1868. El segundo grupo estaba representado por los comerciantes, tanto de esclavos como del tráfico comercial en general, sobre todo vinculados a dos ejes económicos y financieros: Estados Unidos y Gran Bretaña. De este grupo, muchos transitarían hacia el ingenio azucarero, razón y centro de la

⁶ No era inusual que algún Capitán General de Cuba se transformara, de la noche a la mañana, en hacendado azucarero. Por ejemplo, el Capitán General Luis de las Casas se convirtió en flamante propietario del ingenio azucarero “La Amistad” al poco tiempo de arribar a Cuba para presidir el gobierno local. La asociación de los altos funcionarios políticos españoles con hacendados locales era visto como algo normal para la época.

⁷ “Esa ha sido y será siempre mi profesión de fe en la presente materia: defender con todo vigor los derechos de esta isla y sostener con el mismo su unión con la Madre Patria”, sostenía Arango y Parrero en “Al público imparcial de esta isla”; más adelante añadía: “... yo seguiré imperturbable cumpliendo con lo que debo a mi patria y nación. Solicitaré para aquella, con constancia y con denuedo, todas las ventajas posibles, y me valdré de este medio y cuantos estén a mi alcance para hacer indisoluble su unión con tan digna madre.” Citado en Aguirre, 1990: 100-101.

economía cubana; políticamente favorecían sus intereses al buscar una mayor participación de los Estados Unidos e Inglaterra en los asuntos cubanos; conformarían el núcleo fuerte del “anexionismo”. El tercer grupo lo componían las grandes fortunas, también o invariablemente ligados a la trata de esclavos y el control de los intereses comerciales portuarios, pero que tenían como vinculación internacional a la propia metrópoli en España, al igual que mantenía fuertes lazos con la administración colonial local. Su postura política se identificaba con los intereses de la metrópoli porque eso la fortalecería como grupo en relación a los dos anteriores. Cada uno de estos segmentos correspondía a los ciclos de consolidación de la riqueza nacional cubana iniciada con la introducción del azúcar desde finales del siglo XVIII. En términos culturales, la elite estaba compuesta por peninsulares, españoles por nacimiento, que pese a sus diferencias sociales se sentían unidos por su origen común y por la idea del futuro de Cuba como colonia española. El grupo criollo, descendientes de españoles, los nacidos en Cuba, pero que guardaban lazos familiares, culturales, lingüísticos, étnicos, etc., con los primeros. Los criollos se encontraban en una situación que los imposibilitaba a participar en el gobierno de los asuntos públicos. El sistema colonial español no reclutaba entre los criollos isleños sus cuadros administrativos, a decir verdad, no existía un sistema de reclutamiento que diera la oportunidad a los cubanos para entrenarse en el ejercicio del gobierno; la verdadera élite política colonial vendrá de España, nunca de la propia Cuba.

El criollo como grupo nacional era heterogéneo y la mayoría de las veces contradictorio; en él encontramos familias propietarias de ingenios azucareros, pequeños propietarios agrícolas, comerciantes mayorista y minoristas,

intelectuales, artistas, etc., pero también incluía a los llamados “guajiros”, campesinos colonizadores que vivían al mínimo en la frontera agrícola. Este grupo será el más dinámico en la participación política, primero en la guerra de independencia, y posteriormente en la república; de sus filas saldrán los intelectuales y soldados más importantes que dominarán el escenario político. En la base encontramos a los afrocubanos, todos descendientes de africanos llevados a la isla para trabajar en los ingenios; era el grupo con menos diferenciación social y cultural; todos compartían su condición y debido a su corta esperanza de vida, les era imposible integrar un grupo con mayor homogeneidad. La composición de esta amplia base social será un problema para la construcción de una cultura nacional, que todavía en el siglo XX estará presente: la población criolla desconfiaba de la población de color por el temor a la sublevación negra que, al igual que en Haití, podría “negrizar” al país. En esos momentos, la primera noción de lo nacional cubano será lo que se entiende por *criollo*, es decir, la aclimatación de la cultura peninsular hispana al temperamento tropical, proceso que llevaba tres siglos.

Fue la élite económica la que mantuvo la estabilidad en beneficio de sus propios intereses que coincidían con los de la metrópoli. La relación colonial de Cuba con España se debe interpretar a partir de estas articulaciones económicas locales que encontraron conexión del otro lado del Atlántico. Fue una relación entre élites, por un lado, económica (Cuba) y por otro política (España); la confluencia de estos intereses define en buena medida el siglo de más que Cuba tuvo como colonia española.

La actitud de la elite económica es la de adaptarse a las situaciones: primero España, luego los Estados Unidos. La crítica a su colaboracionismo con los poderes

extranjeros puede explicarse por esta visión de su propia situación y futuro. Si entendemos esto como una cuestión de percepción, tendríamos que decir que para la élite económica esto no era un “problema” en la medida que la colaboración con el extranjero representaba su propia sobrevivencia. Así, primero los españoles y luego los norteamericanos no eran un peligro, sino por el contrario una nueva oportunidad de negocios. El futuro de la elite económica cubana o hispano cubana no estaba por la articulación de una comunidad cultural que después se mostrara en una nación soberana, para ellos, la posesión del capital era la única divisa valedera como signo de distinción social o racial. Al siglo XIX cubano podemos verlo como una amplia transición económica que favoreció a la formación de una elite pero que, al mismo tiempo, no tuvo la fuerza o interés por completar el círculo en el ámbito cultural y desde luego político. Esta elite estaba negada, estructuralmente, para continuar como la rectora de la sociedad cubana, papel que los administradores coloniales españoles dominaron y que tras las guerras de independencia las capas medias tratarían de ocupar al diseñar una nación por medio de la insurrección revolucionaria. Desde 1868 Cuba se encuentra en un compás de espera: transición económica y consolidación política de grupos emergentes, alternos a los grupos de la tradicional elite colonial. Para 1902, al nacer la república cubana, un abanico de estos grupos se transformaría en el primer grupo gobernante del país.

Al mismo tiempo, esta contradicción marcará las relaciones entre la elite económica —que prefería la salida pactista, que le aseguraba un margen de autonomía política pero que nunca buscaría ir más allá— y las clases medias urbanas y rurales incorporadas al proceso de formación nacional, cuyo punto de

partida estaba en el ejercicio de la soberanía nacional, es decir, fincado en la independencia de una nación no solo cultural sino, y por encima de ella, una comunidad política nacida de la idea de ciudadanía republicana. La fricción entre estas posturas será la tónica dominante en la política cubana post-insurreccional: primero en 1898, pero también en las fechas importantes de la historia política, a saber, las intervenciones norteamericanas en las primeras décadas del siglo XX, que coinciden con los ciclos políticos de revueltas de un inestable sistema político, alargándose hasta 1933 como punto de apoyo para terminar en 1959 como extremo definitorio de un nuevo contexto acorde a las transformaciones sociales y políticas de la región latinoamericana dominada por el nacionalismo revolucionario.

La intervención norteamericana en la guerra de independencia en 1898 traería graves consecuencias a la consolidación de la clase política y su elite dirigente, representada por los oficiales de más alto rango del Ejército Libertador. Interrumpida por la presencia norteamericana, la independencia cubana quedaría en buenos deseos ante la imposibilidad política de construir un verdadero Estado nacional. Jurídicamente se proclamaría una república, con su constitución, su división de poderes y la elección de sus autoridades, sin embargo, éstas no ejercían un poder soberano en la medida que estaba subordinada a un poder externo, es decir, el gobierno de los Estados Unidos⁸.

⁸ Para este problema puede verse López, 2003, en especial el capítulo II, donde se argumenta la imposibilidad del ejercicio soberano como condición indispensable para el funcionamiento de una elite política a partir del marco nominal de la política moderna, el Estado nacional. Al disolver las instancias creadas para este ejercicio como el Partido Revolucionario Cubano y el Ejército Libertador al igual que su Asamblea de Representantes, los propios cubanos se limitaron al respecto, además que la Constitución de Yaya validada por la representación revolucionaria le daba legitimidad para formar un gobierno nacional una vez terminada la dominación española en Cuba. El tratado firmado entre Estados Unidos y España en París en agosto de 1898, establecía la formación de un gobierno de intervención norteamericano a fin de facilitar el tránsito a un gobierno

El pacto neocolonial

Son dos los hechos que nos explican la crisis permanente de la representación política en la primera república cubana: el primero es la disolución de toda la organización política y militar diseñada para la independencia, es decir, el Partido Revolucionario Cubano y el Ejército Libertador. El otro hecho es la condición norteamericana para permitir el nacimiento de la república y que se conoce como la Enmienda Platt, donde se establece el límite al ejercicio de la soberanía por medio de una tutela. En ambos casos veremos que la clase política cubana no asume su condición de independiente y, en consecuencia, el verdadero papel dirigente de un Estado Nacional. Aquí se encuentra el verdadero problema del funcionamiento de una elite dirigente.

La disolución de las dos instancias creadas para fundar al Estado cubano independiente: el Ejército Libertador y la Asamblea de representantes, emanada de los delegados del Partido Revolucionario Cubano será una consecuencia del sistemático rechazo norteamericano a no reconocer autoridad en ese tipo de organizaciones y, al mismo tiempo, mostrará la fragilidad de una clase política incapaz de establecer el consenso necesario para enfrentar el nuevo reto que representaba la tutoría norteamericana sobre los asuntos cubanos. El asunto es, sin duda, medular y se tornaba más grave de acuerdo a lo establecido por la propia soberanía de la Asamblea de representantes, y consignada en la Constitución de Yaya, donde se le asignaba a ésta la función de constituirse en gobierno una vez producida la evacuación española de la isla.

cubano; una de las primeras medidas del gobierno interventor fue la de desarmar a la población, que en realidad significaba la disolución del Ejército Libertador.

El esquema de la intervención norteamericana, sin embargo, no era del todo repelente a la participación cubana, pues muchos veteranos revolucionarios participarían en diversos niveles de la administración de la intervención⁹, situación que contribuyó a consolidar la carrera política de esta generación que asumiría posiciones relevantes en el gobierno republicano y, en general en toda la actividad política. Lo repelente estaba en reconocer a los cuerpos organizados que emanaran de la soberanía de los isleños, como era el caso de la Asamblea y el propio Ejército Libertador, ambos aglutinados en el Partido Revolucionario Cubano. La incorporación en las tareas del gobierno de la intervención marcaría una constante en la política cubana: la administración pública, en sus tres niveles, sirvió a las distintas elites políticas que se sucedieron desde entonces, como el canal de movilidad social más solicitada y del cual aprovecharon para sostener sus propias carreras¹⁰.

Aunado a este hecho estructural, las contradicciones y fricciones entre la Asamblea y el Ejército no resultaron la mejor forma de contener y enfrentar la usurpación de las funciones soberanas que los gobernadores militares

⁹ El general John Brooke incorporó como gobernadores a los generales del Ejército Libertador Demetrio Castillo Duany (Santiago), Lope Recio (Camagüey), José Miguel Gómez (Las Villas), Pedro Betancourt (Matanzas), Juan Rius Rivera (La Habana) y Guillermo Dolz (Pinar del Río). El dato es interesante porque la mayoría de ellos tendrían un papel destacado en la política republicana hasta la revolución de 1933, configurando la primera elite política nacional, sustentada en su base provincial. El cargo de gobernador les ayudaría a consolidarse en ese papel. También es importante notar que fue la primera generación cubana que se le permitió participar en la administración del gobierno, a diferencia del esquema español que nunca reclutó a los cubanos para tal fin, los norteamericanos aceptaron su participación e involucramiento en la administración que daría paso a la república, lo mismo a quienes habían ocupado cargos importantes durante la última administración colonial española.

¹⁰ La situación de crisis económica de las clases medias, sobre todo la rural, como grupo social emergente, se torno difícil en este momento pues muchos veteranos se vieron privados del sustento al encontrarse que sus propiedades habían sido embargadas durante el periodo de la guerra. La carrera política como parlamentario o funcionario electo, o bien el servicio en la administración pública como burócrata municipal, estatal o nacional, se abren como las únicas opciones de ocupación laboral para los desmovilizados del Ejército Libertador o la Asamblea de Representantes, de tal manera que existe una justificación que explica esta situación.

norteamericanos estaban por iniciar. En efecto, a través de un *Bando* emitido cinco días después de asumir como gobernador de la intervención, el general John Brooke anunciaba la desmilitarización de la población, o en otras palabras, anunciaba la desmovilización de los efectivos del Ejército Libertador. Confundidos y, a veces, contrapuestos en los fines que perseguían, ni los civiles de la Asamblea ni los militares del Ejército comprendieron, a excepción de Máximo Gómez, la utilidad de una fuerza organizada para defender el interés nacional¹¹. El desarme del Ejército Libertador, de hecho, se venía negociando al poco tiempo del armisticio con España. A finales de enero de 1899, Tomás Estrada Palma había enviado a Gonzalo de Quesada para acompañar al representante del presidente Mackinley, Robert Porter, a entrevistarse con el general Gómez para que aceptara tres millones de pesos como indemnización del Ejército¹².

Al mismo tiempo, la Asamblea gestionaba un empréstito con el mismo fin. Una agria polémica entre Gómez y la Asamblea terminaría por sellar el destino de ambos al destituir del mando militar al primero y aceptar la disolución de las

¹¹El general Gómez escribió a la Asamblea: “No creo que ahora, que ha llegado el momento, se deba perder un solo minuto de tiempo en emprender esa obra, *único medio para concluir la labor y despedir al poder extranjero*, —para mí injustificable y que a la larga constituye un peligro para la independencia absoluta de Cuba—, que ejerce en esta tierra. Si motivos que yo no alcanzo a penetrar, cohíben al pueblo cubano de alcanzar su soberanía sobre la tierra conquistada [...] orillemos aquellos hasta conjurarlos y no levantaremos las manos de la obra hasta tanto dejarla terminada”. Por su parte, la Comisión Ejecutiva de la Asamblea, respondió que: “En los diez días escasos que han transcurrido desde su toma de posesión, se ha adelantado bastante en el camino de la comprensión e inteligencia entre el general Brooke y los elementos voluntarios, y la Comisión no piensa que sea necesario afirmar que *se llegará a una intimidad tan grande de relaciones que la misma facilitará y abreviará el tránsito de la ocupación militar al gobierno independiente*, única solución que satisfará plenamente las justas aspiraciones del pueblo de Cuba”.Cursivas nuestras. Véase, FAR, 1985: 517-18.

¹²A veces resulta contradictorio explicar ciertas situaciones. En este caso, el mismo Gómez había externado la posibilidad del licenciamiento del Ejército Libertador a condición de una indemnización para cada uno de los soldados cuando hizo pública la “Proclama al pueblo de Cuba” poco después de la derrota militar española. Esto, sin duda, convertiría la posibilidad en una realidad cuando los norteamericanos se movieron por ese camino.

fuerzas insurgentes, con lo que poco tiempo después la misma Asamblea no tardó en seguir el mismo camino.

El 12 de marzo de 1899, en el punto más álgido entre la disputa de Gómez y la Asamblea, el pleno de ésta aprobó la destitución del primero como Jefe del Ejército Libertador. Previamente, varios miembros de la Asamblea hablaron con Gómez para convencerlo de la intención del préstamo gestionado por ésta, a lo que el generalísimo se negó a aceptar como algo conveniente para el futuro de la república; de vuelta a la Asamblea, una tempestad política se desató; la mayoría pidió —y obtuvo— la cabeza de Gómez como jefe del Ejército¹³.

Un mes después, el 14 de abril, la Asamblea decidió disolverse ante la imposibilidad política de continuar con su cometido. La desaparición del Ejército Libertador se obtuvo sin su consentimiento, cuando meses antes el mismo general Gómez aceptó la propuesta norteamericana de la indemnización por tres millones. El reconocimiento de la soberanía que representaba la Asamblea no pudo establecerse ni enviando una comisión a Estados Unidos para tal efecto, razón por la cual tampoco pudo concretar un empréstito. La Asamblea sólo tuvo éxito al nombrar una comisión para colaborar con las tropas interventoras mientras éstas iban ocupando el país, así que una vez que se completó esta tarea, su razón de ser estaba acotada por los espacios que la propia intervención le dejara. La disolución de la Asamblea y del Ejército situó en el limbo y la dependencia política a las

¹³“Extranjero como soy —decía—, no he venido a defender a este pueblo como un soldado mercenario [...], pero en dondequiera que el destino me obligue a pintar [sic] mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo...” Véase Márquez Sterling, 1969: 306. Máximo Gómez nació en Bani, Santo Domingo, en 1836 y murió en La Habana en 1905.

fuerzas que nunca atinaron a verse a sí mismas como una clase dirigente, pese a tímidos intentos por tratar de hacerse oír¹⁴.

Ante este desplome, el universo político de la clase política cubana, generado a partir de la fundación del Partido Revolucionario Cubano y del Ejército Libertador y de la Asamblea de representantes como extensiones de aquel, tiene que reacomodarse de acuerdo al espacio que el nuevo núcleo gravitacional les deja libre, en esta caso, la colaboración con las fuerzas de ocupación norteamericanas como funcionarios de esta estructura.

Al terminar el primer año de la intervención, un nuevo gobernador sustituye a Brooke. El también general Leonard Wood se encargaría del gobierno de la isla, preparando el tránsito hacia el primer gobierno republicano. En este tránsito encontraremos el otro hecho que impedirá el ejercicio soberano de una elite política. La organización de un marco jurídico para la nueva república, es decir, una Constitución, permitirá crear un espacio legal para la intervención. Para ello, Wood pidió a las distintas fuerzas políticas locales discutir un código electoral que hizo publicar en abril de 1900, con miras a celebrar las elecciones municipales que constituirían los ayuntamientos, cuyos cargos desde la ocupación eran ejercidos de acuerdo a nombramiento del gobierno interventor. En el ámbito político, varias agrupaciones se formaron desde el momento mismo que se empezó a hablar de elecciones municipales: la Unión Democrática y los partidos Nacional y Republicano, participando en el proyecto del código electoral. Estas fuerzas tenían

¹⁴En diciembre de 1898 la Asamblea creó una Comisión, encabezada por el general Calixto García, con el fin de viajar a Washington para establecer lazos formales con el gobierno norteamericano. Esta Comisión nunca fue recibida en forma oficial pero se le rodeó de muchos encuentros informales con legisladores, diplomáticos y otros funcionarios. Durante su estancia en la capital norteamericana, el general García murió inesperadamente, antes de terminar la misión encomendada por la Asamblea.

dos orígenes, por un lado, las dispersas fuerzas de lo que fue el Partido Revolucionario Cubano y, por el otro, los resabios del liberalismo autonomista.

La Unión Democrática, encabezado por el general revolucionario Eusebio Hernández, representaba la conjunción de esas dos órbitas repelentes durante la guerra de independencia y que ahora, de acuerdo a las circunstancias, tendía un puente con el pasado¹⁵. Los nacionales y republicanos estaban constituidos por los veteranos de la independencia y no se diferenciaban substancialmente en sus programas. A decir verdad, la única discrepancia entre las tres agrupaciones políticas sería el espinoso y traumático asunto de la presencia norteamericana en la vida cubana, situación que prevalecerá en el sistema político hasta mediados del siglo XX.

En abril de 1900, el general Wood, en calidad de gobernador militar de la isla, publicó la ley electoral con la cual se contendría para las próximas elecciones municipales. El Código Electoral era excluyente pues establecía que podrían votar únicamente los cubanos varones mayores de 21 años, alfabetos y propietarios en por lo menos 250 pesos, se exceptuaba de este requisito a los veteranos del Ejército Libertador. Sin embargo, se eliminaba a los negros y blancos pobres que no tenían instrucción, además de no poseer bien alguno. Con una población de poco más de un millón y medio de habitantes, solo podrían votar el 16 de junio 150,648 electores, de los cuales ejercieron el voto 110,816, es decir, el 7% de la población total del país. La representación política oligárquica no sería modificada por varias décadas; esta sería una de las causas de la alteración del esquema republicano que incorporaría nuevas representaciones.

¹⁵En la Unión Democrática ingresarían notables personalidades del autonomismo colonial como Rafael Montoro y Eliseo Giberga.

Un mes después, Wood publicaría la convocatoria para la integración de una Asamblea Constituyente que debería redactar la Constitución de la república y, en palabras de McKinley, “acordar con el gobierno de Estados Unidos en lo que respecta a las relaciones que habrían de existir entre aquél y el gobierno de Cuba”.

El 5 de noviembre se iniciaron los trabajos de la Constituyente; al abrir el periodo de sesiones, Wood leyó un discurso en inglés donde advirtió a los legisladores sus obligaciones, a parte de las señaladas anteriormente, les recordó que su autoridad era limitada y que no podían participar en el gobierno de la isla. Acto seguido abandonó el recinto para dar inicio a las sesiones.

El 12 de febrero, el Congreso nombró una comisión¹⁶ para redactar un proyecto sobre el contenido de las relaciones de Cuba con los Estados Unidos. Al entrevistarse con Wood, éste les informó de las condiciones norteamericanas para este espinoso punto. En una excursión a la Ciénaga de Zapata, Wood les mostró a los comisionados cubanos un comunicado oficial firmado por el secretario de Guerra norteamericano Ellihu Root, donde se consignaban estas condiciones¹⁷.

Alarmados por las exigencias norteamericanas, los cubanos regresaron al Congreso, donde informaron de lo sucedido. Mientras los constituyentes debatían acaloradamente, en los Estados Unidos, otra instancia legislativa discutía y aprobaba con celeridad el mismo asunto. El martes 26 de febrero, el senador Platt

¹⁶Juan Gualberto Gómez, Manuel A. Silva, Gonzalo de Quesada, Enrique Villuenas y Diego Tamayo, formaban, junto con el presidente de la Asamblea, Domingo Méndez Capote, esta comisión.

¹⁷Aunque no se conocen detalles de esta conferencia, se sabe que Wood leyó a los comisionados la carta que Root le había enviado el 9 de febrero de 1901, donde se decía: “Primero. Autorizándolos [a los norteamericanos] a intervenir en Cuba si corriera peligro la independencia de la isla o se viera en grave daño la vida y las propiedades de sus habitantes; Segundo. Prohibiéndoles a los cubanos celebrar tratados con poderes extranjeros que menoscabaran su independencia o contraer empréstitos que hipotecaran sus ingresos ordinarios y; Tercero. Poner en condiciones a Estados Unidos de mantener la independencia de Cuba y su pueblo, así como su defensa, cediéndole en su territorio las tierras que fueran necesarias para carboneras o estaciones navales que convinieran con el gobierno de Washington”. Véase Márquez Sterling, 1969: 316.

presentaba un proyecto, donde se fijaba el presupuesto del ejército para 1902, y que contenía, esencialmente, lo que Wood había comunicado a los comisionados cubanos. Una semana después, el mismo presidente McKinley la firmaba para darle carácter de ley.

Una honda preocupación corrió por toda la clase política cubana. El asunto de las relaciones con Estados Unidos eran tan importante que dividió a los partidos políticos representados en el Constituyente; por ejemplo, el Partido Republicano y la Unión Democrática se mostraron de acuerdo con aprobar el “apéndice” a la Constitución como lo querían los norteamericanos, mientras que el Partido Nacional se manifestó opuesto. Al calor del debate muchos representantes cambiaron su opinión a favor de los nacionales, presentando una mayoría contra la aprobación, acordando enviar a una comisión a Washington para explicar su oposición a los términos contenidos en la llamada Enmienda Platt.

Al llegar a Washington y ser recibidos por Root, el presidente de la comisión, Domingo Méndez Capote, le preguntó si Estados Unidos partían de un supuesto derecho a intervenir en Cuba. La respuesta de Root dio pie a un diálogo donde se mostrarían, sin ambages, el tipo de relación que esperaban los norteamericanos: “Por supuesto —replicó Root—; desde hace tres cuartos de siglo los Estados Unidos han proclamado ese derecho a la faz del mundo americano y europeo y han negado a otros Estados hasta la intervención amistosa en los asuntos cubanos” .A otra pregunta de Méndez Capote sobre la “esencialidad” de la exigencia de las estaciones navales, Root contestó afirmativamente, dejando como objeto de futuras negociaciones el número de ellas, “cuando vuestro gobierno esté constituido”.

Los comisionados cubanos, bautizados por la prensa norteamericana como el “Comité de los cinco”, poco pudieron hacer para hacerse oír, muchos menos para revertir la decisión ya tomada. Uno de los miembros de los cinco, Pedro González Llorente, empezaba a reflejar la impotencia de la clase política cubana al comentar la impresión que le causaba el presidente McKinley frente a los gobernadores españoles en Cuba:

Estos generales se aficionaron al despotismo y a la mano de hierro; no lo negaré. Mas tampoco he de negar que a lo mejor se convertían en pobres diablos, a quienes los insurrectos zurraban de lo lindo. Yo, francamente, jamás les tuve miedo. Miedo, en cambio, y muy serio, me lo infunde Mc Kinley, aunque no sea general ni español, ni gobierne individualmente a Cuba. Le temo, como se le teme a la niebla en el mar o al viento en los días amenazados por el aquilón¹⁸.

Al regresar a Cuba, el “Comité de los cinco” presentó un informe a la Asamblea Constituyente donde informaron de la terrible realidad para la isla y sus habitantes: los Estados Unidos no reconocería a ningún gobierno cubano mientras no fuera aprobada la enmienda tal cual fue sancionada en ese país. El mismo González Llorente expresó que mientras eso no sucediera, la intervención militar continuaría indefinidamente.

En un vano intento de salvar en algo el prestigio, los diputados decidieron votar un dictamen donde se aceptaba la enmienda pero con un “dictamen interpretativo”. Con diferencia de un voto se aprobó, pero de inmediato, por medio del general Wood, el gobierno norteamericano hizo saber a los asambleístas cubanos “que el apéndice de la Constitución cubana, tal cual fue adoptado por la Convención Constituyente Cubana el 28 de marzo de 1901, no es una aceptación tal

¹⁸Carlos Márquez Sterling viajó con la comisión cubana a Washington en calidad de periodista de *El Mundo*, y recoge esta versión en su obra ya citada (p. 318).

de las disposiciones de la ley llamada Enmienda Platt, que autorice al Presidente para retirar el ejército de Cuba, según aquel asunto”.

Atemorizados y contrariados, los convencionalistas acuden nuevamente a una sesión urgente para tratar el asunto. Se presenta una nueva propuesta donde se transcriben las ocho cláusulas de la enmienda. Sin discusión se votó y por mayoría de cinco votos se aprueba incorporar la Enmienda Platt como un apéndice de la Constitución cubana. La imposición norteamericana formalizaba o sentaba como hecho jurídico, lo que *de facto* se estaba llevando a cabo: la subordinación de la clase política cubana a los intereses norteamericanos como obligación constitucional.

Los debates de la Constituyente reflejaban el nivel de la clase política cubana, después de cuatro meses de trabajo, el 21 de febrero de 1901 quedó formalmente aprobada la primera Constitución republicana de Cuba. La clase política cubana, en su conjunto, no atinó a resolver el crucigrama que les dejaba como meras comparsas de una obra elaborada fuera de sus propios intereses. Resulta ilustrativo que un constituyente liberal como Manuel Sanguily, que hasta el momento se había convertido en un pilar de la independencia nacional cubana, expresara en estos momentos que frente al dilema de república tutelada o intervención indefinida, él prefería la primera. Este sería el sino de la clase política en el periodo que abría la república y cerraría la revuelta de 1933. Ningún gobierno cubano de entonces tendrá una base para gobernar justificada en alguna fórmula política propia, sino en la representación mejor de ese “vínculo” que simboliza la Enmienda Platt.

Una vez cubiertas las exigencias norteamericanas, el general Wood anunció la celebración de elecciones nacionales para elegir al presidente de la república el último día del año de 1901. Todos o casi todos daban por descontado que el generalísimo Máximo Gómez debería ser postulado para ocupar dicho cargo, sin embargo, éste, en uno de sus usuales gestos republicanos declinó, argumentando que “los hombres de la guerra para la guerra, y los de la paz, para la paz”, iniciando un viaje por los Estados Unidos para visitar al que fuera Delegado del Partido Revolucionario Cubano, Tomás Estrada Palma, para conversar sobre la conveniencia de que él fuera el candidato. Tomás Estrada Palma era, para las nuevas generaciones, “uno de los factores más visibles, admirados y reverenciados de la leyenda revolucionaria”. A decir verdad, no era para menos: compañero de Céspedes; presidente de la República en Armas en una parte del trayecto de los diez años de lucha; preso y exiliado en el mismo periodo; sucesor del mismísimo Apóstol como Delegado del Partido Revolucionario Cubano y su agente diplomático en Estados Unidos, donde tuvo que fungir como director de una escuela para sobrellevar el largo exilio.

Sin embargo, Estrada Palma no se mostró como un estadista, fundador de un Estado, sino como un administrador celoso del dinero y como un maestro de escuela frente a un grupo de alborotados adolescentes. Fue un administrador y no un político que necesitaba el país para sentar las bases de la república. La propia clase política isleña no le inspiraba mayor confianza para gobernar cuando dejó a los partidos que lo habían llevado a la presidencia por considerarlos demasiado “radicales”. Es decir, hizo a un lado a la generación del 95 que había peleado en la guerra de independencia y que ahora, se disponía a ocupar los más importantes

puestos del nuevo Estado. Su visión de la política y del proceso de ésta en un país como Cuba era conservadora y ajena a cualquier otra consideración que alterara su “principio de autoridad” y el vínculo de subordinación que representaba la Enmienda Platt¹⁹.

La unidad del presidente con las dos principales fuerzas políticas del momento duró poco tiempo, quedando abierta una pugna que terminaría por desencadenar una guerra civil entre los liberales, organizados así al fusionarse los nacionales y republicanos, y los moderados, partidarios del presidente Estrada, cuando éste buscó la reelección en diciembre de 1905²⁰. Estas elecciones fueron, según un observador, “una farsa presentada con menos pudor que en tiempos de la colonia”, al describir el escandaloso fraude electoral cometido por los moderados al excluir y en muchos casos eliminar de las listas electorales a los liberales²¹.

¹⁹ Cuando el Constituyente de 1901 se limitó a discutir y proclamar la primera Constitución republicana, se olvidó de adecuar los códigos civil, penal la ley de orden público y municipal, pues siguieron vigentes los heredados de la colonia. La relación entre el poder central (el presidente) y los poderes locales (municipios) se basaba en el control, como antes lo hicieron los capitanes generales, pues el poder central podía destituir alcaldes, suspender concejales y designar sustitutos, sin más razón que el interés político del gobernante en turno. Si a esto añadimos que la representación política se basaba en una noción oligárquica de la exclusión, entonces comprenderemos la dinámica que devino en el primer gobierno republicano. Ricardo Dolz, senador cercano a Estrada Palma fue el encargado de teorizar la necesidad política de la exclusión para justificarla. Dolz partía de dos supuestos: el primero, una política unitaria, capaz de garantizar la vida institucional de la naciente república y, segundo, como consecuencia de la primera, la exigencia de gobernar con un solo partido, ya que ésta era la única forma de afirmar la autoridad presidencial. Véase Márquez Sterling, 1969: 329 y José M. Pérez Cabrera, “Presidencia de Estrada Palma”, en Guerra, *et. al.*, 1952: VIII: 14-15. Esta actitud obligaría al general Máximo Gómez a distanciarse del presidente y practicar una oposición a la reelección de Estrada Palma cuando cayó enfermo y poco después murió en 1905.

²⁰ Al desatarse la lucha entre los moderados del presidente Estrada y los liberales de oposición, se aplicó con todo rigor la destitución de alcaldes y concejales como lo mostró el caso de Juan Ramón O’Farrill, quien fue destituido como alcalde de La Habana, además de practicarse “visitas” a los ayuntamientos del país con el mismo fin. Una frase sintetizaba esta política: “A moderarse”, es decir, destituir a todos los funcionarios públicos que no se afiliaran al nuevo Partido Moderado y siguieran una línea de oposición al gobierno. Esta política forma parte de las características de la apropiación del Estado para fines políticos particulares, que si bien el empleo es la práctica más extendida, también lo es la filiación partidaria como parte del mismo mecanismo, vigente a lo largo de las dos repúblicas liberales cubanas. Véase Enrique Gay-Calbó, “Insurrección de 1906 y eclipse de la república”, en Guerra, *et. al.*, 1952: VIII: 19.

²¹La legislación electoral disponía la formación de mesas para organizar las listas electorales de cada barrio. Estas mesas deberían estar integradas por los representantes de los partidos contendientes

Un enrarecido clima político haría difícil que el segundo periodo de Estrada Palma llegara a buen puerto; los liberales conspiraban, planteando la necesidad de una “revolución” para restaurar un equilibrio perdido a raíz de la exclusión moderada. La insurrección liberal y la posterior intervención norteamericana serán un síntoma de que la transición hacia la integración de la clase política todavía no se había completado. La política excluyente del estradismo enfrentó a la propia élite, volviendo a formar dos órbitas mutuamente excluyentes. Como ocurrirá hasta mediados del siglo XX, los Estados Unidos serán el factor de equilibrio y mediación cuando estallen los conflictos entre la elite isleña. Ésta, reconocerá en los enviados norteamericanos al factor de equilibrio de su propio sistema político; desde Estrada Palma hasta Fulgencio Batista, la clase política cubana será incapaz de encontrar ese punto de encuentro que sintetiza la integración de los intereses de cada una de las elites que la forman.

Cuando la insurrección liberal se extendió por tres importantes provincias (La Habana, Trinidad y Las Villas) y se suspendieron las garantías constitucionales, la solución del conflicto se alejó al polarizar las posiciones. Por un lado, los liberales exigían la anulación de las pasadas elecciones, mientras que el presidente y los moderados no solo no estaban dispuestos a ceder en eso, sino a profundizar la política de “a moderarse”. Una fracasada mediación de otro grupo de veteranos

para garantizar imparcialidad en la elaboración de estas listas, pero en las condiciones prevalecientes de la política de “a moderarse”, las mesas fueron copadas por los moderados. Los liberales decidieron retirarse de las mismas, dejando a los moderados la confección de una elección a su antojo.

revolucionarios sería el prelude de la claudicación de la clase política frente a los Estados Unidos, a quien se le reconocía la potestad sobre los asuntos cubanos²².

Con la llegada de los primeros barcos norteamericanos se iniciaron nuevas conversaciones para tratar de llegar a un acuerdo, pero ni los moderados ni el presidente Estrada estaban dispuestos a ceder en algo; una marcada incapacidad política gubernamental fue dando mayor grado de intervención a los enviados norteamericanos —encabezados por el secretario de Guerra, William H. Taft— quienes concluyeron en la necesaria depuración de las pasadas elecciones y en reformar todo el sistema electoral. Lo importante de la mediación no estaba en sus conclusiones sino en la capacidad de decisión que tanto los liberales y moderados les daban; así, cuando Taft estableció el límite de la paciencia norteamericana al urgirlos a llegar a un acuerdo o, de lo contrario, se decretaría la intervención, una de las partes —los moderados y el presidente— decidieron que era mucho mejor esta última opción que cualquier clase de arreglo con los liberales. Las palabras de Ricardo Dolz fueron elocuentes y lapidarias: “prefiero la intervención, porque con arreglo a la Ley Platt es un Estado de Derecho”.

El 29 de septiembre de 1906 asumió las funciones del gobierno en Cuba el secretario de Guerra de los Estados Unidos, William H. Taft, sin disparar un solo

²² Un sorprendido cónsul norteamericano, Frank Steinhart, informaría a su gobierno la visita del secretario de Estado cubano, Juan Francisco O’Farrill, enviado por el presidente Estrada para formular una petición ante la situación que reinaba en el país: enviar fuerzas armadas para restablecer la normalidad en las principales ciudades de la isla. “El secretario de Estado de Cuba me ha rogado, en nombre del presidente Palma, pida al presidente Roosevelt el envío de dos barcos de guerra: uno con destino a La Habana; el otro, a Cienfuegos. Las fuerzas del gobierno resultan inefectivas para proteger la vida y la propiedad de los habitantes de la Isla. El presidente Palma convocará al Congreso el viernes próximo, y éste pedirá la intervención por la fuerza. Esta petición de barcos es absolutamente confidencial. Nadie aquí, excepto el presidente, el secretario y yo, está enterado de esta gestión”. El citado O’Farrill había sido el alcalde liberal de La Habana destituido al iniciarse la política de “a moderarse”. Como vemos, la habilidad para acomodarse en la cambiante política será otra de las características de la clase política cubana.

tiro. Con este hecho terminaba la insurrección liberal y se eclipsaría la república cubana por un periodo de dos años y cuatro meses. Después de una semana, Charles E. Magoon²³, asumiría el cargo de Gobernador, encargándose de la titularidad del gobierno isleño. El rasgo más sobresaliente de su administración sería la organización del ejército cubano. Éste último, sin embargo, como consecuencia de su origen no cumpliría las funciones de un verdadero ejército nacional, pues no respondería a la defensa de la soberanía sino al control interno demandado por la Enmienda Platt. Organizado de acuerdo a la experiencia de ocupación norteamericana en Haití, Nicaragua y Filipinas, la fuerza armada cubana era una Guardia Nacional en concordancia con la misma institución norteamericana, que tiene la misma función después de las fuerzas policíacas locales²⁴. A partir de entonces, el ejército pasaría a ocupar un lugar prominente en la política nacional junto con los partidos y sus caudillos. El primer jefe de este ejército fue el veterano general insurgente Faustino Guerra²⁵, quien se convertiría en un influyente personaje político, sobre todo en su provincia, Pinar del Río.

En lo político, el partido moderado se disolvió en febrero de 1907, dando origen al partido Conservador, aglutinando nuevas y viejas figuras políticas

²³ Magoon era un especialista en “estudios coloniales”. En 1902 fue enviado a Filipinas y tres años después fue designado gobernador de la Zona del Canal de Panamá. Al abandonar el cargo en Cuba su carrera de administrador colonial entró en declive, pues no volvería a ocupar ningún cargo relevante. Uno de sus protegidos, el general Enoch H. Crowder, en cambio, se convertiría en uno de los expertos norteamericanos para el Caribe en las siguientes décadas.

²⁴ Sin embargo, hay que notar que en la composición del gabinete presidencial –de Estrada Palma a Mario García Menocal– no aparece con rango de secretario el encargado de las fuerzas armadas. La reforma a las fuerzas armadas de 1917, le otorgaría el rango de secretaría de Estado con el título de Guerra y Marina, siendo su primer titular el hijo del Apóstol, José Martí y Zayas Bazán. Esta reforma respondía a la segunda insurrección liberal contra la reelección del presidente García Moncal, donde el ejército se dividió entre los insurrectos y el gobierno.

²⁵ El general Guerra, familiarmente llamado “Pino”, había comandando las fuerzas liberales insurrectas en 1906 desde su natal Pinar del Río, donde logró derrotar a la Guardia Rural. Como parlamentario, abandonó el Congreso con la frase “Aquí estamos de más; hay que buscar la justicia por otra parte”.

mientras que los liberales siguieron divididos en torno a dos caudillos, José Miguel Gómez y Alfredo Zayas. Un bipartidismo liberal conservador dominaría las próximas dos décadas la escena política cubana, que a decir verdad, poco o nada bueno añadirían para cimentar una estructura política soberana, es decir, independiente. Durante todo este periodo, la clase política en su conjunto, con sus diversas élites, no representará el interés del conjunto de la nación, es decir, dejará fuera el problema político fundamental, amén de la fragmentación nacional en lo social y económico. El primer ciclo republicano se cerrará con el gobierno de Gerardo Machado, quien sin proponérselo iniciará una amplia transición, cuando nuevos actores políticos irrumpirán en la escena nacional, rompiendo con el sistema excluyente creado por la generación del 95. Los sectores medios urbanos y las clases del ejército crearán una nueva élite que incorporará elementos novedosos para la elaboración de una fórmula política.

Dinámica de las elites

Podemos trazar un par de líneas para delinear un mapa de la conformación de la elite. En la línea frontal estarían los 28 Mayores Generales del Ejército Libertador, encabezados por el generalísimo Máximo Gómez hasta su muerte en 1905. En seguida estarían 33 Generales de División y terminarían con 83 Generales de Brigada, es decir, 141 jefes militares que tendrán una importante participación en la vida política y en su configuración al encabezar gobiernos como presidentes; presidir a los partidos políticos y participar en la vida parlamentaria de la

república²⁶, amén de ligarse rápidamente al poder económico mediante la administración de las centrales azucareras (ingenios) y convertirse en la nueva capa de prósperos colonos sembradores de caña de azúcar.

Podemos apreciar que la guerra de independencia se convirtió en el espacio de socialización de esta generación, y el lugar donde se gestarán y operarán las redes de reclutamiento y promoción de la clase política y su elite. Si revisáramos la trayectoria personal de los miembros más representativos de la elite en la primera república, encontraríamos que todos tienen en común su participación en el Ejército Libertador o en su estructura política, el Partido Revolucionario Cubano²⁷; sus vínculos políticos se derivan de ello, así como las carreras políticas que se inician con la república, independientemente del partido que se trate. Pueden ser liberales, conservadores o cualquiera de sus variantes; en realidad, la red política se conforma por esa experiencia básica y en algunos casos se extiende con el parentesco sanguíneo. Por ejemplo, al revisar el listado de los oficiales del Ejército Libertador podemos encontrar la repetición de apellidos como el García Menocal, encabezados por Mario, quien llegaría a la presidencia de la república y era veterano con el grado de Mayor General, sus hermanos Fausto (Representante parlamentario en 1919 y Senador en 1921), Gustavo (Teniente Coronel y

²⁶ Riera Hernández (1985) incluye en su recuento incluso a quienes no llegarían a ver a la república como Antonio Maceo y José Martí entre los Mayores Generales. Por otro lado, no hay que olvidar a los civiles ligados al Partido Revolucionario Cubano como Tomás Estrada Palma, primer presidente de la república, Juan Gualberto Gómez o Alfredo Zayas.

²⁷ Los civiles destacados en la política de la primera república comparten con los generales y demás oficiales veteranos este papel. Desde luego, aunque sin cargos militares, su nivel protagónico no es ajeno a la insurrección, así como su trayectoria política posterior no puede desligarse de los nexos que establecieron con los oficiales del Ejército Libertador. Como ya señalamos, una parte significativa de los cuadros políticos de la administración de Estrada Palma tenían como antecedente el Ejército Libertador; Juan Gualberto Gómez estaba ligado por experiencia personal del exilio político con el general José Miguel Gómez, posterior presidente de la república y dirigente de una de las vertientes del liberalismo cubano de la primera república; Alfredo Zayas proviene de una familia de oficiales del Ejército Libertador.

Representante de 1910 a 1918), Pablo (Coronel y Representante de 1914 a 1922) y Tomás (Coronel). En otros casos, como el de Gerardo Machado Morales, también presidente de la república y General de Brigada en el Ejército Libertador, su hermano Carlos si bien no tiene una carrera política, sí se convertirá en dueño de un central azucarero. Lo mismo sucederá con la familia Luaces Molina: Antonio (Teniente Coronel), Ernesto J. (Coronel), Lorenzo (Subteniente); repiten el esquema los Lora Torres, Alfredo (Teniente Coronel) y Saturnino (General de División). Sobre este último aspecto, tal parece que fue otro de los grandes accesos a la riqueza, pues buena parte de los oficiales, desde Subtenientes a Mayores Generales pasarían a convertirse en prósperos propietarios de tierras y/o centrales azucareros, harían carrera política y opcionalmente se incrustarían en la burocracia. No menos importante resulta el nexo familiar de una generación a otra: el hijo del mismo Martí tendría una carrera política como el primer secretario de Guerra y Marina en el segundo gobierno de García Menocal; el hijo del Lugarteniente General del Ejército Libertador Calixto García, Justo García Vélez ocuparía la secretaría de Estado en el gobierno de José Miguel Gómez. Uno de los hijos de éste, Miguel Mariano, ocuparía la presidencia por seis meses en 1936. Con el presidente Zayas, uno de sus hermanos, Francisco, ocuparía la secretaría de Instrucción Pública.

La primera república cubana estará dominada por los generales del Ejército Libertador, los representantes de la Asamblea y los diversos liderazgos políticos de las corrientes autonomista y anexionista. El conjunto de esta generación conformará la primera clase política cubana. Aunque parece difícil su articulación como tal, en realidad ésta se da sin mayores sobresaltos en la medida que todos

ellos concuerdan en la necesidad de actuar como una clase dirigente con intereses propios. Todos los liderazgos políticos, es decir, las elites, responden a esta circunstancia, a la creación de una base social que responda a sus necesidades políticas. La *res* política cubana estará, entonces, encaminada a formar una base social que sustente el liderazgo político, independientemente de su origen doctrinal, que dicho sea de paso, nunca estuvo en el centro del debate. Así, veremos a oficiales del Ejército Libertador agrupados en torno a los partidos moderados y conservadores de la época sin menoscabo de sus antecedentes personales²⁸.

La manera de mantener a esa base será la apropiación de los recursos públicos para fomentar a una clase media que nació dependiendo del gasto del erario. La burocracia se convirtió un fin en sí mismo en la medida en que proporcionó la base de la subsistencia, en primer lugar, de la elite política y, al mismo tiempo, de un amplio cuerpo social que dejaba de depender del ciclo económico de la zafra azucarera. Este proceso no es una ocurrencia sin más, pues la creación de esa clase media urbana como base del sistema político tiene mucha importancia si consideramos que la estructura de clases en Cuba no estimulaba su desarrollo. La elite política republicana se sustentó a partir de la apropiación de la riqueza pública y, desde ese hecho, extender sus redes de reclutamiento hacia diferentes ámbitos sociales. La mecánica política de la primera república se basó en esta dinámica que muy pronto estableció a la burocracia estatal como una recompensa política que definía, al mismo tiempo, los propios roles políticos donde

²⁸ Por ejemplo, una parte de los partidarios del presidente Estrada Palma eran veteranos del Ejército Libertador como Freyre de Andrade, Rius Rivera, Ricardo Dolz, Domingo Méndez Capote. Incluso estos últimos, dirigirían al Partido Republicano que sostendría a Estrada Palma cuando rompió con los liberales, y participarían en el Partido Moderado para el segundo periodo presidencia de Estrada Palma. Otro veterano como Mario García Menocal sería postulado a la presidencia por el Partido Conservador.

a cada estatus correspondía cierto nivel de riqueza económica. Así, casi todos los puestos disponibles dependían de una especie de patronazgo político que determinaba a quien se beneficiaba con un empleo en la burocracia, ya sea municipal, provincial o nacional, que podía ir del empleado municipal al ministro²⁹.

El empleo burocrático se convirtió en un factor de estabilidad social, que ayudaba a canalizar los intereses de las fuerzas políticas pero también en su mayor debilidad, pues este corporativismo *sui generis* más temprano que tarde devino en un aceitado sistema de corrupción con lo cual la república inició su crisis de legitimidad a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Dentro de las grandes tareas que queda por hacer para la historiografía cubana está la de investigar el grado de articulación entre los niveles local, provincial y nacional para entender mucho mejor esta estructura, dominada por los generales del Ejército Libertador y los políticos civiles de la Asamblea de representantes, emanada de los delegados del Partido Revolucionario Cubano fundado por José Martí. Es a través de esta red que se articula la política en la primera república; nos falta saber en qué medida se alteró o modificó con los sucesivos cambios políticos, sobre todo la revolución de 1933³⁰. Los análisis longitudinales basados en la ideología política poco dicen al

²⁹ El servicio público, es decir, la burocracia y los servicios prestados por los tres niveles de gobierno como salud, educación, sanidad pública, etc., en 1903 se calculaban en alrededor de 20,000 plazas, de las cuales la capital concentraba 8,000 de ellas. Casi al finalizar el primer periodo presidencial de Estrada Palma y luego de la formación del Partido Moderado, al que se afiliaría el presidente, la administración pública se vería colmada de “moderados” en todos los puestos de la administración civil; la destitución del alcalde liberal de La Habana, Juan Ramón O’Farrill, inició una práctica que pronto se extendió por todos los municipios y alcaldías del país. Otra réplica, de menor intensidad y alcance en la medida que se tomó como propuesta sería la del Movimiento de Veteranos quienes en 1911 pidieron expulsar de sus cargos a quienes no participaron en la guerra de independencia en el Ejército Libertador.

³⁰ Resultaría interesante saber el papel que jugaron José Miguel Gómez en Las Villas y Alfredo Zayas por los liberales y Mario García Menocal, Domingo Méndez Capote y Ricardo Dolz por los

respecto, es decir, enfocar nuestra atención a las formaciones políticas liberales o conservadoras sin atender los lazos entre los tres niveles de articulación social limitan nuestra observación a un sólo aspecto, que tal vez no sea el más importante. Por otro lado, como mencionamos anteriormente, el problema político fundamental estaba en el ejercicio de la soberanía en el gobierno del Estado, situación que el conjunto de la clase política nunca pudo modificar, por lo menos en los años de duración de la primera república.

Destacados estudiosos de la formación del Estado nacional cubano observan, de esa manera, una desarticulación del sistema político, llegando a concluir que en Cuba no existió un auténtico sistema de partidos, obviamente de acuerdo al canon teórico de la democracia, sin embargo esta conclusión no se apoya en ninguna comprobación empírica de cómo se articulan, es decir, cómo funcionan las organizaciones como redes de colaboración que atraviesan la estructura social. Esta visión asigna a la burguesía el papel primordial de la organización nacional y al no encontrar una relación directa con los aparatos políticos concluye que como clase social, la burguesía fue incapaz de articular la estructura democrática, por lo tanto, la desarticulación era la consecuencia lógica de esa incapacidad como clase social hegemónica que, a su vez, se liga con el déficit de legitimidad que todo el sistema político arrastró por medio siglo. Esta visión nos heredó una forma de ver el proceso histórico cubano como una cadena de desatinos que siempre concluían en lo mismo, el fracaso y la frustración.

El resultado de la experiencia de la primera república será la del fracaso de la clase política emanada de la guerra de independencia no en configurarse, sino en

conservadores en la conformación de una estructura nacional de esos dos partidos, pues ahí se encuentra el control del aparato político.

justificar su papel como elite dirigente, papel que lastimosamente claudicará al subordinarse plenamente a los Estados Unidos. La Enmienda Platt será la metáfora que dará sentido a esta subordinación de la primera generación republicana. Habrá que insistir en el dato, la clase política cubana claudica en su papel dirigente al subordinarse políticamente a los intereses norteamericanos, razón por la cual ninguna de sus elites busca el ejercicio de la soberanía y somete a ésta a la vigencia de la Enmienda Platt. Será esta situación política la que abrirá la oportunidad a una nueva generación republicana que advierte el problema plenamente generando un nuevo modelo de apropiarse de la soberanía: la revolución.

La vanguardia como cultura

El cambio fundamental para la historia política cubana vendrá de las artes. Los intelectuales iniciarán un rompimiento estético que generará un modelo político cuyas repercusiones se verán hasta la actualidad. La transformación de los intelectuales será un paso fundamental para entender los cambios que vendrán después. En este ámbito es donde aparece la noción de vanguardia, trasladada a la cultura política cubana como sinónimo de elite dirigente. Nacida como parte del modernismo, su horizonte histórico será la transformación del estado de cosas a través de la revolución. Condenada a ser siempre modernos, la vanguardia sólo puede ser revolucionaria en la medida que el horizonte de la modernidad siempre está en el porvenir.

A partir de la aparición de la vanguardia, aunada a la del ejército como actores políticos modernos, la actividad política en Cuba iniciará una nueva etapa que culminará con la transformación de la política heredada del liberalismo

republicano. Su historia está ligada a la vanguardia política contemporánea en la medida que en ella reconocemos el nuevo patrón revolucionario que impregnará la cultura política cubana y, de alguna manera, también la estructura de organización donde este modelo se realizará.

En 1923 un grupo de jóvenes con inquietudes sociales y políticas organiza el Grupo Minorista. De ahí se ramificarían en diversas direcciones, incluyendo la política, pues como explicaba Rubén Martínez Villena³¹, “minoría es sólo una postura estética, en realidad el grupo es un portavoz del pueblo, como expresión de masas, somos verdaderamente la mayoría”³². Paralelamente encontraremos otros grupos juveniles y universitarios que se iniciarán en el activismo como catalizador de procesos más profundos. La lucha por la reforma universitaria en Cuba entrará como parte de este proceso que permitirá la incorporación de los estudiantes y su aparato organizativo como un actor político más. Con la autonomía universitaria, la institución se convertirá, como en otros países de América Latina, en una fuente de reclutamiento político de primer orden. La Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) se convertirá en una verdadera escuela política de formación de cuadros para los distintos partidos; muchos de sus futuros dirigentes pasarían de la presidencia de la FEU a la militancia política a lo largo de la segunda república.

³¹ Martínez Villena irrumpirá en la escena pública primero como poeta de esta generación, más adelante abandonará la poesía (“Nunca más escribiré versos como lo he hecho ahora... ya no siento mi tragedia personal. Pertenezco a los demás y a mi partido...”) para enfocar sus esfuerzos al activismo político que lo llevará a abrazar el marxismo y con él, a la militancia del primer partido comunista de Cuba que terminaría por dirigir como secretario general. Sin duda representará, junto con Julio Antonio Mella, a las figuras destacadas de esta generación que brincaron del activismo universitario a la militancia política de izquierda.

³² Para el grupo minorista véase Ripoll, 1968. Entre sus integrantes estaban Jorge Mañach, Juan Marinello, Francisco Ichaso, José Z. Tallet, Calixto Masó, Alberto Lamar Schweyer y Félix Lizaso. El 18 de marzo de 1923 aparecerían en público al interpelar al ex ministro de justicia del gobierno de Zayas, Erasmo Reguiferos, y externar su condena a “la corrupción política que degrada la patria”.

Capítulo III

La II República: vanguardistas y nacionalistas

El régimen de Machado terminará representando a una oligarquía política enquistada en el poder: la de los generales del Ejército Libertador, ya fueran liberales o conservadores. Esta oligarquía cancelará el acceso a nuevos actores sociales que se incorporaban al proceso político, así como a otra parte de esa misma clase política que no entró al llamado cooperativismo operado por Gerardo Machado desde la presidencia. La reelección de Machado para un segundo periodo presidencial así como su ampliación de cuatro a seis años, abrirá un amplio espacio de cinco años de crisis permanente que devendrá en punto final de un sistema político articulado en la exclusión de los sectores sociales ajenos al control oligárquico a través del empleo burocrático y los puestos políticos, en especial de una clase media urbana con estudios universitarios que irrumpen por medio de la crítica a la subordinación de toda la clase política a la Enmienda Platt.

Machado y su grupo no se percataron que habían abierto un problema al sistema político oligárquico, su reacción sólo profundizó la crisis que, como en el pasado, buscó la salida prevista hasta entonces con la presencia norteamericana como rectora del conflicto. Sin embargo, la tradición proconsular que encarnaban los enviados norteamericanos amparados en la Enmienda Platt distó de ser la solución del problema planteado en esta coyuntura; en ambos casos, lejos de comprender los cambios sociales que se

habían generado en Cuba durante la primera república, profundizaron la crisis del sistema oligárquico.

La prolongada caída de Gerardo Machado constituirá el momento en que esta nueva generación encontrará su espacio de socialización para conformarse como elite y, al mismo tiempo, amalgamarse con una parte de la anterior. La composición de los partidos y sus diputados a la constituyente de 1940, por ejemplo, mostrarán este fenómeno de convivencia entre estas dos generaciones y su prolongación durante la década de los cuarenta y cincuenta dominada políticamente por Fulgencio Batista y el partido más representativo de la época, los Auténticos y su disidencia, los Ortodoxos.

Dos puntos convergen para crear este nuevo escenario político: el desvanecimiento de los partidos tradicionales, el Liberal, el Conservador y el Popular, así como la apropiación del mando del ejército por parte de los sargentos. El derrumbe de la estructura que hacía posible la política oligárquica de los generales del Ejército Libertador representará, también, el agrietamiento de la fórmula política de la primera república, basada en la subordinación a partir de la aceptación de la Enmienda Platt. El desastre de la mediación Wells solo reflejará esta condición que imposibilitará la aplicación de un sutil intervencionismo no por ello menos arrogante; la derogación de la Enmienda Platt en 1934 por el propio congreso norteamericano pondrá fin a este ciclo de los procónsules como centro político.

Estos cambios reflejarán, en un segundo plano no menos importante, el triunfo de una nueva forma de organización política, la que encarnará la *vanguardia revolucionaria* con las organizaciones de una izquierda nacionalista y otra marxista, ya sea a través del partido político o el movimiento insurreccional; después de 1933, buena parte de la experiencia política cubana

estará fincada en esta cultura de la acción directa por encima de cualquier otra consideración, justificada por la *revolución*¹ como paradigma político que definirá los métodos y las metas. Con estos puntos, las capas medias urbanas cubanas se ligan a un movimiento más amplio, y que se está dando en América Latina en esos momentos: el nacionalismo revolucionario como expresión de modernidad política y de desarrollo industrial; esta experiencia aterrizará en Cuba por medio de la reforma universitaria de Córdoba, dando inicio al activismo estudiantil que derivará en la militancia política, por un lado, y a la expansión de las experiencias políticas modernizadoras encabezadas por las capas medias en América Latina como en México y Suramérica, en especial el modelo del APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre.

La nueva clase política, a diferencia de la anterior, sí tendrá su propia fórmula política para gobernar y acorde a ella, construirá sus aparatos políticos, partidos de nuevo corte que nada tendrán que ver con las formas oligárquicas del liberalismo o del conservadurismo. En este sentido, la incorporación de la universidad, y las organizaciones derivadas de ella como las estudiantiles o de profesionales, como espacio de socialización para el reclutamiento político marcará una nueva ruta para la formación de las elites políticas durante el periodo de vida de la segunda república cubana (1934-1959), en especial con los partidos de clase media como los auténticos y los ortodoxos. Al mismo tiempo abrirá la posibilidad de la permanencia con los grupos de acción nacidos en el

¹ En el significado de los términos políticos cubanos, “revolución” era entendido hasta la década de los treinta como el pronunciamiento militar hecho por los partidarios del candidato perdedor en los comicios presidenciales. Esta práctica fue de uso frecuente por los liberales, quienes protestaron, de esa manera, por los resultados electorales generalmente amañados que beneficiaban al partido en el poder. Con la incorporación de las clases medias a la política nacional, el término tendría una connotación de *insurrección popular* bajo la dirección política de una organización de vanguardia. A diferencia de la política oligárquica de la primera república, la generación del 33, definirá a la revolución con una noción de modernidad propia del pensamiento del Apóstol cubano José Martí.

1933 y que proseguirían activos por dos décadas más gracias a sus vínculos con el nuevo régimen político. Estos grupos, muy degenerados en sus fines y métodos, canalizarán una cultura política insurreccional donde abrevará la nueva generación de medio siglo.

Por otro lado, estará la excepcional figura política de Fulgencio Batista, que si bien no comparte este camino en la socialización política universitaria, sí será capaz de montarse sobre ella para darle cabida a un sector importante de la clase media emergente, así como a los restos de la elite oligárquica de la primera república, al tiempo que modificaba radicalmente la relación del ejército con la clase política en su conjunto. La sagacidad política de Batista demostrará en 1933 la tesis insurreccional, de que es posible hacerse del gobierno a partir de un golpe de una vanguardia en contra del ejército. La revolución de septiembre de 1933 quedará como lección a seguir por la siguiente generación insurreccional, que tratará de aplicarla veinte años después. Si bien nos encontramos ante una transformación importante en el universo político cubano, también es necesario advertir que las bases de la política seguirán sin tocarse, es decir, las elites salidas de las clases medias y los sargentos septembrinos continuarán con la apropiación y usufructo de los recursos públicos en su beneficio. En este sentido, no será raro que durante estos años el combate a la corrupción política se convierta en una demanda permanente contra la elite del poder que nos llevará al siguiente ciclo histórico de las elites cubanas.

La insurrección de la oligarquía

La sucesión presidencial se había convertido en el problema político fundamental de la primera república; desde el primer presidente Estrada Palma

hasta Alfredo Zayas, había sido el punto de conflicto que se estimulaba mucho más con la reelección del presidente en turno. En este punto encontramos los conflictos más álgidos que en un par de ocasiones terminaron con la intervención norteamericana. Sin embargo, con Gerardo Machado² la situación política se empezaría a deteriorar a partir de la estrategia implementada por éste, que implicaba una mayor exclusión al concentrar los controles del poder en torno a su persona. Para ello contaría con el control de su propio partido, el Liberal pero también con la conveniencia de los otros dos partidos registrados, el Conservador y el Popular, quienes se unirían con lo que se llamó el “cooperativismo”. Durante el primer periodo presidencial de Machado (1925-1929), el cooperativismo se convirtió en una alianza descarada por los puestos en el congreso y el gobierno –además de las canonjías que permitía el poder como las comisiones sobre la venta de billetes de lotería o los contratos ventajosos para proveer a las dependencias oficiales–, relegando a todo aquel que no se afiliara a la política presidencial que se perfilaba a la permanencia en el poder del propio Machado. Sin concluir todavía su primer año al frente de la presidencia, Machado hizo aprobar en el congreso una ley que prohibía la reorganización de los partidos, así como la formación de otros nuevos; con esto, pretendía cerrar cualquier posibilidad de competencia cuando buscara reelegirse y, sobre todo, imposibilitar a su más acérrimo rival dentro del liberalismo, Carlos Mendieta, de participar políticamente para buscar la

² La carrera política de Machado seguirá el mismo patrón que los de su generación: general del Ejército Libertador; alcalde de Santa Clara en 1899 con la intervención norteamericana; gerente de la compañía de Electricidad de Santa Clara y posteriormente de un ingenio azucarero, su carrera gerencial culminará con la vicepresidencia de la Cuban Electric, subsidiaria de la Electric Bond & Share Company, empresa que a partir de 1921 empezó a controlar el suministro eléctrico de toda Cuba y que terminará financiando la campaña presidencial de su candidatura en 1924. Su relación con José Miguel Gómez, ambos originarios de Las Villas, le permitiría ascender en el firmamento político del Partido Liberal, acaudillado por Gómez, a quien acompañaría como ministro en su gobierno; su relación terminaría en 1917 con la fracasada sublevación liberal de ese año, pero se haría patente hasta 1921.

presidencia con otra organización o coalición como amenazaba en convertirse la Unión Nacionalista. Esta organización reunía a buena parte de los liberales desplazados por Machado por su política de cooperativismo, y en efecto se convertirá en la oposición organizada que emprendió la lucha contra el régimen.

Sin oposición en el congreso³, pues todos estaban atados por el cooperativismo, la iniciativa de ley que permitía prorrogar el periodo presidencial, al igual que a todos los funcionarios elegidos, por dos años más pasó sin mayor trámite. Ese era el primer paso para el control del poder por varios periodos. El ambiente político estaba lejos de ser tranquilo para Machado, las voces de la vieja clase política se alzaron para condenar el proyecto; en un Manifiesto, Juan Gualberto Gómez, Cosme de la Torriente y Carlos Mendieta, entre otros, se mostraron en contra, lo mismo haría José Enrique Varona, quien dado su prestigio intelectual daría pie a la activación de la protesta estudiantil en la Universidad de La Habana⁴. En uno de sus últimos actos como embajador en La Habana, el viejo procónsul de la intervención en las dos primeras décadas de la república, Enoch Crowder, advertía al Departamento de Estado que pese a los servicios que Machado brindaba a las inversiones norteamericanas su actuación no podía interpretarse de otro modo que no fuera la de una dictadura y señalaba el peligro que la situación empezara

³ La Ley de Prórroga de Poderes se empezó a discutir el 28 de marzo de 1927 en la Cámara de Diputados y no se discutió siguiendo una línea de partidos sino a título personal. El proyecto contó con la oposición de varios legisladores, tanto liberales como conservadores, sin embargo, la mayoría aprobaría la iniciativa a favor con 102 votos contra ocho. En el Senado, la misma iniciativa se votaría favorablemente y solo con dos votos en contra. La Ley contenía otros aspectos, como: voto a la mujer; aumentaba a 36 el número de senadores; concedía al presidente la iniciativa de las leyes; suprimía la vicepresidencia y el municipio de La Habana; creaba el Consejo de Estado; confería la facultad al Tribunal Supremo de nombrar y remover jueces y magistrados. En abril de 1928, mediante una reforma constitucional, dicha ley fue incorporada a la Constitución de la república con lo cual, automáticamente, Machado obtuvo un nuevo mandato sin necesidad de elecciones por seis años más, contados desde la fecha en que su primer periodo debió concluir (20 de mayo de 1929) y hasta el 30 de mayo de 1935.

⁴ Encabezando al Directorio Estudiantil Universitario, Carlos Prío Socarrás visitaría al viejo maestro en su casa habanera; después de dicha reunión, el activismo del Directorio aumentaría y se ligaría a las acciones de la protesta política desde 1930.

a salirse de control. Poco tiempo después de celebrada la VI Conferencia Panamericana en la capital cubana, la estrella política de Machado empezó el declive, de ser objeto de alabanzas pasó a las detracciones por su desempeño por una parte importante de esos mismos empresarios que lo había alabado poco antes⁵.

En este ambiente, y tal vez por eso, la oposición oligárquica encabezada por el ex presidente Menocal, Miguel Mariano Gómez –este último afectado por la desaparición del municipio de La Habana del cual era Alcalde– y Carlos Mendieta se acercaban más y más olvidando las enemistades de más de dos décadas de rivalidades políticas para aliarse en un plan del viejo estilo: el levantamiento militar de partidarios dispuestos al “pronunciamiento revolucionario”, aunado de brotes de insubordinación en el ejército⁶. La Unión Nacionalista, por su parte, promovió recursos de inconstitucionalidad por la Ley de Prórroga, al mismo tiempo, estimulaba la protesta estudiantil a través del Directorio Estudiantil Universitario, liderado entonces por Carlos Prío Socarrás, para tomar la calle una vez que resultaba imposible otro tipo de actividad política para los partidos no comprometidos con el cooperativismo. Las protestas del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) y la Unión Nacionalista serán reprimidas y darían pie a una mayor escalada de violencia política⁷.

⁵ En abril de 1929 el subsecretario de Estado Reuben Clark hizo eco de la advertencia de Crowder y pidió tomar medias al respecto; a mediados de ese mismo año un banquero norteamericano, W. Lancaster, informó al secretario adjunto de Estado, Francis White, que Machado se había convertido en un dictador y que el sustituto de Crowder, Judah, no ejercía influencia alguna sobre el presidente cubano.

⁶ El único caso que se conoce es el del coronel Aguado, en el cuartel de La Cabaña, encabezando un complot que no alcanzó a realizarse.

⁷ Como parte de su estrategia de demanda judicial pidiendo la nulidad de la Prórroga de poderes, la Unión Nacionalista había convocado a un mitin en Artemisa, cerca de La Habana, que terminaría en represión; unos días después, el 30 de septiembre, los estudiantes eran reprimidos, resultando muerto Rafael Trejo, activista del DEU. Al final el Tribunal Supremo no dio entrada a la demanda lo que quedó muy claro para la mayoría que la salida política estaba clausurada.

Cuando todo opositor era suprimido por la fuerza o forzado a tomar el exilio, una nueva forma de protesta se hizo presente en Cuba por primera vez: el terrorismo y el atentado contra las figuras más representativas del régimen. Con esa idea nacería, en 1932, la más famosa organización insurreccional de la época, el ABC⁸. Como organización clandestina se constituyó a través de células que tomaron el nombre de una letra del abecedario, de ahí la denominación de las tres primeras letras del mismo; sus miembros se relacionaban por medio de enlaces, cuyos nombres verdaderos nunca se conocían, de tal manera que la desarticulación de una de ellas no implicaba la inmovilización de todo el aparato. Sin embargo, el ABC no estaba pensado en términos de una organización de vanguardia revolucionaria, no apelaba a las masas para la insurrección popular para derribar al régimen, sino más bien en crear un clima de inestabilidad que obligaría a los norteamericanos a intervenir. Los acontecimientos que se desarrollarían meses después con la caída de Machado mostrarían que el ABC no tenía un proyecto político sino únicamente una estrategia para la inestabilidad.

Un clima de violencia se apoderó de Cuba; violencia sistemática del gobierno y la oposición que desembocaría en la desaparición de cualquier indicio de un Estado de Derecho. En este punto, la clase política en su conjunto, es decir, tanto liberales como conservadores, fueron incapaces de ofrecer una alternativa al conflicto abierto por la irrupción clase media urbana. La crisis del

⁸El ABC contó entre sus filas a Joaquín Martínez Sáenz, Carlos Saladrigas, Francisco Ichaso, Emeterio Santovenia, Ramón Hermida, Juan Andrés Lliteras, Oscar de la Torre, Enrique Fernández, Rafael Grosso Villapol, Alfredo y Gustavo Botet, Pedro López Dorticós, Juan Pedro Bombino, Orestes Figueredo, entre otros. El ABC se caracterizó por incluir a estudiantes y profesionistas de clase media urbana; de ellas saldrían una parte de la clase política que gobernaría el país en la década de los cuarenta y cincuenta, sobre todo con los gobiernos de Fulgencio Batista. La organización del ABC es muy importante para las futuras organizaciones insurreccionales; tomaron de ella la noción de clandestinidad y conspiración que caracterizaría a los grupos de vanguardia de la siguiente generación.

machadato no era una crisis del régimen que encabezaba un presidente, por el contrario, era una crisis de todo un sistema que expresaba el fracaso de la elite política del 95 por construir un sistema político capaz de soportar la incorporación de nuevos actores políticos sin llegar al dilema de la ruptura, como había sido la dinámica en las dos primeras décadas de vida republicana, que al final de cuentas era definido por la intervención norteamericana. A diferencia del pasado, en ese momento encontramos un grave conflicto entre la sociedad civil, ajena al control oligárquico, y su propia clase política, pues había dejado de existir cualquier punto de referencia entre la una y la otra; y como sucedió en otras ocasiones, la clase política colocó en las manos norteamericanas la decisión del futuro político del país.

Para el verano de 1931 el ánimo conspirativo de la clase política se encontraba en lo alto, a la luz pública Mendieta y Menocal se reunirían en el Yatch Club de La Habana para abordar un yate que los llevaría a la parte occidental de Cuba –a un lugar conocido como Río Verde– a lo que ellos suponían sería una revolución que “haría libres y dignos a los patriotas”. Sin embargo, se encontraron con una desarticulada organización que nunca llegó a recibir apoyo del ejército y la marina⁹. En el otro extremo de la isla, un grupo desembarcaba en la Gibara (Oriente) proveniente de Nueva York y financiados por empresarios como Pepín Bosch de la Bacardí, se harían del poblado e intentarían avanzar hacia Holguín para extender la insurrección militar, que rápidamente fue desarticulada por tropas leales a Machado. Si bien esta experiencia no tuvo un impacto militar o político de importancia, sí lo tiene en otro ámbito: en ella venían futuros líderes de la revolución de 1933 como el

⁹ El final de la aventura de Río Verde terminó sin que se disparara un solo tiro. Menocal y Mendieta se rindieron sin oponerse, serían encarcelados y poco después partirían para el exilio.

capitán Emilio Laurent, Sergio Carbó y Carlos Hevia, al igual que Bosch quien dos décadas después no había perdido su afición por financiar este tipo de proyectos. En esta coyuntura un joven activista del DEU, Antonio Guiteras, intentó bombardear el Cuartel Moncada de Santiago¹⁰. Las circunstancias iban colocando a una generación que pronto se iba a encontrar.

La salida política a la crisis fue, hasta cierto grado novedosa, pues la presencia norteamericana a través de Sumner Welles¹¹ como embajador, involucraría por primera vez al ejército como actor político en el control interno de la situación y a negar la intervención militar norteamericana como en el pasado. Se reunió con el mismo Machado y concluyó, precipitadamente, que todavía no era el tiempo para los cambios, que Machado podía llegar a estabilizar la situación si hacía concesiones a la oposición y levantaba la censura de prensa y liberaba a los presos políticos; sobre todo, que el presidente podía serlo mientras contara con el apoyo del ejército. Esta opinión resulta demasiado autocomplaciente, casi un eufemismo, pues lo que demuestran los propios informes del embajador, así como la dinámica política cubana era que esto era

¹⁰ Laurent estaría en la primera línea al encabezar a la policía de La Habana con la pentarquía; posteriormente militaría con los Auténticos, sería diputado en el Constituyente de 1940. Carbó sería uno de los ideólogos del primer momento del Batista sargento; su influencia política estaba en su calidad de director de *La semana*, semanario muy influyente en esa época y hasta los cincuenta. Hevia sería incluso presidente provisional en el inicio de la influencia de Batista en la política nacional. Guiteras se convertiría en el secretario de Gobernación del gobierno de Grau y posteriormente en uno de los mitos políticos de la izquierda cubana por su postura radical e insurreccional con su organización Joven Cuba.

¹¹ Welles conoció Cuba a principio de los años veinte cuando llegó en una de las tantas incursiones de E. Crowder para solucionar la crisis financiera de 1921, que dicho sea de paso coincidió con la elección presidencial de Alfredo Zayas frente al José Miguel Gómez, y que amenazaba en convertirse en una crisis política como era costumbre en las elecciones presidenciales cubanas. En esa ocasión, Welles redactó un memorando que, visto en retrospectiva, pinta su visión sobre Cuba y las características que sus políticos deberían de asumir frente a los Estados Unidos: "...Un perfecto conocimiento de los deseos de este gobierno [el de Estados Unidos]... y su docilidad a las sugerencias y consejos que le pueden hacer la Legación americana". No será extraño que una década después al llegar no como subordinado sino como cabeza de esa legación americana, su visión de la política cubana y sus operadores fuera la de un procónsul al cual se debe obedecer. A su arribo a Cuba, se presentó con una carta personal del presidente Roosevelt, dirigida a Machado, donde le confiaba que todo lo que le dijera a Welles lo podía tomar como dicho a él mismo, de tal manera que el flamante embajador podía sentirse como la encarnación en Cuba del mismísimo presidente de los Estados Unidos.

realidad en la medida que Welles así lo quisiera¹². En las siguientes semanas a su llegada, se reuniría con un amplio abanico de miembros de la oligarquía política como Cosme de la Torriente, Miguel Mariano Gómez, Méndez Peñate e incluso Carlos Mendieta, Menocal se había marginado y no formaba parte de las consultas de la mediación, pero sí la dirigencia del ABC que aceptó los oficios del embajador como la de un “amigo”. A mediados de ese mismo mes, Cosme publicó una especie de declaración conjunta de “toda la oposición” aceptando a Wells como mediador en el conflicto político que se vivía; varias organizaciones sociales –como la organización de profesores de escuelas superiores, así como la de catedráticos universitarios– se sumaron al coro, incluso Menocal había dado su brazo a torcer. El 17 de julio Welles escribía al presidente Roosevelt para informar sobre la situación. Indicaba que fuera del grupo de activistas universitarios, todas las fuerzas políticas se sumaron a lo que en Cuba ya se denominaba “mediación Welles”, confiando que pronto se reestablecerían las actividades normalmente. El diagnóstico del ambiente reinante le indicaba que el presidente Machado se había convertido en el problema y no la solución, de tal manera que todos sus esfuerzos se encaminaron hacia una transición posmachadista. Con una oposición subordinada a sus “sugerencias”, el panorama para la mediación parecía alentador, sin embargo, los problemas empezaron cuando Machado se negó a dar su cabeza sin nada a cambio, como Welles pretendía. Acorralado, Machado buscaba acelerar las contradicciones

¹² Después de su primera entrevista con Machado el 13 de mayo, el embajador informó que “...que no es tiempo para un cambio. El presidente Machado está capacitado para mantener el orden, debido a la indudable lealtad y disciplina del ejército del ejército cubano”. Unas semanas después, y luego de ampliar un poco más su panorama de los asuntos cubanos, Welles volvió a hablar con el presidente cubano a principios de junio. A partir de esa fecha la diplomacia de Welles se movió hacia los cambios que implicaban una cosa: la salida de Machado de la presidencia. El asunto se centraba, entonces, en la forma de operar dicho movimiento. En su reporte al secretario de Estado, Cordell Hull, Welles dejaba entrever que todavía no tenía preparado el mecanismo: “...no le indiqué [a Machado]... cuándo pensaba que tal retiro por su parte... fuera deseable”. Los informes de Welles y toda la correspondencia diplomática en Pichardo, 1986: IV.

para obligar a Welles a deponer a la oposición y pasar de la mediación a la intervención. Los reportes de la embajada cubana en Washington cruzados con los que enviaban los norteamericanos a Hull muestran esta tensión de un juego muy conocido por ambos bandos¹³.

Más que una disputa palaciega entre la elite, como estaban acostumbrados todos, la situación se complicó en la calle. Welles achacaba a Machado la falta de control y éste a la oposición para “arrojarlo a la calle”. El terrorismo del ABC, el activismo sindical en los ingenios azucareros y las manifestaciones de los estudiantes universitarios, creaba algo que no pasaba en las disputas oligárquicas: una movilización social que desde arriba se percibía como anarquía. Ante esta disyuntiva, el embajador se impacientaba y apuraba una solución, pues consideraba necesaria una “acción positiva” de parte de los Estados Unidos, invocando la responsabilidad jurídica que ese gobierno tenía con Cuba por la Enmienda Platt. En un extenso informe, el embajador Welles definía la postura a seguir, lejos de la apariencia pública de “mediador” de una crisis, se mostraba en su verdadero papel, el del procónsul imperial que impone, no negocia¹⁴.

¹³ El embajador cubano en Estados Unidos, Oscar Cintas, informaba a La Habana que había transmitido al subsecretario de Estado adjunto, y relevo confirmado de Welles, Jefferson Caffery, que si la política norteamericana no cambiaba la vida de Machado corría peligro dada la violencia imperante en el país, de tal modo que a los norteamericanos no les quedaría más que desembarcar con sus tropas. En La Habana, los reportes de la embajada resumían las quejas que Welles transmitía a Machado y que éste no atendía y que eran en torno al estímulo a las manifestaciones por parte de agentes del gobierno para generar mayor inestabilidad para justificar el mantenimiento de la ley marcial.

¹⁴ En el citado documento, Welles exponía que de seguir en el poder, Machado traería sólo anarquía a Cuba, situación que haría intervenir a Estados Unidos “contra su voluntad”: “No veo cómo el gobierno de Estados Unidos puede, en vista de las obligaciones que le impone el tratado [la Enmienda Platt], continuar apoyando formalmente al gobierno cubano, que de modo continuo ha privado al pueblo cubano de sus derechos constitucionales, y que es culpable de atrocidades que horrorizaron a todo el continente, negándose a considerar la posibilidad de una solución honesta y cubana de esta situación desastrosa... Creo que si el presidente Machado se niega a convenir en una solución... Estados Unidos debería retirar el reconocimiento” [diplomático a dicho gobierno]. Una vez advertido, Machado deberá irse, según Welles, porque esta es la solución “cubana” convenida por toda la clase política y el ejército, de lo contrario “... no creo que su gobierno pueda mantenerse más allá de un periodo muy breve... tengo razones

Antes del desenlace esperado por todos, las consultas y negociaciones se dieron en todos los niveles, desde el presidente Roosevelt hablando con el embajador Cintas, hasta Welles con la oposición oligárquica y los más altos oficiales del ejército, así como la de Machado con sus colaboradores en un intento por prorrogar aun más el *impasse* para asegurar una salida decorosa. Welles mantenía una negociación triangular entre el general Herrera, Jefe del ejército de Machado, los oficiales dispuestos a seguir las líneas de la mediación, y la cabeza de la oposición tolerada por Welles que incluía al ABC y los viejos conocidos de siempre como de la Torriente, Miguel Mariano, Mendieta e incluso Menocal.

La renuncia de Machado era una condición que ya nadie ponía en duda; el plan de Welles tenía como efecto inmediato el querer descargar en el ejército la responsabilidad de la transición política, con Herrera como puente entre dos aguas. El procónsul quería que con Machado se fueran todos los secretarios del gabinete excepto el general Alberto Herrera¹⁵, a quien correspondería el nombramiento de jefe de gobierno hasta la entrada en funciones de un vicepresidente que convocaría a elecciones. A Machado, así como a sus colaboradores más cercanos, se les garantizaría su seguridad personal pues el ejército seguiría con Herrera para mantener el control en las calles¹⁶. En este

para creer que la situación continuará lo suficientemente bajo control como para hacer necesario que el gobierno de Estados Unidos emprenda ni siquiera una breve intervención armada”.

¹⁵ Originario de Las Villas, como Machado y José Miguel Gómez, Herrera haría carrera militar con los generales Juan Bruno Zayas y Leoncio Vidal en el Ejército Libertador. Permaneció en el ejército a lo largo de la primera república; en la administración del presidente Alfredo Zayas, hermano de Juan Bruno, se desempeñaría como Jefe del Estado Mayor del ejército, Machado lo ratificaría en el puesto.

¹⁶ Welles reportaba que tenía todo bajo control, pues: “Los poderosos líderes de la oposición han decidido por unanimidad aceptar esta propuesta, ya que, según creen, es el único método para obtener la dimisión de Machado y evitar la intervención norteamericana, que en su opinión Machado está dispuesto a forzar”. La respuesta de Machado, de acuerdo a un documento redactado por su secretario de Estado Ramiro Guerra, estaba en el cumplimiento de una serie de

sentido, Herrera tuvo que contener a diversos oficiales de alta graduación para mantener la cohesión dentro de los cuarteles militares; dada la incertidumbre política, el futuro de muchos de ellos se encontraba comprometido, pues Machado había utilizado al ejército en diversas tareas del régimen, su compromiso era tal que no podían ocultar su machadismo. La noche del 11 de agosto la suerte de Gerardo Machado como presidente de Cuba estaba echada, durante el día los rumores de sublevación en el cuartel Máximo Gómez hicieron que se refugiara en el cuartel Columbia hasta que Herrera le garantizó su seguridad. Al mismo tiempo, Welles –por razones que sólo él mismo sabía y nunca dio a conocer– correría el rumor entre oficiales supuestamente inconformes¹⁷ que el relevo de Machado por Herrera crearía las condiciones para una intervención norteamericana. Inmediatamente surgió, con la fuerza de las ondas de la radio, la demanda que Machado entregara el poder a “un civil imparcial”. A lo largo de la madrugada del 12, Welles se vio sometido a un ir y venir entre los implicados de siempre, además de Herrera quien se había quedado sin nada, al igual que Machado. Cosme de la Torriente y el negociador de Machado, Orestes Ferrara, pedían mantener el ofrecimiento inicial de mantener a Herrera como jefe de gobierno, sin embargo Welles afirmaba salomonicamente que no era él sino el ejército el que mantenía tal exigencia, los coroneles supuestamente disidentes terminaron por admitir que aceptarían

medidas “indispensables”, como la negociación de un nuevo tratado comercial y la revisión de la Enmienda Platt.

¹⁷ El grupo estaba integrado por los coroneles Delgado, Ferrer y Sanguily. El primero de ellos había encabezado el intento de sublevación en el cuartel Máximo Gómez. Welles los utilizó para propagar el rumor que la permanencia de Herrera implicaba la intervención norteamericana; de este grupo se coordinaría la emisión de radio, a cargo del teniente Zayas Bazán, donde se pedía a Machado entregar el poder a un civil imparcial. En los sucesos que se desencadenaron en las siguientes horas, Delgado y Sanguily tendría una participación notoria al fotografiarse al lado de Welles, después de ello no volverían a figurar en la escena política. Por los apellidos podríamos inferir que este coronel, así como el teniente Zayas Bazán estaban emparentados con familias de la oligarquía política de la primera república. El primero con el general Julio Sanguilly, un ilustre liberal y el segundo con la familia de la esposa de Martí, Carmen Zayas-Bazán Hidalgo.

cualquier solución que el embajador norteamericano sugiriera, igual harían los demás.

Con el entendido de cambiar la fórmula de un “civil imparcial” a “cualquier cubano” (que Welles eligiera), las cosas parecían encaminadas a reestablecer el acuerdo anterior a favor de Herrera, pero nuevamente las decisiones del procónsul alteraron los nervios de más de uno¹⁸. A las emisiones radiales de los coroneles disidentes se unieron los del ABC; informaban de la renuncia de Machado a favor del general Herrera, pero en el transcurso de la mañana empezaron a manejar la inconformidad de los coroneles por Herrera al que consideraban demasiado machadista. Poco después el mismo Welles se encargaría de confirmar la versión al aparecer a vista de todo el público en el balcón de su oficina de la embajada junto con Sanguily y buena parte de la dirigencia del ABC: Tina Forcada, Hortensia Lamarr y Raúl de Cárdenas, en pocos minutos llegaron con la bandera verde del ABC Martínez Sáenz, Saladrigas, Guillermo Belt y el coronel Delgado para tomarse la fotografía. Aunque esto fue apenas un instante, fue suficiente para enviar el mensaje: Machado emprendió la salida del Palacio presidencial donde se encontraba, mientras su secretario de Estado, el gran historiador Ramiro Guerra, junto con el negociador Orestes Ferrara y Lamar Schweyer redactaban un decreto donde se aceptaba la renuncia de todos los secretarios, excepto Herrera, y la petición del presidente de permiso para ausentarse del cargo al Congreso.

¹⁸ Cuando horas después se confirmaba la renuncia de Machado, Ferrara telefoneó a Welles para informarle que los documentos que requería el Congreso estaban listos y aprovecho para pedirle su intervención: “Usted, señor embajador, es el único que puede impedir hoy un espectáculo que no ha ocurrido nunca en nuestra historia. En caso contrario, mucha gente morirá. Observe en qué estado se halla el público”. Welles contestó flemáticamente, sin dar importancia a la observación de su interlocutor, “¡Oh, doctor!, son solo manifestaciones de alegría”, para después pedirle que llevara la documentación a la casa del general Herrera. Un indignado Ferrara haría el trayecto desde el palacio presidencial, presenciando el cortejo de “...hombres enfurecidos, sudando, roncando de tanto gritar, con los ojos saltándoseles de las órbitas, sedientos de venganza... comprendimos que estábamos perdidos”.

Las formas políticas en este momento se dejaron a un lado, protegidos en la casa del general Herrera, Welles dirigía como si se tratara de actores de teatro; cuando llegó Ferrara con los documentos, el anfitrión dócilmente firmó su renuncia después de nombrar como único acto de gobierno, a Carlos Manuel de Céspedes¹⁹ como Secretario de Estado. Los coroneles disidentes Delgado y Sanguily apoyaron de inmediato, se les unió Cosme de la Torriente y el mismo Herrera!, para proclamar a Céspedes presidente, aun cuando el Congreso cubano ni siquiera había recibido la solicitud de Machado y, por tanto, los actos de Herrera carecían de cualquier validez jurídica²⁰. Mientras los presentes se dirigían a Céspedes como “presidente”, Delgado y Sanguily se ufanaban de “haber salvado al país de la intervención”.

La insurrección de la vanguardia

El ajedrez político del procónsul, por lo menos en el papel de los informes que salían para comunicar a Washington la situación, había sido un éxito total. Welles era visto como el factor de la política cubana²¹. Sin embargo, la versión del optimismo inicial de los informes muy pronto tuvo que ser rectificado. La situación del gobierno de Céspedes era incierta; aunque el nuevo presidente se

¹⁹ Céspedes es otro ejemplo de la formación de las redes políticas de la primera república; Hijo de Carlos Manuel de Céspedes y Castillo, uno de los iniciadores de la primera guerra de independencia en 1868, considerado el Padre de la Patria. Educado en Francia y Alemania; en 1895 regresaría a Cuba como parte de una expedición destinada a engrosar las filas del Ejército Libertador. En la llamada república en armas ocupó diversos cargos políticos, fue representante en las asambleas de Yaya, Santa Cruz y la del Cerro. En la primera república, ocupó cargos diplomáticos en diversas representaciones. Fue Secretario de Estado e Interino de Hacienda y Guerra bajo la presidencia de Alfredo Zayas. Su incursión en la presidencia es un misterio que únicamente Welles puede descifrar. No confundirlo con Carlos Miguel de Céspedes, secretario de obras públicas de Machado.

²⁰ Mientras los convidados de siempre celebraban el nombramiento de Céspedes, tres congresistas se tomarían la molestia ir a la casa de Herrera a recibir la solicitud de ausencia de Machado y la renuncia de Herrera a favor de Céspedes. Discretamente salieron para sesionar quien sabe dónde para legalizar la situación creada por la mediación Welles.

²¹ Roosevelt y Hull enviaron “calidas felicitaciones” a su hombre en La Habana, mientras que éste informaba a sus jefes: “En todas las grandes ciudades, incluyendo La Habana, la situación está controlada”.

afanaba en aparentar encabezar un gobierno, lo cierto es que éste solo era una idea que a lo más se expresaba en la fotografías de la prensa cada mañana: saludando a Welles o al agregado militar, coronel Gimperling, la acción del gobierno no aparecía ante un mar de violencia que campeaba por todo el país. En ese sentido la disposición del ABC por participar en la mediación y asumir las consecuencias de la misma, en este caso el gobierno de Céspedes, tampoco impidió el deterioro de la situación. El gabinete de Céspedes era el reflejo de los compromisos de la mediación Welles, ahí estaban Cosme de la Torriente, muy activo en las negociaciones; los abecedarios Joaquín Martínez Sáenz, Carlos Saladrigas y Guillermo Belt; Federico Laredo Bru de la Unión Nacionalista de Mendieta; Eduardo Chibás, padre del líder estudiantil del Directorio Estudiantil Universitario del mismo nombre; Rafael Santos Jiménez, un viejo partidario del líder liberal José Miguel Gómez, sin duda representando a Miguel Mariano; Nicasio Silverio de la CNOC²²; Raúl Cárdenas, amigo de Menocal; el profesor de la Universidad de La Habana, doctor José Antonio Presno; un viejo asociado de los norteamericanos, Demetrio Castillo Pokorny, ayudante de campo del general

²² La Confederación Nacional Obrera de Cuba fue fundada por anarquistas en 1925 siguiendo el modelo de la CNT española. En 1931 los comunistas lograron arrebatar el control a los anarquistas. La historia de la CNOC en estos acontecimientos, así como la plantea Thomas (1973), resulta inverosímil, pues tenía dos inconvenientes, ser una organización obrera y, para colmo, estar dominada por los comunistas, imposible de aceptar para un anticomunista confeso como Welles, que dicho sea de paso, en sus minuciosos informes nunca consigan tal cosa. En diciembre de 1933 se convocó al IV Congreso Obrero de Unidad Sindical, realizándose un mes después, en enero de 1934, con la autorización de Guiteras como secretario de Gobernación. Ahí se presentó un informe sobre la situación del movimiento obrero y sus perspectivas; en él no se menciona la participación de la organización o de alguno de sus militantes en la mediación Welles, ni mucho menos haber ocupado un lugar en el gobierno de Céspedes. Por el contrario, el cuadro descrito es opuesto a cualquier política de apoyo no solo al gobierno de Céspedes, sino incluso al de Grau San Martín. Por otro lado, si fuera cierto la participación de la CNOC en la mediación Welles, para los comunistas implicaba el abandono de cualquier carácter sino revolucionario, por lo menos antiimperialista de su política y su asimilación a este sistema oligárquico graduado por las recomendaciones norteamericanas; aunado a esto también tendríamos el problema de esta fuente, pues el partido, como todos sus similares en América Latina, nunca fueron muy confiables para explicar sus bandazos políticos. El informe de la CNOC en Pichardo, 1986, IV.

Wood en la guerra hispano cubana y muy amigo de Crowder; por último, los liberales (del partido de Machado) Estanislao Cortina y Miguel Ángel Cisneros.

Welles había hecho cálculos a partir de la importancia revolucionaria del ABC y del papel tradicional del ejército; los políticos de siempre no tenían un peso determinante, pero se abría un poco hacia la clase media al incluir al profesor Presno. El soporte de esta arquitectura política se basaba en el ABC y lo que representara, pues se suponía que al integrarla en el gobierno la inestabilidad tendría que desaparecer —la violencia callejera por lo menos—, su apertura hacia ella tendría que compensar el desgaste de la vieja oligarquía política, es decir, darle legitimidad al nuevo gobierno que tendría que aparentar ser de “clase media” por los del ABC y Presno, al mismo tiempo que también se representaban los grandes intereses económicos, cubanos y norteamericanos, con Chibás y Castillo Pokorny. Lo que se presenció en esos días de agosto de 1933 fue, por el contrario, el desgaste del ABC como organización supuestamente revolucionaria que tendría que controlar la violencia; rápidamente fue rebasada por otros grupos insurreccionales y de izquierda que no había aceptado la mediación del procónsul, y que éste tampoco los había tomado en cuenta: radicales del ABC, Pro Ley y Justicia de los hermanos Valdés Daussá, y el Directorio Estudiantil Universitario (DEU). Era la vanguardia en acción. Desde su gestación como preocupación intelectual en los años veinte, la acción política de la vanguardia había madurado en la propia experiencia de mantener vigente a sus organizaciones con sus postulados. A diferencia de la oligarquía que dominó políticamente a la primera república, la vanguardia política de 1933 quebraba por donde la otra construía el consenso político; dinámica que Welles nunca entendió en su afán de ser modelo de un nuevo intervencionismo de manipulación de la elite política.

La estabilidad que tendría que venir no llegaba, un enrarecido ambiente se propagaba, los rumores de conspiraciones (civiles y militares) eran la constante de los días; para mediados de agosto, el gobierno interino de Céspedes –que dicho sea de paso solo podía ofrecer su apellido y sus impecables trajes de lino– se veía cuestionado y se mantenía gracias al ejército y el apoyo del embajador Welles. La coalición política salida de la mediación tampoco era de mucha ayuda, no proporcionaba el soporte que se requería para que Céspedes pudiera empezar a gobernar. Hasta los más incondicionales a las soluciones norteamericanas, como Demetrio Castillo Pokorny, veían la situación con preocupación. En conversación con Welles, le confió sus inquietudes sobre el entorno como parte de este gobierno que no gobernaba: existía una resistencia de la mayoría de la población a obedecer a cualquier autoridad que hubiera detentado algún cargo en algún nivel del gobierno (municipal, provincial o nacional), incluso esto era bien visto por la parte más joven de la oficialidad del ejército. Castillo mencionaba una observación interesante, cuando el gobierno nacional quería reemplazar a algún funcionario, el ejército se negaba a obedecer la orden, al mismo tiempo que permitía la salida de muchos de ellos, supuestamente comprometidos con la represión de Machado²³, lo que también nos indicaría un dislocamiento del aparato burocrático del Estado, con las consecuencias que esto implicaba en las tareas cotidianas de la administración pública, amén de confirmar que el ejército ocupaba un espacio político que iba más allá de sus tareas de seguridad.

²³ Véase los informes de Welles en Pichardo, 1986, III. Por otra parte no hay que olvidar que durante el gobierno de Machado, el ejército fue ocupado en diversas tareas, incluso administrativas, lo que hace evidente la tensión a que estaba sometido como institución; esta misma situación haría posible unos días después el audaz golpe de los sargentos del campamento Columbia en contra de los oficiales.

El cuadro descrito por Castillo reflejaba más la realidad imperante en las calles que la visión del embajador empeñado en querer ver solucionado un conflicto que se había elevado a un nivel mayor de complejidad. La reacción de Welles, como verdadero amo de la política cubana, fue la de negar los hechos. En una increíble declaración, lecharía la culpa a los propios cubanos!, por esperar que “el gobierno hiciera milagros sin demora”. Céspedes, actor de reparto en una obra dirigida por Welles repetía la misma letanía, mientras intentaba reestablecer una normalidad anterior a Machado al derogar todas sus reformas constitucionales y regresar a la Constitución de 1902; permitir el retorno de los exiliados –entre ellos los conspiradores de siempre Mendieta y Menocal– y disolver el congreso machadista para elegir otro para febrero de 1934. Sin embargo, la dinámica política ya se encontraba en otro lado, y no volvería al juego oligárquico que las elites habían jugado en las primeras décadas de vida independiente de la república. El ejército se encontraba paralizado por los intereses creados durante la gestión de Machado, cada vez resultaba más evidente su inoperancia como instrumento político de control, mientras que la elite republicana ya no era capaz de proponer una alternativa más allá de los acomodados palaciegos que tanto agradaban a Welles.

La continuidad del dominio de la clase política y del sistema que representaba estaba en entredicho aun antes de la salida de Machado cuando los estudiantes universitarios a través de su organización, el Directorio Estudiantil Universitario, publicaron un “Manifiesto” donde consideraban la coyuntura como revolucionaria, propicia para “un cambio total y definitivo del régimen”. El cambio se perfilaba en una amplia reforma de las bases políticas que sustentaban el poder en Cuba.

Un nuevo argumento daba pie para esto: la *revolución*, concebida como un nuevo pacto político que reflejaría, a su vez, un nuevo pacto social, es decir, una nueva relación entre la clase política y entre ésta y la sociedad. La insurrección expresaba el estado de ánimo de romper con el pasado de acuerdo con una tradición que iba de la mano con la nueva organización política de vanguardia. Esta revolución implicaba el ejercicio medular de una verdadera clase política, la soberanía nacional. En estos momentos, la vanguardia estaba dividida en dos tendencias: una nacionalista revolucionaria y otra marxista; la primera integrada principalmente por las organizaciones estudiantiles universitarias como el Directorio Estudiantil Universitario y los desprendimientos salidos de su seno como el ABC radical y Pro Ley y Justicia; en la otra tendencia se encontraba el Ala Izquierda Estudiantil, que era la versión comunista del DEU, siempre detrás de la organización madre a fin de tener influencia en el ámbito de los estudiantes universitarios; nominalmente revolucionaria pero sin grupos de acción que le dieran tal característica, su papel se limitaba a la crítica²⁴. Sería la primera tendencia, sin embargo, la que alcanzaría mayor relieve e importancia en los acontecimientos políticos futuros. En el contexto de la época, su planteamiento sí era revolucionario, pues consideraba necesario garantizar un equilibrio entre el poder y la sociedad, restableciendo la vigencia del Estado de Derecho, entendido como el límite de la autoridad del Estado y la propia clase política ante la voluntad popular, al mismo tiempo que éstos, el Estado y la clase política, garantizarían el bienestar

²⁴ Su papel tiene relevancia no por su importancia política en esta coyuntura, sino por convertirse en un espacio de sociabilidad para futuros cuadros de la elite política; por ahí pasarían Raúl Roa, Aureliano Sánchez Arango, José Tallet, Gustavo Aldereguía y muchos más que después transitarían hacia los auténticos o los ortodoxos en los años cuarenta y cincuenta. El más destacado será Sánchez Arango quien llegó a ser ministro en el gobierno de Carlos Prío – quien en ese momento se encontraba en el DEU- y candidato presidencial de los auténticos en 1952. Roa entraría en escena una década después como ministro del Exterior.

de toda la población por medio del disfrute proporcional de las riquezas nacionales. Esta demanda se anclaba en el retorno a la tradición y legado del Apóstol por construir una nación independiente y soberana, ajena al tutelaje norteamericano cuya expresión era la Enmienda Platt en cualquiera de sus variantes. Los ideales de Martí se enarbolan para regenerar del fracaso del viejo liberalismo por construir un país independiente. En esa perspectiva, las fuerzas emergentes se concebían como una revolución por su tarea restauradora del proyecto original de la nación, la de Martí, ante la corrupción y subordinación de la clase política de la generación del 95.

Esta nueva generación estaba integrada por cubanos nacidos en la república, educados en el entendido que la Enmienda Platt era una necesidad para mantener con vida al Estado nacional. A diferencia de la anterior generación donde la guerra de independencia y la pertenencia al Partido Revolucionario Cubano y el Ejército Libertador crearon las condiciones para la socialización de sus carreras políticas en los partidos republicanos, ya fueran liberales o conservadores, la carrera política se inició en el activismo universitario de las organizaciones estudiantiles, en específico en la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de La Habana (FEU) y en su sucesor, el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), primero en torno a las típicas demandas de la clase media emergente latinoamericana: la reforma universitaria y la obtención de la autonomía institucional y después las reivindicaciones sociales derivadas del compromiso con la idea de renovación nacional a través de la revolución, propia de las ideas de José Martí y del modernismo como corriente estética. La aparición de las organizaciones universitarias y su activismo político en contra de un sistema cerrado también nos mostrará la nueva ruta de la carrera política atravesando por el liderazgo

estudiantil, que se vinculará a estos momentos críticos que definirán una nueva política. No será extraño que los líderes políticos de las décadas siguientes transiten del activismo estudiantil al partido político o al movimiento insurreccional, definido no en términos oligárquicos, sino en un nuevo impulso de renovación nacional, de reivindicación de una nación inédita para el liberalismo previo. Esta nueva generación empujaba hacia la redefinición del interés nacional, hasta entonces subordinado, a su vez, al provecho geopolítico norteamericano. Esta problemática escapaba, por definición, al gobierno encabezado por Céspedes, de ahí su inoperancia ante la efervescencia que vivía Cuba entonces.

La inestabilidad anunciaba el desplome del sistema político, sin embargo, éste no vendría de las acciones de los radicales de clase media universitaria, ni de las negociaciones palaciegas entre la elite; este movimiento caería como un relámpago cuando la única fuerza diseñada para mantener el orden en el país se vio paralizada, desde su interior, al quedar rota la tradicional cadena de mando. Las llamadas “clases” del ejército (soldados, cabos y sargentos, o como se llamaban en el argot de la época los “alistas”), temerosas de que el ajuste de cuentas que se estaba dando en las calles sin control alguno, les llegara por el papel que habían tenido durante el machadato²⁵ se rebelaron, convirtiéndose en

²⁵ La insubordinación de los alistados todavía da para el debate interpretativo, sin embargo, existe la coincidencia en el dato que el 18 de agosto un sargento hizo un discurso incendiario en los funerales de un soldado caído en esas fechas, aprovechando para reivindicar una serie de peticiones a favor de la tropa; ese sargento se llamaba Fulgencio Batista. Después, también existe la coincidencia en consignar la existencia de una agrupación para defender sus intereses llamada Club de Hombres Alistados. Las peticiones de la tropa no tenían un contenido político, a lo más que llegaban era pedir no purgar a la tropa por los excesos cometidos por la represión de Machado, responsabilidad de los oficiales, y evitar rebajar sus salarios de 24 pesos a 13.50 como se corría el rumor, así como mejorar el trato de los oficiales, la entrega puntual de zapatos y uniformes, además de suprimir el servicio de ordenanza que prestaban a los mandos. Enrique Fernández, entonces activista del DEU, y posterior cronista de los acontecimientos en *La razón del 4 de septiembre*, considera que “El movimiento en su inicio, no tiene propósito alguno revolucionario. Eran meras cuestiones de índole moral y material, que solo afectaban al ejército.

el catalizador que desencadenaría la reacción en cadena en contra del gobierno de Céspedes, primero, y contra el sistema político de la primera república, después, dando al traste con la mediación Welles. El movimiento de los suboficiales del ejército se encontraría con el apoyo de los distintos grupos inconformes con la situación actual que buscaban la insurrección. Los sargentos, a diferencia de los oficiales, no eran producto de los arreglos de la elite política en sus correrías por el gobierno, al igual que los estudiantes, profesores universitarios e incluso los sindicatos, no formaban parte de la clase política. Su confluencia sería el inicio de la llegada de una nueva clase política al poder, abriendo un compás donde se acomodarían las diferentes elites en este nuevo universo.

En la madrugada del 4 de septiembre de 1933, un audaz grupo de sargentos se apoderó, del mando del principal cuartel del país, poniendo en jaque a los oficiales del mismo. La llamada “conspiración de los sargentos” fue encabezada por los dirigentes del Club de Hombres Alistados, entre los que se encontraban Pablo Rodríguez; José Pedraza; Manuel López Miyoga y Fulgencio Batista. El primero y último eran sargentos de oficina, mientras que Pedraza era el militar del grupo. A ellos se unieron el cabo Ángel Echeverría y los soldados rasos Mario Alfonso Hernández, Ramón Cruz Vidal y Juan Estévez. Batista se convertiría en el líder de la rebelión cuando se hizo cargo de las negociaciones con los oficiales²⁶ que intentaron mediar la situación y cuando decidió que sus

No se trataba en ese momento más que de una insubordinación”. Véase también Thomas, 1973: 829 y Justo Carrillo, 1985: 167-174.

²⁶ En las crónicas sobre estos acontecimientos, cuando se hace referencia a “oficiales”, se indican a capitanes, pero nunca a un oficial de alta graduación como un coronel o general. Por ejemplo, el comandante del cuartel Columbia, el coronel Perdomo nunca es mencionado en estos momentos, no se sabe de sus movimientos ni de que hubiera intentado algo; al parecer dejó hacer, resignado. Se le volverá a mencionar días más adelante en los intentos de negociación que Sergio Carbó realizaba para intentar reorganizar al ejército para legitimar el poder de Batista. Thomas menciona al capitán Torres Mernier como el mediador y después a otro grupo más amplio (sin identificarlo) que entraron con el primero a negociar con los sargentos, pero en ese

demandas ya no eran negociables, poniendo “bajo vigilancia” al cuerpo de oficiales, mientras se proclamaba “jefe de personal”. Los sargentos también tomarían el control de la policía de La Habana, dejando en manos de un ex oficial y veterano conspirador antimachadista, Emilio Laurent²⁷, su dirección.

Una estación de radio de la capital salió al aire para anunciar que en Columbia se había frustrado un golpe militar; la noticia fue la señal para la movilización de los estudiantes radicales hacia el campamento militar de Columbia; ahí fraternizaron rápidamente con la tropa para proclamar un “gobierno revolucionario”²⁸. Inmediatamente una *Proclama al pueblo de Cuba* estableció la ruptura con el pasado al informar la constitución de la Agrupación Revolucionaria de Cuba con el objetivo de “impulsar, de manera integral, las

momento Batista ya no estaba dispuesto a negociar. En todo caso, esta situación también nos indica un inadecuado sistema de comunicación con el alto mando que nunca se apareció en los campamentos, los oficiales que permanecían en sus puestos no hicieron nada para reestablecer la cadena de mando, incluso se entregaron sin oponer resistencia pues no concebían que se pudiera realizar un golpe sin ellos, y sobre todo, en contra de ellos. El ministro de Guerra, Ferrer, intentó llegar a los cuarteles, sobre todo los de la capital, pero se encontró con la sublevación en marcha y sin ninguna autoridad sobre los sargentos; no es extraño que él haya sido el que informara a Céspedes que ya no había nada que hacer. También es necesario consignar que un grupo de estos capitanes se unió a la sublevación, como Manuel Benítez y Raimundo Ferrer, quienes participarían activamente en la lucha del Hotel Nacional, asesorando a Batista en las tácticas de combate.

²⁷ Laurent aparecerá a lo largo de este periodo en compañía de los insurrectos y posteriormente con los Auténticos, donde terminaría haciendo una carrera política. Su caso se sale del parámetro normal del reclutamiento de la elite para ese partido, pues no era activista del DEU. En este momento es difícil precisar por qué motivos se dio este nombramiento, además que al parecer no duró mucho tiempo en él, a la siguiente semana con el gobierno de Grau no se le volverá a mencionar en el puesto.

²⁸ “En las primeras horas de la noche, el Directorio Estudiantil Universitario cruzó la línea de centinelas de Columbia, y con él entró en el campamento sublevado el espíritu por el cual murió Rafael Trejo en las calles de La Habana el 30 de septiembre de 1930. La insubordinación se convirtió en Revolución. El DEU, fiel a su propósito y a su encomienda, aceptó sin vacilación la responsabilidad histórica que el destino le presentaba, y llamando a todos los que compartían sus principios y propósitos, organizó en pocas horas un organismo que asumió, en nombre de la Revolución, el gobierno del país”. Fernández, 1986, IV. Una crónica más precisa en José A. Adán, “El hombre que cambió el curso de la historia de Cuba” (www.autentico.org/ocio9172.php), donde atribuye al entonces estudiante de medicina Juan Antonio Rubio Padilla el acercamiento a Batista para inclinarlo hacia la ruptura: “...Juan Antonio Rubio Padilla conocía a Batista desde los tiempos en que el suegro de éste trabajaba en el hospital...Mazorra, del cual había sido director el padre de los Rubio Padilla. Juan Antonio y Batista acordaron que se leyerá a los reunidos el Manifiesto Programa del Directorio. Juan Antonio lo leyó y pidió su aprobación a la tropa que delirantemente lo aprobó dando gritos de ¡viva Cuba libre! Así por aclamación, se cambió el curso de la historia. Batista y Juan Antonio impartieron órdenes a los regimientos de la isla, mientras Pedraza se ocupaba de todo lo de Columbia”.

reivindicaciones revolucionarias... dentro de amplias líneas de moderna democracia y sobre puros principios de soberanía nacional”. Las reivindicaciones revolucionarias se referían a la “reconstrucción económica de la nación y organización política a base de una próxima asamblea constituyente”; a la “depuración inmediata y sanción total para delincuentes de la situación anterior, tanto de la civilidad como del ejército” como condición para reestablecer un verdadero orden; la formación de tribunales *ad hoc* para tales casos; la “reorganización dentro del menor plazo posible, de todos los servicios y actividades nacionales, procurando un rápido retorno a la normalidad”, con lo cual confirmaba el derrumbe del aparato burocrático del Estado cubano; “tomar, en fin, todas las medidas aun no previstas en este documento para iniciar la marcha hacia la creación de una nueva CUBA, sentada sobre las bases incommovibles del derecho y del más moderno concepto de democracia”. Por último, consideraban que el gobierno de Céspedes no podía responder a estas demandas razón por la cual asumían las funciones del gobierno de la república, emitiendo decretos que tendrán el valor de ley hasta que nuevas elecciones designen a un nuevo gobierno.

La proclama la firmaban Fulgencio Batista por la tropa amotinada; Ramón Grau San Martín, como Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana; Carlos Prío, como representante estudiantil; y el periodista Sergio Carbó, director de *La semana*, entre otros²⁹. A partir de ahí, se

²⁹ Las 28 firmas del documento son un listado de los revolucionarios que alude el preámbulo del mismo, es decir, activistas del DEU, radicales de diverso tipo como Carbó o Irisarri, y Batista por los soldados, en ellas encontraremos a buena parte de la elite política que gobernará a la segunda república o tendrá gran influencia política en la siguiente generación. En el primer grupo está Batista, Hevia, Grau y Prío; como ministros y directores de organismos gubernamentales Justo Carrillo, Irisarri, de León; como dirigente político y parlamentario, Emilio Laurent. En el segundo se distinguirán Carbó con su periódico, García Bárcena como maestro de la siguiente generación insurreccional, al igual que Ramiro Valdés Daussá a pesar de su prematura muerte. La proclama está firmada por Sergio Carbó, Julio E. Gaunard, Carlos Hevia, Carlos Prío Socarrás, José Morell Romero, Rafael García Bárcena, Justo Carrillo, Ramiro

popularizó la consigna de “todo el poder a la revolución”, aparecida en el medio dirigido por Carbó. El mismo Carbó afirmaría al corresponsal de un periódico norteamericano que “al amanecer del 5 de septiembre de 1933, la República llegó a su mayoría de edad, y con gritos de júbilo, escapó de la Embajada norteamericana”, para anunciar un profundo cambio en la composición de la clase gobernante cubana. El embajador Welles reconocería tal hecho al telegrafiar a su gobierno que “lo más inverosímil es que por la mañana el gobierno haya sufrido un colapso en toda la isla”. Welles se enteró de la dimisión de todo el gabinete de Céspedes por medio del secretario de Guerra, Horacio Ferrer, quien le informó el 5 de septiembre al medio día, que después de hablar con la Comisión Ejecutiva (Pentarquía) para que reconocieran a Céspedes y se integraran como miembros del gabinete, éstos le informaron que el presidente había sido destituido como tal y que ellos eran quien controlaban la situación ahora; que el gabinete, también depuesto, había hablado con Céspedes para pedirle “que no haga ningún esfuerzo por mantenerse en el poder, puesto que todas las fuerzas están amotinadas, y él no cuenta más que con apoyo moral”. Previamente, es decir, antes de recibir el informe de Ferrer, se sabe que Batista se acercó al embajador para sondear su opinión sobre “el grupo revolucionario” y saber si sería reconocido por el gobierno norteamericano, a lo que el embajador respondió que “no tenía comentarios que hacer”³⁰.

Valdés Daussá, Roberto Lago Pereda, Alejandro Vergara, Benigno Recarey, Laudelino H. González, Emilio Laurent, Juan Antonio Rubio Padilla, José María Irrisarri, Rubén de León, G. Barrientos, Oscar de la Torre, Ramón Grau San Martín, Fulgencio Batista, Raúl Ruiz, Teófilo Vega, Rafael Escalona, doctor Fernández Coto, Pablo Carrera, José Leiva Gordal, Mario Labourdette, Enrique Fernández. Véase Pichardo, 1986, IV: 6-9.

³⁰ Los informes de Welles constituyen una minuciosa construcción de los acontecimientos, convirtiéndolo en un cronista que devela los entretelones de las negociaciones de esos días de septiembre y los meses posteriores. Por ejemplo, el dato que da sobre la entrevista con Batista es un indicio que el todavía sargento se independizó políticamente del DEU y los abogados radicales 24 horas después de la formación de la Pentarquía cuando dio a conocer su *Proclama*,

El gobierno de Céspedes dejó de existir tan rápidamente como se formó, atado con alfileres a los pactos de la elite que dominaban a los partidos de la mediación, no soportó la sustracción de una pieza (el ejército), que hacía de garante de cualquier pacto político; la importancia de este último en el funcionamiento del sistema político se hizo más evidente desde este momento y determinó el rumbo de las negociaciones futuras, así como los reacomodos entre la vanguardia emergente y la vieja clase política para lo que sería la segunda república. La entrega del simbólico poder que sustentaba Céspedes a una especie de gobierno colegiado constituido por cinco miembros de ese comité revolucionario la tarde del mismo 5 de septiembre³¹ ponía fin al predominio político de la generación nacida del Ejército Libertador y de la república en armas. Al realizar este acto, el secretario de Céspedes insinuó a Grau la forma de “ponerse de acuerdo”, a lo que éste contestó: “¿Ponernos de acuerdo para qué? Ustedes aún no han comprendido que no es cuestión de repartirse los cargos entre ustedes, los viejos políticos y nosotros, los

firmada por él únicamente como “Jefe de las Fuerzas Revolucionarias de la República” el 6 de septiembre. Ahí desaparece a los estudiantes como el catalizador revolucionario y da una versión muy diferente de su conversación con Welles, pues afirma que “El representante de los Estados Unidos de Norte América ha aceptado los hechos consumados; podemos afirmar enfáticamente que no existe un peligro de una intervención, porque como ha dicho el propio Embajador, repetidas veces, los problemas de Cuba deben y han de ser resueltos por los cubanos”. Por su parte, Welles escribe al respecto: “El sargento Batista, acompañado del sargento Santana, me visitó en la Embajada. Ninguno de los dos parece tener idea clara de a qué responde el movimiento de los soldados, cabos y sargentos. Vinieron a averiguar mi actitud hacia el titulado ‘grupo revolucionario’ y si la instalación de un gobierno encabezado por este grupo sería acogido favorablemente por los Estados Unidos. Contesté que no tenía comentario que hacer y concluí diciéndoles que tendría gusto de recibirlos cada vez que ellos quisieran”. Cfr. Pichardo, 1986, IV: 21, para la “Proclama” de Batista y 26 y 27 para el apunte de Welles.

³¹ Una vez formalizada la Agrupación Revolucionaria por los 28 firmantes de la *Proclama*, se procedió a elegir, por ellos mismos, a una comisión ejecutiva que se haría cargo del gobierno para “hacer cumplir las leyes y aspiraciones del pueblo de Cuba, consagradas en la Revolución triunfante”. Esta comisión se integró con cinco miembros, de ahí lo de Pentarquía: Ramón Grau se encargaría de la cartera de Instrucción Pública, Bellas Artes, Sanidad y Beneficencia; Porfirio Franca —el banquero metido a revolucionario— se encargaría de Hacienda; Sergio Carbó de Gobernación, Comunicaciones y Guerra, en ese papel firmaría el ascenso a coronel de Fulgencio Batista así como su nombramiento de Jefe del Estado Mayor del ejército el 8 de septiembre; el abogado Guillermo Portella sería Secretario de Estado y encargado de Justicia; José M. Irisarri estaría en Obras Públicas y Agricultura. Como cuerpo colegiado, la Pentarquía no duró más de cinco días. Véase Pichardo *op cit*, IV: 14-15 y Fernández, 1989, II.

revolucionarios. A ver si se les mete en la cabeza que estamos haciendo una revolución”. Al desaparecer la presidencia de Céspedes, inmovilizado el ejército por Batista, sin brújula la clase política tradicional pues Welles tampoco reaccionó, los estudiantes y maestros radicales, así como el ejército de los sargentos ocuparon, de *facto*, el espacio político dejado por aquellos, huérfanos de la acción norteamericana. En este contexto, tampoco será extraña la reacción de Welles al culpar de todo a los elementos “radicales” y “comunistoides”, que él —como representante del poder tutelar— no había previsto su aparición, ni el alcance de sus maquinaciones³².

Estudiantes y soldados

El desplazamiento de la vieja clase política por parte de los estudiantes y sargentos del ejército tuvo que enfrentar la resistencia de los Estados Unidos para reconocer al gobierno de la Pentarquía³³. Los reportes de Welles, por otro lado, nos indican una febril negociación que pasaba, todavía, por la figura del embajador norteamericano; tanto los restos del gobierno de Céspedes como por la Pentarquía y Batista mantenían al tanto a Welles de sus pasos, aunque no llevaran a ningún resultado, ahondando la crisis política. Desde la tarde del 5 de septiembre, las fuerzas afines a la mediación Welles se reunieron con el

³² En su reporte del 8 de septiembre, Welles develaba el complot detrás de los sargentos. Señalaba al líder comunista Martínez Villena como el diseñador del plan que había embaucado a los soldados con el rumor de que les iban a bajar sus salarios a la mitad, pero que en ese momento Carbó y los estudiantes radicales entraron para convencerlos de deponer a los oficiales y se unieran para crear un gobierno “secretamente comprometido a realizar el programa semicomunista”. Como se ve, el procónsul nunca atino a observar la corriente de los acontecimientos, todavía muy frescos como para evaluarlos en su verdadera dimensión; tampoco comprendió el cambio de las reglas del juego político en Cuba a través de las nuevas fuerzas políticas que encabezaban Batista y Grau en detrimento de la oligarquía liberal.

³³ El 6 de septiembre Welles escribía al Departamento de Estado que “Me parece que es perjudicial hasta pensar en reconocer oficialmente al actual régimen. El gobierno de Cuba, hoy en día, es un grupo de individuos indisciplinados pertenecientes a diversas tendencias, representando a los elementos irresponsables de la ciudad de La Habana, y sin ningún apoyo fuera de la capital”. Pichardo *op cit*, IV: 29.

embajador para presentarle una salida a la situación creada por el motín de los sargentos; le propusieron que el coronel Mendieta sería el más indicado para encabezar un nuevo gobierno, al mismo tiempo que el cuerpo de oficiales apoyaría esta salida para darle mayor “representatividad”. Evaluaron que el motín no tenía futuro más allá de unos días, mientras la tropa se libraba de la influencia de los sargentos y cabos, en tanto pedían el desembarco de mil marines norteamericanos para garantizar la seguridad de las principales ciudades. Por la tarde Miguel Mariano conversaría con Grau y Franca para proponerles la idea de un gobierno de “concertación”, donde todos estarían incluidos, pero los pentarcas rechazaron el ofrecimiento. Poco después Grau se entrevistó con Welles por primera vez, pero la conclusión de este último fue que el médico no era un político pragmático, pues “está desprovisto de todo sentido práctico, y parece estar obsesionado con la idea de que los soldados están tan imbuidos con los ideales de la ‘revolución’, como él le llama a la sedición, que, sin necesidad de órdenes ellos mismos se harán cargo de mantener el orden y de garantizar la vida y la propiedad”, preocupación cardinal de Welles. Por la noche de ese mismo día Welles rechazó el plan ofrecido por la tarde porque en definitiva Estados Unidos no intervendría en Cuba con tropas de desembarco.

Al día siguiente, Welles matiza su apreciación después de conversar con uno de sus informantes favoritos, el ex ministro Ferrer, quien le comunica de movimientos con los oficiales depuestos para restaurar al gobierno de Céspedes, dicen contar con el apoyo de la tropa del cuartel de la Cabaña, así como Matanzas y Pinar del Río; considera oportuno apoyar el esfuerzo de los restos del gobierno de Céspedes por reconstituirse y reclamar una legalidad constitucional, pues ni el presidente ni sus ministros habían “renunciado voluntariamente”; el embajador pensaba y quería, según su reporte del 7 de

septiembre, en una intervención “limitada” que restaurase la autoridad anterior al 4 de septiembre y, con ella, su propio prestigio de la nueva intervención que prefería la restauración conservadora antes que la renovación revolucionaria³⁴.

En este marco de negociaciones que no son tales, proyectos de intervención, restauraciones y complots cívicos militares por parte del ABC y de los oficiales desplazados, las tensiones al interior de la Pentarquía estallan: Porfirio Franca decide retirarse, Portela e Irisarri se hallan indecisos; los tres no ven con buenos ojos la relevancia que está teniendo Batista, sobre todo después del ascenso a coronel que Carbó le otorgó; la salida de los moderados es inminente, como Franca se lo indicó al informante preferido de Welles, vaticinando mayores dificultades para negociar un gobierno de concertación, el cual pasaba por el reestablecimiento del ejército como el aparato de dominio político interno; tal vez por esa razón nadie reparaba en los estudiantes ni en Ramón Grau San Martín. El otro miembro de la Pentarquía, Sergio Carbó, trabaja al alimón con Batista en la construcción de un nuevo poder, igualmente afianzado en el aparato militar³⁵.

³⁴ “Lo que propongo es una intervención estrictamente limitada, en la que el gobierno de Céspedes funcionará exactamente en la misma forma que antes de su derrocamiento. Pero es indudable que con gran parte del ejército amotinado, no podrá sostenerse sin la ayuda de los Estados Unidos. Esta política de nuestra parte necesitaría el desembarco de considerables fuerzas en La Habana, y fuerzas menores en los puertos más importantes”, comunicó Welles al secretario de Estado Hull a quien le solicitaba instrucciones inmediatas. La respuesta de éste, luego de consultar con el presidente fue tajante: “No podemos ni debemos pensar en intervenir en Cuba aunque fuera de modo limitado”, además consideraba que su embajador estaba “demasiado influido por las condiciones locales en Cuba y había juzgado mal la desastrosa reacción que seguiría en toda América Latina”. Sin duda que esta tensión era producto de la contradicción entre la tradición intervencionista de Welles y la política de no intervención de Hull para América Latina, que mantendría sin cambios a lo largo de la administración Roosevelt, dejando a las fuerzas políticas emergentes encontrar su propio equilibrio. Para Welles véase Pichardo, 1986, IV: 30; la respuesta de Hull en Thomas, 2005: 477.

³⁵ Lo increíble del asunto es que antes de la promoción de Batista a coronel, Carbó se reunió con los coroneles Quesada y Perdomo (el mismo que dejó el mando en Columbia) para que juntos con el todavía sargento reorganizaran al ejército, sin embargo, éstos rechazaron la oferta y pidieron que se les entregara el mando a los antiguos oficiales, excepto a los más identificados con la represión de Machado, mientras que a la tropa se le daría una anualidad como compensación. Luego de esto, Carbó, en su carácter de encargado del ramo de Guerra, emitiría el decreto de ascenso “por méritos de guerra y servicios excepcionales al país” a favor de Batista. Visto de otra forma, es un ascenso político que está enmarcado en la lógica de la negociación y el

Entre el 8 y 9 de septiembre se decidió el destino de la coalición de intereses políticos no muy definidos de los hombres que representaban a la Pentarquía, sobre todo los ahora considerados moderados Irisarri, Portela y Franca, por un lado y Carbó y Grau, por el otro. Los tres primeros buscaban una salida concertada, es decir, compartían el fondo y la forma con un gobierno de concertación, encabezado por Mendieta, Miguel Mariano y Menocal, mientras que Carbó –representando virtualmente a Batista– y Grau –apoyado por los estudiantes– se oponían, aunque por razones diferentes. El primero operaba la construcción de un nuevo factor de poder, intermedio entre la tradición oligárquica y la construcción revolucionaria; el segundo se mantenía dentro de la tradición contestataria contra la oligarquía política republicana del activismo universitario del DEU, que aspiraba a la realización revolucionaria de una nueva república. Ambos coincidían en mantener un discurso revolucionario como fórmula política para explicarse en su papel de elite de poder.

En la reunión del día 8, Irisarri habló como un político de la vieja guardia (al invocar al fantasma de Platt) y les recordó a todos la amenaza de la intervención, y con ella la vigencia del Estado cubano, si no llegaban a un acuerdo y se postuló para ocupar la presidencia provisional, pues lo que se discutía era la disolución de la Pentarquía como forma de gobierno. Carbó se extralimitó y dijo que había designado a Batista para enfrentar tal eventualidad, mientras que Grau disertaba sobre la misión de la revolución para acabar con la

ejercicio del poder con las estructuras del antiguo régimen; Batista ya no podía ser considerado un simple sargento susceptible a la subordinación jerárquica del mando militar, ya era un jefe político con el control de un aparato mucho mayor que cualquier partido político de entonces, e incluso del gobierno republicano. La reacción de los moderados de la Pentarquía era síntoma de querer regatear o de plano negar este hecho, mucho más lamentable sería la respuesta de los coroneles con los que Carbó intentó construir un puente. Welles menciona que el coronel Batista todavía intentó negociar con Céspedes para ofrecerle una restauración disfrazada: se le reconocería como presidente siempre y cuando validara los nuevos rangos militares de los ex sargentos y cabos, que ahora ya eran capitanes, así como el dominio de Batista en esta nueva estructura de mando que no solo era militar sino también política. Céspedes rechazó, también, el ofrecimiento.

política tradicional y se definía como un partidario de los estudiantes. Como si fuera convención soberana, la Pentarquía se invistió de autoridad para nombrar al presidente y siguió discutiendo.

En la noche del 9, mientras los cinco continuaban sus discusiones trascendentales, para elegir presidente, como las definió Portela, el Directorio Estudiantil, paralelamente, debatía en su propia asamblea la actitud de los moderados; se lanzaron acusaciones contra Portela e Irisarri por querer “entregar el poder a los políticos”. Entonces, a propuesta de Carlos Prío, se decidió retirar el apoyo a la Pentarquía y, de paso, facultar a su asamblea como órgano soberano para nombrar al nuevo presidente. Hubo tres propuestas: Rubén de León propuso al doctor Presno; Felipe Pazos al profesor Gustavo Cuervo Rubio y Eduardo Chibás a Ramón Grau San Martín. Se eligió a este último y se nombró a Prío y Rubén de León para notificar a la Pentarquía las noticias. Al llegar a donde sesionaban, Portela los reprendió y les pidió que se retiraran, Prío le respondió que a nombre del Directorio Estudiantil les notificaba que la Pentarquía ya no contaba con su apoyo y que, además, había elegido como presidente al doctor Grau. En ese momento tomaron el salón y aclamaron a Grau como presidente, con lo cual la Pentarquía dejó de existir³⁶.

³⁶ Esta versión en Thomas, 2005: 478-479. En su informe correspondiente al 10 de septiembre, Welles menciona que la elección fue hecha por “los tres miembros del grupo revolucionario que quedaban en el Palacio”, sin identificarlos ni consignar la asamblea de estudiantes, aunque reconoce que la formación del gobierno de Grau representa al DEU, véase Pichardo, 1986, IV: 106. En otra versión, la de José A. Adán, señala una oculta alianza entre Portela y Menocal para dar un golpe conservador al intentar nombrar presidente al doctor Cuervo Rubio; para evitarlo, el sobrino de este último, el activista José Antonio Rubio Padilla movilizó al DEU para sesionar en asamblea el 9 por la noche. La propuesta de revocación, según Adán, sería de José Antonio por la razón que el DEU “no podía delegar poderes y responsabilidades”, es decir, los estudiantes movilizados eran la verdadera asamblea revolucionaria, no la Pentarquía. En razón de esa representatividad y para evitar “que los conservadores tomen el poder”, el mismo Rubio Padilla y no Prío, propuso a Grau, pues de lo contrario sería entregar a la tropa insurrecta, que hasta ese momento había asumido el programa político del DEU, a la masacre que la restauración traería consigo. Por último, Chibás, Pazos y Justo Carillo habían propuesto a Cuervo Rubio. A excepción de Grau, el resto de los miembros de la Pentarquía desaparecerán de la escena política. Al parecer Carbó seguiría colaborando con Batista en los años siguientes, regresó al periodismo; de los moderados, Irisarri aparecería meses después vinculado a Guiteras

El vanguardismo septembrista

El juramento de Ramón Grau San Martín como presidente tiene muchos elementos simbólicos novedosos en el ritual político cubano, que por eso mismo lo hace revolucionario. Grau se negó a jurar ante los magistrados del tribunal superior, salidos de quién sabe dónde, y sobre todo, ante la Constitución de 1902, la de la Enmienda Platt. La juramentación ante un instrumento jurídico que avala la intervención norteamericana era un rito de la “vieja política”. Al darle la espalda a los magistrados, Grau juró de frente a la plaza pública que da al salir del balcón presidencial frente a una muchedumbre que aclamaba e inauguró un nuevo símbolo: el pueblo como masa que legitima la “nueva política”, a quien en realidad se debe. Sin embargo, el simbolismo por ahora no parece ser un parte aguas definitivo de una práctica política, pero dejará sentado un precedente de renovación frente a las maneadas prácticas del pasado reciente. La renovación no encontrará, por desgracia, espacio para asentarse en un agitado ambiente político acostumbrado a moverse de acuerdo al aval del procónsul norteamericano en turno, pero nos dejará una legislación en temas sociales y laborales que ningún gobierno posterior se atrevió a derogar³⁷.

y su organización, Joven Cuba; posteriormente empezaría a ocupar diversos puestos en la gestión de organismos financieros y de desarrollo en la segunda república, es decir, durante los gobiernos de Batista y los Auténticos, su carrera terminaría bien entrados los años sesenta como funcionario del gobierno socialista. Portela y Franca no tuvieron ninguna relación con la política.

³⁷ En este punto es importante señalar la importancia de Antonio Guiteras, el joven secretario de Gobernación y Guerra. A él se le deben la redacción de algunos de los decretos con un contenido revolucionario, tanto económico como social y político. Guiteras estaba a la izquierda en este gobierno y era él quien impulsaba la nueva política: “Yo tengo la satisfacción de haber llevado a la firma del Presidente Grau los decretos que atacaban más duro al imperialismo yanqui”, escribiría después. Independientemente de Guiteras, el gobierno de Grau se embarcó en una rápida sucesión de decretos-ley que hablan por sí mismos de la efervescencia vivida en esos meses de gobierno. Destacan los decretos de enero de 1934: 102 bis (enero 8) conocido como derecho de tanteo; el decreto 117 (enero 9) que garantiza un salario mínimo a los cortadores de caña; el decreto 174 (12 de enero) que suspendía el pago de la deuda contraída por Machado con el Chase Nacional Bank; el decreto 172 (14 de enero) con el cual se intervino a la Compañía Cubana de Electricidad.

El nuevo gobierno encabezado por Grau reflejaba la tensa situación política que vivía la isla³⁸, sin apoyo político más que del DEU y la red de alianzas que Antonio Guiteras esperaba tejer con los sindicatos, nos encontramos ante una situación extrema, de difíciles condiciones para el ejercicio de gobierno, que ni la formación de un gabinete en regla³⁹ impedía evitar esa sensación de desintegración política; lo que ahora era oposición (los conspiradores de siempre: Mendieta, Miguel Mariano, Menocal, más el ABC y algunas organizaciones que participaron en la mediación Welles) se oponían al gobierno e instaban a Grau a renunciar para no alargar la crisis, aludiendo a la formación de un gobierno de concertación nacional, con ellos a la cabeza; aunado a esto, y tal vez de ahí la explicación a lo anterior, estaba la política norteamericana de no reconocimiento de acuerdo a la neutralidad que Roosevelt quería en su relación con América Latina.

La debilidad del gobierno de Grau venía con su origen: era una creación, literal y políticamente hablando, de los estudiantes y como el ahora presidente lo había asumido en público, a ellos se debía. El nuevo gobierno dependía de

³⁸ En su reporte del 11 de septiembre, Welles anota que “hace más de una semana que ningún departamento del gobierno ha podido funcionar”. Al día siguiente, hace un balance de la situación: ninguna fuerza política apoya al gobierno de Grau, como no alude directamente a los comunistas, suponemos que estos tampoco lo apoyan, y subraya que ha recomendado a esta oposición no buscar una revuelta como forma de solución. Sin embargo, la situación no parece tener salida mientras los estudiantes sigan controlando al gobierno, Welles habla incluso de que las principales empresas se están negando a pagar los impuestos y que la recaudación en este rubro ya no existe. Otro aspecto que el embajador no alude en sus reportes es la agitación en el campo, sobre todo con las huelgas y tomas de los ingenios (40) hechos por sus propios trabajadores.

³⁹ Los primeros nombramientos para formar el gabinete recayeron en Eduardo Chibás hijo, —conocido como *Eddy*; un destacado activista del DEU que tuvo mucho que ver, según una versión de los hechos, con su elección y uno de los líderes políticos con mayor futuro— y otro júnior, Carlos Finlay —hijo del destacado médico del mismo nombre descubridor de la fiebre amarilla al inicio del siglo XX—, además de Antonio Guiteras Holmes, al igual que el primero, activista en la misma generación del DEU que había bombardeado el Cuartel Moncada de Santiago en plena lucha antimachadista en 1930. Chibás no se integraría al gobierno, así que el gabinete lo completaron Ramiro Capablanca como secretario del gabinete; Manuel Despaigne en Hacienda; Gustavo Moreno en Comunicaciones; Manuel Costales Latatú para Educación; Joaquín del Río Balmaceda para Justicia; el coronel Julio Aguado para la jefatura del ejército y Manuel Márquez Sterling para relaciones exteriores.

una organización estudiantil cuya influencia no iba más allá del *campus* universitario y, en el mejor de los casos, a la capital del país. Este pecado de origen, por otro lado, se reflejaba en las malas y encontradas relaciones entre los miembros de lo que se consideraba todavía una coalición revolucionaria, entre los moderados y los radicales y entre éstos y los ultrarradicales como el secretario de Gobernación Antonio Guiteras, así como la relación de los elementos civiles con los sargentos, en específico con Batista. Para añadir otro ingrediente explosivo, quedaba diferido el control político del ejército del cual dependía la reacción de la clase política que sin duda estaba lejos de haber terminado su ciclo político pese a la entrega del poder que habían hecho a la Pentarquía unos días atrás.

Por el momento, estas contradicciones se desplazaron hacia el verdadero escenario de poder: la lucha entre Batista y sus sargentos frente a lo que quedaba de la estructura del antiguo mando militar. Los oficiales desplazados siguieron el guión al que estaban habituados: buscar el apoyo de la antigua estructura del poder político y, a través de él, el de la embajada norteamericana. El ex secretario Ferrer hacía de intermediario, o al menos de mensajero, con Welles para solicitar su apoyo para una restauración abiertamente reaccionaria: querían la intervención militar para proclamar a Céspedes como presidente legítimo y con ello, formar un nuevo ejército⁴⁰. En la medida que los días pasaban y no se resolvía esta situación, el más beneficiado era Batista; cada hora que pasaba fortalecía más su posición de jefe militar para sorpresa de todos, los ex oficiales, la oposición política e incluso dentro del gobierno de Grau, que por

⁴⁰ Welles respondió a Ferrer que “no podía siquiera recibir esa petición, y que era absurdo pensar que el Gobierno de los Estados Unidos iba a cometer esa empresa sólo por la petición de 200 oficiales depuestos”. Con esta respuesta, Welles asumió la política de no intervención de Hull, condenando al fracaso a los militares que tampoco entendían la transformación que se había producido en las semanas anteriores. Véase Pichardo, 1986, IV: 107.

lo menos podía contar con una fuerza organizada, aunque esta respondiera a otros intereses que ni el DEU ni el gabinete controlaban⁴¹. En este sentido, los estudiantes del DEU, al igual que el gabinete y Grau, modificarían su percepción política respecto a los sargentos, en especial Batista; lo mismo podía decirse de los sindicatos, fuera de cualquier control que pudiera aminorar la inestabilidad. El análisis que se en ese momento se hacia de la situación se enfocaba a este último punto, todas las fuerzas políticas involucradas distinguían el matiz de controlar al gobierno, como lo hacían los estudiantes del DEU, y controlar la situación del país; ahí entraba el papel del ejército pues había sido diseñado para eso desde los días en que Magoon lo reestructuró como la institución de control político; esta situación no se había modificado, de ahí la preocupación por mantener la jefatura en él.

En el segundo encuentro sostenido entre Grau y Welles el 17 de septiembre, según relato de este último, al tocar el tema, Grau se mostró preocupado y desalentado por la relación con Batista, incluso, hasta podríamos decir, derrotado de antemano por el escaso control que su gobierno tenía del jefe del estado mayor del ejército, al cual reconocía le debía su permanencia como presidente⁴². Esta conversación reafirmó la conclusión de Welles sobre

⁴¹ Este hecho es muy importante para entender el desencuentro entre la fuerza militar y el liderazgo estudiantil junto con Grau; estos últimos siempre contemplaron a los militares como un instrumento de su revolución, pero nunca como una fuerza independiente. La independencia política de Batista no estaba en los planes de la vanguardia estudiantil; este hecho se comprueba con los testimonios y reflexiones que nos dejaron ellos mismos sobre los acontecimientos de septiembre donde se asumen como el catalizador revolucionario que los sargentos jamás hubieran alcanzado por sí mismos. Este desencuentro se convertirá en enemistad política los siguientes años, cuando los estudiantes de DEU de septiembre funden el Partido Revolucionario Cubano y reclamen la herencia revolucionaria de 1933 frente a Batista, de ahí el adjetivo “auténtico” que identificó al partido mientras existió.

⁴² En su reporte del día citado, Welles anota: “Era visible que durante toda la conversación que Grau estaba muy aprensivo. Cuando hablé del ejército y del peligro que preveía por el hecho de que los sargentos y soldados creían, con razón, que el verdadero control del país está en sus manos y que pueden ejercer ese control cada vez que les parezca, se hizo aparente que esta cuestión era la causa de sus aprensiones. Me dijo que Batista quería ser Presidente, pero que creía que por ahora no intentaría un nuevo golpe... Reconoció que a Batista ‘había que manejarlo con tacto’ y que no había que esperar que cumpliera las órdenes que se le dieran. Dijo

Grau y los estudiantes, no eran confiables para la formación de un gobierno, por lo que el ansiado reconocimiento diplomático esperaba el sueño de los justos, que sin duda hubiera cambiado el resto de la historia que estaba por venir.

Curiosamente, la respuesta de la oposición política fue la misma, insistían en la salida de Grau y los estudiantes de cualquier instancia en el gobierno y volvían a proponer la formación un gobierno de concertación con un presidente “no partidista”. Sorprendentemente, el ultimátum de la oposición no tuvo ningún efecto cuando no fue secundado por las tropas fieles a Batista; en una famosa reunión el 19 de septiembre, ante la inminente renuncia de Grau, uno de los activistas del Directorio, Rafael Escalona, lo obligó a permanecer en su lugar al mismo tiempo le indicaba que seguiría siendo presidente mientras el Directorio así lo quisiera, incluso contra su voluntad personal. La presión política no llegó a más; Grau y los estudiantes se mantuvieron en el gobierno, mientras la oposición simplemente se retiraba de cualquier negociación, tal era su fuerza que después de un par de gritos y un manotazo como el de Escalona, se quedaba sin fichas para una nueva jugada. La vieja guardia política, con los implicados de siempre, no tenía ninguna iniciativa propia ni un papel protagónico que desempeñar para el futuro, su condición subordinada respecto a la estrategia de Welles, la hacían dependiente en grado extremo. Ese era el problema de una restauración a favor de la oligarquía política, acostumbrada a los juegos cerrados de los pactos políticos; en cuanto se amplió el juego con nuevos participantes quedaron como convidados de piedra a ver y esperar que otros resolvieran la partida.

que no había otra alternativa sino dejar a Batista al frente del Estado Mayor, y que si se trataba de destituirlo, el ejército se haría incontrolable”. El procónsul concluye: “Por este resumen de nuestra conversación se comprenderá fácilmente cuán visionario e impráctico es Grau, y que poca esperanza se puede tener en el éxito de un gobierno controlado por él y los estudiantes”. Pichardo, 1986, IV: 110.

Ese era el ambiente cuando sucedió el esperado enfrentamiento entre lo que quedaba de la oficialidad del ejército⁴³ y la tropa al mando de Batista en el edificio del Hotel Nacional. En estos momentos reaparece el antiguo coronel Sanguily, ahora con el grado de general, para ponerse a las órdenes de Welles, e insistir en la restauración de algo que ya no tenía posibilidad alguna de revivir, como era el caso del gobierno de Céspedes, sobre todo por lo que implicaba para los Estados Unidos una restauración a punta de bayonetas, que el propio Welles había rechazado enfáticamente días atrás a Ferrer cuando le informó de los planes en contra del gobierno de Grau. La evidencia disponible indica que los ex oficiales actuaron por su cuenta —sin el visto bueno pero tampoco con la desaprobación de la embajada—, sin saberlo, se encontraban a punto de ser sacrificados ante la carencia de una estrategia política que no había atinado a ver los movimientos que Welles estaba por comenzar⁴⁴. Estos acontecimientos también son indicativos del grado de independencia política que Batista había logrado conseguir frente al DEU y el propio presidente Grau, pues ninguno de

⁴³ Un oficial partidario de Mendieta, el coronel Blas Hernández, había resistido el influjo de los acontecimientos del 4 de septiembre, no abandonando su mando en el regimiento de Santa Clara, sin embargo, a petición de su caudillo, Hernández llegó a La Habana el 25 de ese mes para reconocer al gobierno de Grau, por carecer de una orientación política precisa, es decir, otros conspiradores que le dieran sentido a sus esfuerzos. Como vemos, los oficiales en el Hotel Nacional no eran los únicos; a ellos tendríamos que añadir al ABC que buscó a estos últimos para sumarse a su resistencia, pero sin lograrlo. Los elementos para una conspiración existían, lo que no había, y nunca hubo, fue una dirección política que pudiera enfrentar a Batista ni en el terreno político ni en el militar. Para este acontecimiento véase Welles en Pichardo, 1986, IV: 114 y 129; Thomas, 2005: 489 y 494-497.

⁴⁴ Como ya se podría apreciar, el embajador norteamericano era el centro de cualquier negociación y/o intriga política, aunque él mismo quisiera distanciarse; los movimientos de quien entraba a la embajada eran un indicio de sus pasos, así que todos debieron enterarse de la reunión del 1 de octubre con Sergio Carbó “para discutir la situación”. El ex pentarca le confía que es hora de cambiar de gobierno, pero que este movimiento tendría que ser consecuencia de la “fusión de un partido nacional de los sectores partidarios de un programa de reforma social”. El vocero de Batista describe la composición del nuevo partido: ABC, la parte moderada del DEU, los progresistas de la vieja guardia de Mendieta y Miguel Mariano, y otras organizaciones de menor representatividad. Todo esto conformaría al nuevo gobierno que tendría el apoyo del ejército. En pocas palabras estaba delineando el futuro político, con Batista a la cabeza, que se llevaría a cabo en la siguiente década. Welles aceptó a condición de mantener el orden con cierto apoyo popular, incluso, no se opuso al programa social. No habrá restauración pero tampoco revolución. Los oficiales capturados al desalojar el Nacional representan lo mismo que Mendieta, Menocal y Miguel Mariano: piezas gastadas que no sirven para el nuevo juego que está por empezar y que el procónsul junto con Batista acuerdan en su diseño básico.

ellos fue consultado para determinar el ataque a los ex oficiales agrupados en el Nacional. Carbó era la figura clave para entender las razones del mismo; horas antes había conversado con Welles y sin duda, informó de la disposición norteamericana por aceptar una solución de fuerza que excluyera a los estudiantes y a Grau del futuro político de Cuba, pero que garantizara la estabilidad necesaria para beneficio de los grandes intereses comerciales y financieros.

La decisión de Batista, entonces, tenía un doble objetivo: el primero, era afirmar la cohesión de los nuevos oficiales a su liderazgo –que sin duda peligraba mientras los antiguos no fueran desactivados como parte de la dinámica política tradicional–, al desaparecer cualquier intento por desplazarlos en sus nuevas funciones de mando; el segundo era el de cerrar cualquier posibilidad a una restauración oligárquica a favor de los implicados de siempre, pero al mismo tiempo distinguirse del proyecto de los estudiantes y Grau sin alejarse de su origen reformador, como Carbó se lo hizo saber a Welles. En ese sentido, resulta extraña la apuesta del ABC, con Martínez Sáenz y Saladrigas a la cabeza, de reforzar este tipo de acciones pensando que con una mayor inestabilidad sería inevitable la intervención norteamericana; esto nos lleva a pensar que la dirigencia de esta organización todavía no había entrado en contacto con Batista o Carbó, o bien, que no les interesaba participar en un nuevo régimen ajeno al pasado oligárquico. La historia posterior de colaboración entre la dirigencia del ABC con Batista, nos hace pensar que sucedió la primera opción. También nos muestra las limitaciones y contradicciones de esta organización que apareció originalmente como revolucionaria, pero que en realidad nunca rebasó el síndrome Platt en el

sentido de subordinar su estrategia política a la intervención norteamericana, como lo hizo con Machado y lo hacía ahora con la revolución de septiembre.

Todavía para despejar más las dudas sobre el camino que había abierto Welles, el 4 de octubre, poco después de terminar la batalla en el Nacional, se entrevistarían el embajador y el coronel. La reunión, sin duda resultó provechosa para ambos y de ahí se derivaría la solución al problema que representaba para Welles el gobierno de Grau mientras estuviera dominado por los estudiantes del DEU. Según el reporte del embajador, tuvieron una discusión franca sobre la situación y Batista le solicitó “opinión y consejos”. El procónsul mas que emitir una opinión, formuló un juicio: “Le dije que... él era hoy el único hombre en Cuba que representaba la autoridad, debido en parte a que parecía contar con el apoyo leal de la mayoría de sus tropas” y que esta autoridad se derivaba de “...la acción firme y efectiva del ejército contra los comunistas y otros elementos radicales”. Según Welles, esto le había granjeado el apoyo de los intereses comerciales y financieros en Cuba, que veían en él al único que podía ofrecerles protección a sus intereses; que la prensa lo apoyaba debido a su oposición a entregarle a Grau y los estudiantes los periódicos, en fin que a excepción de Menocal, todos los líderes políticos⁴⁵ de importancia lo consideraban como el único capaz de establecer el orden en el país. El procónsul terminaría con un consejo:

⁴⁵ Aquí las cuentas no cuadran, según Welles, esos líderes eran “Mendieta, Miguel Mariano, Martínez Sáenz y Silverio”, pero como hemos visto, el ABC de Martínez Sáenz se encontraba en pleno complot contra Batista; quisieron participar en lo del Nacional y no pudieron, pero sí estarían unas semanas después en el motín de los aviadores. ¿Será posible que a Welles se le escaparan algunos hilos de la trama? ¿Por qué le decía eso a Batista cuando era de dominio público que el ABC quería participar en cualquier intento por desaparecerlo de la escena política? Más adelante Batista le informa de las conspiraciones del ABC, pero no obtiene respuesta alguna de Welles. Por otro lado, si Silverio seguía representando a la CNOG, dominada por los comunistas, ¿cómo podía hablar de un apoyo cuando Batista se estaba encargando de batirlos en las huelgas y tomas de ingenios? Mendieta y Miguel Mariano no tenían proyecto propio, así que sin duda se doblarían, como siempre lo habían hecho, ante el más fuerte.

Concluí diciendo que, después de mis conversaciones con Carbó y con él, me parecía que lo único que impedía un acuerdo entre todos los elementos importantes del país era la antipatriótica y fútil obstinación de un grupito de muchachos que deberían estar estudiando en la Universidad en lugar de jugar a la política, y de otros individuos que se habían unido a ellos por motivos interesados. Le pedí con urgencia que sirviera de intermediario entre los grupos disputantes, con la fuerza de la autoridad representada en su persona⁴⁶.

Esta reunión resulta fascinante por muchas cosas, por un lado un refinado diplomático norteamericano perteneciente por nacimiento a la elite de su país, por otro un sujeto que apenas un mes atrás era un desconocido más allá de la oficina donde prestaba sus servicios como taquígrafo militar y que se había hecho a sí mismo en diversos trabajos, sin mayores perspectivas mas que ascender un poco en la jerarquía militar, y que de repente se ve encabezando al aparato castrense. Es una parodia del *Príncipe y el mendigo*, donde Welles todavía no atina a situarse, pues sin duda que era su primera experiencia con un interlocutor que no provenía “de las mejores familias del país” como Céspedes o los miembros de su gabinete; un desconcertado embajador concluirá que acaba de iniciar con Batista una relación “anormal”, pero se justificaba al reconocer que “en este momento no hay más autoridad que él [Batista] y que es esencial que estas relaciones se mantengan para el caso de nuevos disturbios”.

El destino de la revolución de septiembre se había decidido. A partir de entonces, la separación entre el DEU y Grau, por un lado, y Batista y el ejército por el otro, se profundizaría hasta el rompimiento⁴⁷. La derrota de los antiguos

⁴⁶ Véase Pichardo, 1986, IV: 118.

⁴⁷ Encontramos a Batista con una mayor fuerza militar y política, al grado de considerarse el principal interlocutor de Welles, sin embargo, todo indica que todavía no se sentía con la suficiente fuerza como para imponer una solución por su cuenta, aún necesitaba a Grau pese a saber que no había solución mientras permaneciera en la presidencia. Los meses siguientes, entre octubre de 1933 a mediados de enero de 1934, llenos de negociaciones y movimientos dilatorios por parte de Grau, nos hablan de un presidente cuestionado pero que mantiene cierta legitimidad frente a sus adversarios, independientemente del apoyo del DEU, que impiden el

oficiales, por ejemplo, no fue vista como una victoria del gobierno de Grau sino de Batista, mientras éste agrandaba su figura, el presidente se disminuía y con ello, se cuestionaba cada vez más el papel de los estudiantes. En una nueva reunión el 7 de octubre, Batista le informó a Welles que había puesto un ultimátum a los estudiantes para que abandonaran el gobierno, al tiempo que consideraba que el gobierno de Grau debería desaparecer para dar paso a una solución negociada entre él y los demás. Para estos momentos, y de acuerdo con el análisis de Welles, una vez consolidado el control de Batista sobre el ejército y sin rivales que le disputaran el mando, emergió como el hombre idóneo para normalizar el país; para muchos, como la vieja clase política (excepto Menocal) que seguía los pasos de Welles, era la única persona en Cuba que emanaba cierta autoridad, ante el desgobierno que los estudiantes representaban. Un hecho significativo que influiría en el ánimo de la población y de los políticos fue la purga que el Directorio hizo de toda la burocracia gubernamental. Sin embargo, esto era el síntoma de algo más grave, como la dislocación del aparato administrativo del Estado que venía desde la caída de Machado; ya desde el efímero gobierno de Céspedes se dieron los primeros brotes que aumentaron con la Pentarquía y se acentuaron con el gobierno de Grau. Ahora resulta evidente que nunca tuvieron un aparato de gobierno que les permitiera gobernar, aunque contaran con un gabinete, al mismo tiempo que ninguna organización política, partido tradicional o movimiento insurreccional, fue capaz de articular al nuevo Estado una vez que las bases de la dominación oligárquica habían desaparecido con Machado.

golpe de fuerza militar. Batista, por mucho, todavía no es el amo de la situación por más que Welles quiera verlo así. Al parecer, la situación no pasaba simplemente por el cambio de un presidente ni por la supremacía del ejército; la revuelta de los sargentos desató fuerzas mayores que por el momento nadie podía dominar.

Todo parecía ir de acuerdo a lo planificado por el coronel y el embajador, sin embargo, la vida del gobierno de Grau se alargaría más de lo previsto por una serie de acontecimientos.

Entre el 8 y 9 de noviembre se realizaría otra intentona militar mucho más seria y peligrosa, que por un momento pareció poner en entredicho el mando de Batista al bombardear Columbia. Al igual que el 4 de septiembre, este pronunciamiento nacía de la entraña militar, sin mediación política alguna; se trataba de un conjunto de nuevos y viejos oficiales del campamento Columbia y del cuerpo de aviación, sobretodo tenientes inconformes⁴⁸, hasta donde se sabe, con el control de Batista. No existe evidencia de un plan articulado con demandas específicas; por ejemplo, no se conoce ningún “manifiesto” que explique sus razones y propósitos, tampoco queda claro el papel de los coroneles Hernández, Leonard, Collazo, e Iturralde –concentrados en el cuartel Atarés una vez que los tenientes de aviación se retiraron de la contienda al bombardear Columbia, esperando la llegada del comandante Amiel desde Las Villas–, ni el de Saladrigas arengando a un buen número de abecedarios en el *Miramar Yacht Club* antes de encontrarse con los oficiales rebeldes en la terminal del aeropuerto para unirse a la rebelión, cosa que no consiguieron porque fueron rodeados, y derrotados, inmediatamente al igual que los coroneles en Atarés.

⁴⁸ Los tenientes de aviación José Barrientos y Faustino Collazo, sargento antes del 4 de septiembre, fueron las figuras centrales del pronunciamiento, el primero atacaría Columbia desde el aire, mientras que otro grupo, desde el interior, incendiaría los dormitorios del cuartel. Todo indica que los comprometidos en Columbia fueron descubiertos pues no sucedió la toma del cuartel desde dentro en un momento en que Batista se hallaba de gira por Matanzas, de donde regresó apresuradamente para ordenar la detención de todos los antiguos oficiales, con lo cual se purgó la instancia de mando. A este movimiento se unieron muchos oficiales que no habían estado en el Nacional y al no tener más que perder, se jugaban la última carta. La actitud de los aviadores, de tirar bombas e irse, demuestra que no existía ningún vínculo fuerte con otros grupos militares tan cercanos como San Ambrosio, pues una vez que terminó el bombardeo a Columbia, nadie pasó a la ofensiva; las estaciones de policía y edificios públicos tomados por los sublevados fueron abandonados para concentrarse en un lugar a sugerencia del coronel Leonard, lo que a la postre resultaría fatal y muestra la (in)capacidad de los antiguos oficiales para plantear una estrategia más allá de la simple toma del cuartel militar. Solo el ABC lo intentó, pero su incompetencia como grupo de acción le impidió ir más allá de las arengas de Saladrigas en el club de yates ¿idónde más se puede ser un conspirador serio!?

Este hecho también pone de manifiesto la supuesta liquidación de los mandos superiores por la rebelión de los sargentos, pues a excepción de La Habana, donde sin duda ocurrió, en el resto de los destacamentos militares en las provincias no parece ocurrir lo mismo, cabría preguntarse cuántos oficiales del anterior ejército se pasaron, sin más, al mando de Batista o conservaron la autonomía de sus unidades; en este último caso no sería extraño encontrar, como lo vimos con Blas Hernández, a antiguos oficiales con mando de tropa en las provincias como parece ser lo sucedido con Leonard en el cuartel de San Ambrosio y el tal Amiel en Las Villas. Welles menciona en su reporte de estos días a Santa Clara y Matanzas como provincias sublevadas por sus respectivos comandantes militares (coroneles como los anteriores), pero entonces ¿por qué la sublevación militar de noviembre no tuvo la fuerza, para ir más allá de los cuarteles militares? El ABC no fue capaz de darle una orientación y cause político, tampoco los implicados de siempre, quienes al parecer ya no controlan a ningún cuadro militar de importancia como para hacer funcionar a la vieja maquinaria oligárquica de los pronunciamientos militares, de ahí su ausencia y su apego a las negociaciones que Welles estimulaba para favorecer a Batista, aunque esto significara su sacrificio como elite política⁴⁹.

⁴⁹ Al fracasar esta intentona, la dirigencia del ABC se escondía o marchaba clandestinamente al exilio. Viene la pregunta nuevamente de los acuerdos entre Welles y Batista, que incluían al ABC en sus planes, ¿por qué participaron en una operación que iba en contra del objetivo político de Welles? Además, si después de este fracaso la dirigencia optó por el exilio, ¿cómo podían participar en las negociaciones con Batista que Welles reporta en las semanas posteriores a estos hechos? ¿O simplemente ni al embajador ni al coronel le importaban? También resulta evidente que por cada conspiración derrotada, Grau y su gobierno obtenía un tiempo de más y alargaba las negociaciones con los políticos de siempre, los cuales no hallaban cómo oponerse a los estudiantes del DEU, pero sobre todo, al secretario de Gobernación, Guiteras, quien mantenía una relación ambivalente con Grau y los estudiantes, aunque el origen político de Guiteras estuviera en el activismo estudiantil previo al derrocamiento de Machado como dirigente del DEU de 1927, al lado de Mella y Eddy Chibás, entre otros. Sobresale el hecho que mientras este último todavía se identificaba como dirigente histórico del DEU en 1933, Guiteras no hacía la menor referencia a su pasado y, según informes de Welles, buscaba el debilitamiento del DEU en el gobierno de Grau.

El otro acontecimiento está relacionado con los estudiantes. Una semana antes (el 30 de octubre), el Directorio Estudiantil Universitario convocó a asamblea donde se puso a consideración su permanencia en el gobierno de Grau, debido a su actitud complaciente con Batista. En una explosiva reunión, como era de esperarse, la asamblea del DEU dio paso a los oradores entre los que se dio la palabra estaba Eduardo Chibás hijo; en uno de sus discursos más recordados dividió al organismo y le asestó un golpe de muerte al pedir retirar el apoyo al gobierno si Grau no cambiaba para el 4 de noviembre; una vez dicho esto abandonó la sesión, y con él, buena parte de la dirigencia del DEU. Lo que quedó de la asamblea después de debatirlo acordó organizar un referéndum entre todos los estudiantes para decidir el futuro del Directorio. El 4 de noviembre, por un amplio margen a favor, los estudiantes votaron por la propuesta de Chibás de retirarse del gobierno de Grau, a continuación, el DEU se disolvió sin pena ni gloria, comunicándolo por medio de un *Manifiesto*⁵⁰. El retiro del DEU está envuelto en una maraña que impide ver los motivos reales de esta decisión; el discurso de Chibás como detonante de la crisis no lo explica, pues en él no se alude a las tensiones internas derivadas de la estrategia política aplicada por el Directorio, todo está en el exterior a la organización y en específico a la representatividad en el gobierno en torno a la “revolución” que querían llevar a cabo. Este hecho sin duda es real pero elude la crisis de

⁵⁰ Mas que explicar las razones de su disolución, el *Manifiesto del DEU* es la expresión de una retirada al *campus* universitario con la advertencia de que la universidad sería gobernada por ellos, según lo establece el Acuerdo 1: “Nombrar una comisión integrada por nueve de sus miembros que, asesorada de algunos otros compañeros de la Universidad, se encargarán de encausar la vida académica de acuerdo con el Rector... a) Esta comisión... tendrá entre sus principales objetivos, terminar la depuración de los profesores y personal administrativo de la Universidad”. No existe la mínima crítica a la organización ni a sus dirigentes, no se analizan los hechos ni se consideran los acontecimientos, tampoco el resultado de la votación que determinó su disolución como vanguardia política ni el repliegue a la universidad como “organismo dirigente de la vida académica universitaria”. Eso sí, por lo menos eran congruentes con sus métodos: así como se dedicaron a purgar a la burocracia del gobierno de Grau, como su gran tarea, ahora harían lo mismo con la universidad. Véase Pichardo, 1986, IV: 158-159.

representatividad de la dirigencia del DEU venía cargando y distraía con el factor Batista, que desde entonces se convertirá en el chivo expiatorio de la frustración clase mediera, por ya no hablar de Guiteras y toda la izquierda insurreccional a quien en realidad se alude y responde⁵¹.

Cuando Chibás dice que le habían pedido a Grau “cambiar la identidad del gobierno” se le olvida mencionar que para entonces el gobierno de Grau se hallaba, como siempre, en su enésima crisis y que todo el gabinete estaba a punto de renunciar, al igual que el propio Grau quien intentaba navegar sobre dos corrientes, por un lado los estudiantes que lo apoyaban y por el otro su gabinete, en especial Guiteras, y Batista con el ejército y el poder que esto le confería en las negociaciones, con los viejos políticos y Welles, que se habían llevado a cabo durante todo el mes de octubre. En esta triangulación, el DEU llevaba las de perder, pues todos los sectores involucrados, Guiteras incluido, coincidían en lo pernicioso en mantener al DEU como parte del gobierno. Así que cuando Chibás pronuncia su discurso, envoltorio de retórica inflamada de patriotismo y sacrificio⁵², lo que está haciendo es darle una salida al DEU ante

⁵¹ Previo al referéndum del 4 de noviembre, la dirigencia del DEU participó en una importante reunión entre Batista y el gobierno de Grau para zanjar una mini crisis provocada por la noticia aparecida por la tarde en el *País Libre*, donde se aseguraba que los marines norteamericanos por fin desembarcarían en Cuba. Esto provocó, como siempre sucedía, que todas las negociaciones previas a favor de un gobierno de transición se vinieran abajo, pues el fantasma Platt fortalecía a Grau de una manera inexplicable. La reunión se llevó a cabo en la casa de Sergio Carbó y en ella Lucio de la Peña, activista del Directorio, reconoció que “el pueblo no está en contacto con la revolución”, con lo cual revelaba el callejón en el que el DEU se había metido. Otra cosa que Chibás nunca menciona es que ellos estuvieron en la negociación para favorecer la propuesta de Fernando Ortiz que garantizaba la permanencia de Grau como presidente pero que incluía como secretarios a miembros de los partidos tradicionales, y que también habían hablado con el coronel Mendieta para que apoyara al mismo. La revolución pura de Chibás nunca existió en la medida que los estudiantes negociaban con los políticos. Para esta trama *Ibid*: 125 y Thomas, 2005: 492.

⁵² Una de las características oratorias de Chibás estaba en la exaltación y en el duelo no para debatir sino para batir al que osara disentir: “Yo reto a la asamblea a que me diga qué miembro del Directorio ocupa un cargo público o percibe una dieta. Yo reto a que me diga si he aceptado jamás un sello de a centavo o un galón de gasolina por defender al Gobierno de la Revolución... No nos importa que nos calumnien... Para salvar a Cuba de la dictadura, de la anarquía o de la intervención pido para el Directorio, en nombre de nuestros hermanos muertos, Pío, Rubiera, Alpízar, un pleno voto de confianza hasta la próxima asamblea del 4 del mes entrante, para consolidar la Revolución llevando por bandera la libertad política, por armas el sacrificio y la

su derrota política. La vanguardia estudiantil había llegado al límite de sus posibilidades y se había convertido en un obstáculo que abonaba la crisis crónica del gobierno que decía apoyar.

Con ambos acontecimientos, se despejaba, en parte, el obstáculo para una negociación que favoreciera la formación de un gobierno de concertación como Welles y Batista lo habían acordado desde el mes anterior. Sin embargo, como hemos visto, la realidad política se empeñaba en boicotear estos planes. La renuncia de Grau era tan anunciada que todos daban por descontado que así sucedería, el reto estaba en el secretario que trabajaba a la sombra, Antonio Guiteras. Las negociaciones se reanudaron después de la crisis del *País Libre* mientras Welles iba a consultas con su presidente, entre el 17 y 29 de noviembre. A su regreso, el panorama había cambiado poco, se había sumado la mediación del embajador uruguayo Fernández Medina a petición de Grau pero el punto de desencuentro se mantenía: Grau quería demasiadas garantías para abandonar la presidencia, lo cual elevaba el precio que el resto de los políticos quería pagar⁵³. Welles se mostró favorable a la propuesta y así, inclinó a todas

vergüenza, por escudo un centenar de mártires estudiantes insignes, y por meta los pilares de la independencia económica de Cuba”. Pichardo, 1986, IV: 157. Poco se ha estudiado las diferencias al interior del DEU y sus matices revolucionarios, pues no era lo mismo Guiteras que Chibás, ni Prío que Ramiro Valdés Daussá (de Pro Ley y Justicia), es decir, las diferencias que se manifestarán en los siguientes años ya estaban presentes desde entonces entre una izquierda nacionalista y otra insurreccional, la primera todavía no transitaba al anticomunismo y la segunda todavía no era del todo marxista. En el discurso citado, Chibás quiere responder a la crítica de esa parte del DEU que está a la izquierda de sus posiciones pero que no identifica ¿se refería a Guiteras? ¿O simplemente al grupo de opinión que conformaba la llamada Ala Izquierda Estudiantil encabezada por Raúl Roa y Aureliano Sánchez Arango y que era un frente de fachada de los comunistas?

⁵³ La propuesta uruguaya consistía en reconocer a Grau como presidente, para tal fin tendrá que organizar elecciones generales que celebrarán un constituyente, al principio de la primavera (marzo o abril de 1934). Grau se comprometía a renunciar en esa fecha y entregar la presidencia a un sucesor elegido conjuntamente por un Gabinete y un Consejo de Estado, compuesto por 50 representantes de las fuerzas políticas más significativas; Grau tendría derecho a nombrar a cuatro secretarios del Gabinete, la oposición a seis y dos independientes, seleccionados de común acuerdo para cubrir Gobernación y Guerra. El Gabinete tendría que aprobar por mayoría de votos los decretos presidenciales. La propuesta sacrificaba al último apoyo de Grau, Guiteras en Gobernación, y dejaba abierta la posibilidad de que Batista continuara al frente del estado mayor del ejército. La dilatación de las negociaciones nos indican que Guiteras seguía teniendo influencia y que no dejaría su posición en Gobernación.

las fuerzas políticas involucradas a aceptarla también pero con una condición: la salida irrevocable de Grau al 1 de abril de 1934, mucho antes de la celebración de elecciones constituyentes, planteadas para mayo. Esa será la última participación del embajador Welles en Cuba; partirá el 13 de enero de la isla y dejará su lugar a Jefferson Caffery, quien arribó el 18 del mismo mes.

La participación de Welles en la historia cubana quedó para la controversia, sin duda es un personaje importante para entender los acontecimientos previos a la revolución de septiembre (la caída de Machado) y las negociaciones que culminarían con el abandono de Grau de la presidencia. En ese sentido, Welles se marcha derrotado, pues no logró una sustitución satisfactoria para Machado y tampoco que Grau se retirara de la presidencia. La mediación a su cargo sólo generó inestabilidad, jamás logró entender el pulso del país para su reforma, dejando la solución a una salida de fuerza. Para colmo, ni él mismo podía explicar lo sucedido: “En vista del inesperado y completo colapso de las negociaciones partiré por avión el miércoles 13...” Para desgracia de Cuba, Welles seguirá ligado a su destino desde la secretaría adjunta para asuntos latinoamericanos del Departamento de Estado en Washington, donde continuará controlando la política cubana que aplicará Caffery.

El desazón expresado por Welles –en realidad condena que define a los hombres de la política exterior norteamericana hasta nuestros días– se debía a que estaba incapacitado por su formación de vida: cultural, intelectual y política, primero para comprender y después para ser el arquitecto del nuevo diseño de ingeniería política que la situación demandaba; Welles, como todos los de su generación, son producto de los *rough riders* de la loma de San Juan en Cuba y del *big stick* de Tedy Roosevelt y su corolario sobre Panamá y las demás repúblicas centroamericanas y del Caribe donde se ensayó los primeros pasos

del imperialismo estadounidense⁵⁴. Los reportes que el embajador escribió a partir del 4 de septiembre son elocuentes en este sentido: pasa de la incredulidad ante la caída de Céspedes (la cual no se explica) a una resignación forzada –que tiene más vistos de derrota–, con Batista como un interlocutor al que hay que darle esa categoría porque no hay más remedio y que define como “anormal”. El resultado del trabajo de Welles fue que el sistema político cubano se reconstruirá a partir del reforzamiento del ejército como garante de la estabilidad, que las organizaciones políticas no podían dar, y la pauta a partir de la que hay que erigir las nuevas relaciones políticas, primero entre las elites y, después, con los gobernados. La siguiente década, los años de esplendor de Batista, responderán a esta lógica de recomposición de las elites y, sobre todo, del nuevo ejercicio del poder entre ellas, así como la relación que guardan con la política norteamericana una vez que la Guerra Fría y el anticomunismo releven al “buen vecino” de Roosevelt.

Mientras Welles se iba y Caffery llegaba, en Cuba Grau se aferraba a la presidencia tratando de normalizar las actividades cotidianas y las negociaciones continuaban, ya sin el acuerdo uruguayo, el cual Guiteras y Grau habían saboteado para ganar tiempo; entre el inicio de año 1934 y su primera quincena los acontecimientos forzarían un arreglo.

⁵⁴ En ese sentido Welles se hallaba más cerca de la tradición intervencionista –al igual que Wood, Brooke, Magoon y Crowder–, su diplomacia se vio limitada por las órdenes de sus jefes y por la tradición de la oligarquía cubana a buscar la mediación norteamericana; de otra manera no se explica que en su estancia en Cuba halla sido el centro de todas las intrigas políticas, reales o no, y de sus soluciones. Pero seamos comprensivos con la memoria de Welles, quien al igual que los cubanos, fueron víctima de las circunstancias; en realidad la política norteamericana no era responsabilidad del embajador, quien sólo era el operador del presidente y el secretario de Estado en Washington, a quienes tampoco entendía. Su responsabilidad es limitada. La política de no intervención favorecería a Batista y el ejército al no reconocer al gobierno de Grau, al mismo tiempo, que rechazaban las consecuencias políticas de la restauración oligárquica sugerida por su hombre en La Habana. La política de F.D. Roosevelt y Cordell Hull respecto a Cuba, también era comprensible por el juego geopolítico mundial que los Estados Unidos estaba por entrar en Europa; prefirieron que la situación se pudriera antes de enfrentar un problema mayor en Cuba, como una guerra contra la intervención que hubiera capturado el imaginario de la solidaridad revolucionaria latinoamericana de los años treinta, que a diferencia a lo sucedido con Sandino en Nicaragua, ya estaba presente, y se expresaría con la República española.

Con Caffery al frente de la embajada, todos tratan de ponerlo en antecedentes. En su primer reporte del 21 de enero, relata la reunión que tuvo el encargado de la embajada, Mathews, con Batista y tres estudiantes encabezados por Rubén de León. Nuevamente, hay que reiterarlo, nos encontramos ante una contabilidad política doble, pues ¿qué hacía Batista con de León hablando al mismo tiempo, a favor de la estabilidad del gobierno de Grau en la embajada norteamericana? El movimiento es notoriamente sospechoso, pues para rematar, el informe pone una conclusión conjunta:

Aseguraron [Batista y de León] que esta oposición iría desapareciendo rápidamente cuando este régimen fuera reconocido por los Estados Unidos. Afirmaron que el Gobierno de Grau, que lleva casi cuatro meses de existencia, ha demostrado su estabilidad y está ejerciendo funciones normales de gobierno, e insistieron sobre la apertura de las Escuelas Normales, y en la Universidad, que se espera para enero. Negaron que Grau ambicionara permanecer en la Presidencia después que se formara una Asamblea Constituyente⁵⁵.

Batista era el único que podía moverse en varias direcciones a la vez, entre el ejército, los políticos y Grau, eso sin duda, pero cada uno de sus pasos lo hacían más sospechoso para cualquier observador atento, sobre todo después de tantas crisis de por medio. Para esas fechas el único objetivo de Grau era obtener el reconocimiento diplomático de Estados Unidos ¿acaso Batista pensaba que con Caffery, Grau podía lograrlo, y por tanto, buscaba acomodarse ante tal eventualidad? En este sentido, las señales de la embajada y de su máximo responsable, eran ambiguas: a todo el que quisiera escucharlo en público decía que ellos no tenían ningún interés por una persona o gobierno en

⁵⁵ La transcripción del reporte de Caffery es inexacto, pues anota que el 14 de diciembre, “a petición de varios líderes estudiantiles, después de cuidadosa consideración y en vista del completo colapso de las negociaciones conciliatorias, *tuve* anoche una conferencia con Batista tres estudiantes, Rubén de León, Curtis [sic] y Maceo, los tres ex miembros del Directorio Estudiantil”. Todas las fuentes coinciden en señalar que Caffery llegó el 18, así que él no *tuvo* la reunión que reporta como suya, tampoco existió un Curtis sino Segundo Curti y Maceo probablemente sea Salvador Massip, ambos activistas del DEU que se quedaron con Grau hasta el final. Véase Pichardo, 1986, IV: 245.

particular, pues “nuestro único deseo... es que los cubanos arreglen ellos mismos sus dificultades”, pero en sus reportes expresaba otra opinión, la verdadera, contraria al gobierno de Grau⁵⁶. El problema era cómo entendían los cubanos el mensaje; Grau y su gabinete lo enfocaron hacia el reconocimiento diplomático, la oposición política también, lo mismo Batista. Todos confiaban los huevos a la misma canasta, y dadas las circunstancias no era tan descabellado, sobre todo para el gobierno y sus aliados que habían leído bien la política de no intervención de Roosevelt, pero fallaban en pensar que los reconocerían diplomáticamente. Sobre todo con el decreto confiscatorio del 14 de enero contra la compañía de electricidad y el del mes anterior que rebajaba las tarifas del suministro, del cual Caffery se quejó ante Hevia el 21 de diciembre por que “estaban afectando nuestro intereses”.

El 10 de enero se reunieron Grau, Batista y Caffery sin llegar a ningún arreglo, más que saber que la solución estaba en manos cubanas, como el embajador afirmó a Batista: “No estableceré términos específicos. A ustedes les corresponde resolver el problema del gobierno”. Esto fue suficiente para reactivar los planes de un gobierno de concertación como el que Batista y Welles habían platicado; moviéndose entre las sombras, el coronel negocia y obtiene la complacencia, no complicidad, de Mendieta para asumir la presidencia interina, pero falta esperar la reacción del gobierno de Grau quien, ante el ultimátum de Batista, se aferra a una legalidad salida del 4 de septiembre en Columbia: renuncia pero ante quienes lo eligieron, es decir, la Pentarquía y los estudiantes,

⁵⁶ Caffery tenía la misma visión clasista de Welles, pero carecía del refinamiento de éste al hacer sus juicios, incluso citando sus coincidencias sobre la “ineficiencia, ineptitud e impopularidad entre las mejores clases del país del gobierno de *facto*... el cual solo está apoyado por el Ejército y las masas ignorantes, quienes han sido engañadas con promesas utópicas”. A Carlos Hevia, secretario de Grau, le dijo que: “En la situación actual no podemos reconocer al régimen de ustedes. Ustedes dicen ser un gobierno provisional apolítico y sin más ambiciones que realizar unas elecciones honradas y luego retirarse, pero yo no creo que ustedes puedan ofrecer garantías adecuadas para las proyectadas elecciones de Asamblea Constituyente”. *Ibid*: 246.

que en realidad sólo representan a fuerzas más heterogéneas que han logrado sostener a Grau⁵⁷.

Esta condición de Grau es una verdadera revelación que nos muestra lo complejo que era la situación política, mucho más allá de las simplificaciones de los chivos expiatorios (Batista o el imperialismo) utilizados como recurso retórico (Chibás y el DEU *dixit*) para salvar la virginidad ideológica que nunca reconocerá el fracaso y la negociación política. Han pasado dos meses desde la salida de los estudiantes del gobierno y éste se mantuvo, se quedaron algunos a título individual manteniendo un núcleo alrededor de Grau. Desde el 6 de noviembre el gobierno dejó de ser una imagen de los estudiantes universitarios –si es que en algún momento lo fue realmente–, para representar a un conjunto de fuerzas tan diversas, como inverosímiles, que conformaban una Junta Revolucionaria, organismo donde se encontraba el consenso que hacía posible la vida al gobierno de Grau. Ahí es donde Grau, apoyado por Guiteras, quiere llevar la discusión con Batista. Es su escudo y terreno donde el coronel no puede imponer su voluntad ni tampoco la embajada norteamericana; al mismo tiempo, el control que tiene del ejército habrá que matizarlo porque Batista tiene que discutir, es decir, negociar, con una Junta de Oficiales⁵⁸ los

⁵⁷ Entre las organizaciones que tienen representatividad, se encuentran: Acción Republicana; Conservadores Ortodoxos; Organización Celular Revolucionaria Radical; Partido Radical; Conjunto Revolucionario Cubano; Unión Nacionalista; ABC Internacional de Cuba; Conservadores Revolucionarios [recontra sic teórico]; ABC Radical. Como podemos apreciar, esto es una coalición arco iris donde caben todos, desde los conservadores hasta los radicales, aunque sólo sean de nombre; será ante ella que las figuras políticas, Grau y Batista, tienen que debatir, y entre ellas llegar a consensos. Todas las juntas trascendentes, donde Grau amaga renunciar, suceden en este ámbito, con o sin el DEU.

⁵⁸ Otro dato interesante es que uno de los líderes de los sargentos, Pablo Rodríguez, que en el primer momento del 4 de septiembre encabezó la sublevación, terminó siendo no sólo un aliado de Guiteras, sino que incluso, sería un colaborador importante para la formación de Joven Cuba, la organización formada por Guiteras para realizar una insurrección. Con este dato, no sería extraño decir que Rodríguez tenía una participación de oposición a Batista en la Junta de Oficiales. Véase el reporte de Caffery del 13 de enero de 1934 y la “Carta a los compañeros de la Joven Cuba” escrito por Guiteras el 16 de marzo de 1935 en Pichardo, 1986, IV: 248 y 566, respectivamente. En contraste, José Pedraza, el otro sargento insubordinado de importancia,

desplazamientos que realizará la tropa. Otra cosa que no se menciona muy a menudo en la historiografía sobre el tema, es el papel de la marina de guerra, que no es parte del ejército (como sí lo es la aviación), pero que también se ha desplazado con los insurrectos participando en las batallas contra los ex oficiales en el Nacional y el intento de noviembre de los aviadores. Teniendo como referencia los informes y reportes de Caffery, se infiere que a los marinos no los controlaba Batista, pues una fuente de oposición a la salida de Grau estaba ahí. Así como los sargentos pudieron converger un momento con el DEU, los marinos encontraron su equivalente en Antonio Guiteras; igual sucedería con la policía, por lo menos en la capital y por razones de dependencia burocrática. Como vemos el maximato de Batista estaba lejos de realizarse al despuntar la primera quincena de enero de 1934.

Caffery, por ejemplo, reporta el 13 de enero un cambio dramático de la situación, a tal grado que “hay que hacer algo esta noche para asegurar un cambio en el gobierno”. Batista está en el centro de la trama pero no logra convencer a un indeciso Mendieta, quien pide garantías a Caffery, en específico el reconocimiento diplomático. El embajador no está convencido por las indecisiones de Mendieta pero asume el riesgo y pide a Washington autorización para “reconocer inmediatamente a Mendieta como Presidente” y hace una advertencia que terminaría por inclinar la decisión de sus jefes: “De lo contrario Batista virará definitivamente hacia la izquierda con un completo desastre para nuestros intereses aquí, o se proclamará dictador militar”⁵⁹.

ascendería en la jerarquía militar hasta los más altos puestos, siendo utilizado por Batista como última opción en el ejército ante el derrumbe del régimen en los meses finales de 1958.

⁵⁹ Roosevelt contestó a su embajador no precipitarse, pues “los Estados Unidos reconocerán cualquier gobierno que tenga apoyo del pueblo cubano y sea capaz de mantener la ley y el orden, pero sólo cuando estas condiciones sean un hecho consumado y no antes”. Caffery apuraba en este asunto; el 14 envió tres mensajes, el primero a las tres de la mañana al considerar que “Mendieta, desde luego, quisiera unir a toda la oposición, pero ahora no hay tiempo para

Curiosamente Batista se encuentra negociando con sus propios oficiales esta solución, es decir, si bien los políticos aceptaban el trámite, los militares todavía no se habían definido. El 15 es febril, la Junta de Oficiales reanuda sus discusiones luego de un breve receso por la mañana, la postura de los oficiales de izquierda se impone; el problema está en Mendieta quien no cuenta con su aprobación. Guiteras sale de las sombras y por primera vez se le menciona como un factor de negociación, gracias al apoyo de la marina y la policía. Por la noche, Grau dio señales de vida y declaró que estaba dispuesto a renunciar.

Es necesario insistir en este punto, pues es muy sintomático de dónde se encontraba el nudo que traba la situación. Welles nunca menciona esto en sus reportes de los meses de su estancia en Cuba, una vez que decide a quien apoyar, lo demás no importa. Cree que la política la hacen las elites. Nunca menciona las tensiones al interior del ejército y las tendencias que se forman después del 4 de septiembre; nunca tiene un panorama de la situación y apuesta todo a Batista y los implicados de siempre, luego, no se explica por qué se caen todos sus artificios. Caffery, por el contrario, advierte el deterioro de la situación de prolongarse más y de la posibilidad que el proceso político iniciado con los sargentos se radicalice a la izquierda; había muchos cabos sueltos que el deterioro de la situación activa. Llama la atención que Thomas en su monumental obra (tan fiel a los informes de los embajadores norteamericanos), tampoco advierta el nexo de la inestabilidad con Guiteras y la izquierda militar, poniendo en los estudiantes que se quedaron con Grau un peso político, que evidentemente no tenían, el problema al vetar a Mendieta por ser un candidato

discutir eso”; el segundo a las doce horas en tono alarmado “pido respetuosamente una acción inmediata para prevenir una catástrofe. Si se exceptúa a Mendieta el único otro sector que tiene posibilidad de alcanzar el poder es la extrema izquierda”; el tercero a las trece horas reitera la petición porque “la situación es muy peligrosa”, y añadía que Grau era ajeno a toda la trama puesta en “todos los grupos opositores que aceptarán a Mendieta como Presidente”. Pichardo, 1986, IV: 248 y 249.

de Batista. Este hecho se comprueba con la reacción de los estudiantes de tratar de rescatar a Mendieta ante la maniobra de Batista a favor de Carlos Hevia unas horas después de esta junta. Otro punto interesante está en la vigencia de la Junta Revolucionaria, Thomas habla de una reunión muy importante “de las personas más prominentes, políticos y estudiantes que habían llegado a ocupar puestos de importancia desde septiembre”. Al medio día del 15, la Junta Revolucionaria reunida en Columbia sancionaba favorablemente un giro inesperado que sacaba de la jugada a los estudiantes que insistían en mantener a Grau: Batista proponía a Carlos Hevia como presidente. Guiteras condicionó su apoyo⁶⁰ al nombramiento del ex sargento septembrino Pablo Rodríguez al frente del estado mayor del ejército, sin embargo, el resto de las fuerzas políticas representadas aceptaban la fórmula. Esta vez ningún exabrupto de los estudiantes por evitar que Grau renunciara funcionó; éste se presentaría en el palacio al atardecer, lo cual indica que no estuvo presente en esa importante junta donde se definió su destino, para presentar su renuncia ante la Junta Revolucionaria⁶¹.

Con la llegada de Hevia a la presidencia, en unas horas, se produce un reacomodo dramático en lo que sostuvo, bien que mal, al gobierno de Grau por cuatro meses. El único que reacciona previendo las consecuencias de esto es Guiteras e inicia la organización de una huelga general para medir fuerzas entre Batista y los grupos radicales (políticos y militares) aglutinados a su alrededor. Hevia, quien había participado en la expedición de Gibara en 1930 al lado de

⁶⁰ Thomas anota que “Guiteras declaró amenazadoramente que ni él ni los sindicatos aceptarían en ninguna circunstancia una solución que no fuera aceptada por el comité”.

⁶¹ Al saberse la renuncia de Grau, una multitud se aglomeró frente a Palacio y fue dispersada violentamente por el ejército con un saldo de un muerto y 14 heridos. Caffery apunta en su reporte del 16 a las 13 horas: “Hay mucha nerviosidad en la ciudad y peligro de choque entre la tropa de Batista y las facciones”. En efecto, la salida de Grau de la presidencia no implicó, en automático, una transición que superara la inestabilidad vivida por éste como presidente.

muchos de los que ahora ocupaban importantes cargos, es como Céspedes, no representa a nadie y, al parecer, nadie moverá un dedo para que permanezca en un puesto que no buscó; su paso por la presidencia es tan efímero que no tiene tiempo siquiera de formar gabinete, en parte por la poca cooperación de los mendietistas pero, sobre todo, por la huelga organizada por Guiteras y sus partidarios para el 17 de enero. Ese día, con la huelga encima, sobre todo en los servicios públicos, el gobierno de Hevia se desvanece al atardecer, cuando Batista le anuncia a Caffery que ha decidido apoyar a Mendieta debido al peligro que representa la huelga de Guiteras, pero advierte que este movimiento depende del resultado de las negociaciones que emprenda con la marina de guerra⁶². Las siguientes horas serán definitivas para desactivar el apoyo de un instrumento muy eficaz que había dado a Guiteras un poder decisivo desde que fue nombrado secretario de Gobernación por Grau, y que no dudamos en equiparar con el que tiene Batista con el ejército. Al interior de la Junta Revolucionaria, donde los militares tienen un gran peso, las cosas tampoco están claras, de hecho muchos de sus integrantes se negaron a asistir a una nueva reunión; mientras tanto los marinos siguen negociando con Batista. Será en esta negociación donde se decida no sólo la presidencia de Hevia sino la posibilidad de que Mendieta pudiera relevarlo.

El desarrollo de la huelga, por otro lado, va tornándose inquietante para sus promotores al perder el impulso inicial, coincidiendo con los vistos a un arreglo favorable para Batista. Sin duda que ambos acontecimientos están conectados. Al despuntar el 18 de enero la marina retira el veto que había impuesto a Mendieta, por la mañana Hevia abandona el cargo renunciando a

⁶² Caffery apunta en su reporte del 17 de enero que este movimiento de Batista lo ve con reserva, pues “No estoy seguro que esta decisión sea final, pero Batista dice que ahora está decidido”. Al mismo tiempo, también nos deja ver que la decisión de Mendieta no estaba asegurada, aunque ya era de dominio público. Eso le dará otro día a Hevia como presidente.

favor de su secretario de Estado, Márquez Sterling, quien de inmediato convoca a la Junta Revolucionaria para oficializar el traspaso del cargo a Carlos Mendieta, el viejo político liberal de todas las batallas política importantes en la primera república. Llega a destiempo a la presidencia, ya no es su tiempo político para ejercerla verdaderamente, está atado a un pasado que ya no es posible revivir. En el fondo sabe que su paso será tan efímero como la de los anteriores presidentes. A las 18 horas del 18 de enero de 1934, el coronel del Ejército Libertador Carlos Mendieta y Montefur toma posesión como presidente ante la Junta Revolucionaria que lo ha ungido como tal, su juramento es tan lacónico como será su presidencia: “El día de hoy, he tomado posesión del cargo de Presidente Provisional de la República, previo juramento de cumplir y hacer cumplir fielmente las leyes de la República”. Para su desgracia, la república para la que se preparó para ser presidente ya no existe.

Con este acto termina la revolución de septiembre e inicia el maximato del ex sargento Fulgencio Batista y Zaldívar, hombre que se transforma a sí mismo al aprovechar la oportunidad de su vida; en cuatro meses derrotó a todos sus oponentes. Grau es despedido por una multitud a un exilio dorado auto impuesto a México. Guiteras, estupefacto, ve como se van desmoronando sus apoyos políticos y militares; está derrotado pero no vencido. Eso lo saben también sus enemigos a quienes inquieta su presencia. Los activistas estudiantiles alrededor de Grau se retiran a la universidad donde saldrán para formar su partido, el auténtico representante de la revolución de septiembre. Los implicados de siempre, a excepción de Menocal, transitarán tristemente por una presidencia sin poder, así como buena parte de los personajes ligados a los hechos de septiembre.

La revolución de 1933 transcurre en los cuatro meses que van desde la rebelión de los sargentos, en septiembre, al golpe de la Pentarquía y el fin del gobierno de Grau en enero de 1934, en ese espacio ocurrieron varios hechos significativos para la historia republicana cubana. Primero, representa la liquidación de la primera república y el fin del sistema político que la sostenía desde 1902, también lo podemos apreciar como la conclusión de una crisis iniciada en 1928 y que puso en jaque al sistema de partidos oligárquicos que respondían a una forma de hacer política, ya incapaz de seguir manteniéndolo y que la política de no intervención norteamericana terminaría por liquidar, aunque en ello se halla tenido que prolongar la crisis de la transición entre la I y la II República entre las nuevas fuerzas políticas representadas por las capas medias urbanas. El segundo hecho es la irrupción de la vanguardia política; la formación de la Pentarquía luego de la sublevación de los sargentos, es posible gracias a la acción de un grupo de vanguardia, como era el Directorio Estudiantil Universitario y las organizaciones insurreccionales creadas por sus activistas, que pueden traducir las inconformidades de la tropa en demandas políticas, que terminan por desplazar a un gobierno salido de las viejas prácticas políticas. Tercero, si bien los estudiantes y otros activistas políticos se convirtieron en un factor importante en esta coyuntura, el DEU como la organización más representativa, tenía una limitación estructural frente a los soldados y marinos que el ejército traspasaba por su carácter nacional, además de estar habituados a ejercer funciones de control sobre la población; es esta tradición la que permite tener éxito a los sargentos contra los oficiales. Cuarto, la insurrección es posible siempre y cuando se cuente con el apoyo de una parte del ejército.

En estas condiciones, el ascenso vertiginoso de Fulgencio Batista hasta la cúspide de la elite política se explica por la inoperancia de todas las instituciones y organizaciones sociales existentes en la Cuba de entonces; ninguna estuvo en condiciones de ser el soporte de gobierno alguno por la fragilidad de sus propias estructuras; los partidos tradicionales por no tener representatividad alguna mientras que la novel vanguardia todavía no elaboraba un vínculo efectivo con quien decía, o más bien quería, representar: el pueblo.

Batista abrirá un nuevo ciclo, aprovechando la desbandada y luego colaboración de las figuras más prominentes de la elite liberal y conservadora, así como la dispersión de las fuerzas emergentes una vez disuelto el gobierno de Grau y el Directorio Estudiantil Universitario. Una nueva frustración apareció en el horizonte cuando las clases medias desplazadas por la habilidad de Batista se sintieron traicionadas en su revolución renovadora. Para entonces, el ahora coronel Batista, había encontrado el entendimiento con el nuevo representante diplomático norteamericano, Jefferson Caffrey para reconstruir al sistema político. Para los críticos al maximato de Batista, el desplazamiento de la vieja clase política por Batista no había cambiado el lazo estructural del sistema político cubano con los Estados Unidos, identificando a éste último con los intereses norteamericanos. La abrogación de la Enmienda Platt se hizo en 1934 en el contexto de la política del Buen Vecino de F.D. Roosevelt. Sin embargo, este gesto no cambió en esencia el tipo de relaciones cubano-americanas; la presencia norteamericana siguió siendo muy fuerte e influyente tanto en la política como en la vida social cubana, lo que varió fue el tono no la esencia: en la práctica los intereses económicos yanquis ejercieron una poderosa influencia conservadora al presionar a su gobierno a no asociarse con las fuerzas nativas promotoras del cambio, como fue el caso del efímero gobierno de Grau,

redundando en el fortalecimiento de quien les garantizara estabilidad política conservadora.

La II República cubana

La era de Batista como árbitro de la situación política se prolongaría por una década, cuando el propio Batista asumiría la responsabilidad presidencial de 1940 a 1944, como culminación de la redacción de una nueva Constitución. Su habilidad política⁶³ le permitiría sortear con éxito las dificultades de esos años, además de incorporar, en diversas alianzas estratégicas y coyunturales, a nuevas fuerzas ajenas a la órbita política tradicional como al ABC y a los comunistas, quienes colaboraron en su gobierno de 1940⁶⁴. La figura de Batista ha sido discutida y analizada desde diversos ángulos, desde el apologético hasta el denigratorio; sin embargo, su importancia política en la historia de Cuba debe enfocarse en esa capacidad para maniobrar entre diferentes corrientes ideológicas y aprovecharse de ellas en un momento que ninguna de las fuerzas emergentes lograba consolidarse como una elite gobernante.

En este periodo pasarían por la presidencia el ya mencionado Mendieta hasta 1935 cuando fue sustituido por José A. Barnet, quien un año después entregaría el cargo a Miguel Mariano Gómez, hijo del caudillo liberal y ex presidente José Miguel Gómez, hasta que entró en conflicto con el propio

⁶³ Para este aspecto véase la obra de Farber (1976) ya citada donde habla de un “bonapartismo” criollo abierto con la caída de Machado y representado por Batista.

⁶⁴ Una muestra de esta flexibilidad ideológica de Batista fue la extraña alianza que lo llevó a la presidencia, llamada Coalición Socialista Democrática, donde se congregaba la vieja clase política, algunos ex militantes del ABC como Saladrigas, quien terminaría de candidato de Batista para competir contra Grau seis años después, y los comunistas del Partido Socialista Popular, a quienes por más maromas que hicieran posteriormente, jamás se les quitaría el estigma de haber participado en ese gobierno, hasta que la Guerra Fría lo permitió; de hecho, el anticomunismo del ala liberal del Movimiento 26 de Julio se deberá a esto y no a una matriz ideológica. Véase, Marcial Martínez, 1959: 82-83 y Domínguez, 1978: 101.

Batista hacia finales del mismo año, cuando el Senado lo depuso por el vicepresidente Federico Laredo Bru.

La Constitución de 1940 sería el intento de cristalizar un ideal de un nuevo orden político, el de reorganizar a la segunda república y darle un nuevo perfil, de acuerdo al reacomodo político entre las diversas fuerzas surgidas de la revolución de 1933 y lo que quedaba de la clase política liberal-conservadora⁶⁵.

El maximato de Batista verá la consolidación de una izquierda nacionalista, sin carácter marxista, que había aparecido como rasgo distintivo del periodo abierto en el 33. Esta izquierda se alimentaba con las raíces martianas, por un lado, y de las experiencias del llamado “populismo” latinoamericano, por otro. Su nacionalismo los hacía herederos del legado de Martí, herederos que rescatarían al mítico Partido Revolucionario Cubano. La izquierda nacionalista o los “auténticos”⁶⁶, plantearán elementos novedosos para construir una nueva fórmula política. Tocaré a éstos rescatar el pasado y verterlo hacia el presente para plantear un futuro; se sentirán herederos de la gesta libertadora por sus altas virtudes morales y democráticas compendiadas en la figura del Apóstol José Martí⁶⁷. La preocupación, o mejor dicho, la pasión

⁶⁵La Constitución de 1940 sentaba las bases de un Estado que reflejará las aspiraciones de la revolución del 33: nacionalismo, democracia y bienestar social. Para un análisis detallado de ésta, véase Gustavo Gutiérrez, “La Constitución de 1940 y su peligrosa inoperancia”, en Ramiro Guerra, *et. al.*, 1952: VIII: 160-181.

⁶⁶La palabra *auténtico* apareció entre paréntesis después del nombre del partido para subrayar la continuidad de la doctrina y proyecciones “auténticas” del gobierno revolucionario de 1933, a quien el pueblo señaló como “revolucionarios auténticos” por haber repudiado la mediación de Welles e impulsar leyes de transformación social y económica para el país. Su fundación ocurrió en febrero de 1934, integrando a miembros del Directorio Estudiantil Universitario, funcionarios del gobierno de Grau y una docena de organizaciones antimachadistas; su lema enmarcaba sus aspiraciones políticas: “Cuba para los cubanos”. Véase “Programa Constitucional del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico)”, en Pichardo, 1986:280-307.

⁶⁷Al respecto véase Ottmar Ette (1995: 89-136), “Hacia una nueva perspectiva: la recepción de Martí hasta 1953”, donde el autor analiza la utilización de la figura de Martí como parte del discurso de toda la clase política, desde Batista hasta los auténticos; también Francisco Ichaso, “Preocupación cardinal”, en Ramiro Guerra, *et. al.*, 1952:VIII: 335-339. Cabe mencionar que el autor fue un destacado dirigente antimachadista con el ABC.

por Martí articularán el interés por lo nacional, por lo cubano, convirtiéndose en una misión o “magisterio”, unánimemente seguido y reverenciado.

Martí será algo más que el padre de la patria y forjador de su independencia, será la “fórmula política” de la izquierda nacionalista. La importancia de este encuentro será capital para el futuro de cualquier elite política en Cuba, pues como creador de un universo político nacional, la figura de Martí se hará la norma para la crítica política durante la segunda república.

A diferencia del liberalismo de la generación del 95, los auténticos plantearán un programa de reforma económica y social dentro de un marco político democrático. El nacionalismo auténtico se basaba en una visión optimista sobre el desarrollo de su país, como una entidad plenamente independiente en lo político y abierto al desenvolvimiento económico.

La oportunidad del nacionalismo revolucionario auténtico entraría muy rápido en bancarrota al llegar al gobierno y envolverse en las prácticas tradicionales de corrupción y peculado. La “verdadera revolución” anunciada por Grau devino en un simulacro ahogado por la corrupción y la ineficiencia administrativa que llegó a convertirse en el lubricante del sistema.

Como presidentes auténticos, Ramón Grau y Carlos Prío, fueron incapaces de atacar los problemas nacionales de Cuba, como habían prometido. Después de ocho años de gobierno, la popularidad auténtica se encontraba disipada y la propia organización fragmentada. Una nueva frustración se sumaba al historial político cubano. En su momento, al ser elegido como presidente constitucional, Grau había sido el candidato presidencial más votado de la historia republicana; en torno a él y su partido, se congregaron las esperanzas de la revolución que construiría, por fin, una nación en el amplio sentido de la palabra.

En 1947, escandalizados por el nulo avance del programa social y económico, una parte de ellos, se desprendió para formar bajo el liderazgo de Eduardo Chibás una nueva organización, el Partido del Pueblo Cubano conocido como “Ortodoxo”, para reafirmar su apego al legado del Apóstol y a la renovación nacionalista vislumbrada en el 33. Su programa no era muy diferente a los auténticos, salvo en su rigurosa devoción de la labor gubernativa, como anunciaba su lema “Vergüenza contra dinero”. Sin embargo, la aparición ortodoxa no contuvo la erosión de toda la clase política, para quien había pasado el tiempo de la reforma.

Chibás, con sus arengas incendiarias contra la venalidad oficial, aparecía más como un fiscal en busca de notoriedad que un líder político capaz de atacar el problema fundamental de la clase política cubana. Sin embargo, su liderazgo fue tan popular que escindió a la elite gobernante del momento⁶⁸, para rivalizar con el sucesor de Grau en la presidencia, Carlos Prío Socarrás, y amenazar la continuidad en el poder de los auténticos de no haber terminado sus días al quedar en entredicho su prestigio para comprobar una acusación de corrupción contra el ministro priista Aureliano Sánchez Arango.

La muerte de Chibás en agosto de 1951, tras una agonía de varios días luego de dispararse en vivo mientras concluía su tradicional programa de radio, cambiaría la ecuación política en Cuba. El ciclo del nacionalismo no terminaría con la muerte de Chibás, las fuerzas desarrolladas en este periodo buscarán un nuevo cause que tardarían en encontrar hasta la llegada de su nuevo profeta.

⁶⁸A la fundación del Partido Ortodoxo acudieron 15 senadores, 26 representantes y otro número similar de alcaldes auténticos, además de un grupo reciclado de abecedarios. Para un observador de la época, “la ortodoxia era un remiendo y tenía una base popular muy diferente a su dirigencia. En las alturas era un partido conservador, en la masa resultaba una agrupación de extrema izquierda, sin rumbo fijo”. Márquez Sterling, 1969: 533.

Capítulo IV

El ocaso de la república liberal

Fulgencio Batista irrumpió, la madrugada del 10 de marzo de 1952, en el campamento militar de Columbia con el beneplácito de los jefes militares en turno. El gobierno del presidente Carlos Prío Socarrás, sin oponer resistencia alguna, dejó el camino libre para que Batista tomara el poder sin ningún problema. El 10 de marzo rompió con la institucionalidad de la II República, paradójicamente construida por el propio Batista en conjunto con el mayor partido político de la época, los Auténticos, ambos herederos de la revolución de 1933, coincidirían en el congreso constituyente que elaboró la constitución de 1940 y que daba el marco jurídico a la república. La caída de los Auténticos del poder abrió un debate sobre la legitimidad del sistema que daría pie a la fractura de la clase política. Pese a su trascendencia, este debate no provino de sus estratos más representativos, sino de una nueva generación que reclamaba la herencia vanguardista del activismo político que curiosamente generó la institucionalidad ahora derrumbada.

El resultado de este debate impulsará la formación de nuevos grupos de vanguardia política que de impugnadores se convertirán en transformadores de su propia realidad política hasta revolucionar los cimientos mismos en que se basaba la clase política cubana de la II República. Imperceptible en su momento coyuntural, este proceso se tornará en estructural en la medida que proporcionará el espacio de socialización a una nueva clase política que se fundará en el debate sobre el proyecto de nación y la legitimidad política de la elite para gobernar. Como parte fundamental

de este proceso, encontraremos una nueva fórmula política que argumentará en ambos sentidos la necesidad de una renovación por medio de la insurrección propia de la acción política de la vanguardia. Este proceso se cerrará con la articulación, mediante un aparato político-militar, de los nuevos mecanismos del ejercicio del poder que por su origen, no necesariamente pasan por un matiz democrático. Al igual que 1933 con sus sargentos y estudiantes, 1953 iniciará el mecanismo de la formación de una nueva clase política definida por su propia heterogeneidad como grupo social y, con ella, de su elite de poder, pero ahora sin los militares ni con los aparatos políticos erigidos por el activismo estudiantil. También al igual que veinte años atrás, iremos de la acción de una vanguardia política consciente, pero al contrario de sus antecesores, se desprende de una parte de la clase política –notable diferencia con el ciclo anterior donde no proviene de ningún aparato establecido–, de ahí la importancia de la militancia en la vanguardia organizada (el movimiento político-militar) como requisito de pertenencia que definirá el reclutamiento de los cuadros de elite en la primera etapa de construcción revolucionaria. La distinción sociológica de esta vanguardia resultaría insatisfactoria para explicar su formación, al igual que el estudio de la conciencia de clase marxista o la formación ideológica. La vanguardia es una noción cultural que se explica en el contexto histórico de la II República. No es extraño, pues, que la mayoría de los trabajos hechos desde las ciencias sociales, para revelar el origen de la revolución cubana, sobre todo durante la Guerra Fría, se topen con un enigma para describir y luego explicar la conciencia revolucionaria o el socialismo castrista. La noción de vanguardia atraviesa la estructura social cubana vertical, horizontal y diagonalmente, uniendo clases y capas sociales. Será esta noción la que explicará la formación de la elite revolucionaria en dos momentos precisos: el

primero, reactivo al golpe de Estado del 10 de marzo, con la gestación del grupo promotor de la vanguardia que asaltará el Moncada y, segundo, el núcleo sobreviviente ampliando para el segundo asalto, el de la Sierra Maestra y la insurrección por toda la isla para la toma del poder. Este capítulo describe este proceso de la gestación revolucionaria a partir de una vanguardia articulada en su propia conciencia y en la construcción de un aparato político propio de una elite, dadas sus características de organización de “cuadros” que derivará en la insurrección armada y de ahí, a la construcción de la elite política una vez que la insurrección triunfante se articula políticamente en una revolución.

La política como lección moral

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 marcó a una joven generación de activistas sobre su concepción de la política y sus representantes en Cuba, incluidos los comunistas del Partido Socialista Popular. Esta nueva generación pensaba que las posibilidades de cambiar esta situación eran mínimas mientras prevaleciera la estructura política que había propiciado a Batista y a la corte de políticos que medraban tras él. La clase política cubana, en esta coyuntura, eludió el reto que le presentó la nueva irrupción en el poder por parte de Batista para justificarse ante la sociedad civil, al mismo tiempo que una nueva generación, sobre todo de profesionales de las clases medias urbanas ligadas a los auténticos y ortodoxos, sintió amenazada sus expectativas de ascenso social y político con la reedición de un gobierno de Batista, donde no tenían cabida alguna en el ejercicio del poder.

El presidente Carlos Prío Socarrás quedó paralizado cuando le llegaron los informes de la conspiración de un grupo de jóvenes oficiales del ejército para

derrocarlo. La madrugada del 10 de marzo se enteró que el general, ex presidente y uno de los candidatos presidenciales de los próximos comicios, Fulgencio Batista, había entrado al campamento militar de Columbia para encabezar a los complotados; reunido en el Palacio presidencial con su gabinete, Prío sólo alcanzó a enviar una declaración a la prensa donde confirmaba el levantamiento militar, esperando que los jefes del ejército se mantuvieran fieles a la legalidad, apelando a su moralidad contra las tentativas de “un hombre ambicioso”¹.

Mientras, una a una las guarniciones militares recibían el siguiente mensaje desde el campamento de Columbia: “Comunico a usted que el general Fulgencio Batista y Zaldívar se ha hecho cargo de las Fuerzas Armadas. Gobierno destituido. Reúna la fuerza inmediatamente y notifíquelo a este centro. Acuse recibo esta vía haber cumplimiento”. También una a una, las guarniciones militares se fueron sumando al golpe, mientras Prío no hallaba la forma de salir lo mejor librado del asunto.

Acompañado por un pequeño grupo de colaboradores, entre los que se encontraban los legisladores matanceros Vicente Tejera y Sergio Megías, además del líder auténtico Tony Varona, el todavía presidente abandonó La Habana buscando un lugar seguro en Matanzas pero ante el desfavorable panorama militar, decidió regresar a la capital para asilarse en la embajada mexicana, donde encontró a varios ministros de su gobierno como sus viejos camaradas del activismo universitario y

¹ La nota entregada a la prensa habanera, decía lo siguiente: “Tengo noticias de que el estado mayor del ejército ha sido tomado por antiguos oficiales que siguen instrucciones del general Batista. Los mandos del ejército en las distintas provincias, han reportado que mantienen su lealtad al régimen legítimo constitucional. No puede pasar inadvertido al pueblo lo que significaría para la república que se rompiera el régimen constitucional cuando todos los partidos se disponían a concurrir a una consulta electoral. Yo confío en la moral y en el valor del pueblo de Cuba para que mantengan su lealtad al juramento de fidelidad prestado a la república; y a los obreros, a los estudiantes, a los campesinos, a los industriales, en una palabra, a todos los cubanos, para resistir este alevoso ataque. En los cubanos confío”. Véase Mario Mencía, 1986a, I: 70-71; también Hugh Thomas, 1973: 1012.

veteranos, como él, de la revolución de 1933, Rubén de León, Segundo Curti, Ricardo Artigas y Aureliano Sánchez Arango. Para la madrugada del 11 de marzo, el gobierno de Carlos Prío Socarrás había dejado de existir, con más pena que gloria. Un agudo periodista, escribió al observar estos acontecimientos, que por otra parte, describía muy bien la salud de su clase política:

Se cayó como una fruta podrida, casi por su propio peso, víctima de sus intrigas políticas, de sus desafortunadas ambiciones y de su desprecio a la opinión pública, base del régimen democrático. Como otros trepadores más o menos vivaces de su generación, [Prío] no concebía el cargo público más como una escala de enriquecimiento rápido y el papel de sus colaboradores más cercanos, sino como parte de un plan encaminado, invariablemente, a la acumulación de una fortuna [...] En resumen, la caída de Prío sin resistencia real, sin un gesto, sin oponerse el sacrificio de una molestia física, es una caída sin dignidad (Mencía 1986a: 77).

En poco tiempo, Batista fue controlando la situación en el país al pactar y negociar con las distintas fuerzas políticas organizadas como los sindicatos o los mismos partidos. En sus primeras declaraciones públicas, Batista justificaba el golpe de Estado en prevención de un auto golpe que preparaba el mismo presidente Prío:²

Este golpe fue organizado por una junta militar secreta compuesta por capitanes y tenientes descontentos, al igual que la tropa, por la falta de garantías para los soldados y la policía por parte del gobierno, en sus actividades de persecución de actos ilegales.

Además, por tres conductos, uno de ellos directo del palacio, pude enterarme del propósito de Carlos Prío de dar un golpe de Estado el 15 de abril, si para esa fecha no había seguridad de que el pueblo diera el triunfo a Hevia. Conociendo

² En esos días se manejaron varias versiones sobre las razones de Batista para encabezar el golpe del 10 de marzo; la primera fue la difundida en todas las proclamas del nuevo gobierno, acusando a Prío de tener intenciones de permanecer en el poder después de finalizado su mandato constitucional; la segunda, dada por el propio Batista cinco años después fue que el candidato ortodoxo, Roberto Agramonte, de llegar a la presidencia, tenía planeado desatar una gran persecución contra toda la oposición. De cualquier modo, Batista trataba de “adelantarse a los acontecimientos”, como él mismo reconoció. *Cfr.* Jules Dubois, 1959: 26-27 y Hugh Thomas, 1973:1006-1008. Al mismo tiempo, en los corrillos políticos de La Habana se comentaba que el verdadero motivo de Batista era el de “recuperar” en algo su menguada fortuna luego del costoso divorcio con su primera esposa y después de siete años fuera del poder llevando un tren de vida principesco.

ese propósito, e invitado a tomar la dirección de un movimiento serio, me decidí seguro de servir a la república³.

Hablando para justificar lo injustificable, Batista decía encabezar un movimiento militar para salvar a la república no sólo de la dictadura sino también de la corrupción de los políticos auténticos que habían hecho un “régimen de sangre y corrupción que ha destruido instituciones, creando desorden y burla en el Estado, agravado por sus siniestros planes”. Sin embargo, el golpe del 10 de marzo si bien inició gracias a un grupo de jóvenes oficiales del Ejército, muy pronto éstos se vieron desplazados por los incondicionales de Batista en los principales puestos del gobierno, acabando con la efímera junta militar que nunca pudo controlar a Batista, dejando el poder en sus manos (Mencía, 1986^a: 79-80)⁴. El control de Batista sobre los complotados fue absoluto, como meses después lo confirmó el ex vice presidente de Prío, Guillermo Alfonso Pujol, en una versión aparecida en *Bohemia* donde describió el clima de intrigas manejadas por el propio Batista para cubrirse a sí mismo como el instigador y operador del golpe. La lectura del relato de Pujol ilustra sobre la personalidad de Batista y también sobre el papel del ejército dentro del propio sistema político cubano⁵.

³Véase Mario Mencía, 1986a, I: 1-2 y *Bohemia*, No. 11, marzo 16 de 1952.

⁴ El grupo promotor del golpe: diez oficiales de Columbia, ocho de La Cabaña, seis de la Marina de Guerra y Rafael Salas Cañizares por la policía, proclamaron al mediodía del 10 de marzo que “Los miembros del ejército, la marina y la policía que suscriben constituidos en Junta Militar Revolucionaria, informamos al pueblo que hemos gestado este movimiento para evitar a Cuba la vergüenza del régimen de sangre y peculado, que ha desintegrado las instituciones y creado el desorden y la anarquía en la república”. Este comunicado pasó inadvertido ante las declaraciones de Batista y de la Proclama al pueblo de Cuba hecho por el nuevo Consejo de Ministros.

⁵ Pujol cita a Batista: “En el ejército, hay un movimiento de jóvenes oficiales que se encamina a la destitución del Presidente Prío y a su sustitución por el Vicepresidente de la República. Me tienen por la figura que debe darle la tonalidad histórica al movimiento. Si los desoímos, se corre el riesgo de que lo hagan por su cuenta y eso es muy peligroso dada la ausencia que tiene los militares del sentido de orientación política”, G.A. Pujol, “Ante la historia”, *Bohemia*, octubre 5 de 1952. El biógrafo de Batista, Edmund Chester, por su parte, transcribe la opinión de éste al momento del golpe de marzo: “Que lo intenten otros, si quieren. Que utilicen, si les parece los mismos

Las primeras medidas del nuevo gobierno fueron dadas a conocer por medio de una *Proclama* al pueblo donde quedaba de manifiesto el carácter golpista del 10 de marzo al declarar “vigentes la Constitución y las leyes en todo cuanto no se oponga al régimen que por el presente se establece”. Según este documento una Junta Revolucionaria —sin especificar cómo y cuándo se integró— había decidido que Fulgencio Batista asumiera la jefatura del Estado y que se hiciera cargo de organizar y dirigir a los poderes ejecutivo y legislativo, asesorado por un Consejo de Ministros. Se declaraban “cesadas de sus cargos a las personas que ejercían el poder ejecutivo” y se ponía en vigor la Ley de Orden Público que prohibía todo tipo de manifestación y reunión mayor de tres personas, además de suspender por 45 días el derecho a huelga y otros derechos civiles con el “propósito patriótico de mantener con firmeza la garantía de todos los derechos, para traer la paz, el orden y el sosiego público a la familia cubana conturbada, y anheloso de prestarle un nuevo servicio a Cuba en esta hora de tribulaciones”.

El 4 de abril se promulgaron los llamados Estatutos Constitucionales, donde quedó establecida la nueva estructura estatal. En ellos se estipulaba que el gobierno quedaría constituido por un presidente de la república, un Consejo de Ministros y un Consejo Consultivo. Los miembros de éste último serían nombrados por el presidente de la república y tenían como función “hacerse oír” por el Consejo de Ministros, quien por su parte designaba al presidente de la república, quien a su vez, nombraba a cada uno de los miembros de ese consejo.

Los Estatutos reformaban al sistema judicial al crear el Tribunal de Garantías Constitucionales, de quienes dependería todo el aparato de impartición de la justicia.

argumentos y que pronuncien las mismas palabras. Jamás podrán entrar en Columbia, como lo hicimos nosotros, porque para conseguirlo... hay que penetrar en el corazón de los soldados”.

No es de extrañar que los magistrados también fueran designados por el presidente, es decir, por Batista. Del mismo modo que un solo hombre controlaba los tres poderes, también se suprimió la autonomía estatal y municipal, dejando nuevamente al presidente la facultad de remover y nombrar libremente a los funcionarios que se ocuparan de la administración en esos niveles. El Código Electoral quedó suprimido y se declararon nulos los derechos de las organizaciones políticas, al mismo tiempo que, paradójicamente, se señaló el tercer domingo de noviembre de 1953 como la fecha para la celebración de elecciones generales⁶. En junio, Batista trató de explicar las razones de su permanencia en el poder. En varios discursos intentó darle un perfil político a su gobierno al definirlo como un “movimiento de liberación” que había terminado con la corrupción y la anarquía del anterior gobierno. Prometía una política de bienestar social, pero pedía tiempo para estudiar los problemas con el fin de “eliminar el cáncer que estaba consumiendo los órganos vitales de la nación”⁷.

La precipitada huida de Prío a la embajada mexicana había dejado sin cabeza al partido gobernante, el Auténtico, que como organización política no hizo pronunciamiento alguno en torno al golpe de marzo, como no lo hicieron los otros partidos que integraban la coalición que lo había llevado al poder⁸. El dirigente liberal, Eduardo Suárez Rivas, estableció contacto con la cabeza visible de los auténticos, Tony Varona, para hacerle ver la necesidad de negociar la situación que

⁶Estas elecciones no se celebrarían sino hasta un año después de lo indicado.

⁷*Cfr.* Hugh Thomas, 1973: 1031. En la declaración preliminar de los Estatutos con los que sustituyó a la Constitución se anunciaba el primer intento por darle un sustento político al 10 de marzo, al presentarlo como una restauración de los ideales revolucionarios del 33 cuando apunta que “Ante este cuadro de desolación y de crisis, lleno de sombríos augurios, fue necesario retomar el punto de partida de la Revolución, como fuente de derecho, para asegurar la pacífica y democrática convivencia nacional, salvaguardar los avances sociales, defender la moral y mantener el ritmo del progreso, que es la sustancia de la Revolución y que sólo puede impulsarse dentro de un ambiente de paz, de respeto a la vida y a la persona del ciudadano, al amparo del trabajo y de plenas garantías para el capital de inversión”. Mencía, 1986a: 1.

⁸Los partidos integrantes de esta coalición eran el Liberal, Republicano y Demócrata.

había creado el golpe, sobre todo cuando se enteró que el representante del partido demócrata, José Raimundo Andreu, estableció contactos con gente cercana a Batista como Jorge García Montes, Carlos Saladrigas y Ramón Hermida, para buscar una “fórmula constitucional” al 10 de marzo, aun cuando Prío todavía se encontraba en la sede diplomática de México. Rivas argumentaba a Varona: “Yo creo que debemos propiciar una reunión de jefes de partidos a fin de analizar los acontecimientos y trazarnos un plan. No importa lo ocurrido [sic], hay un hecho indiscutible: los partidos políticos son los vehículos indispensables para cualquier gestión”⁹. El oportunismo de los dirigentes partidistas facilitó las cosas a Batista para afianzarse en el poder, pues no encontró ninguna resistencia para ello; como vemos, buena parte de la elite política veía a los partidos como un instrumento para “tranzar” cualquier arreglo político en beneficio personal y no como partes de un sistema político.

Palpando la situación, Batista declaraba desdeñosamente que “es muy temprano todavía para los políticos. Nada puedo decir ahora. A lo mejor si digo que sí, mañana tendré que decir que no” (Mencia, 1986a: 116)¹⁰. El 17 de marzo, los líderes parlamentarios auténticos, ortodoxos y liberales, discutieron un proyecto a presentarse en el Congreso donde se hacía un llamado al poder judicial y a los tribunales de Cuentas y Garantías Constitucionales para enjuiciar al golpe¹¹. Con

⁹ Al respecto véase el excelente relato de la sección “En Cuba” de *Bohemia*, No. 12, marzo 23 de 1952, donde se describen las maniobras de los dirigentes políticos para acomodarse a la nueva situación. El agudo redactor de *Bohemia*, sintetizó así la situación: “En realidad, nadie sabía a qué atenerse. Muchos confiaban en que los dos hábiles prestidigitadores del PD, Andreu y Rodón, hallaran una salida, o más bien un puente entre sus obligaciones de partido y su anhelo de salvación burocrática. Del régimen fenecido nadie se acordaba ya. Había mucha paciencia en el porvenir para no pensar en el pasado”.

¹⁰ Uno de los encargados de la gestión mediadora, Jorge García Montes, diría escuetamente “una cosa que mató de entrada la ‘fórmula constitucional’ fue la precipitada carrera de muchos congresistas hacia Columbia”.

¹¹ A petición de los ortodoxos Pelayo Cuervo y Manuel Bisbé, se substituyó la referencia a las gestiones sobre la “fórmula constitucional” por la solicitud de juicio, según consta en el considerando Quinto.

dicho documento, la mayoría de los legisladores ortodoxos —los auténticos acudieron en poco número, pese a la convocatoria de Varona— llegaron a la sede del Congreso donde les esperaban tropas del ejército que impidieron su paso; después de ciertos amagos, la soldadesca los dispersó a tiros, poniendo fin al intento del poder legislativo por sesionar y pronunciarse sobre la situación reinante en el país¹².

Como lo señalaba el editorial de *Bohemia*, la ortodoxia había sido la única organización política nacional que articuló una respuesta opositora al golpe, defendiendo la legalidad democrática, sin embargo, ésta más bien parecía una acción para cubrir el expediente pues no fue más allá de las declaraciones, denuncias y peticiones que se hicieron en el momento. Así, pocas horas después de enterarse del golpe, el candidato ortodoxo a la presidencia, Roberto Agramonte, llamaría a utilizar todos los medios al alcance para “respetar la organización democrática del Estado”, exhortando a los cubanos, sin distingo partidistas, a cerrar filas en defensa de la democracia y de las libertades públicas.

La noche del mismo 10 de marzo, en un pronunciamiento más extenso, el partido ortodoxo definió la toma del poder por Batista como “un alevoso atentado contra la Constitución”; descalificaba las supuestas razones aludidas por Batista debido a que él mismo era parte del problema por su acción pública anterior, al regir irresponsablemente los destinos cubanos. El documento finalizaba ratificando los principios de la ortodoxia, condenando “los actos como el 10 de marzo, y reitera, con más fervor y coraje que nunca, su decisión de seguir luchando por sus ideales y de

¹²Una semana después, el 23 de marzo, *Bohemia* editorializaba sobre la suerte de la clase política cubana: “Al cierre de esta edición eran muy pocos los políticos aliancistas que se disponían a recorrer el pedregoso sendero de la oposición. Para sorpresa de muchos no eran los compañeros de partido del presidente depuesto los que protestaban por el golpe, sino sus adversarios de la ortodoxia, ganándose con ello numerosas, aunque breves detenciones, principalmente el candidato presidencial del PPC(O), Roberto Agramante”.

resistirse por todos los medios a su alcance a la situación de ilegalidad y de brutal imposición que se engendra hoy en los cuarteles” (Mencía, 1986a: 120) ¹³.

El 16 del mismo mes, como todos los días 16 de cada mes desde su muerte, militantes y simpatizantes de la ortodoxia acudieron a la tumba de Eduardo Chibás. El ambiente y la coyuntura política hacían de esta cita ortodoxa un momento culminante para llamar a los seguidores del ideario chibasista a cerrar filas en torno a la política del partido. En voz de Emilio “Millo” Ochoa, se dio lectura a un manifiesto, donde se reiteraban los conceptos vertidos en los anteriores documentos advirtiendo que ante la dictadura no cabían las transacciones, y para no acusar al partido de que solo protesta sin señalar vías de acción, declaraba que para el Partido del Pueblo Cubano, no hay más solución que la siguiente:

- 1) La formación inmediata de un gobierno inequívocamente neutral y por lo tanto ajeno a la influencia directa e indirecta de Fulgencio Batista. 2) El restablecimiento inmediato de todas las garantías constitucionales por ese gobierno. 3) La convocatoria inmediata, en un ambiente de absolutas garantías, a elecciones para todas las magistraturas políticas nacionales y provinciales que proceda, de manera que puedan ser ocupadas en las fechas que señala la Constitución y la ley, por los mandatarios que el pueblo libremente elija¹⁴.

Por otra parte, el caso del Partido Socialista Popular no era diferente. A través de su periódico *Hoy*, el 11 de marzo llamaba a las masas populares de todos los partidos “a agruparse, a unirse, a formar nuevos comités de frente único, a luchar por

¹³ Entre las medidas alegadas por la dirigencia ortodoxa estuvieron una apelación a la Organización de Estados Americanos el 15 de marzo, donde pedían se condenara el golpe; la presentación de una denuncia ante el Tribunal de Garantías Constitucionales, donde se detallaban las infracciones cometidas por los golpistas y una petición a la Secretaría General de la ONU condenara también el golpe.

¹⁴La proclama ortodoxa puede consultarse en Mario Mencía, 1986b:8. La dirección ortodoxa amenazaba, en caso de que Batista se empeñara en seguir en el poder, con integrar y movilizar un llamado Frente Cívico Nacional para organizar todas las formas que la misma Constitución autorizaba. Las medidas de presión política se limitaban a recomendar el no pagar impuestos y reducir a lo indispensable las compras diarias. Véase Raúl Castro, 1988, I: 42.

que se mantenga vigente la Constitución, porque se respeten las libertades públicas y los derechos democráticos, porque se celebren elecciones libres el próximo primero de junio”. Sin embargo, al igual que los ortodoxos, sus llamados a la unidad y por el respeto a la constitucionalidad del sistema político no llegaron más allá de estas declaraciones.

Por su parte la cúpula de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), amagaba con una huelga general el mismo 10 de marzo, sin embargo, muy pronto terminaría plegándose a la nueva situación política, cuando Batista prometió respetar las conquistas sindicales. El dirigente de la CTC, Eusebio Mujal apareció conferenciando con el ministro de trabajo de Batista, Jesús Portocarrero, el 12 del mismo mes. Al salir de su entrevista con éste, Mujal declaró que: “Consciente de mis deberes como secretario general de la CTC, di entero crédito a las palabras del doctor Portocarrero, revocando la orden de huelga general cuando se me garantizaron las conquistas sociales y se ordenó la libertad de los trabajadores presos”. Al finalizar esa misma semana, la cúpula del movimiento obrero, con Mujal a la cabeza, se entrevistaron con Batista para exponerle sus condiciones para negociar. El pliego expuesto contenía siete condiciones: 1) Mantenimiento de las conquistas sindicales; 2) Respeto a los dirigentes obreros; 3) Mantenimiento de los representantes actuales en los organismos afines al movimiento obrero; 4) Devolución del Palacio de los Trabajadores; 5) Relación estrecha entre el ministro de trabajo y la CTC; 6) Ratificación de una rígida política anticomunista; y 7) Garantía a la CTC en los organismos internacionales como la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) y la Confederación Internacional Obrera de Sindicatos Libres (CIOSL). La justificación expresada por Mujal planteaba la “responsabilidad” del

movimiento obrero y Batista para servir a los intereses del país, a lo que Batista respondió complacido la actitud de los dirigentes obreros, que “han sabido corresponder sensatamente a la opinión de las masas trabajadoras [...] he visto que han sabido captar con inteligencia la identidad entre mis propósitos y los que alientan las luchas históricas del proletariado”¹⁵.

El único grupo organizado que ofreció apoyo al presidente Prío fue la dirigencia de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU)¹⁶, cuyos integrantes acudieron al palacio presidencial para entrevistarse con el presidente. Al recibirlos, los representantes estudiantiles universitarios le preguntaron las medidas que había acordado para defender a su gobierno del golpe de Estado; éste contestó que se encontraba “estudiando la situación” para proceder de la mejor manera posible. Ante la insistencia estudiantil, Prío informó que se iría a alguna guarnición militar leal para iniciar la lucha, acordando con los estudiantes el envío de armas al *campus* universitario para defender al gobierno. Las armas nunca llegaron y los estudiantes, en sesión del Consejo Universitario, acordaron suspender las clases hasta que fueran restablecidas las garantías constitucionales al mismo tiempo que difundieron una proclama dirigida a los miembros del ejército para oponerse al golpe. Igual actitud asumieron los estudiantes de la Universidad de Oriente, quienes llamaron a integrar un movimiento que tendiera a devolver el ejercicio del poder a los civiles. El gobierno

¹⁵ La revista *Bohemia*, por su parte, reportaba uno de los costos del pacto de no agresión entre Mujal y Batista al señalar la embestida contra los líderes adictos al gobierno de Prío entre los ferroviarios, azucareros y transporte urbano. Mujal argumentaba que lo importante era “salvar las conquistas logradas por el movimiento obrero. Hay que defender la personalidad legal de todas las organizaciones sindicales y mantenerse al margen de las alternativas políticas”.

¹⁶ Es importante notar que la FEU no aparecerá como una organización de lucha en contra de Batista; con el liderazgo de José Antonio Echeverría, la Federación quedará cercada al ámbito universitario, sin embargo, para encausar las inquietudes políticas –y sobre todo insurreccionales– de sus dirigentes, ellos mismos crearán el Directorio Revolucionario que como tal será una pieza interesante en el proceso insurreccional, a tal grado que la mayoría de sus miembros encontrará nuevos causes al integrarse al castrismo años más tarde.

golpista trató de apaciguar la protesta estudiantil prometiendo nuevos fondos para una ciudad universitaria y tolerando las actitudes disidentes provenientes de la universidad, pues fuera de este espacio, la protesta estudiantil no encontró eco entre la sociedad cubana.

Al repasar la coyuntura creada por el golpe de marzo, se notaba un acomodo paulatino de la clase política a la nueva situación, a excepción de la FEU que como centro de la vida universitaria mantenía muchos de los rasgos vanguardistas de sus orígenes, el resto del espectro político, incluidos los sindicatos controlados hasta ese momento por los auténticos, estaban más interesados en pactar con Batista que cuestionar el origen de su poder. Batista se encontraba como en los mejores momentos de su maximato de los años cuarenta, con un vacío dejado por la clase política que él se encargaría de llenar, para desgracia de los auténticos y ortodoxos, que no atinaron a moverse en este tablero. Sólo les quedó la retórica para enfrentar esta situación, sobre todo a los auténticos que después de ejercer el poder por una década se encontraron sin una base política que tan afanosamente habían tejido a través del control sindical. A los ortodoxos sólo les quedaba recordar a Eduardo Chibás y a partir de su memoria tratar de esbozar una oposición que carecía de sustancia. Si bien los auténticos y ortodoxos no entrarán en negociaciones con Batista su discurso legalista inmovilizará cualquier iniciativa política propia pero dejará en libertad a los dirigentes de otros partidos políticos, los sindicatos y demás organizaciones sociales de pactar con Batista. Esta situación generará la percepción de vacío político que únicamente el discurso vanguardista del retorno a la legalidad explotará hasta sus últimas consecuencias. Este es el contexto que permitirá la gestación de la insurrección en los siguientes meses, precisamente de uno de esos

partidos de la legalidad pero cuyo origen remite a una tradición vanguardista, lejana pero no olvidada, característica de la izquierda nacionalista cubana.

Ante este panorama, se creará una nueva perspectiva política definida por sus futuros protagonistas como un vacío político. El joven militante ortodoxo Jesús Montané, describió el clima que imperaba entre los de su generación luego del golpe del 10 de marzo:

El escepticismo reinaba por doquier. La nación no encontraba quien la guiara a un puerto seguro y feliz. El artero golpe del 10 de marzo del 52 había sumido a nuestros politiqueros en un mar de dudas y vacilaciones. ...[Los jóvenes] tocaron muchas puertas buscando la orientación correcta, la consigna de combate, pero sólo recibieron de esos falsos líderes (verdaderos ídolos de barro) consejos paternales de que había que tener calma, que había que esperar, etc., etc. (Mencía, 1986b: 7).

La organización ortodoxa será el semillero de los futuros cuadros políticos que se opondrán a Batista en los próximos años. Es decir, será el origen de la nueva vanguardia insurreccional. Es importante consignar que en el partido Ortodoxo se encontraba gran número de jóvenes fascinados por la elocuente oratoria de su líder Eduardo Chibás, muerto por su propia mano meses antes en un vano intento por despertar la conciencia cívica de la población en contra de la corrupción política imperante. Chibás era, aún muerto, el guía y maestro de la juventud ortodoxa que estaba dispuesta a seguir los pasos de aquél. Para la juventud ortodoxa esta es una tarea a seguir en lealtad al maestro inmolado. La figura y estilo político de Chibás será adoptada por la nueva generación como un signo de identidad; para ellos, la política será un continuo ejercicio de virtudes cívicas que se resumirá en el lema ortodoxo de “vergüenza contra dinero”.

Vergüenza contra dinero; ahí se resumía el reclamo de la juventud hacia sus mayores que habían sucumbido frente al dinero. Ellos aceptaban la vergüenza y la asumían como su seña de identidad. El vacío dejado por la muerte de Chibás abría las perspectivas para el surgimiento de esta insatisfacción juvenil que hasta entonces había llenado su liderazgo carismático y verbo encendido. Los sucesores de Chibás en la dirección ortodoxa no supieron percibir este cambio de aires que se estaba dando no sólo al interior del partido, mostrando poco interés por las inquietudes de sus noveles militantes. Uno de estos aguerridos jóvenes le hacía ver esta situación a José Pardo Llada, en ese entonces vocero del partido, al comentar la manifestación ortodoxa frente a la tumba de Chibás el 16 de marzo, cuando le señalaba que:

Haciendo un recuento de la jornada de ayer [...] quiero manifestarle, primeramente fiel a la consigna de nuestro partido, que no se hicieron ahí los pronunciamientos necesarios que de acuerdo con el estado de cosas imperantes, y después, como partidario decidido a acabar con este régimen de fuerza, que de ahí no salía lo que el pueblo de Cuba quiere. Se esperaban muchas cosas, hasta los papelitos necesarios en estos casos, que dicen mucho, pero en el fondo no dicen nada; pero sobre todas las cosas, se esperaba la combatividad ortodoxa, irreductible en todos los momentos, persiguiendo como meta única acabar de una vez y para siempre con el ladronismo, el bandidaje y otros desmanes que han representado la mayoría de todos los gobernantes que hemos padecido los cubanos¹⁷.

El clima prevaleciente luego del golpe del 10 de marzo marcó las condiciones para el rompimiento político que se avecinaba, pues como lo percibió Abel Santamaría, no era posible seguir haciendo política a través de los canales y métodos tradicionales, esto es, los partidos nacionales como era el propio Ortodoxo, mucho menos el Auténtico o la serie de pequeños partidos que medraban con la política. En el mismo acto comentado por Santamaría, otros jóvenes se inconformaron por la

¹⁷ Carta de Abel Santamaría a José Pardo Llada, 17 de marzo de 1952, en *Moncada*, 1972: 106-107.

política del partido. Se cuenta que una vez que *Millo* Ochoa terminó la lectura del Manifiesto de la ortodoxia, un espigado joven alzó la voz para gritar “Si Batista capturó el poder por la fuerza, debe ser derribado por la fuerza”. Era Fidel Castro, abogado de 25 años de edad, delegado del barrio de Cayo Hueso en La Habana y aspirante a candidato a congresista por el partido ortodoxo en las malogradas elecciones de 1952 (Szulc, 1987: 248; Mencía, 1986b: 123 y 133).

En el mismo acto, se repartió a los asistentes un pequeño manifiesto titulado “Revolución no, zarpazo”, firmado por el mismo Castro, donde exhortaba a los militantes del partido de Chibás al sacrificio y la lucha en momentos en que la patria se encontraba oprimida por un tirano. Era un exhorto de lucha contra el golpe de Estado perpetrado por Batista, el cual no contaba con alguna justificación política o moral. Añadía el joven abogado:

Su asalto al poder carece de principios que lo legitimen, ríase si quiere, pero los principios son a la larga más poderosos que los cañones. De principios se forman y alimentan los pueblos, con principios se alimentan en la pelea, por los principios mueren¹⁸.

En el citado documento, Castro hacía un recuento de la situación previa al golpe, argumentando que sí se vivía el desgobierno, pero que se esperaba la oportunidad constitucional para “echar abajo un gobierno de malversadores y asesinos, y eso intentábamos por la vía cívica con el respaldo de la opinión pública y la ayuda de la masa del pueblo”. Ante esto, enfatizaba, “no hay nada más amargo que el espectáculo de un pueblo que se acuesta libre y amanece esclavo”.

¹⁸Sobre la fecha de divulgación de este escrito existen varias versiones. Szulc, 1987: 248-249 y Mencía, 1986b: 127, exponen la versión señalada arriba; Raúl Castro recuerda, por el contrario, que en esa ocasión se repartió un pequeño periódico llamado *El Acusador*, donde apareció un artículo de Fidel titulado “Recuento crítico del PPC”, *Cfr.* Raúl Castro, 1988: 43. Para el texto íntegro véase Fidel Castro, “Revolución no, zarpazo”, en Fernández Sosa, 1989, II, cuarta parte: 12-15.

Frente a la opresión, concluía Castro, se abría la puerta de la lucha por la libertad para no “ser esclavo”. La lucha anunciada era la insurrección, abriendo un debate interno en la ortodoxia sobre las vías para actuar entre lo que proponía la dirigencia y esta demanda apenas articulada que poco a poco iría tomando forma, una vez que los jóvenes radicales fueron agrupándose en torno a esa idea.

El golpe del 10 de marzo había dado la justificación para proclamar la necesidad de buscar cambios urgentes en el sistema político. Esta urgencia estaba marcada por una sencilla razón: los miembros de la clase política cubana, con Batista a la cabeza, carecían de legitimidad, no sólo jurídica sino también democrática, para ejercer el poder, mientras que los que no se habían sumado al golpe habían claudicado en la defensa del mismo sistema democrático. De hecho, el golpe de Estado había puesto en una crisis constitucional al país, sin que ello importara a la clase política cubana, a la que se acusaba de frivolidad y corrupción. El reclamo de los jóvenes ortodoxos estaba enmarcado en este sentido y convocaban a realizar a toda la sociedad lo que en ese momento concebían como una revolución, es decir, la toma del poder por medios insurreccionales para, en este momento restablecer la legitimidad democrática. En otra parte en la carta citada a Pardo Llada, el mismo Abel Santamaría reflexionaba sobre el camino a seguir en esos momentos: “La inactividad consume, y no podemos dejarnos consumir de ninguna forma. ¿Para qué, en este momento, dogmas ni doctrinas, si lo que necesitamos se llama acción, acción? Basta ya de pronunciamientos estériles, sin objetivos determinados. Una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo. Hora es ya: todo está de nuestra parte, ¿por qué vamos a despreciarlo?”, y finalizaba “hay que ayudar...pero hay que indicar la forma. Usted y los demás tienen la palabra”.

Resulta interesante advertir que al mismo tiempo que se habla de insurrección, justificada por razones éticas como argumento político, también se apelará a un principio universalizado por el liberalismo: el derecho a la rebelión. La justificación de este principio permitirá cerrar el círculo a los jóvenes radicales de la ortodoxia para sentar un precedente jurídico importante y, así, abocarse a su “revolución”, como Fidel Castro lo señaló poco tiempo después del 10 de marzo. La teoría política del liberalismo, en este sentido, no es ajena al concepto de revolución social ni al de insurrección popular, como lo marcó el paradigma francés de la toma de la Bastilla. En esta etapa, Castro tomará como argumento central la bandera jurídica para ir construyendo un discurso político que desembocará en la construcción de una fórmula política. Recuérdese que para la teoría y práctica liberal se insiste en luchar contra la opresión de una autoridad arbitraria u opresiva, junto con el deseo de reemplazar tal autoridad por otras formas de relación política donde se respete la libertad del individuo y se satisfagan las necesidades de la sociedad, aunque estas impliquen la reforma social y la participación popular.

Fidel Castro presentó ante el Tribunal de Garantías Constitucionales de La Habana una demanda donde pedía que el ascenso al poder por parte de Batista fuera declarado anticonstitucional. Al mismo tiempo, el mismo Castro presentó otro alegato judicial en el mismo sentido al Tribunal de Urgencias de La Habana, el 24 de marzo, donde reclamaba la pena de 100 años de cárcel para Batista por la violación de seis artículos del Código de Defensa Social¹⁹.

La demanda de Fidel fue la única que cubano alguno presentó en forma individual en esos momentos reclamando reparar el equilibrio democrático. Esta

¹⁹ Existen varias fuentes donde se puede consultar dicho documento, por ejemplo, Mencía, 1986a, II: 606-610; Fernández Sosa, 1989: 16-24; Bonachea y Valdés, 1972: 149-152.

demanda judicial, con el paso del tiempo, se ha convertido en un documento histórico pocas veces valorado en su dimensión real; en él, Castro puso el dedo en la llaga de toda la clase política cubana que pretendía justificarse con la argumentación democrática; en ella se señala responsabilidades e insuficiencias, al mismo tiempo advierte las salidas ante la dimensión del problema. La demanda comienza de la siguiente manera:

Fidel Castro Ruz, abogado, con bufete en Tejadillo 57, ante este Tribunal de Justicia expone lo siguiente:

Los hechos que motivan este escrito son hartamente conocidos, pero no obstante vengo a hacer formal denuncia de los mismos bajo mi absoluta responsabilidad, y demandar la aplicación de las leyes vigentes, lo cual aunque parezca absurdo frente al desenfreno imperante, se ajusta a normas jurídicas no abolidas por nada ni por nadie, haciendo, por tanto, si más difícil y abrumador el deber de los magistrados, más meritorio y digno de la patria el cumplirlo (Mencia, 1986a: 600-610)²⁰.

Castro nos mostraba, de entrada, un manejo sobrio sobre la teoría política liberal. Apelaba, por principio a la vigencia del derecho como expresión de una sociedad organizada, regulada en la actividad tanto de los gobernantes como de los gobernados en todo conglomerado social, al mismo tiempo que señalaba la responsabilidad política y ética de los hombres encargados de la impartición de la justicia; sin ésta, cualquier sociedad estará indefensa frente a las acciones del poder. No es extraño, que a continuación, Fidel Castro señalara los hechos que dieron origen a esta controversia constitucional, cuando:

²⁰ Las siguientes citas textuales provienen de la misma fuente.

En la madrugada del 10 de marzo, un senador de la República, traicionando sus propios fueros y atribuciones, penetró en el campamento militar de Columbia previo concierto con un grupo de oficiales del ejército.

Auxiliados por la noche, la sorpresa y la alevosía, detuvieron a los jefes legítimos asumiendo sus puestos de mando, tomaron los controles, incitaron a la sublevación a todos los distritos, e hicieron llamada general a la tropa que acudió tumultariamente al polígono del campamento, donde la arengaron para que volvieran sus armas contra la Constitución y el Gobierno legalmente constituido.

La ciudadanía, que estaba ajena por completo a la traición, se despertó a los primeros rumores de lo que estaba ocurriendo. El apoderamiento violento de todas las estaciones radiales por parte de los alzados, impidió al pueblo noticias y consignas de movilización y resistencia.

Atada de pies y manos, la nación contempló el desbordamiento del aparato militar que arrasaba la Constitución, poniendo vidas y haciendas en los azares de las bayonetas.

El 10 de marzo Fulgencio Batista encabezó a una parte de la clase política cubana para desbaratar el Estado de Derecho imperante en Cuba hasta entonces. La figura utilizada por Castro es correcta: “arrasar” a la Constitución al violentar la organización misma del Estado liberal, que la propia sociedad, en ejercicio de su soberanía había determinado. Al desaparecer la representación democrática —con Prío como presidente y el congreso clausurado, mientras el poder judicial flaqueaba como el garante de estos derechos— la sociedad quedó indefensa, en “vidas y haciendas” al capricho no de un poder sino de un individuo, como señaló a continuación:

El jefe de los alzados, asumiendo el gobierno absoluto y arrogándose facultades omnímodas, ordenó la suspensión inmediata de las elecciones convocadas para el 10. de junio.

Las más elementales garantías personales fueron suprimidas de un borrón. Como un botón fueron repartidas todas las posiciones administrativas del Estado entre los protagonistas del golpe.

Cuando el Congreso pretendió reunirse acudiendo a la convocatoria ordinaria, fue disuelto a tiro limpio.

En la actualidad están llevando a cabo la total transformación del régimen republicano, y plantean la sustitución de la Constitución nacional, producto de la voluntad del pueblo, por un mamotreto jurídico engendrado en los cuarteles a espaldas de la opinión popular.

La voluntad popular, es decir, la soberanía que contiene la representación política, sólo puede expresarse por medio del consenso que dan los procesos electorales, mecanismo erigido para tal efecto; sin embargo, cuando éste deja de operar, la sociedad no puede ejercer su soberanía ni tener representación con el único control que tiene para ello. De ahí la importancia de restablecer este mecanismo y de defenderlo, como Castro indicaba a los magistrados:

Todos estos hechos están previstos y sancionados de manera terminante en el Código de Defensa Social²¹.

Por todos estos artículos y otros más que sería prolijo enumerar, el señor Fulgencio Batista y Zaldívar ha incurrido en delitos cuya sanción lo hacen acreedor de más de cien años de cárcel.

No basta con que los alzados digan ahora tan campantes que la revolución es fuente de derecho, si en vez de revolución lo que hay es “restauración”, si en vez de progreso “retroceso”, en vez de justicia y orden, “barbarie y fuerza bruta”.

Por eso, Castro lanzó el último reto y dejaba abierta una posibilidad en caso de que:

La actuación de este Tribunal ante los hechos relacionados tendrá una alta significación para el pueblo de Cuba. Evidenciará si es que sigue funcionando con plenitud de facultades, si es que no se ve imposibilitado por la fuerza, si es que no ha sido abolido también en el cuartelazo.

Bueno sería que el Tercer Poder del Estado diera señales de vida cuando los otros dos han sido decapitados, si es que no se ha decapitado del mismo modo el poder judicial.

²¹Los artículos citados por Castro establecen las siguientes penas: quien cambie todo o en parte la Constitución y el Gobierno por medio de la fuerza sufrirá pena de cárcel entre seis y diez años; quien incite a una rebelión armada contra los poderes constitucionales del Estado será encarcelado entre tres y diez años; la pena será de cinco a veinte años si la insurrección es llevada a cabo; quien impida al Senado, al Congreso, al Presidente o a la Suprema Corte el ejercicio de sus funciones constitucionales será encarcelado entre seis y diez años; quien sea culpable de sedición será encarcelado entre tres y ocho años; quien trate de incitar a las tropas o a otros miembros de las fuerzas armadas a cometer crimen o sedición será encarcelado entre dos y cinco años.

Al Tribunal de Urgencia se lleva a un ciudadano cuando se le acusa de sedición o de cualquier otro delito de su competencia, se le juzga y si resulta probado se le condena. Así lo ha hecho muchas veces.

Si se niega a comparecer se le declara en rebeldía y se tramitan las órdenes pertinentes.

Si el Tribunal se aleja de su deber de garantizar el ejercicio del derecho en beneficio de la sociedad y no de un individuo que ejercía el poder sin ninguna representación o consenso, entonces quedaba abierta la posibilidad de que cualquier ciudadano se rebelara, con los medios a su alcance, contra ese poder que lo oprime y ante el cual está indefenso. Es decir, se justificaba jurídicamente cualquier acción que devolviera el ejercicio de la soberanía y su representación a la sociedad y restableciera el Estado de Derecho liberal:

Si frente a esta serie de delitos flagrantes y confesos de traición y sedición no se le juzga y castiga, ¿cómo podrá después ese Tribunal juzgar a un ciudadano cualquiera por sedición y rebeldía contra ese régimen ilegal, producto de la traición impune? Se comprende que eso sería absurdo, inadmisible, monstruoso, a los más elementales principios de justicia.

No prejuzgo el pensamiento de los señores magistrados, sólo expongo las razones que fundamentan mi determinación de hacer esta denuncia.

Acudo a la lógica, palpo la terrible realidad, y la lógica me dice que si existen tribunales Batista debe ser castigado, y si Batista no es castigado y sigue como amo del Estado, Presidente, primer ministro, senador, mayor general, jefe civil y militar, Poder Ejecutivo y Poder legislativo, dueño de vidas y haciendas, entonces no existen tribunales, los ha suprimido. ¿Terrible realidad?

Si es así, dígame cuanto antes, cuélguese la toga, renúnciese al cargo: que administren la justicia los mismos que legislan, los mismos que ejecutan, que se siente un cabo de una vez con sus bayonetas en la sala augusta de los magistrados. No cometo falta alguna al exponerlo así con la mayor sinceridad y respeto; malo es callarlo, resignarse a una realidad trágica, absurda, sin lógica, sin normas, sin sentido, sin justicia.

La insurrección, en esta perspectiva planteada por Castro, no puede ser un acto aventurero. Por el contrario, es la acción consciente del ejercicio de un derecho fundamental de los ciudadanos de una sociedad democrática una vez que todas las

vías legales han sido canceladas. La respuesta negativa de los magistrados del Tribunal para emprender acción penal contra Batista, abrió la última puerta para tomar las armas; éstas serían el instrumento para llevar a cabo la tarea cívica de restaurar el orden jurídico previo al 10 de marzo.

Al respecto, es importante el señalamiento de Castro sobre la fuente del derecho para gobernar. Adelantándose a la respuesta que los magistrados encargados del caso darán a la querrela del joven abogado, Fidel rechazará la tipificación del golpe de Estado como “revolución”, la otra vertiente del pensamiento liberal que faculta a la propia sociedad a rescatar el ejercicio de su soberanía en determinados casos. En este sentido, la acción del 10 de marzo no cumplía con los requerimientos para convertirse en parte de un proceso revolucionario, entendido por el liberalismo: “Sin una concepción nueva del Estado, de la sociedad y del ordenamiento jurídico, basados en hondos principios históricos y filosóficos, no habrá revolución generadora de derecho”, escribió Castro²².

En este punto es necesario reflexionar sobre las palabras de Fidel para entender el contexto y el contenido de conceptos tan importantes como “insurrección” y “revolución”; para él, el proceso revolucionario pasa por una etapa previa que lo desencadena, esto es, sin la insurrección, no será posible iniciar ese movimiento legítimo en contra de los usurpadores de un poder obtenido por la fuerza y el engaño que, por eso mismo se convierte en un gobierno opresor. El derrocamiento de una tiranía, por sí mismo, se convertirá en un movimiento de avanzada, de lo contrario, no pasará de ser una asonada o sedición para asaltar el poder. La insurrección se transformará en un instrumento “legítimo” de lucha para la

²² Por otro lado, recordemos que Batista había justificado el golpe de Estado como una acción revolucionaria generadora de derecho.

liberación de la opresión política. La etapa posterior al golpe del 10 de marzo fue para Fidel Castro el espacio para denunciar ese desequilibrio que sólo podrá romperse de acuerdo a la tradición revolucionaria del liberalismo, donde la insurrección adquirió su significado moderno de movimiento en contra de la opresión del pueblo, mediante el derribamiento del gobierno existente. Fue la Revolución francesa la que le dio un carácter universal, es decir, aplicable a toda sociedad, cuando en la célebre Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano (artículo 35), consignó que cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección se convertirá, para los pueblos e individuos, en “el más sagrado de los derechos y en el más indispensable de los deberes”²³.

Para la juventud ortodoxa radicalizada, con Fidel a la cabeza, la restauración democrática será la misión histórica de su generación y su destino ineludible, pues hay que limpiar a la patria frente a la degradación de la política. El establecer esta serie de premisas nos mostrarán, por otro lado, el verdadero desafío: la disputa por el poder, como escribió Castro a un amigo de entonces:

[...] sólo faltaría, después, que los excitados priistas se postularan en cualquiera de estos frentes y tendríamos el punto de partida perfecto para la verdadera lucha nuestra: de un lado todos los criminales, ladrones, politiqueros, apóstatas traidores y corrompidos, repartiéndose la República, y de otro, lo que queda de limpio, idealista y sinceramente revolucionario en Cuba junto al pueblo. Mientras más pronto se produjera esa división sería mejor²⁴.

²³Sobre esta parte del pensamiento de Fidel Castro confróntese la serie de escritos relacionados con la denuncia del golpe militar, aparte de los ya citados: “Qué diferencia hay?”; “Yo acuso”; y “Recuento crítico del PPC(O)”. Véase, Fernández Sosa, 1989: 11-31.

²⁴ Un indignado Castro profundizará en ese sentido: “¿Y esos que se pasaron a las filas del enemigo buscando actas de senadores y representantes; qué hacían dentro del Partido del Pueblo? Esos terratenientes, millonarios y explotadores de campesinos y obreros ¿qué hacían dentro del partido cuyo deber primero es la justicia social? Mientras las masas luchaban en la calle esos hombres estaban prostituyendo a la ortodoxia, apoyándose en las dirigencias y aspirando a convertirla en un partido tradicional más. ¡Magnífica lección para el futuro!”, Fidel Castro a Luis Conte, en Conte, 1959. El adjetivo “priista” debe entenderse en el contexto cubano, es decir, a los partidarios del derrocado presidente Carlos Prío.

En efecto, los argumentos planteados por Fidel Castro establecerán, por llamarlo de algún modo, el derecho a disputar el poder a una clase política integrada por políticos corruptos y oportunistas, que además oprimen a una sociedad indefensa, sin derechos políticos. Esta disputa buscará restablecer los mecanismos mediadores entre el poder y la sociedad, sin embargo, aquí encontraremos una situación importantísima: la solución del rompimiento con la clase política tradicional como lo expuso Castro establecerá una salida autoritaria y radical, pues planteó la liquidación de la elite política que en ese momento ejercía el poder. En el documento de denuncia antes citado, Castro aludió este corte al señalar la carencia de una “fórmula política” sustentada en una filosofía política y que además, simbolizara las aspiraciones de la sociedad en ese momento histórico: “[...] politiqueros sin pueblo, en todo caso convertidos en asaltantes del poder. Sin una concepción nueva del Estado, de la sociedad y del ordenamiento jurídico, basados en hondos principios históricos y filosóficos, no habrá revolución generadora de derecho”, y rematará: “[...] nunca los reaccionarios, los retrógrados, los que sirven intereses de camarillas ambiciosas: esos serán siempre delincuentes comunes para quienes jamás estará justificado el asalto al poder”²⁵.

El Tribunal de Garantías Constitucionales estableció que no había elementos para enjuiciar a Fulgencio Batista debido a que su poder era resultado de una

²⁵ En otro documento, se extendió esta argumentación al resto de la clase política cubana cuando reclamaba: “Los que no pudieron hacer del país lo que mil veces prometieron teniendo en sus manos el poder [...] los que, si bien no ahogaron la expresión serena de la libertad, tampoco contribuyeron a hacerla justa y eterna para nuestro país, para arrancar de raíz de nuestra historia el trágico golpe insólito [...] Ni puede triunfar en el ánimo y la conciencia popular otra idea como no sea la desaparición total de este estado latente, de este caos infecto donde nos han sumido tanto los culpables del atentado madrugador a las instituciones nacionales, como los que han podido ver en calma el crimen”. Véase, *A la Nación*, documento conocido como “Manifiesto del Moncada”, en Mencía, 1986a, II:628.

“*revolución*” y que ésta era la fuente de la ley. Con esta respuesta y el reacomodo de la clase política a esta situación, las coordinadas para realizar la insurrección se definieron. La oportunidad para la reforma quedaría cancelada al forzar los límites del sistema para auto regularse. Las demandas judiciales emplazadas por Fidel Castro y otro grupo de parlamentarios ortodoxos, reafirmaron la convicción de un cambio inminente por los mismos medios que la Constitución de 1940 permitía, es decir, por la resistencia civil contra un gobierno ilegítimo. La opción insurreccional nacería de esta demanda de un liderazgo en busca de una vanguardia, como una respuesta de resistencia violenta frente a un poder erigido en la ilegalidad. En este contexto, varias organizaciones surgidas de la sociedad civil transitarán hacia la estrategia insurreccional. No resultará extraño, también, que la juventud cubana se transformará en el nuevo motor político, pues los dos grandes partidos populares de la época, auténticos y ortodoxos, basaban su militancia en una amplia organización juvenil.

En una extensa y bien documentada investigación sobre el periodo que nos ocupa, Bonaechea y San Martín (1974)²⁶ contabilizaron más de una veintena de organizaciones fundadas al calor del 10 de marzo y otras de mayor antigüedad que

²⁶*The Cuban insurrection 1952-1959*; este tipo de organizaciones eran como un arcoiris político, pues tenían ideologías tan variadas que iban de la extrema izquierda hasta el fascismo. Entre las organizaciones fundadas a partir de 1952 y hasta 1955 encontramos a la Triple A, encabezada por Aureliano Sánchez Arango y financiada por el depuesto presidente Prío; Agrupación Montecristi, encabezada por Justo Carrillo, un ex dirigente estudiantil en el 33; Acción Libertadora, organización radicada en la provincia de Oriente y encabezada por Raúl del Mazo; en la misma región, Frank País fundaría la Acción Revolucionaria Oriental; el Directorio Revolucionario, fundado por los dirigentes de la Federación Estudiantil Universitaria, encabezados por José Antonio Echeverría; a la muerte de éste, Rolando Cubelas y Faure Chomón formarían una columna guerrillera en el Escambray con el nombre de Directorio Revolucionario 13 de Marzo; Movimiento Nacionalista Revolucionario, encabezado por el profesor universitario Rafael García Bárcena; y por último pero no al último, el Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel Castro. Al margen de estos grupos, existieron otros cuyas motivaciones insurreccionales eran muy discutible como la organización encabezada por Rolando Masferrer, el Movimiento Socialista Revolucionario.

confluyeron en la insurrección como táctica. En este momento, la figura de Fidel Castro no está en un sitio de líder de la resistencia antibatista; el joven Fidel tendrá que competir contra otras organizaciones y personalidades que lucharán por el mismo fin: derrocar al gobierno de Fulgencio Batista. El ambiente insurreccional será importante para desencadenar el derrumbe del sistema, pues gracias a él, se polarizarán las posiciones, dejando en un fuego cruzado a un centro político que tuvo que optar por aliarse a una de esas posturas.

El reclutamiento de la vanguardia: el Moncada

El liderazgo del joven abogado Fidel Castro sobre el movimiento que empezaba a organizar fue absoluto; aprovechó el entusiasmo juvenil de la ortodoxia para constituir el núcleo inicial. Podemos identificar dos fases, la primera con el grupo promotor y verdadero núcleo dirigente que facilitará la segunda fase, la del grupo armado que atacará el Cuartel Moncada. Aquí se encontrará el origen de la futura elite política. Tanto sus vidas personales como políticas de cada uno de sus miembros se cruzarán en este momento histórico; de la anécdota a la épica.

Las demandas judiciales y los discursos encendidos ante la tumba de Chibás proporcionaron cierta notoriedad a Fidel Castro, también conocía a varios dirigentes del partido, como José Pardo Llada o Luis Conte Agüero, sin embargo, esto no fue suficiente para la estrategia insurreccional. El empujar a la dirigencia del partido ortodoxo hacia la insurrección no tenía posibilidades, como el propio Fidel había empezado a percibir; el asunto, sin embargo, vendría a darse casi anecdóticamente a través de una cadena de presentaciones personales con la que se irá formando el núcleo inicial de la dirigencia del “Movimiento”.

El primero será Jesús Montané Oropesa, quien trabajaba de contable en una agencia automotriz de la General Motors, donde Fidel intentaba vender su viejo automóvil. Montané le presentará, a su vez, a Abel Santamaría, colega de oficio en una agencia Pontiac y militante ortodoxo; entusiasta de la acción queda sorprendido por la oratoria de Fidel ante la tumba de Chibás. Abel, a su vez, llevaría a su hermana Haydée y ésta a su novio Boris Luis Santa Coloma. He aquí el primer reclutamiento. Hasta este momento, Fidel había sido un aspirante a dirigente pero sin aparato propio, su experiencia en la militancia universitaria y la ortodoxia es la historia de ese desencuentro. Sin embargo, ahora esto está a punto de cambiar, sobre todo con el quinto elemento: Melba Hernández²⁷. En el remoto origen, la vanguardia hace sus pininos en el terreno de la agitación propagandística: Abel Santamaría y Jesús Montané editan un especie de volante de denuncia llamado *Son los mismos*, título que cambiarán por *El Acusador* a sugerencia de Fidel; ahí, Castro iniciará sus ataques contra toda la clase política, incluidos los ortodoxos. El mensaje tiene que ser escuchado, por ahora el medio no importa, dada la precariedad del movimiento. La publicación de estos volantes forjará la visión del grupo y en el rumbo que es necesario tomar, sobre todo después de la clausura de *El Acusador* en su primer número. Montané, los Santamaría, Melba y Boris Luis son los primeros cuadros y por ese hecho, sus primeros dirigentes al lado de Fidel Castro. El “Movimiento” se organiza formalmente, es decir políticamente, más allá de un mero grupo de opinión que les proporcionaba *El Acusador*, para ello siguen la tradición organizativa de los

²⁷ La primera célula se completaba con el doctor Mario Muñoz, René Betancourt, Vicente Chávez, Pedro Miret, Carlos Bustillo, Raúl Martínez Ararás, Oscar Alcalde, Eduardo Granados, Gustavo Amejeiras, Ernesto Tizol y Antonio “Ñico” López. El grupo se reúne el departamento de los hermanos Santamaría, adicionalmente también Juan Manuel Márquez va acercándose al grupo. Todos son militantes ortodoxos, de los cuales Márquez ya tiene una carrera dentro del partido; a excepción del doctor Muñoz, todos están en la segunda década de vida.

grupos vanguardistas cubanos del siglo XX al empezar a construir una organización celular y clandestina con un fuerte sentido de la conspiración²⁸. La jefatura del movimiento estaba integrada por el propio Fidel y Abel Santamaría como segundo al mando. La dirección se completaba con un Comité Civil al que pertenecían Mario Muñoz Monroy, Boris Luis Santa Coloma, Jesús Montané Oropesa y Oscar Alcalde Valls, y un Comité Militar integrado por Renato René Guitart, Ernesto Tizol, José Luis Tasende y Pedro Miret Prieto (Rojas, 1979: 317). Hacia abajo, las células se integran entre diez y cuarenta militantes, a cargo de un responsable político, quien es el único vínculo con la dirección, es decir, con alguno de los dos comités. Las células sesionan una vez por semana, con la práctica de tiro, y en ellas se evalúan a los aspirantes en el cumplimiento con la disciplina básica del movimiento, tal como puntualidad, discreción, sobriedad y sobre todo, disposición para el combate, es decir, manejo de armas de fuego. Ese es el filtro de reclutamiento por el que pasarán más de un millar de aspirantes pero que al final solamente el diez por ciento de ellos se quedarán por reunir las condiciones del combatiente.

Al mismo tiempo, como parte del compromiso de militancia, todos los aspirantes deben aportar de acuerdo a sus posibilidades a financiar al movimiento²⁹.

²⁸ Jesús “Chucho” Montané recuerda que a los reclutas se les decía “Bueno, mira, eventualmente este movimiento desemboca en la lucha armada, pero no podemos decir por razones de discreción ni cuándo ni dónde”. A los candidatos se les daba a entender que tendrían prácticas de tiro y que todos tenían que pasar por una selección antes de ser aceptados. El mismo Montané concluye reflexionando sobre la importancia de la organización para sus militantes: convertirlos en la vanguardia. La primera manifestación de esta diferencia respecto a otras organizaciones se dará el 28 de enero de 1953 (la manifestación de Las Antorchas), “fue cuando nosotros nos identificamos por la disciplina... En las puntas de los palos pusimos unos ganchos, para fajarnos con la policía, así que nosotros íbamos preparados para terminar aquello mal. Preparados para el combate. Además de Fidel estaba José Luis Tasende, Tizol, a la vanguardia, porque en realidad éramos la vanguardia...” Véase Franqui, 1976: 68.

²⁹ En 14 meses, recuerda Fidel en conversación con el dominico brasileño Frei Betto, se reclutaron a cerca de 1200 hombres, los cuales fueron seleccionados personalmente por el propio Castro, quien les decía a cada potencial recluta: “Todos los que ingresen al Movimiento lo harán como soldados de fila, los méritos o cargos que hubiera tenido en el partido Ortodoxo no cuenta para nada aquí, la

A partir de este hecho, Fidel puede convertirse en el primer cuadro profesional del movimiento, es decir, dedicado por entero a la formación de la organización y el reclutamiento de sus militantes. Fidel abrió el contacto que después Abel Santamaría trabajaba para explorar las posibilidades del aspirante; de esa manera se fueron articulando las células en barrios periféricos como Arroyo Apolo y en otras poblaciones fuera de La Habana, como Artemisa en Pinar del Río, San Cristóbal Guanajay, Santiago de Las Vegas y Matanzas.

Para ese momento, Fidel contaba ya con las bases para integrar un aparato que potencialmente podía convertirse en instrumento de lucha gracias a la frustrada campaña electoral de 1952, ya que facilitó el reclutamiento de jóvenes dispuestos a luchar, además de nuevos contactos políticos. En este sentido hay que destacar el caso de José Suárez Rivas, dirigente juvenil ortodoxo de Artemisa, lugar donde saldrá el más nutrido grupo de militantes³⁰ de este movimiento, que todavía no ha sido bautizado. Suárez Rivas pondrá a disposición de Fidel la estructura del partido en Artemisa, así como sus hombres. Junto con Abel Santamaría, Suárez Rivas iniciará el desfile de personajes políticos cercanos a Fidel en la organización y operación del movimiento en diversos momentos: su papel estará en facilitar estructuras ya

lucha no será fácil y el camino a recorrer largo y espinoso; nosotros vamos a tomar las armas frente al régimen". Véase Rojas, 1979: 28 y Frei Betto, 1986: 171. Pedro Miret, el encargado de dar el entrenamiento en el manejo de las armas, calcula, a su vez, que por sus manos pasaron 1500 hombres divididos en 15 células, según contó a Tad Szulc, 1987: 263.

³⁰ El primer círculo, el histórico de la futura elite, se cierra en este momento con la llegada de los jóvenes ortodoxos de Pepe Suárez; este es el origen de Ramiro Valdés y de otros destacados militantes como Ciro Redondo y Julio Díaz. Valdés se convertirá junto al grupo editor de *El Acusador* (Chucho Montané, Melba y Haydée Santamaría), además de Juan Almeida, Pedro Miret y Raúl Castro, en figuras emblemáticas pues han transitado desde 1953 todas las transformaciones del castrismo. La configuración de las redes del poder revolucionario pasa, en buena medida, por estas personas, a las que se le han ido sumando otras más en la medida que la vanguardia debe transformarse en elite y clase política de una revolución, primero en la Sierra Maestra y después en el ejercicio del gobierno posterior a 1959. Es interesante observar, para el futuro, que todos los mencionados nunca fueron excluidos del primer círculo del poder, pueden ausentarse pero nunca irse, excepto por la muerte.

montadas y listas para utilizarse. En la siguiente etapa al Movimiento se le agregarán, en bloque, buena parte del Movimiento Nacionalista Revolucionario de García Bárcena. Estas transferencias proporcionan cuadros probados en el activismo, además de los mejores organizadores y operadores para la insurrección en la provincia de Oriente³¹. La última organización dispuesta para este fin sería el Partido Socialista Popular, nuevamente un aparato en funcionamiento y con experiencia es tomado y transformado³².

En este momento, los jóvenes radicales se concebían a sí mismos como la vanguardia de la ortodoxia, que chocaba ante el inmovilismo de los líderes. A principio de 1953 el propio partido entraría en un proceso de división por la dificultad de encontrar un consenso sobre la línea de alianzas y pactos para combatir a Batista. Enfrentados a este hecho, los jóvenes radicales aumentaron su descontento, expresado en forma elocuente: “Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer la revolución”³³. El sentimiento de insatisfacción será el factor

³¹ La segunda ola de dirigentes históricos viene de aquí: Frank País, Celia Sánchez, Vilma Espín, Armando Hart, Faustino Pérez y muchos más. Al igual que el anterior grupo, el del Moncada, buena parte de ellos ha sobrevivido todo el proceso desde su incorporación hasta nuestros días.

³² El papel de los comunistas en la revolución fue el tema predilecto de los historiadores de la Guerra Fría, sin embargo, aquí podremos observar la existencia de dos grupos: el primero el de los conocidos generacionales, principalmente del activismo universitario como Flavio Bravo, Alfredo Guevara y Lionel Soto, este último el reclutador de Raúl Castro para las Juventudes del partido. Todos ellos han transitado por el castrismo desde el ejercicio del poder sin haber sido purgados, hasta la actualidad. Flavio, Guevara y Lionel se mantienen cerca de los hermanos Castro y sin duda colaboraron incondicionalmente con ellos aun en contra del propio partido en los terribles días del sectarismo y la microfracción. Como comunistas siempre fueron fidelistas, no así la sempiterna dirección del PSP: Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Fabio Gobart, Aníbal Escalante, Joaquín Ordoquí, Lázaro Peña, etcétera, la que tuvo que pagar su permanencia en el poder.

³³ La frase se atribuye a Fidel Castro y está consignada por Szulc y Mencía. Al recordar esta coyuntura años más tarde, Castro afirmaría que la opción insurreccional por cuenta propia sería consecuencia de la vacilación de los partidos establecidos, “enfrascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesaria para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista [...] Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución”. Véase Fidel Castro, 1976, II: 101. Las cursivas son

aglutinador de estos jóvenes y a través de él se irá conformando una nueva vanguardia política. Sus rasgos distintivos estarán en la ya mencionada juventud de sus integrantes, impetuosos por entrar en acción y, en apariencia, por una vaga o imprecisa formación política, que podría explicarse por una cultura política fincada en la herencia vanguardista de la generación anterior (la de 1933). Un profundo sentimiento de inconformidad ante lo establecido explicaría, en buena medida, la conciencia política de grupo, al mismo tiempo que se empezarán a fincar una serie de lazos personales que derivarán en la formación de un espacio social donde sus integrantes se identificarán como miembros de una misma organización.

Será un grupo heterogéneo de acuerdo a su origen social: habrá profesionales universitarios, obreros de la construcción, comerciantes, estudiantes, etcétera. En ese sentido, el grupo fidelista será un gran frente que aglutinará a personas de distinto origen en un objetivo común: derribar al gobierno de Batista. Uno de estos jóvenes, recordará más tarde cómo fue este proceso:

[...] yo no tenía ni una conciencia marxista ni comunista. Sencillamente, las prédicas de Chibás me habían despertado una conciencia de rechazo contra todo lo que estaba ocurriendo. Solamente con esto estábamos suficientemente fortalecidos para luchar contra las bandas gansteriles, contra el golpe, contra los políticos ladrones.

Eso nos dio una especie de formación revolucionaria, para aquella época. Decir que teníamos una conciencia más elevada, una formación más profunda, marxista, no sería cierto. Nunca había estudiado ciencia política. Sólo me guiaba por los discursos de Chibás, y por aquellas denuncias de Fidel [...] Nosotros éramos ortodoxos, teníamos mucha disposición para la lucha, odiábamos a Batista, y eso era lo que llevaba a adoptar aquella actitud de rebeldía intransigente contra el régimen³⁴.

nuestras. Otras fuentes para el mismo documento confróntese Fernández Sosa, 1989: 269-290 y Fidel Castro, 1978: 91-124.

³⁴ Orbelín Hernández a Mario Mencía, 1986b: 60. Melba Hernández, por su parte, recuerda la formación del movimiento en los siguientes términos: “En nuestras filas, en aquella época, jamás se hablaba de comunismo, socialismo o marxismo leninismo como ideología, sino del día en que, cuando la Revolución se hiciera del poder, todas las propiedades de la aristocracia se entregarían al pueblo y las utilizarían los niños por los que luchábamos ...El problema de la explotación de los

En cuanto al perfil de los militantes iniciales, sabemos muy poco, salvo las excepciones como Artemisa donde ya estaban organizados políticamente y tenían una vida comunitaria conocida; del resto de las células no es posible identificar a quienes las integraban, lo que dificulta la reconstrucción de la misma organización³⁵. Los historiadores de la revolución cubana han dado por bueno el informe de 1500 reclutados por Fidel Castro y entrenados por Pedro Miret, sin embargo, nadie se ha preguntado si este dato tiene algún sustento, pues si como el propio Fidel recuerda, la organización era clandestina y los miembros de la célula sólo tenían vínculo con un responsable político y éste, a su vez, tenía contacto con uno de los comités directivos, estamos ante la creencia de un testimonio oral, pues únicamente Fidel sabe si en realidad se reclutaron a tantas personas para una operación de comando armando. Si la información es cierta, entonces ¿para qué reclutar a un millar y medio si sólo se iba a armar al diez por ciento de ellos? Al parecer este hecho, extraño y confuso, tiene que ver en la forma del reclutamiento, se hablaba con muchas personas pero muy pocas pudieron reunir los requisitos de militante, como mencionó Montané, eran descartadas; lo más probable es que los eliminados (alrededor de 1250) ya no contaron como un cuadro confiable y, por tanto, desaparecieron de las células activas que previo al Moncada no serían más de diez. Al resto ni siquiera se les dejó como células de reserva³⁶, es decir, no existió una estructura permanente ni se pensó en

trabajadores no se discutía pero sí nos referíamos a sus salarios, a cómo se abusaba del obrero y del campesino”. Tad Szulc, 1989: 253.

³⁵ No resulta extraño, por eso, que esta parte de la reconstrucción histórica esté fundamentada en la palabra de Fidel Castro: él como única fuente primaria. Ni los historiadores cubanos, ni los extranjeros que han tenido acceso a los archivos cubanos han mostrado algún interés por describir las entrañas de la organización, saber cómo funciona y quienes la hacen funcionar. Por otro lado, y hasta donde hay indicios, no se hizo nada con una organización celular intacta en un noventa por ciento, no se le asignaron ninguna tarea ni se les mantuvo con algún fin.

³⁶ El testimonio de Efigenio Amejeiras, hermano de Juan Manuel, y futuro expedicionario en el *Granma*, puede ilustrarnos este asunto: “... después de los hechos del Moncada... Entonces

hacer algo con ellos. El historiador de estos hechos no cuenta con documentación de la cual pueda inferir información (lo cual no quiere decir que no exista), este problema se volverá a presentar más adelante, con la integración del Movimiento 26 de Julio y el Ejército Rebelde: nunca aparece información como un padrón de militantes, o de reclutas y simpatizantes, ya no digamos documentación que valide la existencia de una organización como actas, acuerdos, resolutivos, congresos. Hasta el momento, No existen documentos públicos, todo es testimonio oral y memorias de los involucrados, en el mejor de los casos.

Para el asalto al Cuartel Moncada, tenemos la certeza de sólo el 10% de los miembros del total de las células activas, de los cuales 44 eran obreros; 33 dependientes de tienda y/o empleados; 11 jornaleros agrícolas; 6 estudiantes, 3 profesionales universitarios y el resto diversas ocupaciones, que iban del estibador de muelle, carpintero, comerciante, mensajero, zapatero, fotógrafo, mecánico. Aun al cuantificar el origen social de ellos encontramos diferencias, dependiendo de la fuente (Thomas, 1973; Mencía, 1986b; Rojas, 1979; Franqui, 1976). Sin embargo, lo importante del grupo no está en su perfil socioeconómico, pues era tan heterogéneo que difícilmente podría pasar como una organización de clase, que a su vez derivara a una ideología.

organizamos una célula ahí, donde habíamos dicho, de acción en la que participan más directamente en la acción Iván, Juan Vázquez, Chibás, Samarí, Julio César. Con eso era lo que manteníamos allí, dentro del local aquel de Prado 109 de la Ortodoxia, la llama de la rebeldía, mientras ellos estaban en presidio; ya empezábamos a poner algunas bombas, hacíamos algunos actos de calle, participábamos en todas las manifestaciones estudiantiles, hasta la salida del presidio... Franqui, 1976: 79. Nuevamente tenemos más preguntas que respuestas, en este caso sobre las células que se mantenían activas o latentes y que después se integrarán al 26 de Julio y el Ejército Rebelde, como sería la biografía del propio Efigenio y de sus hermanos. ¿Las células se crearon por un impulso de réplica, es decir, por la libre, o tenían un lazo orgánico con el comando del Moncada? Todo parece indicar que la respuesta se encuentra en la primera pregunta, lo cual nos lleva a insistir en la necesidad de ampliar las indagaciones sobre las características del aparato. Seguimos sin conocer cuáles son sus características.

Para este momento, podemos decir que está formada una organización con un solo objetivo: operar una acción militar; más allá de eso, formar una organización política sería muy arriesgado afirmarlo, además que las evidencias no muestran que hacia allá se encaminaran los radicales ortodoxos. Lo único que podemos apreciar es el manejo del tiempo, de la oportunidad una vez que el mismo Partido Ortodoxo había cerrado la opción insurreccional. La idea de la insurrección popular es una constante en la historia política cubana, cuyo referente será la revuelta de los sargentos de septiembre de 1933, que daría origen a la II República. La insurrección exitosa de los sargentos con la toma del cuartel militar y la unión de un grupo político externo de vanguardia (los activistas del DEU, por ejemplo) es el modelo para la acción. La idea se enfoca en la toma del poder en forma relampagueante, de ahí que la acción de un comando militar se proyectó y realizó para toma por asalto al segundo cuartel militar de importancia del ejército cubano, el cuartel Moncada de Santiago de Cuba³⁷ para el 26 de julio de 1953. Fidel adaptará la ecuación en la medida que no se vislumbra el complot militar desde el interior del cuartel y le confiere al grupo de vanguardia todo el peso de la operación al apelar a las masas en la creencia de un levantamiento popular espontáneo combinado con una huelga general una vez tomado el cuartel militar:

Se llamaría al pueblo a luchar contra Batista [...] Se convocaría a los obreros de todo el país a una huelga general revolucionaria por encima de los sindicatos amarillos y los líderes vendidos al gobierno. *La táctica de guerra se ajustaría al desarrollo de los acontecimientos.* [En] Caso de no poder sostenerse la

³⁷Para una descripción detallada sobre los preparativos al ataque al Moncada confróntense las versiones de Franqui, 1976: 71-76 y Mario Mencía, 1986a, II. La acción del Moncada se complementaría con un ataque simultáneo al cuartel de Bayamo por otro grupo. Sin embargo, la primera opción de ataque estuvo en el cuartel Militar de Pinar del Río, a razón de estar cerca de Artemisa, pero tenía el inconveniente de estar cerca de la capital y con la mayor concentración de tropas del país. Renato Guitart, miembro de la dirección y santiaguero sugirió el cuartel Moncada de Santiago, dadas las ventajas logísticas de la lejanía respecto a la capital.

ciudad con mil armas que debíamos ocupar al enemigo en Santiago de Cuba, iniciaríamos la lucha guerrillera en la Sierra Maestra (Castro, 1976, II: 107) ³⁸.

Como se ve, la acción estaba impregnada de una visión muy optimista sobre el posible éxito del ataque, como es el confiar todo al impacto de un grupo de vanguardia sobre la conciencia de la sociedad, pues no había un trabajo político previo sobre algún sector social que se quería motivar, mucho menos el grueso de la sociedad. En ese sentido, el éxito de la operación se deja a las circunstancias, pues aun en el caso de haber tomado el cuartel, no era segura la participación necesaria para la insurrección. La operación del Moncada es el sueño de toda vanguardia al pretender generar un gran movimiento de masas a partir de la identificación de ciertos ideales y aspiraciones que se supone estarán en el pueblo o la nación, condensadas en un programa político dirigido al calor del combate³⁹.

³⁸ Desde este momento es necesario acotar lo siguiente sobre la fuente: Fidel ha hecho y rehecho los acontecimientos como sería el tener un Plan B si el ataque al cuartel fallaba, por ejemplo, crear una guerrilla en la Sierra Maestra. Los sobrevivientes del Moncada no aluden a planes de reagrupamiento en la Maestra, la derrota es tal que no tienen las condiciones para una guerrilla: no cuentan con una retaguardia ni con tropas de refuerzo, ni armas ni municiones, todo está acomodado discursivamente para nunca aparentar la derrota. Lo que sí es importante en la anotación (con cursivas) del pragmatismo de la táctica para la guerra revolucionaria, esa sí que será una constante que pocas veces se ha estudiado como tal, es decir, la reconstrucción histórica como parte de la guerra.

³⁹ Al ser interrogado por un fiscal sobre las fuerzas que contaba para llevar a cabo su plan, Fidel respondió que únicamente con el pueblo, pues “El pueblo hubiera respondido firmemente si llegamos a ponernos en contacto con él. Nuestro plan consistía en tomar el Moncada e inmediatamente después propalar, por medio de todas las emisoras de radio de la ciudad, el último discurso de Chibás. Habríamos leído nuestro programa revolucionario al pueblo de Cuba; nuestra declaración de principios contiene los anhelos de varias generaciones de cubanos. En esa oportunidad todos los líderes de la oposición nos hubieran apoyado sumándose al Movimiento en toda la República. Con todo el pueblo unido habríamos derrocado al régimen de facto”. Véase Marta Rojas, 1979: 37. Aquí nos encontramos con la principal error del ataque al Moncada: Fidel puede presumir la planeación de los detalles militares, pero exhibe con toda su magnitud su falla política, pues deja al azar el resultado como es que el “pueblo” y los líderes políticos se unieran, así iluminados por un rayo, a la insurrección hinchados de fervor patriótico al escuchar un discurso de Chibás! Resulta todavía más sorprendente que una operación tan fallida sea reconstruida como un acto fundacional de una revolución seis años después.

El programa aludido por Castro —conocido posteriormente como “El Manifiesto del Moncada a la Nación”⁴⁰— es un documento histórico, y en esa medida, vale la pena analizarlo por ser un recuento y declaración de principios, donde se plasmaba un programa de reconstrucción nacional. Resulta interesante observar cómo, por primera vez, la vanguardia insurreccional elabora un discurso histórico al considerarse como un eslabón de una larga cadena de una “revolución inacabada”: iniciada por las fuerzas independentistas en 1868, continuada por Martí en 1895, y actualizada por Guiteras y Chibás en la etapa republicana, donde el golpe de marzo había sumido en el caos a la nación. El Manifiesto establecería la ruptura generacional entre una clase política claudicante frente a una dictadura y la “juventud del Centenario”, que no mantenía otro anhelo más que honrar con sacrificio y triunfo el sueño irrealizado de Martí.

En este contexto, anunciaba “la revolución nueva”, necesaria para renovar “de una vez y para siempre” la situación en la que han hundido al país los miembros de una clase política sin honra. Esta renovación parte del “sentimiento nacional cubano” y de esas raíces independentistas representadas por Céspedes, Maceo, Gómez, Martí, etcétera, y que culminará con un ciclo histórico de frustración entre los cubanos por alcanzar la libertad e independencia, como señalaba: “En 1853 con el nacimiento de un hombre luz [Martí], comenzó la revolución cubana; en 1953 terminará con el nacimiento de una república de luz”. La nueva república, de acuerdo al Manifiesto, se caracterizará por la atención al problema social, como lo indican los incisos H, I, K, además de reconocer a la Constitución de 1940 como único código oficial del país.

⁴⁰ Para consultar dicho documento. La redacción del mismo fue encomendada por Fidel a Raúl Gómez García, quien siguió las orientaciones de éste para elaborarlo. Gómez García caería muerto en el Moncada.

El fracaso del asalto al cuartel Moncada, y la cruenta represión que serían objeto sus participantes, marcó el nacimiento de un grupo de vanguardia que con su activismo fracturaría, en poco tiempo, a la clase política establecida. Los hechos del Moncada romperían –simbólicamente en este momento, pero dejando un precedente para el futuro– con el pasado y todo lo que ello representaba, para nacer libre y limpia de cualquier pecado del viejo sistema político. El Moncada fue la prueba de fuego que sacrificó y, al mismo tiempo, purificó a los verdaderos revolucionarios frente a los que “tenían la obligación de dirigir”. El sacrificio y el martirio serán, pues, nuevos valores incorporados a la acción política presentada como un deber histórico de la vanguardia y llevados a la práctica para cumplir con un fin pedagógico de la realización de un destino, al mostrar el camino a seguir⁴¹. En este sentido debemos establecer la lectura del primer texto básico de la vanguardia castrista: *La historia me absolverá*. Ahí Fidel fundamentará la revolución como una necesidad histórica —siguiendo los argumentos presentados en las frustradas demandas judiciales contra Batista y el Manifiesto del Moncada— y además señalará claramente la transformación de la vanguardia en una nueva elite dirigente que disputará el poder al conjunto de la clase política, que ya no cumplía con su papel político.

En el citado texto, que recoge la defensa que el mismo Fidel haría de sí mismo ante el tribunal que lo juzgaba, Castro declaró que de haber triunfado el asalto al

⁴¹ Al reunir a sus hombres antes de partir rumbo al Moncada, Fidel remarcaría este aspecto del sacrificio como una necesidad política, al decirles: “Compañeros, podrán vencer mañana o ser vencidos, pero de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen mañana será lo que aspiró Martí; si no, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba”, Franqui, 1976: 72. Meses después de estos acontecimientos, Fidel Castro escribía desde la prisión de la isla de Pinos a Luis Conte sobre las motivaciones de atacar ese cuartel militar, confirmando el imperativo del sacrificio como la primera prueba política: “Nuestros sentimientos están llenos de lealtad hacia los más puros ideales de Eduardo Chibás; que los que cayeron en Santiago de Cuba son militantes del partido que él fundara; y que con él aprendieron a morir cuando la patria necesita de la inmólación heroica para levantar la fe del pueblo en el temple de sus hijos y en la realización inevitable de su destino histórico”. Véase Luis Conte Agüero, 1959: 21-22.

Moncada y tomado la ciudad de Santiago, se emitirían cinco leyes revolucionarias, de las cuales destaca la primera por ser donde establece la necesidad del cambio político al desplazar a la elite gobernante. Por su importancia, y pese a su extensión, vale la pena su reproducción textual para ir desenredando el concepto que nos ocupa:

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo no decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el *movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella* excepto la de modificar la propia Constitución: *facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar*.

Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: *un gobierno aclamado por la masa de combatientes*, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia (Castro, 1975: 71)⁴².

Resalta en primer lugar la problemática de la soberanía popular, raíz y razón de estos acontecimientos. Para Castro, si bien el pueblo es el único depositario de ella, en las circunstancias que motivaron la insurrección era inoperante. Para restaurarla, se requerirá mucho más que una simple declaración formal; será necesario borrar el pasado y con él, a sus representantes. El primer paso es algo más que una simple restauración del estatus jurídico anterior al golpe de Estado del 10 de marzo para castigar a “todos los que la habían traicionado”; por el contrario, es el inicio del ejercicio del poder político por la vanguardia victoriosa que en realidad restaura la verdadera historia nacional cubana, de ahí la expresión de juzgar como claudicantes a

⁴² Las cursivas son nuestras. La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad de la tierra a todos los colonos y arrendatarios menores de cinco caballerías, previa indemnización, por parte del Estado a sus antiguos propietarios. La tercera, otorgaba a los obreros y empleados el derecho a participar con el 30% de las utilidades de su empresa. La cuarta concedía el derecho a todos los colonos, que llevasen más de tres años de establecidos, a participar con el 55% del rendimiento de la caña y cuota mínima de 40 mil arrobas. La quinta ordena la confiscación de todos los bienes productos de la corrupción administrativa, pasando un 50% de ellos a formar una caja de retiro para obreros y la otra mitad para hospitales, asilos y casa de beneficencia.

toda la clase política. Hay que subrayar este hecho: el 26 de julio de 1953 es el inicio de una nueva etapa histórica, y de acuerdo con lo expresado por Fidel Castro, cualquier otra opción que no sea la victoria de la vanguardia es un retroceso político e histórico, sería un engaño y una estafa más ponerla en manos de quienes habían claudicado para salvaguardarla. La diferencia entre la vanguardia y la clase política está en este sentido de misión histórica (apostolado como lo expresara Martí) propia de la vanguardia que convierte a la acción directa (la insurrección) en el único instrumento para hacer política, traspasando cualquier aparato político establecido. Aquí están las raíces de la singularidad revolucionaria de la experiencia castrista que no requerirá de un aparato político formal porque su teoría no supone una ideología, apela al derecho republicano y a los valores de una herencia histórica que tiene en la ruptura la idea de la revolución en su afán de buscar la modernidad. Esa característica la hará adaptable a cualquier circunstancia y matiz ideológico según la coyuntura política y sus contrapesos del momento, mientras la vanguardia se transforma para asumir su verdadero papel, el de elite del poder político.

La soberanía es la única fuente de poder legítimo y, en consecuencia, el problema estará en la forma de asumirla. Para Castro, a falta de los mecanismos formales para acceder a ella, la insurrección proporcionará esa legitimidad en el ejercicio del poder, es decir, el movimiento insurreccional encarnará esa [la representación] soberanía de manera momentánea hasta que el depositario de ella, el pueblo, decida otra cosa. La vanguardia insurreccional representará la parte consciente y activa del conjunto social porque estará apelando al ejercicio de un derecho —de acuerdo al liberalismo— mismo que le confiere a éstos, ya como

representantes, la “facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar”, es decir, *capacidad para gobernar*.

La vanguardia insurreccional y quienes lo integran, por ese mismo hecho, se convertirán en elite gobernante capacitada para ejercer el poder. Éste, se convierte en un “derecho” de una nueva elite como apunta Castro al estimar que “un gobierno aclamado por la masa de combatientes” será la única posibilidad de que ahora sí se implante la “verdadera voluntad popular”. La vanguardia transmutada por la insurrección en nueva elite—la “masa de combatientes”— será la viva encarnación de la soberanía y voluntad populares, es decir, asumirá la representación política. Vale decir que toda representación política siempre es activa. En este sentido, la problemática del restablecimiento de todos los mecanismos democráticos que requiere la sociedad para delegar su representación pasarán a un segundo plano; la sociedad pasará a estar tutelada por una nueva elite que se considera su defensora e intérprete⁴³. Esta problemática se tornará aun más interesante si consideramos que la preocupación inicial del movimiento insurreccional estaba en recuperar el equilibrio roto por el golpe de marzo. Todos los grupos insurreccionales, incluido el liderado por Castro, planteaban una vuelta al equilibrio democrático, pero ahora nos encontramos con un replanteamiento de la situación. En la ya citada conversación con Frei Betto, Fidel acotaría:

Inicialmente pienso que hay que volver a la etapa constitucional anterior; ahora había que derrocar la dictadura militar. Yo estoy pensando en que hay

⁴³ Treinta años más tarde, Fidel Castro recordaría cuáles fueron las condiciones que lo llevarían a tal conclusión: “Yo recuerdo que aquella masa no sabía, pero sufría; aquella masa estaba confundida, pero también desesperada. Era capaz de luchar, de moverse en una dirección. A aquella masa había que llevarla al camino de la revolución por etapas, paso a paso, hasta alcanzar plena conciencia política y plena confianza en su destino”. Véase la conversación con Frei Betto, 1986: 167 y para un análisis más detallado sobre este asunto, Ignacio Sosa, “El castrismo: la utopía del desarrollo”, en Ignacio Sosa, *et. al.*, 1993, 8-18.

que recuperar el *status* anterior, y que todo el mundo se uniría para liquidar esa cosa infame y reaccionaria que era el golpe de Estado de Batista [...] Para mí estaba claro que había que derrocar a Batista mediante las armas y volver a la etapa anterior, al régimen constitucional, pues sería seguramente el objetivo de todos los partidos, y yo había concebido la primera estrategia revolucionaria con un gran movimiento de masas que se instrumentaría inicialmente a través de cauces constitucionales.

La importancia de la Primera Ley Revolucionaria establecida en *La historia me absolverá* radicarán en este rompimiento que no asomaba antes del 26 de julio de 1953, cuando la vanguardia fidelista entró en acción al atacar el cuartel Moncada de Santiago de Cuba. A partir de entonces, el movimiento insurreccional encontrará una nueva vertiente apenas vislumbrada por todos los grupos radicales del momento. Pequeño detalle que hará la gran diferencia posteriormente.

El Moncada como acontecimiento político, por otro lado, estableció a Fidel, en forma definitiva, como una de las estrellas del firmamento político cubano y a su liderazgo como el más serio opositor a Batista y su gobierno; si bien el primer objetivo no se logró, sí se consiguió el efecto demostrativo que atrajo la atención de otros jóvenes hacia el camino trazado por esta arrojada vanguardia.

La organización del M-26

La prisión en la isla de Pinos de los sobrevivientes del asalto al cuartel Moncada, su excarcelación, la oficialización de un movimiento político hecho para la insurrección y el desembarco para tal fin, marcan la segunda etapa de la formación de la elite revolucionaria; como señalamos en el apartado anterior, ya se ha formado el núcleo inicial, ahora viene la segunda capa o segmento de militantes y dirigentes que

moldearán todo el ciclo inicial, vale decir, histórico, pues en él se encontrarán los que harán la revolución con las armas.

El asalto al cuartel Moncada terminó con una etapa e inició otra dentro del proceso insurreccional cubano. Haciendo un balance, Castro empezó a sacar dos conclusiones que le reafirmarían la estrategia insurreccional⁴⁴. Para él, el fracaso en la toma del cuartel Moncada se debió a “factores absolutamente accidentales”, que desarticularon la acción⁴⁵. Por lo tanto, la primera conclusión tenía que ver con la organización con que se contaba; la segunda, con los valores que cada uno de los militantes debía poseer. Los problemas organizativo y de formación de la conciencia insurreccional estarán presentes en la mente de Fidel en la estancia de 22 meses en la prisión de la Isla de Pinos, a donde fueron a parar los moncadistas condenados.

Nuevamente el filtro de reclutamiento es uno: las capacidades militares para la lucha insurreccional⁴⁶ de la verdadera vanguardia que se plasmará con la fundación del Movimiento 26 de Julio en 1955, como primera etapa y posteriormente con el

⁴⁴ Un par de meses después de su llegada a prisión, Castro reflexionaba sobre esta etapa de su vida: “¡Qué escuela tan formidable es esta prisión! Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida [...] siento reafirmarse más mi convicción de sacrificio y de lucha”, Franqui, 1976: 88.

⁴⁵ En el ya citado discurso conmemorativo del asalto al Moncada, Fidel haría dicho balance: “Lo más difícil del Moncada no era atacarlo y tomarlo, sino el gigantesco esfuerzo de organización, preparación, adquisición de recursos y movilización, en plena clandestinidad [...] Con infinita amargura vimos frustrarse nuestros esfuerzos en el minuto culminante y sencillo de tomar el cuartel. Factores absolutamente accidentales desarticularon la acción [...] Sin los accidentes fortuitos que infortunadamente ocurrieron, lo habríamos tomado. Con una mayor experiencia operativa lo habríamos podido tomar por encima de cualquier factor accidental”. Fidel Castro, 1976, II: 107.

⁴⁶ El reclutamiento de los militantes del Movimiento 26 de Julio sigue siendo uno de los episodios que, a pesar de los años transcurridos, no ha sido estudiado en sus pormenores. Se sabe la estructura y sus responsables, pero no se conoce, por lo menos públicamente, cuáles eran los mecanismos de reclutamiento y cuál era el proceso (si es que lo había) al que eran sometidos los aspirantes. Lo que sí podemos establecer es que a los sobrevivientes del Moncada que se incorporaron a la nueva aventura gozaron, por ese hecho, de la plena confianza de la dirigencia. Otro aspecto que resulta peculiar será el origen político de buena parte de los nuevos militantes, ya con experiencia política en grupos vanguardistas, que entrarán en bloque, como sucedería con los activistas del Movimiento Nacionalista Revolucionario de García Bárcena o la organización creada por Frank País en Santiago, la ARO. Todos ellos coincidirían en el 26 de Julio.

Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, con los problemas de conjunción para una organización bipolar con dos grandes segmentos. El Movimiento legitimará primero la formación y el Ejército Rebelde la permanencia en la nueva elite del poder en un proceso paralelo que tenemos que advertirlo en dos niveles, uno al interior del propio aparato y otro en su relación con las demás fuerzas políticas a lo largo de la lucha insurreccional; a partir de estos hechos se conformará el espacio social y cultural que permite desarrollar la política, identificando una serie de valores que cohesionarán a sus miembros a todo lo largo de este trayecto. Varios serán los rasgos característicos en este proceso; por ejemplo, la fidelidad a la figura del líder, en este caso Fidel Castro y la aceptación de los valores políticos que éste implantó como las bases de una nueva fórmula política. Así, el reclutamiento estará abierto para todo aquel que acatara estas premisas. A lo largo de la prisión de la isla de Pinos, las cartas escritas por Fidel nos muestran esta dinámica, al tiempo que ayudan a comprender esta relación. Sobresale un hecho, que se convierte en instrucción política a Melba Hernández y Haydée Santamaría, las heroínas del Moncada y enlace de Fidel con el exterior, lo primero es conservar al núcleo de la organización. En vez de reclutar más cuadros, se debe hacer lo contrario, conservarlos y evitar la sangría de los mismos, lo demás será propaganda y coordinar el trabajo político al interior como exterior del país, cuidando mucho el tipo de alianzas que se hagan para evitar que el movimiento fuera utilizado por otros; y por último, defender los principios del movimiento sin pelearse con nadie⁴⁷.

⁴⁷ Las partes medulares de dicha comunicación son las siguientes: “1º No debe abandonarse ni un minuto la propaganda porque es el alma de toda lucha. La nuestra debe tener su estilo propio y ajustarse a las circunstancias [...] 2º Hay que coordinar el trabajo entre nuestra gente de aquí y el extranjero [...] Hay que considerar con extremo cuidado cualquier otro propósito de coordinación con otros factores no sea que pretendan utilizar simplemente nuestro nombre [...] No admitir ningún género de subestimación; no llegar a ningún acuerdo sino sobre bases firmes, claras, de éxito probable y beneficio positivo para Cuba. De lo contrario es preferible marchar solos hasta que salgan estos muchachos formidables que están presos y que se preparan con el mayor esmero para

La reorganización del movimiento insurreccional fue la primera tarea a la que Castro y sus más allegados colaboradores se dedicarían desde el otoño de 1953, cuando éste fue trasladado a la isla de Pinos para cumplir su condena por el asalto al cuartel Moncada. Los encarcelados del Moncada se convertirán, por la fuerza de las circunstancias, en una especie de guardia para el liderazgo castrista; serán ellos el bastión que resguarde a la verdadera elite. No resultó extraño que al reunirse con ellos, se formara la Academia Ideológica “Abel Santamaría”, donde se impartirían cursos de filosofía, historia universal, economía, política, matemáticas, idiomas y literatura española, en sesiones de mañana y tarde para completar una jornada de cinco horas de clases⁴⁸. La formación política ya está aquí, amén que se cultivan los lazos de lealtad y cercanía personal.

El anuncio de Batista en abril de 1954 convocando a elecciones generales el siguiente año, para legitimar su estancia en el poder, aceleró los preparativos de los planes del grupo de la Isla de Pinos. En una serie de cartas escritas desde prisión a Luis Conte⁴⁹. Fidel urgía a mantener los principios, pues de éstos “surgirá más purificado y limpio el ideal redentor”. Al referirse a la situación que se creaba con las anunciadas elecciones, Castro estimaba que:

la lucha. 3º Mucha mano izquierda y sonrisa con todo mundo. Seguir la misma táctica que se siguió en el juicio: defender nuestros puntos de vista sin levantar ronchas. Habrá tiempo después para aplastar a todas las cucarachas juntas [...] Acepten todo el que quiera ayudarles, pero recuerden, no confíen en nadie”. Conte, 1959: 37-38 y Franqui, 1976: 99-100. Más adelante veremos que la relación con otras fuerzas políticas, sobre todo los ortodoxos, resulta muy compleja, a tal grado que amerita una severa llamada de atención del propio Fidel hacia sus colaboradores. Al mismo tiempo que dentro del núcleo promotor las relaciones no se caracterizan por su tersura; el M-26 será una organización dividida desde su nacimiento hasta su desaparición.

⁴⁸ Para mayor información sobre la vida de los presos del Moncada en la Isla de Pinos, véase Mario Mencía, 1980; Franqui, 1976: 85-117; y Juan Almeida, 1992, sobre todo “Recuento”.

⁴⁹ Estas cartas fueron escritas desde diciembre de 1953 hasta mayo de 1955 y están dirigidas a diversos personajes que van desde sus hermanas hasta los familiares de los caídos en el Moncada. La carta señalada, dirigida a Luis Conte, está fechada el 12 de junio de 1954. Véase Luis Conte, 1959: 25-30. Una fuente alternativa en Franqui, 1976: 85-117.

Los hombres decentes y las masas de mayor conciencia política han quedado marginadas de la lucha comicial como resultado del cuartelazo traidor; estamos presenciando una batalla de ladrones: los ladrones de ayer contra los ladrones de antier y hoy; una lucha entre traidores a la Constitución y los traidores al pueblo en desgracia; una lucha entre los creadores del porrismo y los fundadores del gangsterismo, entre la tiranía y la comedia, de donde resulta tragedia para el pueblo. Cualquiera puede ganar, pero Cuba pierde de todas maneras.

La coyuntura de las elecciones permitió a Fidel volver con su tesis de barrer con el pasado, el sistema y sus hombres, por corruptos. Para él, la campaña electoral era la definición entre los ladrones que se repartían a la república, por un lado, y lo que quedaba de limpio e idealista por el otro. Frente a este panorama, no quedaba otro camino que el ya esbozado en el Moncada⁵⁰. Para agosto de 1954, Castro sintetizaba su primera visión de la futura organización; resulta ilustrativo el siguiente párrafo donde describirá cuáles serán las características de ésta, pero sobre todo, el papel que él mismo jugaba en la misma:

En primer término *yo debo organizar* a los hombres del 26 de Julio y unir en un irrompible haz a todos los combatientes, los del exilio, la prisión y la calle, que suman más de ochenta jóvenes envueltos en el mismo jirón de historia y sacrificio. La importancia de tal núcleo humano perfectamente disciplinado, constituye un valor incalculable a los efectos de la formación de cuadros de lucha para la organización insurreccional o cívica. Es evidente que un gran movimiento cívico y político tiene que tener la fuerza necesaria para ganar el poder por medios pacíficos o revolucionarios; de lo contrario correrá el riesgo de que se lo arrebaten, como a la Ortodoxia, a sólo dos meses de las elecciones (Conte, 1959: 60; Franqui, 1976: 107).

Por las palabras de Fidel, en esos momentos el movimiento insurreccional se encontraba disperso, sin una organización que uniera a los, suponemos, veteranos del Moncada, los que estaban presos y los que no habían participado y se encontraban en

⁵⁰ En carta de junio 19 de 1954, Castro estimaba que el país atravesaba por una crisis “inevitable y necesaria y que cuanto mayor sea, tanta mayor esperanza de concebir un mañana distinto. Cuba es en estos instantes, para nosotros, los que albergamos sinceros ideales, como un Huerto de los Olivos donde tenemos que sudar sangre”, Conte, 1959: 32.

la calle sin orientación política⁵¹, así como a los que se encuentran en el exterior pero que siguen perteneciendo al Movimiento. La organización pensada por Castro, entonces, partía de ese núcleo forjado en la batalla, “probado y de confianza”, que evitaría “considerables desprendimientos” a la falta de una “labor primaria de persuasión”. El arranque inicial de la organización debía proporcionar estos cuadros, quienes con su ejemplo y empuje atraerían a otros para formar un “caudal necesario para batir el sistema político imperante”. Sin embargo, en otro momento, el propio testimonio de Fidel nos da muestras que al interior de la organización las cosas no eran como las planteaba. En una de sus cartas de la prisión fechada a principio de octubre de 1954 (Franqui, 1976: 108-111), señala una tensión que implicaba tanto el reconocimiento de su propio liderazgo, así como el futuro del Movimiento como proyecto político. Al parecer este asunto ya tenía su antecedente y destaca que sus reflexiones cuentan con el aval de los demás compañeros de prisión. El Movimiento se encuentra dividido y en disputa: “La responsabilidad que por derecho y por moral revolucionaria nos corresponde con el Movimiento a los que estamos presos es inoperante por completo en estos momentos”. ¿A quién se dirigen los reclamos de

⁵¹ Recordemos que, de acuerdo con el propio Fidel, para asaltar al cuartel Moncada se reclutaron alrededor de 1200 hombres, de los cuales participarían finalmente 120 más 40 encargados de hacer la misma operación en Bayamo para el cuartel Carlos M. de Céspedes; si a éstos restamos las bajas producidas por la represión posterior al 26 de julio, que según recuento de Marta Rojas fueron 61, nos quedamos con 99 sobrevivientes. En la cita señalada, Fidel contabilizó alrededor de 80 jóvenes como el núcleo a partir del cual debería partir la organización del movimiento, entonces, ¿dónde quedó el millar de reclutas que no participó ni en el Moncada ni en Bayamo? Por el momento, ningún historiador ha podido establecer el número de células organizadas, mucho menos cuántas de ellas quedaron en pie después del 26 de Julio, como tampoco se sabe en manos de quien quedó su control o coordinación, aunque es un hecho que las mujeres del Moncada, Melba y Haydée Santamaría, después de salir de la cárcel llevaban la representación de Fidel, como reconocería al estallar la primera crisis al interior del movimiento. Por el desarrollo de los acontecimientos en los meses posteriores podemos interpretar que sí existía una estructura pero resultaría muy aventurado cuantificarla para darnos una idea de su dimensión. Queda todavía por preguntarnos ¿por qué Castro no las menciona en este momento? ¿Por qué sólo apela a los que participaron y sobrevivieron en estos hechos de armas? También resultará profético el cálculo de 80 hombres, pues será un número similar el que embarcará meses después en un accidentado viaje desde las costas mexicanas y al igual que el Moncada, ese núcleo se verá reducido a su mínima expresión.

Fidel? Es claro cuando dice que la dirección del movimiento se encuentra en disputa, puesto que las “razones históricas” que sustentaban el liderazgo ya no funcionan debido a las circunstancias que enfrentan los militantes de la calle:

En estos instantes resulta totalmente imposible trazar una línea en la seguridad de que a ella se ceñirán todos los compañeros. Estamos indiscutiblemente en presencia de una grave crisis semejante a aquellas que con las tantas veces anunciadas revoluciones minaban nuestras filas antes del 26 de julio e hicieron desertar a muchas células... De esta situación culpo principalmente a todos los dirigentes que están en Cuba. Han estado ciegos hasta el suicidio. Es increíble que no vieran que contra el 26 se alzaba la temible conjura de todos los intereses creados, porque era un hecho que se salía de todos los causes tradicionales, un esfuerzo sin precedentes en la vida republicana, una proeza de fe y valor por un puñado de jóvenes sin bagaje político ni recursos de ninguna clase... Jamás se vio una reacción tan cerrada por parte de los intereses políticos existentes, para aplastar en el olvido y el silencio tan singular episodio de heroísmo, ideal, sacrificio y amor patriótico.

El asalto al cuartel Moncada está a punto de desaparecer de la vida política cubana, sin pena ni gloria, y no existe un aparato político que vaya en contra de esta lógica. En primera instancia es un reclamo a sus propios compañeros del exterior, pero al mismo tiempo es plantar una pica en Flandes contra la dirigencia ortodoxa y en menor medida auténtica, que representan a los intereses creados que están minando a los dirigentes de la calle. Esta es la coyuntura que define la estrategia política únicamente como propaganda en contra del olvido del 26 de Julio⁵² y contra la ampliación de una base política; en estos momentos, ampliar la participación a nuevos militantes debilitaría a una dirección aislada en prisión y con una coordinación poco efectiva en la medida que se cuestiona sus directrices. La opción

⁵² En otra parte del mismo texto, Fidel precisa que “El deber nuestro no era hacernos cómplices con la inercia de esa conjura de silencio y mitificación que rebajaba y envilecía nuestro sacrificio y nuestra lucha, sino luchar contra ella con todos los medios de la inteligencia, la habilidad y el tesón. Ese debió ser el principal objetivo de ustedes en la calle, que han estado muy lejos de cumplir, que no han intentado siquiera. ¿En qué han invertido tantas energías y tantos meses?... No sé si ignoran que todo cuanto en la calle se ha hecho en ese sentido es producto de esfuerzos laboriosos por nosotros desde aquí. Confiábamos en que ustedes estarían preparando el camino mientras nosotros fraguábamos aquí revoluciones ejemplares, con tesoneros planes de estudio y educación política. Confiábamos en balde...”

por conservar el núcleo de isla de Pinos con los probados del Moncada representa la supervivencia al ir forjando sin prisa esa guardia en torno al líder.

En el pasaje más dramático del documento citado, Fidel externa la gravedad al reconocer su límite: “Yo no puedo desde aquí poner fin a la desorientación y el caos que reina en el Movimiento. Es tarea imposible estando como estoy virtualmente incomunicado”. ¿Quién intenta asumir el liderazgo? El reto es claro, en tanto acusa de querer cambiar las normas de decisión colectiva que recaen en la Asamblea de isla de Pinos: “Sé, además, que se ha llegado a discutir por algunos el derecho a la dirección máxima que tiene dentro del Movimiento la asamblea de los que estamos aquí presos, pretendiéndose modos de organización que invaliden tal derecho a este núcleo que es nervio y alma del Movimiento”. El dato, en medio de una disputa política, es revelador: la dirección del Movimiento recae en los veteranos del Moncada, nadie más tiene ese *derecho*, y en específico, nada más Fidel. Las posteriores disputas por el control del aparato (el M-26, las ORI, el PURSC y el PCC) tendrán la misma respuesta, sólo un pequeño núcleo tiene esa prerrogativa, y dentro de él, exclusivamente Fidel tiene el derecho adquirido.

La crisis en torno a la dirección es la primera que se puede documentar, sin embargo, otros episodios difíciles no correrán con la misma suerte, como veremos más adelante; existe una especie de tabú para explicar, aun entre sus participantes, las luchas y contradicciones que el proceso político cubano lleva consigo. La disputa estaba en torno a dos veteranos del Moncada, y además miembros de la dirección: Ernesto Tizol y Jesús Martínez Ararás, que poco después abandonarían el Movimiento; sin duda a ellos van dirigidos los ataques hasta calificarlos de

traidores en una carta dirigida a Haydée Santamaría desde México el 21 de septiembre de 1956, Fidel hacía el recuento de esta situación:

Ernesto Tizol y Raúl Martínez están actuando con un profundo complejo de envidia y de culpa. No pueden resistir ver cómo marcha adelante el Movimiento a despecho de la infame deserción de ellos. Se duelen de ver que otros jóvenes mucho más capaces y firmes han ocupado sus puestos. Me lo dijo Raúl Martínez aquel mismo día que me confesó las debilidades de ellos... Pero ellos no tienen ningún derecho a realizar esa tarea criminal de socavamiento moral a nuestros combatientes: ellos no aportaron un solo de esos hombres al 26 de julio; están haciéndonos lo mismo que ellos tuvieron que sufrir ayer junto a nosotros. Esa actividad no podemos permitirnos por ningún concepto. Considero necesario que la Dirección trate este punto y se les comunique que de persistir en esta actitud, se adoptará un acuerdo declarándolos traidores. Que nuestro tiempo no podemos perderlo en esta estúpida y repugnante querrela⁵³.

La reorganización del nuevo movimiento insurreccional se presentará como una organización de cuadros no sólo por una tradición vanguardista sino por una necesidad política del momento. El control y selección riguroso del ingreso está subordinado a la coyuntura interna: “puedo asegurarte que un joven probado y de confianza vale por mil y que la tarea quizás más ardua y de tiempo es encontrarlos de calidad y prepararlos...” (Conte, 1959: 60) Esta tarea no será posible si no se cuenta con ciertas condiciones indispensables para integrar ese movimiento, y éstas serán: *ideología, disciplina y jefatura*. La unión de estos elementos integrará la fuerza de la organización. La revuelta política cubana de entonces hacía pensar al joven Fidel que

⁵³ Sobre los nuevos cuadros, escribía el 1 de agosto de 1955: “De A.H. [Armando Hart] no he recibido ningún informe negativo. De él tengo el más alto y mejor de los conceptos. Nos honramos en contarlos en nuestras filas. ¡No pueden imaginarse cuanto me tranquiliza que él y el médico nos acompañen en esta nueva etapa cuando han caído los mejores compañeros y han desertado otros cobardemente ante la gran jornada de sacrificio que nos espera! A.H. y F. [Faustino Pérez] compensan con creces el vacío del grupito de los desertores... Tal vez la más sana norma nuestra es esa: considerar a los hombres por lo que valen y ponerlos en el lugar que les corresponde, sin permitir que nadie se duerma en sus laureles. Ellos ocupan hoy el lugar de Abel, de Boris, de José Luis, de Guitart”. Véase Franqui, 1976: 128-129 para la primera cita y 122 para la segunda.

si no se movía con cautela pero al mismo tiempo con decisión, la dinámica de los acontecimientos terminaría por devorarlo, aunque lanzaba la advertencia:

No puede organizarse un movimiento donde todo mundo se crea con el derecho a emitir declaraciones públicas sin consultar a nadie; ni puede esperarse nada de aquel que se integre por hombres anárquicos que a la primera discrepancia toman el sendero que estimen más conveniente, desgarrando y destruyendo el vehículo. El aparato de propaganda y organización debe ser tal y tan poderoso que destruya implacablemente al que trate de crear tendencias, camarillas, cismas o alzarse contra el movimiento (Conte, 1959: 61; Franqui, 1976: 107)⁵⁴.

Al entrar en detalles, y de acuerdo con los documentos disponibles, el asunto no estaba en qué militantes entraban o no. Lo importante era el control de los miembros de la dirección. Las cartas de Fidel desde la cárcel están llenas de preocupación al respecto, “esto resulta absolutamente indispensable”, escribía. Si el plan de trabajo estaba delineado, entonces, no debería haber problemas de coordinación y operación entre los responsables y hacía una advertencia a sus colaboradores: “en lo adelante no habrá excusa válida posible para justificar ningún síntoma de indisciplina o desorganización. Ahora es el momento de imponer la disciplina en toda la línea; creo ya nos hemos quedado solos a la vanguardia de la revolución; los que vengan tienen que acatar incondicionalmente nuestras normas”.

Por lo pronto, la prisión de la isla de Pinos se delineaba como un laboratorio donde se incubaba la formación de los cuadros que continuarían la lucha; ahí él tenía el control sobre cada uno de ellos y supervisaba la formación política que se llevaba a cabo en las clases de la Academia Abel Santamaría. Un entusiasmado Castro escribió:

Los muchachos todos son magníficos. Constituyen la elite porque han pasado por mil pruebas. Los que aprendieron a manejar las armas aprenden a manejar los libros para los grandes combates del mañana. La disciplina es

⁵⁴ Ignacio Sosa, 1993: 6, ha señalado atinadamente que este tipo de estructura perfilaba desde entonces un equilibrio de poder favorable hacia el propio Fidel.

espartana, la vida es espartana; todo es espartano en ellos, y tal su fe y firmeza inquebrantable (Mencía, 1980: 34 y 35)⁵⁵.

La formación de los cuadros veteranos del Moncada se hará en torno a esta experiencia común, que acaban de compartir y que los “hermana”. También es claro que desde ese momento, Raúl Castro se encuentra por encima de cualquier otro cuadro dirigente, como Pedro Miret, Melba o Haydée Santamaría. Raúl es el consejero y confidente en prisión, sólo a él consulta Fidel como interlocutor; en el exterior, Melba lleva la voz cantante de una dirigencia que recae única y exclusivamente en Fidel Castro. Los meses en isla de Pinos serán cruciales para todos. Melba hace muy bien su trabajo de propaganda y de retomar el control de la dirección del Movimiento, que redituará con la amnistía a los presos políticos de tal modo que para cuando Fidel y los demás salgan de la cárcel a mediados de mayo de 1955, ya podemos hablar de una organización política. Siguiendo las instrucciones, no se ha ampliado la base, todo se concentra en un núcleo, una vanguardia, que espera⁵⁶.

⁵⁵ Otro moncadista preso, Armando Mestre, describía el ambiente que prevalecía: “Hemos hecho del tiempo una vida digna, estudiando once asignaturas, para el bien nuestro y de la humanidad: pero estoy orgulloso de mis compañeros y de mí, porque más que amigos somos hermanos”.

⁵⁶ El 19 de junio de 1954, Fidel escribe: “Nuestra misión, ahora, quiero que se convengan plenamente, no es organizar células revolucionarias para poder disponer de más o menos hombres; eso sería un error funesto. La tarea nuestra ahora de inmediato es movilizar a nuestro favor la opinión pública; divulgar nuestras ideas y ganarnos el respaldo de las masas del pueblo. Nuestro programa revolucionario es el más completo, nuestra línea la más clara, nuestra historia la más sacrificada: tenemos derecho a ganarnos la fe del pueblo, sin el cual, lo repito mil veces, no hay revolución posible. Antes éramos pioneros anónimos de esas ideas, ahora estamos obligados a pelear por ellas a cara descubierta, la táctica debe ser completamente nueva. No ha de importarnos diez hombres más o menos cuando tenemos que crear las condiciones para poder movilizar en su día decenas de miles de hombres. Tengo razón de saber lo que se requiere para ello porque sobre mí pesó la inmensa tarea de buscarlos y organizarlos, luchando... No queremos gánsters ni aventureros, sino hombres conscientes de un destino histórico que sepan esperar y sepan laborar pacientemente el porvenir de la patria. Esa ha sido nuestra preocupación principal, y en este sentido hemos orientado nuestros pasos y para eso estamos preparando a los jefes mediante el estudio constante y el cultivo de la disciplina y el carácter... Yo les aseguro que nunca antes en Cuba se ha estado gestando nada más formidable. Franqui, 1976: 103.

El aparato es el núcleo dirigente; por el momento no hay para más, como señala el propio Fidel, ya vendrá el momento de volver a iniciar el reclutamiento. Para entonces, se perfilaba el contenido de la lucha política que se iniciaría una vez que Castro y los demás moncadistas abandonaron la prisión a mediados de 1955, luego de un fuerte movimiento a favor de la amnistía de los presos políticos, a la que accedió Batista ya como presidente constitucional. Sin embargo, todavía al salir de prisión, Fidel declara que sigue siendo ortodoxo y que, por tanto, no tiene la menor intención de formar una nueva organización política.

En los primeros días del mes de junio tuvieron lugar varias importantes reuniones para discutir las características del aparato al que ya se le llama “Movimiento 26 de Julio”, como un homenaje a los caídos en el asalto al Moncada. En estas reuniones, el núcleo se ha ampliado con otros activistas tanto del partido ortodoxo como del Movimiento Nacionalista Revolucionario de García Bárcenas, sobre todo sus células de la provincia de Oriente y La Habana. Se trata de un bloque importante y decisivo para lo que viene: Frank País, Vilma Espín, Celia Sánchez, Pepito Tey (presidente de la FEU de la Universidad de Oriente), Armando Hart y Faustino Pérez, estos últimos residentes en La Habana y veteranos en el activismo estudiantil. El 12 de junio de 1955 se formaliza la existencia del Movimiento 26 de Julio (M-26) a través de una dirección nacional que combina a los veteranos del Moncada con los recién llegados del MNR⁵⁷.

El nacimiento del M-26 es un verdadero reto político no sólo a sus promotores, sino también, aunque todavía no lo saben, a toda la oposición política a Batista.

⁵⁷ El listado de la dirección es el siguiente: Fidel Castro, Pedro Miret, Chucho Montané, Melba, Haydée Santamaría, Pepe Suárez Blanco, Pedro Celestino Aguilera, Níco López, Armando Hart, Luis Bonito y Faustino Pérez.

Formalmente, o sea públicamente, los auténticos, ortodoxos y comunistas compartían la oposición al gobierno de Batista, al igual que el naciente Movimiento 26 de Julio, sin embargo, no compartían los métodos ni las metas. Cuando los moncadistas salen de la cárcel por una amnistía promovida por todas estas fuerzas, el distanciamiento no solo es evidente sino palpable; los auténticos y ortodoxos han dejado el origen vanguardista de sus orígenes, se han convertido en aparatos establecidos que juegan en un carril sin mucho peligro, están por la estabilidad y en ese sentido, sus tiempos políticos son completamente ajenos a los de la vanguardia donde es el tiempo la premisa básica que alienta su impaciencia. Al leer las cartas de Fidel, y las directrices que señala a sus colaboradores, encontramos la experiencia de la excepcionalidad que marca como urgente la estrategia: todo es cuestión de vida o muerte, entre más tiempo pase menos posibilidades de realización. Para la estrategia de los partidos la insurrección es una aventura política y una apuesta que no están dispuestos a pagar (ni siquiera por ver) porque saben que la audacia cobra un alto precio al perdedor. Resulta imposible prever el desarrollo de los acontecimientos como si fueran el resultado inevitable de una teoría; de hecho ninguna revolución es producto previsible. Una vez que se ha empezado la apuesta ya no se puede regresar (el Che fue de los pocos que entendió el verdadero dilema revolucionario), de lo contrario la propia estrategia terminaría por involucionar a los apostadores. La lectura histórica del castrismo como movimiento revolucionario es esa, no puede haber retroceso, de lo contrario, ocurrirá lo mismo que con la vanguardia de Guiterras de 1933, involución hacia el gangsterismo sin objetivo político para terminar como tropa de choque al mejor postor político. La impaciencia insurreccional no es infantilismo político, es realidad concreta que determina a sus propios actores y las relaciones de éstos con

otros. Ahí está la pugna con la clase política en su conjunto; después de 1959 el ganador cobrará la apuesta uno a uno; para desgracia de los indecisos, sus cartas ya no servían para seguir en la partida.

La concepción insurreccional original se mantenía sin mayores cambios: la necesidad de un pequeño grupo (vanguardia) que desencadenara todo el proceso por medio de la acción armada (insurrección), pero ahora incorporando un aparato logístico en apoyo a la insurrección, que ampliaría su acción no sólo en el plano urbano, sino también en el rural. La estructura del movimiento mostraba pocas variantes respecto a la utilizada en el Moncada; la dirección seguía centralizada en un pequeño grupo que concentraba los poderes político-militares, apoyado por varios comités, como el bélico (armamento y acción), finanzas, propaganda, obrero y juvenil, que se encargarían de las relaciones con los militantes.

En esos días también quedó claro que Fidel partiría hacia el exterior para preparar el primer contingente armado y desembarcar en la isla; que la dirección nacional del movimiento sería una tanto al interior como al exterior; que la lucha armada debería ser apoyada por la acción política en las ciudades. Fidel Castro se convertiría en una suerte de profeta de la revolución que en cada uno de sus artículos y discursos la anunciaba; declaraba que, al igual que el Apóstol nacional José Martí, desembarcaría con sus seguidores para ser “mártires o héroes” y anunciaba que 1956 sería el año del inicio de la saga revolucionaria.

De vuelta a la calle, el siguiente paso para el movimiento insurreccional sería el mostrar, la fragilidad del régimen para mantener una legalidad cuestionada por una parte de la clase política y que se reflejaría en amplios sectores sociales cubanos en los próximos meses. Para ello, Castro y el Movimiento 26 de Julio desarrollarán una

amplia propaganda que llenaría el espacio político de entonces (propaganda es percepción). Fidel, por otra parte, encontraría la situación política ideal para que la propaganda se convirtiera en denuncia que, a la larga, incrementaría su prestigio como el único líder decidido a enfrentar a Batista a como diera lugar. Fidel se convirtió en un polemista sin par al cuestionar públicamente a diversas personalidades del régimen como el ministro de Gobernación, Santiago Rey, o al coronel Alberto del Río Chaviano, ex comandante militar del Moncada el 26 de julio, hasta llegar al propio Batista como culminación de una hábil campaña para demostrar un clima de persecución y terror que obligaba a los opositores a exiliarse para salvar la vida. La primera tarea revolucionara es demostrar que el régimen imperante propicia la violencia y sólo puede producir fracaso y frustración. Los ciudadanos conscientes (eso es una vanguardia) se ven obligados a convertirse en revolucionarios; ese es el paso subjetivo que no todos pueden dar, sólo los que pueden leer el verdadero derrotero de los tiempos. Lo que se ve como defecto se convierte en virtud posterior. La propaganda es el anuncio de la revolución inevitable, es la escaramuza previa a la batalla verdadera. No se puede establecer ningún presupuesto por adelantado, se actúa sobre la marcha: la fuerza de la acción es destino que obliga. El único presupuesto es la lucha contra Batista, es lo único que puede unificar, lo demás es interpretación ideológica ¿o alguien puede estar en contra de la libertad y la justicia como valores políticos universales que son derecho del ciudadano?

En declaraciones escritas para el semanario habanero *Bohemia* (10/07/56), convertido en escaparate opositor al régimen, Fidel anunciaba su intención de partir al exilio ante el clima político prevaleciente en el país, el cual era la negación a los más elementales derechos políticos. En estas condiciones, afirmaba, donde estaba cerrado

el camino pacífico no quedaba otra vía más que las armas, como en el pasado lo hiciera el Apóstol y otros independentistas:

Después de seis semanas en la calle y ver las intenciones de la camarilla gobernante, dispuestos a permanecer en el poder veinte años, como piden los adulones y aprovechados sin conciencia, ya no creo ni en elecciones generales. Cerradas al pueblo todas las puertas de la lucha cívica, no queda más que la del 68 y 95. Hay que reparar el ultraje que significa este régimen para todos los que han caído por la dignidad de Cuba (Mencía, 1986b: 252).

En México, donde desde la época de la isla de Pinos ya funcionaba una red de colaboración muy importante, Fidel es recibido por una organización en pie que tiene una logística de apoyo que le permite dedicarse a los preparativos de la fuerza expedicionaria. El reclutamiento se inicia de nuevo, los veteranos del Moncada tienen pase automático, se integran de inmediato; a los otros, se les asignan pequeñas tareas que van subiendo en complejidad y compromiso. Como en el Moncada, se observa la disposición y el carácter; los que pasan el primer filtro asumen mayores responsabilidades hasta que el compromiso que sea tal que resulte imposible regresar a la tranquilidad de la vida civil y se asuma el riesgo del conspirador profesional. En México veremos el reforzamiento del núcleo a los veteranos, encabezados por los Castro, y con un Raúl más influyente, así como los de Artemisa Ramiro Valdés, Ciro Redondo, Julio Díaz; el veterano de Bayamo Níco López y Juan Almeida como los cuadros de primera importancia, aunque todavía sin el nivel para dirigir. Nuevamente la disciplina es estricta, unos vigilan a otros; no se permite el contacto con mujeres. No es para menos, el éxito de la gira de Fidel por Estados Unidos pone a la defensiva al gobierno de Batista, quien presiona al gobierno mexicano y envía a su responsable de inteligencia militar. El exilio mexicano se empieza a tornar peligroso para la misión en la medida que se van encontrando obstáculos legales, logísticos y políticos;

por lo demás, la fase de entrenamiento proporciona otra prueba para los cuadros combatientes, destacando un agregado de última hora, conocido de Níco López en sus correrías por Guatemala y recomendado de Raúl Castro, Ernesto Guevara de la Serna, médico argentino como únicas señas. El dato revela un hecho notable, Guevara es sumado a la expedición de última hora, además es un extranjero que nunca ha estado en Cuba y evidentemente desconoce la historia del país, pero la evaluación del instructor, el famoso coronel republicano español Alberto Bayo, es la más positiva de todos los reclutas en entrenamiento. Se ha ganado un lugar a pulso, pues todavía no puede considerarse amigo de nadie de los cubanos, mucho menos de Fidel, ni que éste lo considere al nivel de Raúl o Almeida, sus seguros capitanes de tropa del *Granma*, junto con Pepe Smith.

México está lejos de ser un verdadero santuario⁵⁸ para la tropa expedicionaria, el golpe propinado por la policía mexicana es demoledor; ya sea por presiones del gobierno cubano o por iniciativa propia, la operación es desmantelada entre junio y julio de 1956. Fidel y la gran mayoría de los reclutas cubanos están presos por violar las leyes migratorias locales, además se han requisado las armas. Nuevamente el tiempo de la urgencia está presente. Raúl es el único que no cae en el cerco de la policía mexicana y contacta a Juan Manuel Márquez en Estados Unidos para iniciar las gestiones de liberación de los presos, así como a la dirección del Movimiento en Cuba. Fidel se siente abandonado y frustrado por que no ve el esfuerzo del M-26 por agilizar las cosas. Como parte de la leyenda revolucionaria se mencionan las gestiones del general Lázaro Cárdenas a favor de los cubanos; a ellas habrá que

⁵⁸ Un par de líneas al respecto de la redada hecha por la policía mexicana: “Ya el incidente pasó y no quiero que deje huellas de resentimiento en los cubanos contra México. La prisión y el maltrato son gajes de nuestro oficio de luchadores”. Franqui, 1976: 144.

añadir también el resultado favorable del uso de la propaganda a través de una campaña de prensa en México que fue creando un clima de simpatía hacia los caribeños; la *intelligensia* progresista mexicana contribuyó con esta campaña que repercutió en Estados Unidos y sin duda en Cuba misma. El *Excelsior* desplegó notas favorables, llegando a nombrar a Fidel como el nuevo Martí, incluso a través de una entrevista publicada el 19 de noviembre (y reproducida por la agencia de noticias United Press para sus suscriptores en el mundo), Fidel se atrevió a emitir su declaración de guerra contra Batista: si en un plazo de tres semanas no renunciaba, entonces desembarcaría en Cuba. La distensión del problema jurídico permitió, primero la liberación de los presos (a través de un amparo concedido por un juez) y después ganar el tiempo necesario para salir del país sin que la policía los molestara en sus movimientos de cruzar hacia la costa veracruzana. Esto último indica que el gobierno mexicano optó por aguantar las presiones de Batista y permitir que el curso de los acontecimientos terminara con este problema.

Al final de los turbulentos meses del exilio mexicano se aceleran las cosas. Los enviados e informantes recorren intensamente la ruta La Habana ciudad de México. Una vista determina la decisión final, la de Frank País⁵⁹. Con él, Fidel traza el itinerario final de la ruta; País había recorrido junto con Pedro Miret la costa oriental

⁵⁹ Los emisarios del M-26 no eran los únicos que hacían la ruta; de hecho hubo representantes de casi todas las fuerzas políticas. A través de terceros Carlos Prío estaba presente, a tal grado que sería el financiador final de la operación; los ortodoxos estaban ahí con Raúl Chibás y Felipe Pazos, quienes se hacían ilusiones con un M-26 ortodoxo bendecido con su liderazgo; la FEU y su dirigencia encabezada por José Antonio Echeverría darían la vuelta y firmarían un pacto, incluso el PSP mandó a Osvaldo Sánchez y Flavio Bravo, independientemente de los contactos que Joaquín Ordoquí mantenía con Fidel al amparo de su cargo en la CTAL de Lombardo Toledano en la ciudad de México. A excepción de José Antonio y el Directorio Revolucionario, los demás empiezan a girar en la órbita de Fidel, sus sondeos son una expresión de su debilidad estratégica y sus futuras réplicas guerrilleras en El Escambray disimulados intentos de no quedarse fuera de la fiesta. Esta misma situación se repetirá en la Maestra cuando Pazos, Chibás y Carlos Rafael Rodríguez pasen su temporada “guerrillera” en la comandancia general, simplemente para salir en la foto.

y entre ambos habían elaborado una propuesta que ahora ponía a consideración de Fidel, quien se encuentra “urgido”, es decir apremiado con el tiempo y las circunstancias, por cumplir con la estrategia empeñada con el ultimátum a Batista, incluso arrastrando a la propia organización en ello. Por otro lado, también hay que tomar en cuenta las cuestiones de seguridad que implica mantener a casi un centenar de hombres dispuestos como un ejército en territorio extranjero. La experiencia de la cárcel hace más apremiante la partida.

Hacia el Ejército Rebelde

La salida del Granma de las costas mexicanas del Golfo de México rumbo a Cuba inicia, al mismo tiempo, el último trayecto de socialización política de la vanguardia. El entrenamiento militar en México y la Sierra Maestra marcan a sus integrantes y a sus trayectorias políticas futuras. En este periodo, el de la guerra, el núcleo del Moncada mantiene su preeminencia sobre otros integrantes cuyo origen político no es el mismo. En la Maestra se refuerza la red de los históricos en torno a la figura del líder máximo y la incorporación de los altos oficiales del naciente Ejército Rebelde a esta misma red; de hecho, por las propias coyunturas políticas a lo largo de 1957, 1958 y 1959, el aparato militar irá desplazando al aparato político, el M-26, en la toma de decisiones para convertirse en el cuerpo soberano que alude Fidel en *La historia me absolverá*. Nuevamente el apuro del tiempo será el que determine la estrategia y el peso de las estructuras de organización, es decir, es la disputa política al interior del aparato la que pondrá al Ejército Rebelde como la cuna de los dirigentes revolucionarios y no el resultado de un fatalismo teórico. Por último, y no menos importante, la suerte de la clase política isleña (auténticos, ortodoxos y comunistas),

está echada desde el exilio mexicano: están viviendo una ilusión, para unos de que están haciendo una revolución y para otros de que están en el poder.

Cuando la fuerza expedicionaria del *Granma* llegó a Cuba en diciembre de 1956, los planes iniciales se transformarían a tal grado que hubo que empezar de nuevo. El desembarco dejó en evidencia el límite de la planificación militar, que caracterizará los primeros meses de operaciones: el aislamiento de la dirigencia de sus operadores urbanos. Si bien el desembarco fue a destiempo y fuera de lugar de lo planeado, el problema inicia con el primer enfrentamiento con el ejército cubano. Ahí viene el verdadero naufragio; en Alegría de Pío se aniquila la fuerza militar del *Granma*. Lo demás es propaganda que se vende muy bien como literatura épica: las evidencias muestran una desarticulación total de la fuerza invasora; en cierta medida recuerda la triste retirada del Moncada, sin rumbo y en plena fuga, nadie parece controlar la desbandada, ni Fidel ni sus capitanes Almeida, Raúl y Pepe Smith, pese a los grandes esfuerzos que hace Almeida por mantener unida a su tropa. La dispersión de los supervivientes es otra lección operativa; mientras no exista evidencia de lo contrario, todos vagan sin rumbo, ni los capitanes ni tenientes, es decir, los oficiales tienen instrucciones de saber qué hacer en este caso, quien nadie ha previsto. Los testimonios dicen mucho más de lo que transmiten, en primer lugar queda claro que Fidel no tenía conocimiento de las patrullas campesinas ni los nombres de sus dirigentes, los Pérez de la Sierra Maestra. También queda claro que no existía ningún plan de contingencia en caso de ocurrir lo que ocurrió, lo que nos lleva a especular si en algún momento el futuro Ejército Rebelde puede tener algo similar a una retaguardia donde replegarse en caso de una derrota. Lo único que es evidente es que la planificación de la operación se limitó a escoger un lugar de desembarco y

coordinar acciones armadas en las ciudades como una cobertura necesaria, pero al fallar la primera parte de la premisa los activistas urbanos no se enteraron del retraso del *Granma* y continuaron con los planes⁶⁰.

Al saberse diezmado e incomunicado, Fidel toma una decisión trascendente: acepta a los campesinos y su refugio protector en un terreno desconocido. Gracias a los campesinos ha salvado la vida y puede mostrarse hasta optimista en el futuro; toma lo que tiene y asume riesgos mientras espera, sin duda siempre apuesta alto. El encuentro con los campesinos serranos, sin embargo, no es gratuito ni afortunado. El Movimiento 26 de Julio, por medio de Celia Sánchez, llegó hasta esos lugares, iniciando una base de apoyo sin la cual hubiera sido casi imposible que el núcleo guerrillero sobreviviera. La organización campesina era una realidad cuando Fidel y sus menguadas fuerzas pudieron reagruparse en la finca de Crecencio Pérez después de la desbandada de Alegría de Pío. Los del *Granma* no dependieron de sus propias fuerzas para reagruparse e iniciar las acciones guerrilleras, como tampoco para incrementar el número de efectivos de lo que sería el Ejército Rebelde. Aun el trabajo político de Celia Sánchez no hubiera sido posible, en primer lugar, sin el amplio conocimiento que tenía de la zona y sus hombres y, en segundo término, sin la organización clásica propia de los campesinos de la zona. El prestigio personal de Celia entre los campesinos serranos, así como la

⁶⁰ El historiador puede darse el lujo de analizar los acontecimientos a toro pasado, sin peligro para su integridad, por eso puede criticar los errores e insuficiencias con tanta autoridad, como es el caso de una operación militar que ocurrió hace cincuenta años. Sin embargo, es de llamar la atención un detalle técnico, la falta de un medio de comunicación radial entre el *Granma* y alguna base en Cuba, tal vez Santiago o Manzanillo, donde se coordinaba el recibimiento de la expedición. La atención aumenta al comprobar que durante la guerra en la Maestra tampoco existió un medio de comunicación radial entre la comandancia general y los comandantes militares en el campo. Después de Alegría de Pío Faustino Pérez tiene que “bajar” a Santiago y La Habana para informar de la situación a la organización urbana; en el caso de los comandantes guerrilleros y sus comunicaciones con Fidel, éstas son a lápiz y papel llevados por mensajeros.

participación de familias enteras en las actividades logísticas para los rebeldes, explicarán la facilidad con la cual el Ejército Rebelde pudo reponer fuerzas y emprender acciones militares. Tal es la importancia de la figura de Celia que se convertirá en la mujer más influyente del M-26 y el Ejército Rebelde, muy por encima de Melba y Haydée Santamaría, las heroínas del Moncada, y de las mujeres de la nueva oleada de Santiago como Vilma Espín. Su trayectoria hacia el primer círculo del poder se construirá no sólo por la cercanía con Fidel sino por su capacidad de moverse en el mundo campesino de la Maestra, al mismo tiempo que es un enlace indispensable con las provisiones que vienen de Santiago.

Nuevamente las circunstancias se imponen, a partir de ellas se elabora la estrategia y hasta la teoría. Así nacerá la guerrilla campesina que tendrá en el Che Guevara a su Bernal Díaz. Aquí vale la pena hacer un alto para explicar esta situación. Durante los primeros meses del año aún se concebía a la guerrilla como un *instrumento más* para derribar a Batista; no era el instrumento que estaba por encima de otras actividades del movimiento insurreccional, como por ejemplo la acción urbana y su consigna por excelencia: la huelga general. Un cambio aparece en el plano organizativo del M-26 que modifica completamente su estructura cuando la dirección nacional se reúne por primera vez en la Maestra en febrero de 1957. En esta reunión Fidel introduce a la estructura militar como parte integrante de la dirección –recuérdese que hasta antes del desembarco del *Granma* la dirección nacional estaba integrada por comités pero no contemplaba un aparato militar formal– con representación política, que recaerá en los supervivientes del *Granma*. Es la entrada para los veteranos del Moncada, que hasta entonces se habían movido en un discreto segundo plano, como Raúl, Almeida y Ramiro

Valdés, así como a los futuros comandantes, en particular el Che. En la mencionada reunión se establecen las directrices a seguir: impulsar el proceso revolucionario en toda la isla con las acciones urbanas de sabotaje para preparar la huelga general revolucionaria. El golpe definitivo, entonces, vendrá de los centros urbanos. También se acuerda que desde Santiago, Frank País incrementará las provisiones y enviará un contingente de hombres equipados para nutrir el incipiente cuerpo armado que ha sobrevivido al desembarco del *Granma*. ¿El aparato militar en las montañas todavía no está preparado para asumir dicha tarea? Todo indica que así es en la medida que la estrategia no sufre modificaciones sustanciales, sin embargo, el cambio en la composición de la dirección nacional del M-26 sí irá transformando un equilibrio en el control del propio Movimiento. Por los testimonio dejados en esta época, al interior del Movimiento 26 de Julio se vivía una ambigüedad respecto a la táctica de la insurrección a seguir: la concepción que predominaba era una combinación de levantamiento popular en las ciudades acompañado por los golpes que la guerrilla pudiera dar en el campo al ejército, frente a una concepción guerrillera con base campesina que veía con desdén cualquier otra opción que no fuera la insurrección rural.

Los primeros meses de 1957 transcurrieron en reorganizar lo que quedaba de las fuerzas expedicionarias, mientras el M-26 de las ciudades ponía en marcha, nuevamente, la logística para llevar pertrechos a la Sierra. En febrero, Fidel anunció la reactivación del movimiento al publicitar su “Llamamiento al pueblo de Cuba”, donde reafirmaría las bases del proceso insurreccional como se había concebido desde la época del Moncada, es decir, con un chispazo militar

combinado con un levantamiento popular en las ciudades, pero ahora lo veía a largo plazo, como una guerra prolongada.

La propaganda, en ese sentido, sirvió a Fidel para crear una imagen en torno a la guerrilla y su propia personalidad como líder revolucionario en favor de su nueva opción táctica. En febrero de 1957 el *New York Times*, a través de su reportero Herbert Matthews, realizaría la primera entrevista a Fidel en plena Sierra Maestra logrando un gran impacto propagandístico que hizo de Castro una celebridad internacional.

Después de la entrevista con Matthews, Fidel insistiría ante la Dirección Nacional que todo el Movimiento trabajara para la guerrilla; que la rama urbana se subordinara al Ejército Rebelde al recaudar y organizar los recursos hacia la Sierra; Fidel quería un aparato de ayuda, no de lucha. En un comunicado enviado a Celia Sánchez, un enfático Fidel Castro decía: “Todas las armas, todas las balas y todos los pertrechos a la Sierra”. Por el contrario, el movimiento en las ciudades, llamado “el Llano”, planteaba la necesidad de descentralizar las decisiones, debido al aislamiento de Fidel y la guerrilla en la Sierra, para poder incrementar las acciones de sabotaje en contra del régimen de Batista.

Una cada vez más intensa lucha interna perfilaba con dividir al Movimiento 26 de Julio. Las discusiones entre el “Llano” y la “Sierra” iban más allá de la estrategia, era una discusión táctica. A mediados de 1957 Frank País envió una extensa carta a Fidel Castro donde anunciaba la necesidad de reorganizar al Movimiento, debido a la confusión reinante, y proponía distribuir responsabilidades para evitar la centralización en la dirección. La intención de País era una redistribución del poder de acuerdo a la importancia y peso de cada una de

las ramas en el Movimiento; de esta manera, por ejemplo, la Dirección Nacional del 26 de Julio quedaría integrada por seis coordinadores provinciales y un representante del Ejército Rebelde, al mismo tiempo que se crearían milicias armadas en todo el país y se redactaría un programa mínimo. La propuesta del Llano quitaba cualquier papel estratégico a la guerrilla en el plano militar, mientras que en el político, Fidel era acotado por un programa en lo doctrinal y una dirección donde era minoritaria la voz de la Sierra.

El debate interno se vería modificado por dos acontecimientos, uno circunstancial y el otro con una clara intención de buscar alianzas para correr, por el momento, el centro de gravedad política hacia el centro. El primero, la muerte de Frank País el 30 de julio, a manos de la policía de Santiago alteraría significativamente las posibilidades de reformar la estructura del Movimiento, pues, fuera de él, ningún otro dirigente del Llano estaba a la altura para atraer consensos en torno a una estrategia por encima de la órbita fidelista, como se vio al caer en el olvido el plan de reforma propuesto por País. El segundo fue el arreglo al que Fidel llegó con dos figuras representativas de la ortodoxia, Raúl Chibás y Felipe Pazos, al dar a conocer el “Manifiesto de la Sierra”.

El Manifiesto era la expresión de una alianza entre el núcleo duro del 26 de Julio, es decir, la Sierra, y el ala moderada del partido ortodoxo, pues en él se establecía el compromiso de convocar a elecciones una vez que Batista fuera derrocado y crear un llamado Frente Cívico Revolucionario con una estrategia común de lucha, además de nombrar a un presidente provisional. Visto como un “compromiso” necesario, los dirigentes de la Sierra pensaban que era un alto en la

“trayectoria revolucionaria”, pues la correlación de fuerzas no les era favorable todavía para imponer su perspectiva insurreccional.

Los desacuerdos tácticos y estratégicos al interior del 26 de Julio siguieron latentes, aumentando las tensiones. Testimonios de ambos bandos dan fe de esta disputa que estallaría después del llamamiento a la huelga general en abril de 1958. Se ha hecho un lugar común de achacar al Llano la responsabilidad política y estratégica de la huelga de abril, sin embargo, no se repara en el hecho que el llamamiento a la misma fue firmado tanto por Faustino Pérez como por el mismo Fidel en nombre del M-26. El hecho no es menor porque marca el giro definitivo de la estrategia que desplaza a la huelga general como el instrumento de la insurrección a las acciones armadas. Nuevamente el entorno político es el que explica esta situación.

La huelga de abril es un punto de una compleja coyuntura, que definirá el triunfo seis meses después. A poco más de un año de haber iniciado operaciones en la Maestra, toda la política cubana pasa inevitablemente por la figura de Fidel; los detractores del pasado ahora hacen la peregrinación revolucionaria a la comandancia general serrana, se toman la foto y si pueden tratan de sacar un acuerdo, un pacto, un manifiesto, o por lo menos influir en las operaciones estratégicas de los comandantes militares. Los ortodoxos y comunistas ahora sí están dispuestos a apostar, les ha renacido su fe revolucionaria y auguran la caída de Batista; los auténticos y las organizaciones sociales, más cautas, esperan el golpe final que vendrá del nuevo factor del cambio. Para todos ellos la huelga general se ha convertido en su tabla de salvación, que puede generar un espacio de negociación por su posible participación. A esto se añade el embargo de armas del

gobierno norteamericano al ejército cubano desde marzo de 1958. Al parecer todo se está disponiendo para que Batista abandone el poder. Sólo falta el empujón final. Frente este panorama, el Ejército Rebelde tiene un alto valor estratégico frente a la visión táctica del M-26 ciudadano que no vislumbra el día después de la huída de Batista. Estamos ante el tablero del pragmatismo político, el movimiento de las fichas disponibles depende del control sobre las piezas a mover. El control pasa por el aparato revolucionario

Los entretelones de la huelga de abril es un asunto de tal magnitud para el futuro de la revolución que parece increíble que haya tenido tan poca atención por parte de los historiadores cubanos, quienes se limitan a repetir la historia que presentan al 26 de Julio como una organización dedicada y homogénea en torno al liderazgo de Fidel. Un observador atento, y participante activo de estos acontecimientos, como el Che Guevara, nos dejó uno de los pocos testimonios de los dirigentes de la Sierra en la disputa contra el Llano. En sus “Pasajes de la guerra revolucionaria”, el Che reconocía la debilidad guerrillera frente al Llano, ya “que en la práctica, habían conducido los asuntos del 26 de Julio”. Además, reconocía esta pugna subterránea entre las dos concepciones insurreccionales en torno a la conducción de la guerra; las milicias del Llano eran vistas en la Sierra como tropas paralelas sin control guerrillero. Sin embargo, Guevara iba más a fondo del contenido de la disputa, pues advertía, atinadamente, que se debía a las diferentes bases sociales que cada uno había desarrollado en el proceso insurreccional mismo.

Por un lado, el Llano tenía actividades marcadamente urbanas, apostando la caída del régimen a partir de la huelga general en las ciudades, acompañada de sabotajes, mientras que la Sierra tenía en los campesinos su principal fuente de

apoyo social, pensando en el asedio de la ciudad desde el campo. La diferencia de la táctica insurreccional estaba dada en estas condiciones, a partir del entorno social que habían desarrollado los guerrilleros en la Sierra por su contacto con el campesinado y la incorporación a su programa político de una demanda básica para ellos como lo era la reforma agraria.

El fracaso de la huelga general organizada por el Llano el 9 de abril de 1958 dio la oportunidad de ajustar las cuentas en la Dirección Nacional del 26 de Julio. En una decisiva reunión en la Sierra Maestra, en el mes de mayo, la dirigencia del Llano fue literalmente juzgada por la guerrilla, desmantelando a su dirigencia. A partir de esa decisiva reunión, de la cual sólo queda el testimonio público del Che Guevara, Fidel asumirá el control total sobre el Movimiento 26 de Julio en lo político y militar, desde su cargo de *Comandante en Jefe*.

La comandancia de Fidel dio preponderancia al aparato militar, representado por la guerrilla de la Sierra Maestra, como la táctica para la toma del poder a partir del apoyo campesino. En ese sentido, el guerrillero con la Sierra Maestra como imagen idealizada al lado del campesino, se convirtió en el nuevo mito fundacional de esta elite. ¿Pero en qué consistió ese mito? Tres fueron los grandes pilares que lo componían y que, posteriormente derivarían en parte integrante de una teoría revolucionaria: el voluntarismo, el igualitarismo y el ruralismo. Esta será la primera gran transformación de los valores más profundos, más humanos. Como vimos anteriormente, estos pilares no estaban contemplados en la primera valorización programática del Movimiento 26 de Julio, es decir, en su fórmula política. La experiencia del desembarco y reagrupamiento de los hombres que integraban al *Granma* dio una nueva visión de los mismos a los miembros del

movimiento que ahora se consideraban soldados de un ejército con una base social campesina.

El primero de ellos se estableció de inmediato como uno de los grandes mitos revolucionarios cubanos; la lucha por derrocar a un gobierno ilegítimo era obra de la firmeza de un puñado de hombres decididos a llevar a cabo sus ideales, sin importar las consideraciones científicas o materiales⁶¹. No será extraño, en ese sentido, que para Fidel no hubiera ningún problema que los revolucionarios no pudieran manejar. Para el voluntarismo fidelista, cualquier dificultad podría sortearse si existía intención para ello, siempre y cuando la masa estuviera dispuesta a seguirlos, alimentándose mutuamente; ese será el ejemplo y experiencia de la revolución cubana: un audaz grupo de jóvenes decididos a llevar a cabo las transformaciones necesarias pueden crear las condiciones para un cambio político de grandes proporciones.

El voluntarismo parte de la comprensión de las desigualdades que afligen a la sociedad y de ese sentimiento humano en favor de las capas más desprotegidas, y de lo que se puede hacer por ellas desde el poder⁶². El proceso insurreccional moldeará la conciencia de los guerrilleros en las duras condiciones de la lucha armada, al lado de los campesinos con quienes se comparte la misma suerte. El igualitarismo surgirá

⁶¹ En entrevista con otro de sus modernos voceros, Fidel le dirá al respecto: "...pienso que sin una dosis de idealismo no se puede ser revolucionario; sin una enorme confianza en el hombre no se puede ser revolucionario. Un escéptico no puede ser revolucionario [...] Si yo lo fuera ¿cómo podría haber mantenido aquellas ideas, propósitos, aquellos planes?" Véase Gianni Miná, 1988: 181 y 361.

⁶² Al delinear el campo político con respecto a los partidos tradicionales, en especial el ortodoxo, Castro mostraba esa característica al señalar que "El Movimiento 26 de julio es la esperanza de redención para la clase obrera cubana a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas; es la esperanza de tierra para los campesinos que viven como parias en la patria que libertaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza de pan para los hambrientos y de justicia para los olvidados". Véase "Fundación del MR 26 de julio ruptura con la ortodoxia", en Fidel Castro, 1983: 91, también Franqui, 1976: 137.

como una extensión, basado en estas condiciones y se reflejará en una ética revolucionaria que impedirá cualquier privilegio entre el guerrillero y el campesino. Esta situación condicionará un reclutamiento y ascenso abierto para los más capaces, en este caso, al mejor soldado que pudiera dirigir a sus compañeros en la batalla militar. El igualitarismo estará basado en las penalidades y penurias compartidas en la vida diaria. Sin embargo, el igualitarismo, en tanto política, no significó una medida análoga en la participación de la toma de decisiones, que se mantuvo autoritaria y jerárquica. El mando no acepta discusión.

Por su parte, el ruralismo se encadenará a lo anterior por los valores que aportará al proyecto de la construcción de la nueva sociedad. El proceso insurreccional cubano encontrará en el campesino y su entorno al depositario de los valores y formas de vida que pueden universalizarse para la parte urbana de la sociedad. La vida campesina semejará a la llevada por el guerrillero por su camaradería, trabajo fuerte y sentido del sacrificio. El ruralismo no será una simple idealización, sino más bien un camino de formación individual y de cambio cultural, orientado a la experiencia directa que modificará la conducta a través de una profunda confrontación personal con la vida y trabajo rurales. En cierta medida, será recorrer el camino de los guerrilleros en la Sierra Maestra, donde se vieron confrontados con su concepción urbana de la vida y el trabajo. Este trayecto tendrá su icono en la persona de Ernesto Che Guevara. Al leer los diarios y artículos del Che sobre la forma en que adquirieron conciencia de ese proceso se aclararan muchas interrogantes que al enunciarlas teóricamente no se explican.

Estos elementos que fueron conformando la fórmula política revolucionaria, no hubieran tenido éxito sin el gran vacío que dejó la quiebra de todas las

instituciones del antiguo régimen. Al respecto es importante consignar la movilización que diversas organizaciones sociales contra la represión desatada hacia los rebeldes y sus simpatizantes; la sociedad se vio indefensa frente a un poder represivo y abusivo. La movilización social contribuyó a minar aún más la deteriorada autoridad de Batista como presidente y de la clase política que se le unió después del golpe de marzo de 1952. En la primavera de 1958, la mayoría de los colegios profesionales, asociaciones religiosas, cívicas y culturales firmaron un documento donde condenaban al gobierno de Batista, justificando el

desbordamiento de los hombres y mujeres de Cuba, que cambiaron los libros de estudio por el equipo de insurgente en un movimiento generacional que a fuerza de heroísmos y sacrificios dicta ya su norma al país y suma a sus empeños a todas las clases sociales, dominadas por la admiración⁶³.

El documento resulta ilustrativo del ambiente social que prevalecía en Cuba en esos meses de 1958; estas organizaciones sociales consideraban al gobierno de Batista como insensible y además ilegal, al afirmar que “el espectáculo que ofrece al mundo el martirio de Cuba no conmueve a quienes se *apoderaron* del poder, en el que pretenden permanecer *contra la voluntad de todos*”. Por esa razón, consideran que la clase política encabezada por Batista es incapaz de “realizar la normal función de gobierno y de cumplir los altos fines del Estado”, por lo que piden “la cesación del régimen mediante la abdicación de los que ejercen el Poder Ejecutivo y la disolución del Congreso”. El Conjunto de Instituciones Cubanas justificaban su postura por “el instinto de conservación social” y además de contribuir a buscar un “entendimiento

⁶³ Véase “Al Pueblo de Cuba”, en Jules Dubois, 1959: 188-190. El Conjunto de Organizaciones Cubanas estaba integrada por la Confederación Nacional de Profesionales Universitarios, los colegios de Abogados, Contadores, Arquitectos, Ingenieros; el Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas; Sociedad Cultural Nuestro Tiempo; las logias Grado 33 de la Masonería, Pureza, Sol de Cuba; Consejo de Gobernadores del Club de Leones, etcétera, por citar a las más importantes.

civilizado”. Por último, llaman a la sociedad a que “resista a la opresión ejerciendo los derechos que la Constitución otorga al hombre libre”⁶⁴.

Al desmoronarse la clase política⁶⁵, se abrió el camino para una gran experimentación que se reflejó en la flexibilidad y adaptabilidad que mostró el fidelismo desde sus años de formación⁶⁶. Era el inicio de la búsqueda de una política de unidad nacional que se vislumbró desde las guerras de independencia del siglo XIX, al tratar de integrar a una nación. Para los padres de la patria, Céspedes, Maceo, Gómez, Martí, la nación representaba un orden supremo armónico, al cual deberán subordinarse todas las diferencias inherentes a una sociedad, esto es, sociales, raciales, económicas, etcétera. Todo cubano que se identificara con la patria, sin importar su origen social o racial podía integrarse al nuevo orden.

Esa fue la misma idea que alimentó Fidel en su formación como conspirador revolucionario: una sociedad idealizada sin aristas ni roces, armónica y sin

⁶⁴ Un día después de hacerse público este documento, el 16 de marzo, el presidente del Colegio de Abogados de La Habana, José Miró Cardona, estableció la postura de su organización, abonando en favor de la desobediencia civil. Miró, quien después se convertiría en un destacado opositor, consideró “ilegítimo en su esencia” al gobierno de Batista, razón por la cual éste no puede invocar a su favor las disposiciones constitucionales. Al final, el abogado consideraba legítimo el principio jurídico liberal de resistir a la opresión. Otro ejemplo en este sentido, lo dio el magistrado Manuel Urrutia cuando no encontró delito que perseguir a un grupo de acusados de pertenecer al Movimiento 26 de Julio, pues éstos ejercían un derecho legítimo, retomando la tesis del mismo Castro en su demanda judicial de 1952. Este gesto le acarrearía a Urrutia la presidencia provisional en 1959.

⁶⁵ Este aspecto es importante y definirá el futuro político de Cuba, pues ningún partido político u organización insurreccional, incluso las organizaciones sociales tan activas en contra del régimen, ajena al Movimiento 26 de Julio pudo rivalizar con éste y el Ejército Rebelde. La guerra contra el ejército de Batista terminó por desmoronar al único pilar que pudo haber cambiado esta situación; ninguna organización política ajena al fidelismo estuvo en condiciones de servir de contrapeso para la reorganización de la sociedad. El Ejército Rebelde será la única instancia organizada a nivel nacional para acometer esa tarea una vez que Batista abandonó la isla, pues será el instrumento para hacer valer la nueva legalidad, como Castro adelantó en *La Historia me absolverá*.

⁶⁶ Un nuevo estilo político apareció en Cuba, favoreciendo las nuevas formas de hacer las cosas. El propio Fidel diría más tarde que “la revolución es nuestro gran maestro”, para explicar el desarrollo de la política revolucionaria; lo importante será empezar las cosas para demostrar el compromiso a través de la acción. No había otra manera, pues así se inició la propia revolución. Fidel pensaba que, de esa manera, por medio del esfuerzo se abrirían posibilidades y recursos que no podían imaginarse siquiera antes de iniciar las tareas. Demasiada especulación previa tendía a erosionar la voluntad y coraje de los revolucionarios.

contradicciones. *La Historia me absolverá* nos muestra la elaboración de este ideal. Desprovisto de cualquier aparato conceptual basado en el análisis marxista tradicional de las clases sociales, los problemas reflejarán una “conducta errónea” en el contexto social actual, es decir, de una opción moral equivocada:

Quizá el mayor idealismo nuestro haya sido el creer que en una sociedad que apenas acaba de salir del cascarón, en un mundo que durante miles de años ha vivido bajo la ley del talión y de la ley del más fuerte, y la ley del egoísmo, y la ley del engaño, y la ley de la explotación, se pudiera caer así, de un salto, en una sociedad donde todo el mundo se comportara de una forma ética y moral.⁶⁷.

Los desajustes sociales provocados por el capitalismo en la sociedad y economía, obedecían de alguna forma al resultado del desarrollo imperfecto del pasado. Entre estas imperfecciones, la más importante estaría en la relación con los Estados Unidos. Desde la época de la revuelta del 33, la problemática relación con ese país fue considerada como el punto de toque de la construcción de un nuevo sistema que pudiera cristalizar el ideal libertador de los padres de la patria, sobre todo el del Apóstol, para quien la independencia cubana sólo sería posible rompiendo con la tutela económica y política que los yanquis pretendían imponer sobre la isla. El desarrollo histórico cubano en el siglo XX fue la realización de ese temor advertido por Martí y del fracaso de su clase política, que nació subordinada y colaboracionista con ese sistema de dominación externa. Desde la generación libertadora que fundó la

⁶⁷ Al pronunciar su discurso en el primer aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución en 1961, Castro enfatizó que todos los cubanos podían pertenecer a ellos, sin importar su edad o posición. Después de todo, la revolución es “la gran unión de todas las personas honestas, de todas las personas útiles, de todas las personas estudiosas, de todas las personas dignas, de todas las personas que producen para el pueblo” frente a “los enemigos del pueblo, a los enemigos de las masas, a los parásitos, a los explotadores, a los haraganes, a aquellos que no trabajan, a aquellos que viven del trabajo de los demás”. Véase Fidel Castro, 1976, “Discurso en el primer aniversario de los CDR”.

república hasta la generación nacionalista de los auténticos, ortodoxos y en su momento Batista, Cuba no encontró una elite que enfrente ese problema.

La llamada generación del Centenario o del Moncada, sí advertirá este problema y lo enfrentará, por primera vez en la historia cubana hasta sus últimas consecuencias, para ejercer plena soberanía sobre sus asuntos. La fórmula política del 26 de Julio y del Ejército Rebelde, tendrá en este nacionalismo el punto culminante de su fórmula política, primero como antiimperialismo, que a su vez se transformará en socialismo cuando los Estados Unidos fueron desplazados en su papel tutelar en el funcionamiento de la clase política cubana.

Este punto permitirá tender un puente con la sociedad para identificar los intereses del conjunto de la nación con los de la elite; permitirá una identificación entre quien gobierna y es gobernado, pues a partir de la realización del ejercicio soberano, la elite podrá llevar a cabo las políticas propuestas a la sociedad.

El 1 de enero de 1959 terminaba con una etapa en la historia de Cuba; se abría un horizonte para llevar a cabo la realización de muchos sueños e ideas. Una nueva elite había podido movilizar al conjunto de la sociedad en torno a un programa de reformas sociales e independencia nacional. Se abría el camino para la conformación de un nuevo sistema.

Capítulo V

El guerrillero de la vanguardia a la elite socialista

El 1 de enero de 1959 Fulgencio Batista huía de Cuba, habían pasado seis años y medio desde aquel 10 de marzo de 1952 cuando entró al campamento militar de Columbia para hacerse del poder con la ayuda del ejército. Su avión despegaba desde un aeropuerto militar para dirigirse al exilio del que nunca volvería. Su salida del poder recordaba en mucho los momentos que Carlos Prío había pasado al enterarse de la sublevación militar, únicamente acompañado de los incondicionales. Estaba solo y como a Prío, nadie lamentó su partida. Pero a diferencia del político Auténtico, él dejaba tras de sí un complejo problema político con el que venía lidiando desde 1953, aunque en forma intermitente, y permanentemente desde un par de años atrás; su reconocida capacidad política para negociar, puesta a prueba desde aquellos intensos días de septiembre de 1933 –cuando saltó al primer plano político del país al comprobar la validez de la tesis vanguardista en la toma del poder– había terminado. Con el fin de la carrera política de Batista la II República, producto de 1933, estaba por concluir su ciclo. Batista dejó la isla sin percatarse de la profundidad de los cambios que estaban por venir; ni él, ni los Auténticos o los Ortodoxos, que habían dominado la política y sus formas, se imaginaban lo que sería ese año de 1959. En los próximos meses también terminaría la Cuba que todos los de su generación habían construido veinte años atrás.

El joven insurrecto del Moncada en 1953 se había transformado de un líder político de un pequeño grupo, a jefe político de una revolución que decía a pleno pulmón que a partir de ahora las cosas serían diferentes. Uno de los grandes historiadores de este periodo definiría esos días como la “ilusión lírica” y parafraseaba al escritor Hemingway para describir los primeros días de enero como “un momento de decencia” después de un periodo violento. A decir verdad, la apreciación no tenía nada de exagerada, pues casi todos en Cuba festejaban la caída de Batista y celebraban los discursos esperanzadores del nuevo líder político que prometía una nueva república ante la madre de los caídos que, en tropel, acudían a él para depositar la memoria de sus hijos.

Cuando Fidel pidió luchar “contra el 10 de marzo sin volver al 9” el mensaje no fue bien descifrado por sus destinatarios. 1959 no sería una vuelta de tuerca. Sería el destornillamiento de eso que los aliados de última hora del movimiento insurreccional creían como inamovible. En su discurso en el Parque Céspedes de Santiago, Fidel delinearía el camino que seguiría al anunciar la vigencia de una verdadera revolución; como tal, durante los siguientes meses se dedicaría a construir los instrumentos del poder revolucionario, empezando por desaparecer al ejército regular y reemplazarlo por otra estructura armada en cuya cabeza se encontrarán los comandantes del Ejército Rebelde de la Sierra Maestra. Una vez conseguido esto, lo demás sería un proceso paulatino pero acelerado. Contaba con un núcleo probado en su lealtad y eficacia, sus miembros formarían a la nueva elite gobernante. Este proceso se caracteriza por el corrimiento del centro de gravedad hacia la izquierda con la incorporación del Partido Socialista Popular (PSP) y el Directorio Revolucionario y puede analizarse en dos momentos: el primero con el

desplazamiento de los aliados de último momento, principalmente Ortodoxos y organizaciones civiles; el segundo con la construcción del nuevo aparato político desde 1960 y que concluirá en 1965 con el anuncio de la fundación del Partido Comunista de Cuba. En ambos casos, la dinámica tendrá un saldo rojo, pues la construcción de las estructuras del poder no suelen ser tersas dentro de una revolución. Es también aquí donde encaja la tesis de la Guerra Fría: los comunistas cubanos estaban detrás, así que lo único que habría que saber es desde cuando habían preparado el asalto al poder.

En este sentido, la aparición de la versatilidad intelectual del Che Guevara para explicarnos su teoría sobre el proceso revolucionario cubano resulta vital. Con el Che como el teórico revolucionario aparece un debate sumamente importante, ¿qué tipo de vanguardia se requiere para hacer la revolución? La década de los años sesenta será rica en probar la tesis guevarista en diversas partes del mundo, pero al mismo tiempo nos señala el límite de la influencia comunista en Cuba. Por los datos del debate señalado, parece poco probable que los comunistas estuvieran detrás manejando los hilos de la estrategia revolucionaria de la Sierra Maestra, es más, podríamos decir que entre 1959 y 1965 lo que sucede en Cuba es el desmantelamiento de la estructura política del PSP y la adecuación de la historia del comunismo cubano a la trayectoria de la nueva elite del poder. Además por la respuesta que el partido dio a los escritos del Che, bastante complaciente en el tenor de acomodar una interpretación marxista a esas ideas, no existió un debate teórico sino una subordinación doctrinal. Como veremos en este capítulo, nunca se pone en duda la importancia de la vanguardia como catalizador revolucionario, al contrario, la teoría del Che es la apología de la acción de la vanguardia; lo que está

a discusión es el tipo de aparato que se crea para tal fin y a quién representa. Ni el Che ni Escalante responderán la gran pregunta de por qué la clase obrera cubana no asumió un papel destacado en la lucha insurreccional y por qué este papel tuvo que ser tomado por los campesinos y las capas medias. Este punto no es menor en la discusión, sobre todo si para finales de 1959 se aceleran las medidas radicales en contra de las bases económicas de la burguesía nativa, de tal forma que para fin del 1961 ya la revolución se ha transformado en socialista. En este contexto, entonces, la polémica que buscaba el Che no era con los comunistas –que estaban de acuerdo con un punto básico–, sino al interior del propio M-26 por demostrar y justificar la preponderancia de la Maestra sobre el Llano y por qué la revolución la deberían de dirigir los comandantes formados en la batalla.

El capítulo se completa con las formas que asumieron para el control de nuevo aparato político y cómo es a partir de esta construcción que la polémica teórica se diluye, por lo menos en el ámbito cubano, para centrarse en los problemas de la organización. En primer lugar, estos pasan por el reconocimiento de la existencia en Cuba de tres fuerzas destinadas a realizar esa transformación: el M-26, el PSP y el Directorio Revolucionario. Así se darán a conocer las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) que primero unifican a las bases juveniles de las tres organizaciones. Ahí sí vendrá el verdadero choque con los cuadros dirigentes del PSP y los comandantes guerrilleros que tendrán como saldo la purga del principal teórico del partido, Aníbal Escalante, por su “sectarismo”. Veremos que la salida de Escalante modificaría la composición de la elite que ya no tendría un mismo origen político ni de socialización, pues cada una de las organizaciones proporcionaría a los individuos estas características. Lo que sí

resultará relevante es el resultado: la supremacía de los comandantes guerrilleros por sobre las otras dos organizaciones, sobre todo el PSP; si al conformar la dirección de las ORI encontramos una división paritaria entre el M-26 y el PSP, después del asunto del “sectarismo”, la proporción favorecerá a los primeros y se mantendrá en adelante con el Partido Unificado de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) y del nuevo Partido Comunista de Cuba en 1965.

¿Guerrilla o movimiento, qué tipo de vanguardia?

El primer esfuerzo teórico por explicar a la revolución cubana fue hecho por el Che Guevara en enero de 1959 en la Sociedad Nuestro Tiempo. Ahí el Che desarrolla, por primera vez, las singularidades de la experiencia de la Sierra Maestra. Recordará que cuando él señalaba la necesidad de escribir un Programa Político, se le respondía que lo único que podían hacer era derrocar a Batista. Consideraba que esta respuesta se debía a la inmadurez de la conciencia política como grupo en busca del poder. Fue la incorporación campesina al Ejército Rebelde lo que definiendo esta conciencia y cohesión de objetivos políticos al establecer a la reforma agraria como el vínculo entre la base campesina y la vanguardia. Otro aspecto relevante de este proceso fue el cambio en la estrategia insurreccional que Fidel dio luego de la huelga de abril de 1958.

El Che establece la primera gran premisa de la experiencia revolucionaria cubana al señalar la incorporación de un núcleo ajeno a la comunidad campesina, como lo señaló en “Proyecciones sociales del Ejército Rebelde”. Es decir, sin abandonar el aspecto central de la experiencia histórica cubana, el de la vanguardia, Che aportará al transformarla en otro tipo de vanguardia, hasta

entonces inédita. En otro escrito suyo, “Qué es un guerrillero”, fue más explícito al identificarlo con el ejercicio de la libertad: “...el combatiente de la libertad, el elegido del pueblo, la vanguardia combatiente del mismo que lucha por la liberación”.

El guerrillero es el militante de la vanguardia, en concreto, “vanguardia armada” de todo el pueblo. Era también un “reformador social” cuya misión es la destrucción de las instituciones existentes, empezando en las zonas agrícolas donde la presencia del Estado es incipiente. La reforma agraria es el instrumento de transformación social más importante, pues con ella se destruye el viejo mundo y se construye el nuevo.

¿Por qué resultan importantes los planteamientos teóricos del Che?, pues de acuerdo con el desarrollo de la historia política de Cuba, el campesinado no había participada activamente después de la guerra por la independencia en 1898. Con su interpretación, Che iba más allá y también se instalaba en la interpretación histórica de Cuba, situación no muy ajena a las batallas políticas que estaban por iniciar en enero de 1959. Después de la toma triunfal del poder, sucede un proceso en paralelo entre la construcción del aparato político para el ejercicio del poder y la interpretación teórica del mismo¹.

El Che, sabedor de lo que estaba diciendo y a quién se lo decía, se justificaba al afirmar que la revolución cubana había derribado dogmas sobre la conducción de las masas para librarse de la tiranía. La guerrilla como nueva vanguardia, sólo había modificado algo ya existente, es decir, al papel de la propia vanguardia

¹ La teoría enunciada por el Che, se basaba en tres supuestos básicos: 1) las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército regular; 2) No siempre hay que esperar a que se den las condiciones para la revolución, la vanguardia guerrillera puede crearlos; 3) En América Latina, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente en el campo.

leninista. Eso tocaba el corazón de la existencia de los partidos comunistas establecidos y lanzaba el reto para transformarse al amparo del modelo cubano. La crítica del Che es contundente: si cuentan con un aparato de vanguardia, ¿por qué no hacen la revolución? Lo que Fidel había demostrado, desde el asalto al Moncada y en la Maestra, era precisamente esa idea del valor de una vanguardia decidida a hacer la revolución, sin esperar a que los tiempos decidieran la estrategia, por el contrario, es la acción de la vanguardia la que crea la estrategia. Che confrontaba al leninismo con esta tesis al definirlo como producto de una política “quietista”. Aunque no los menciona por sus siglas, es evidente que hace una referencia concreta al PSP cubano, por el momento todavía la polémica no es continental con los partidos latinoamericanos. El fuerte debate que se producirá años después con el Partido Comunista Venezolano, tiene como antecedente los primeros escauceos teóricos del Che en contra de los comunistas cubanos. En cuanto a la preferencia de la lucha armada en el campo, ésta no es el punto medular del guevarismo. Lo medular está en la acción misma de las armas y dada las condiciones de desarrollo en América Latina, las mejores condiciones están en el campo. La reforma agraria es subsidiaria de esta idea del atraso que la revolución debe transformar.

El guerrillero es la vanguardia que transforma las condiciones políticas en objetivas, haciendo del campesino el agente revolucionario que irradiará las ciudades con su ejemplo. La acción de la vanguardia es doble, por un lado debe crear las condiciones revolucionarias, pero al mismo tiempo debe crear al sujeto revolucionario. El Che es consciente que el campesino por sí mismo no puede

desarrollar la ecuación, para eso está la vanguardia². El papel de la vanguardia está en conducir, como un director, que pone en movimiento a la orquesta. En este punto Che es enfático, la acción del grupo de vanguardia es lo primordial, el pequeño grupo que desencadena procesos mayores y que es capaz de conducirlos una vez que ha creado la conciencia en las propias masas y se han unido a la revolución. Che invierte la tesis leninista de que la vanguardia debe incorporarse a la lucha de las masas, ya que son éstas las que se agregan a la acción de la vanguardia, que dicho sea de paso, no es ni campesina ni obrera. He aquí la fascinación de los grupos urbanos radicalizados, conscientes de la necesidad del cambio por el modelo cubano de la guerrilla como forma de vanguardia. Sólo se requiere la decisión en triunfar o morir heroicamente; además, toda vanguardia debe estar dispuesta a ello.

Para salvar su aportación teórica, Che admite que este desarrollo fue producto de las condiciones específicas de la Maestra, que no había teoría y que, por lo tanto, no se lo copiaron a nadie. Todo es original. Sin embargo, lo que Che omite es el trabajo político que Celia Sánchez había realizado antes de que los expedicionarios del *Granma* llegaran a las costas cubanas y que la caída como ángeles en el mundo campesino fue posible gracias a Celia y sus vínculos con los Pérez de la Maestra. Por otra parte también se nota la descontextualización histórica de los mismos acontecimientos que narra. Che no era muy consciente del propio desarrollo de la noción vanguardista cubana; tiene razón en cuanto al papel de la vanguardia como catalizador revolucionario, pero eso mismo había

² El guerrillero debería actuar como un “ángel tutelar” que ayuda siempre al pobre. Por su condición externa, los guerrilleros “no son hombres que tengan la espalda curvada día a día sobre el surco; son hombres que comprenden la necesidad de los cambios en cuanto al trato social de los campesinos pero no han sufrido, en su mayoría, las amarguras de este trato”.

demostrado Fulgencio Batista con sus sargentos y los estudiantes y profesores universitarios de clase media en 1933 al desarticular al ejército y crear las condiciones revolucionarias para incorporar a las masas a las transformaciones sociales que vendrían después. Sin la vanguardia de 1933, la acción del Moncada veinte años después hubiera sido casi impensable.

Queda por estudiar un aspecto fundamental para comprobar la teoría del Che, y que tienen que ver con la incorporación campesina al Ejército Rebelde, lo cual no quiere decir que se invalide la premisa de la importancia de la vanguardia. Independientemente del trabajo previo de Celia que condicionó la respuesta favorable de los campesinos, debemos de tratar de establecer el número de incorporados como combatientes de línea, no auxiliares o guías y mensajeros, para inferir que en realidad modificaron al núcleo guerrillero. A lo largo de 1957, el primer año de acciones armadas, se incorporan los primeros campesinos pero inmediatamente ingresó un grupo mayor (70) desde Santiago enviados por Frank País, con lo cual se modificó drásticamente la composición de los combatientes, que se nutrieron constantemente del aporte de las ciudades. La falta de los registros nos impide verificar los testimonios orales, sobre todo de Fidel, que oscilan entre 160 a 300 y menos de 500 hombres armados en las batallas decisivas del verano y otoño de 1958. Che admite en sus “Proyecciones sociales del Ejército Rebelde” que el vínculo entre la vanguardia guerrillera y los campesinos se dio hasta después de la huelga de abril de 1958, es decir, ocho meses antes del fin de las hostilidades. Con este panorama ¿cómo pudieron los campesinos radicalizar a la vanguardia urbana? Para mediados de 1960, el mismo Che afirmaba que “los

campesinos han cumplido con su primera etapa histórica”; para entonces, hablaba como el responsable de la industrialización.

Como sea, el dato relevante es que la composición social del Ejército Rebelde, por no decir del M-26, no pasa por los campesinos como grupo social mayoritario, siempre están en desventaja numérica frente a los militantes de la ciudad, aun dando por ciertas las cifras de Fidel de 160, 300 a 500 hombres armados. Es tan bien poco creíble que los campesinos de la Maestra tuvieran como reivindicación básica la reforma agraria, porque esta fue otra demanda nacida en el seno de la vanguardia e incorporada muy tardíamente al ideario del M-26. También es necesario señalar que el ejército Rebelde no era la totalidad de la organización, al contrario, el grupo guerrillero solo se puede explicar por la existencia del M-26. Este último, por ejemplo, nunca perdió su fisonomía de organización política de la ciudad; su composición social por militantes nos daría un resultado interesante de capas medias urbanas con reivindicaciones acordes con estas capas sociales, donde la reivindicación de los derechos políticos es fundamental. El M-26 era un abanico representativo de la clase media cubana.

Cuando el Che empezó a ser públicamente notorio por sus escritos, ¿cómo reaccionaron los comunistas del PSP? En enero de 1959, Aníbal Escalante escribió en el periódico del partido, que:

La revolución cubana, más que seguir el camino revolucionario clásico, ha seguido el camino aquél en que el movimiento se inicia y desarrolla en el campo lejano y finalmente envuelve a las ciudades y singularmente a la capital. Y en esta experiencia que rompe dogmas y criterios preestablecidos, se eleva a gran altura la visión de Fidel Castro y su Estado Mayor; como hay que reconocer, asimismo, el papel que en definitiva jugó el PSP para abrir paso al “camino chino” (*Hoy*, 25/II/59: 4).

El PSP fue sin duda una organización compleja que atravesó por la vida política cubana desde las postrimerías de la dictadura de Machado en la I República hasta el final de la segunda; colaboró con Batista y se resignó a desaparecer su nombre original por uno más adecuado cuando apareció la Guerra Fría. Cuando asoma Fidel y su idea de vanguardia insurreccional, el PSP mantiene una distancia crítica, hasta que se inicia la última etapa de la insurrección en 1957, entonces deciden un cambio significativo de acercarse a Fidel. Este acercamiento concluirá con este análisis de Escalante³ que era un homenaje y reconocimiento a la tesis fidelista de la toma del poder. Aceptaban la tesis del Che y asumirían las consecuencias de ello, como veremos más adelante. El PSP no debatió con Che, se acomodó a la visión predominante y la justificó como la política del partido. En mayo de ese año, Escalante publicó en la revista teórica del partido, *Fundamentos*, “El marxismo y la revolución cubana”, donde reiteraba la tesis de enero que venía repitiendo desde entonces: en Cuba había ocurrido una revolución explicable con el modelo marxista ortodoxo, pero incorporando las particularidades del modelo guevarista. Pese a la feliz coincidencia, había un punto que ninguno de los dos pudo explicar, ¿por qué la clase obrera cubana no tomó un papel fundamental en la lucha? Quedaba claro el papel de la vanguardia y la masa campesina, pero no el de la clase obrera, al igual que el de las capas medias, mayoritarias en el M-26. La respuesta desde el punto de vista elitista, y también marxista, es claro: sin la vanguardia no es posible realizar la revolución, sin embargo, los esfuerzos de la vanguardia no impactaron a la clase obrera, pues desde la insurrección se quedaron esperando la huelga general que desencadenaría la caída de Batista y que nunca

³ Véase *Hoy* del 25 y 28 de mayo de 1959 y el 7 de julio del mismo año. Para completar el asunto, también vale la pena de Blas Roca, *29 artículos sobre la revolución cubana*, La Habana, 1960.

llegó. La experiencia de abril nos obliga a reflexionar sobre ello, pues su fracaso iba más allá de problemas de coordinación y de la desconfianza en los comunistas que mantenían los responsables obreros del M-26. ¿Por qué la clase obrera cubana no asumió un papel revolucionario?

Quien da la respuesta a esto es el mismo Fidel en su famoso discurso del 2 de diciembre de 1961 —donde se declara marxista leninista— al analizar el contenido de clase de las fuerzas revolucionarias: al PSP le corresponde la representación de la clase obrera, pues es su vanguardia; en el M-26 se congregan campesinos, en primer lugar, luego obreros adherentes provenientes de los partidos de clase media, como el Ortodoxo, luego añadiría a los profesionales y estudiantes como “elementos progresistas de la clase media”; el Directorio Revolucionario representaba a las clases medias progresistas. Así, se terminaba por componer una situación que dejaba a todos con una porción de la representación de clase en una revolución socialista. Fidel no peleaba los porcentajes, donde sí no se movería ni un ápice sería con relación al control de la organización política. Él sí debatiría con los comunistas latinoamericanos, en especial con los venezolanos, en torno al tipo de aparato revolucionario necesario. Sin embargo, dejaba claro que éste siempre tendría que ser elitista.

1959, un momento de decencia

Al llegar a La Habana después de atravesar la isla en un recorrido triunfal, Fidel se encontraba rodeado por un ejército de supuestos consejeros políticos. Nadie dudaba en donde estaba el poder en esos momentos, en las manos del joven rebelde que ahora se veía al frente de un proceso mucho más complejo que

encabezar una insurrección. Visto en retrospectiva, el asunto quedó muy claro desde esos primeros días de enero de 1959, el poder iría donde él se desplazara físicamente, no se quedaría en las paredes y gabinetes del palacio presidencial, mucho menos en las manos de los ministros y consejeros del gobierno provisional. El nombramiento de Manuel Urrutia como presidente provisional y las designaciones para ocupar los lugares de ministros en un gabinete igual de provisional que el presidente, formaron parte de la “ilusión lírica” y del momento de decencia que el país necesitaba.

Fidel no era miembro del gabinete ni tenía un cargo de relumbrón, era el encargado de la reorganización del Ejército, es decir, su jefe, lo cual le permitiría moverse por toda la isla sin ningún problema. Durante enero, Fidel pronunció 12 discursos, sostuvo cinco conferencias de prensa (extranjera); apareció en dos programas de televisión; visitó Caracas para agradecer el apoyo brindado en 1958 por la Junta encabezada por el Almirante Larrazábal; regresó a la Maestra para hablar de la reforma agraria. En febrero declara a Che cubano por nacimiento, para quitarle cualquier impedimento para ocupar altos cargos gubernamentales.

Mientras Fidel iba y venía, en La Habana se formó el gobierno provisional⁴ encabezado por Manuel Urrutia, un juez de Santiago que se había negado a sancionar con prisión a un grupo de insurrectos llevados a juicio. Como Primer Ministro está José Miró Cardona, abogado reconocido y activista de las organizaciones sociales que pidieron la renuncia de Batista. Los ministros eran el

⁴ Urrutia fue designado como Presidente Provisional por Fidel el 2 de enero en Santiago. La composición del gabinete fue con la aprobación de Fidel, quien le sugirió “homogeneidad” entre los integrantes ante la pretensión de Urrutia de incluir a todos los sectores revolucionarios. Visto en perspectiva, desde aquí podemos ver como se va controlando todo el proceso. La composición de los hombres del presidente favorece el control de Fidel. Este primer desencuentro entre ambos marcaría la tónica de los meses de la presidencia de Urrutia, es decir, una total ausencia de sintonía.

reflejo de la decencia que invocaba Hemingway: Roberto Agramonte en Relaciones Exteriores era un político ortodoxo que había sido postulado como candidato presidencial en 1952. Rufo López Fresquet en Hacienda era un economista, formado en la época de los auténticos, como experto en finanzas públicas. Raúl Cepero Bonilla en Comercio, era un periodista especializado en asuntos económicos, autor de obras fundamentales para la historia económica del país. Ángel Fernández en Justicia, era un abogado amigo de Urrutia. Luis Orlando Rodríguez fue nombrado ministro del Interior, era un veterano activista universitario, militante ortodoxo y como editor del periódico *La Calle*, dio cabida a las opiniones del Fidel conspirador, posteriormente estaría en la Maestra editando *El Cubano Libre*. Manuel Fernández estaba al frente del ministerio del Trabajo; era un veterano de la revolución de 1933, asociado a Guiteras y después al MNR de García Bárcena. Regino Boti en Economía, mantenía el mismo perfil que Rufo López Fresquet, tecnócrata formado en los gobiernos auténticos pero era ortodoxo.

Frente a ellos se encontraban los jóvenes del M-26 que habían sido nombrados ministros. Faustino Pérez era ministro de una oficina denominada de Bienes Confiscados. Manuel Ray en Obras Públicas, era un veterano de la resistencia urbana de La Habana, dirigió las acciones de sabotaje. Armando Hart en Educación, era un joven abogado con experiencia en el activismo universitario, militante del MNR y después del M-26, había pasado unos meses en la cárcel, donde se fugó. Augusto Martínez Sánchez en Defensa, también era abogado, había estado en la Sierra Cristal como consejero jurídico de Raúl. Humberto Sorí Marín en Agricultura, había estado en la Maestra con Fidel, fue el redactor de la primera Ley de Reforma Agraria, militante de organizaciones católicas. Enrique Oltuski en

Comunicaciones, había sido el responsable del M-26 en Las Villas, donde recibió, de no muy buenas maneras, al Che en la última etapa de la guerra. En el ministerio de Salud se habilitó al doctor Julio Martínez Páez, médico de campaña en la Maestra desde 1957, además de militante del M-26. Como secretario del Consejo de Ministros estaba Luis Buch, quien había servido de correo en importantes comunicaciones⁵.

El distanciamiento⁶ de Fidel contribuiría a que el gobierno provisional no terminara de definir su propio papel, entonces centrado en normalizar la administración pública, donde cada ministro ejerció una especie de patronazgo sobre sus respectivas burocracias; en puestos de segundo nivel los ministros colocaron a gente de su confianza y éstos a su vez, a otro grupo de conocidos. También se utilizó el criterio de la jerarquía en la militancia en el M-26 y el Ejército Rebelde para designar a los responsables en ese tipo de puestos. Como en otros procesos del pasado, en 1959 se depuró a la burocracia para darle un nuevo perfil, lo mismo al sistema público de educación básica, llegando al universitario donde se desataría una pugna por controlar a la principal institución de educación superior,

⁵ Las provincias estaban tomadas militarmente por comandantes guerrilleros. Camilo estaba al frente de la provincia de La Habana y al mismo tiempo era jefe del Estado Mayor del Ejército, Raúl se encargaba de Oriente, Huber Matos de Camagüey, Calixto Morales de Las Villas, Derminio Escalona de Pinar del Río y William Gálvez de Matanzas. Che estaba al frente de La Cabaña, donde permanecía Ramiro Valdés como su segundo. Los discretos puestos al que fueron designados los miembros más influyentes del primer círculo de Fidel no es indicativo de pérdida de influencia, por ejemplo, un telefonema de Celia Sánchez valía mucho más que el de cualquier ministro, incluido el presidente provisional, pues Celia operaba las indicaciones de Fidel.

⁶ Dentro de los ministros, aun los del M-26, sólo Hart y Augusto Martínez Sánchez tenían la facultad de acordar personalmente asuntos de sus ministerios con Fidel. Faustino y Ray, como operadores del Llano en La Habana, había estado en la Maestra para recibir la descarga por los resultados de la huelga de 9 de abril. Sorí Marín y el doctor Martínez Páez, pese haber estado en la Maestra un buen tiempo con actividades de cierta importancia, difícilmente podrían considerarse miembros del primer círculo. Agramonte y Miró Cardona es probable que nunca se habían cruzado con Fidel antes de 1957. Urrutia había obtenido el cargo gracias a la resonancia del resultado de un juicio, y como una forma de alejar a los ortodoxos de esa posición, no a su militancia política. En cierta medida, el gabinete reflejaba la coalición civil que ayudó a aislar políticamente a Batista en el segundo semestre de 1958, donde los ortodoxos mantenían un papel relevante, aunque fuera formal.

la Universidad de La Habana. Otra institución donde la depuración de “colaboracionistas” se aplicó a fondo fue el poder judicial. El Tribunal Superior vio partir a 36 de sus 40 jueces, mientras que el 20% de los jueces de distrito fue cesado en sus funciones. Los afanes de purga no fueron tan intensos como parece a primera vista, a excepción del Ejército y del Tribunal Superior, la burocracia estatal se mantuvo sin modificaciones dramáticas, incluso el propio Ejército daría cabida a oficiales y suboficiales, que serían importantes piezas para mantener cierta organización en los primeros meses de la transición.

Después vendría la demolición, rápida pero discreta, de los cimientos de la II República. Primero fue el tema de las elecciones; a excepción del viejo Tony Varona que las reclamó, nadie entre los Auténticos y Ortodoxos se acordó de ellas, menos en oponerse al decreto que prohibía la actividad a los partidos políticos que habían concurrido a las elecciones presidenciales de 1958, que aplicado estrictamente afectaba a ambos partidos, pues Grau se había presentado (y retirado en el último momento) por los Auténticos y uno de los Márquez Sterling por lo que quedaba de los Ortodoxos.

El verdadero fin iniciaría con el decreto del 7 de febrero de 1959 por el cual se daba por abrogada la Constitución de 1940 y se aprobaba una Ley Fundamental de la República que establecía que el poder Ejecutivo asumiría las facultades de legislar; con tal facultad, sólo el Ejecutivo podía derogar dicha ley. ¿Por qué los liberales de la ortodoxia y del M-26 en el gabinete aprobaron dicha medida? Con ella la III República nacería en el vacío jurídico al ser gobernada a punta de decretos del Consejo de Ministros hasta la entrada en vigencia de la constitución socialista en 1976 y, con ella, de la Asamblea del Poder Popular. La memoria

política es corta; Fidel había anunciado esto en 1953 con la *Historia me absolverá*: la primera ley revolucionaria facultaba a gobernar de esa manera. Por supuesto que nadie lo recordaba, ni se acordó en el futuro que esto no era obra de los comunistas. Era simplemente una exigencia del movimiento de vanguardia.

El Primer Ministro Miró Cardona, eminente abogado, si se dio cuenta no lo comentó en público y se dejó llevar por la “ilusión lírica” que estaban viviendo con Fidel. Presentó su renuncia y además recomendó darle el puesto a Fidel; todavía tuvo tiempo de irse como embajador a España antes de sentirse desilusionado y abandonarse a las conspiraciones que la CIA emprendería. Otro eminente abogado, el Presidente provisional, Manuel Urrutia, no se atrevió a vetar esos dos decretos, es más, en sus memorias no menciona el hecho como la situación jurídica más trascendente de la revolución. Tampoco recordará que aplaudió con verdadero entusiasmo de demócrata practicante, la propuesta de Fidel de prohibir la actividad de todos los partidos políticos por un espacio de 8 a 10 meses, periodo en el que se organizarían las elecciones⁷. Don Manuel se uniría a la legión de desilusionados y traicionados del castrismo⁸ e iniciará el modelo literario de los derrotados políticos, el de las memorias como forma de ajustar su actuación frente al huracán que no supieron capotear.

⁷ Al siguiente día de su arribo a La Habana, Fidel declararía que “Los partidos políticos se organizarán dentro de unos ocho o diez meses. En los tres primeros meses de la liberación es un crimen lanzar al pueblo a la política. Es mejor trabajar febrilmente para reconstruir la nación... En Latinoamérica pocas veces se han dado revoluciones que no fueran meros golpes de Estado” (citado en Thomas, 1982: 264). Cuando a alguien se le ocurría preguntar por el tema, diría que las elecciones se celebrarían después de aplicar la reforma agraria o después de que todos supieran leer y escribir, y así... hasta que nadie más volvió sobre el punto.

⁸ Es un dato relevante: ningún demócrata de entonces, como Franqui y Matos, por citar a los dos más importantes que con sus memorias han reflexionado lo sucedido, apuntan nada en este sentido. ¿Tampoco se dieron cuenta lo que significaba gobernar por decreto o dejar sin efecto las leyes constitucionales de la II República? Tal parecería que la verdadera ilusión lírica fue la democracia.

Revolución, el periódico oficial del M-26 dirigido por Carlos Franqui, en uno de sus editoriales reflejaba la actitud de los demócratas y liberales: “Terminamos con todos los vicios del pasado, todos los viejos juegos políticos. El triunfo de la revolución no puede dar luz verde a los intereses mezquinos de los oportunistas de siempre. Que los mascarones que no participaron en la lucha revolucionaria... no tengan la oportunidad de traicionar a la revolución con su hipocresía. Los hombres de talento que pertenecen a los partidos políticos concretos ya tienen puestos en el... gobierno provisional... Los demás... mejor sería que se callaran” (citado en Thomas, 1982: 265). El ajuste de cuentas con los partidos políticos tiene su antecedente en un Decreto emitido en la Maestra en 1958, el cual prohibía por 30 años, a toda organización política que hubiera participado en las elecciones presidenciales de ese año. Los Ortodoxos se encontraban profundamente divididos en cuatro facciones, cada una actuando por su cuenta, pero todos condenados a depender del liderazgo de Fidel; su futuro como partido independiente no era muy promisorio, sobre todo cuando sus dirigentes se entregaban a la “ilusión lírica” de los días de enero, ya sea como ministros o directores de organismos estatales. El pasado ortodoxo de Fidel y la participación de muchos de sus militantes en el M-26 les daba para el optimismo. Los Auténticos también se encontraban en una situación un tanto parecida, recuérdese que Prío había financiado la compra del *Granma* y las armas que se utilizaron en el desembarco de diciembre de 1956. El mismo Prío saludaba, el 4 de enero de 1959, “en esta nueva era de democracia y libertad”. Nadie recordaba que él era el último presidente constitucional.

Con la renuncia de Miró Cardona, Fidel asume nominalmente lo que era un hecho real, el poder dentro del gabinete presidencial de Urrutia, no sin antes

aclararle al presidente que lo haría pero con una ampliación de poderes para “actuar con eficacia”. En el gabinete nadie protestó y con ello dejó arrumbado a un presidente quien sólo podía vetar las leyes que sancionaba el Consejo de Ministros, pero con la advertencia de “no hacerlo”. Poco a poco se empezaría a ir los demás políticos ortodoxos y civiles ajenos al M-26; para mediados de 1959 la composición del gabinete era totalmente diferente. Después, a Urrutia sólo le quedó seguir el camino de Miró Cardona e intentar irse, sin embargo, su salida sería menos airosa que la del Primer Ministro. Fidel lo denunciaría públicamente como un obstáculo para la revolución y se adelantaría planteando su propia renuncia por “impotencia”. El problema era la postura política del presidente provisional⁹.

Previo a la celebración del primer aniversario del 26 de Julio en 1959, Fidel pasó a la contraofensiva y empezó a definir a la revolución como un espacio libre de anticomunismo. Éste se identificaría con el intervencionismo norteamericano, razón por lo cual sería sinónimo de contrarrevolución¹⁰. Urrutia no negó ser

⁹ En entrevista con Luis Conte Agüero, Urrutia se defendió de las acusaciones de ser un obstáculo. Aclaró que no tenía ningún problema con Fidel pero sí con los comunistas que los veía asomarse en las medidas que el nuevo Primer Ministro (Fidel) empezaba a tomar, principalmente la Reforma Agraria. “Creo que los comunistas, dijo, están causando un terrible prejuicio a Cuba... Los comunistas de Cuba quieren crear un segundo frente contra la revolución cubana... Un frente formado por todos los partidarios de Rusia y contrarios al Mundo Libre. Creo que esto es criminal y nocivo”.

¹⁰ La oposición a las medidas radicales tuvo efectos permanentes, pues si Urrutia y todos los demás liberales querían evitar una mayor radicalización, lanzaron un bumerang que les reventó en la cara cerrando el espacio político que les quedaba y, de paso deslegitimar, incluso como ideología, al liberalismo al presentarlo como anticomunismo. De hecho fueron estos liberales los primeros en subir al ring de la Guerra Fría (ver el caso Díaz Lanz que fue a testificar al senado norteamericano por las actividades comunistas en Cuba), como novedoso contexto para revivir la Enmienda Platt. Lo paradójico es que los principales liberales no eran anticomunistas doctrinarios pero terminarían siéndolo al apoyar todos los intentos de derrocamiento del nuevo régimen, incluyendo la invasión armada, con lo cual se cerraría toda posibilidad de contar con alguna base social; el éxodo como consecuencia de lo primero, de la clase media cubana terminarían por sellar la imposibilidad del liberalismo como alternativa del comunismo: sin discurso político propio, sólo quedaba el anticomunismo como razón de ser, porque no podían ofrecer un futuro histórico propio. Fidel, por su parte, identificó anticomunismo con intervención norteamericana y ésta con la contrarrevolución. Así, desde mediados de 1959 el destino político cubano estaba definido por esos dos parámetros.

anticomunista, sin embargo, estaba muy lejos de ser un opositor o un conspirador. Aislado como presidente, tuvo que salir por la puerta trasera del Palacio presidencial. Nadie de su gabinete fue a despedirlo. Lo mismo sucedería con los demás que se irían, no eran conspiradores ni opositores, Ni Franqui, ni Matos se atrevieron a cruzar la línea, ni aun cuando tuvieron la oportunidad se limitaron a disentir por principios éticos, humanísticos e incluso estéticos. Eran individuos que carecieron del principio político básico, actuar en el marco de una organización. Fidel, por el contrario, no actuaba solo, lo hacía con un grupo decidido que se movía con objetivos. Si la revolución cubana deja una lección, esta es resaltar la importancia de la organización pero, sobre todo, su control por parte de una vanguardia. Tampoco podían apelar al M-26 como organización política permanente porque no fue estructurada para eso; era una organización de vanguardia no un partido político. Después de enero de 1959 se convirtió en un símbolo, en un brazalete de los combatientes insurreccionales.

Cuando la parte del Llano del M-26 se organizó, lo hizo con éxito, enfrentando la maquinaria sindical de los comunistas al ganarle la representación sindical en la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), la misma que los gobiernos auténticos habían trabajado con afán contra los mismos comunistas en su década de gobierno. La estructura del liderazgo sindical cubano estaba lista para adherirse al poder político en turno, así había sido a lo largo de la II República, primero con Batista y luego con los auténticos para volver con Batista en el 52, al irse éste, los sindicatos se volvieron al M-26 y luego al fidelismo. En un abrir y cerrar de ojos, los sindicatos se tornaron revolucionarios y feroces defensores de la

revolución, incluso por encima de los mismos comunistas¹¹. Por el liderazgo sindical no pasaría la purga contra los colaboracionistas¹² pero sí contra los anticomunistas como David Salvador, el encargado del Frente Obrero del M-26.

El nombramiento de Osvaldo Dorticós como Presidente, fue hasta cierto punto lógico. En el periodo de Urrutia se encargó de revisar la ingeniería jurídica de los decretos para darle validez; a diferencia de su antecesor tenía un pasado de izquierda, incluso había militado en el partido en sus años universitarios y le había hecho trabajos como abogado, además, durante la insurrección había estado preso por sus actividades. También es la época del salto de Raúl como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y la entrada de Raúl Roa como encargado de los asuntos exteriores. Los últimos liberales resistían pero sus quejas no iban acompañadas de la acción. Felipe Pazos seguía como presidente del Banco Nacional, Manuel Ray se mantenía en Obras Públicas y Enrique Oltuski hacía lo mismo en Comunicaciones, Faustino seguía como ministro de alucinante nombre, incluso Huber Matos, el único comandante militar con mando de tropas en Camagüey, se mantenía a la expectativa, sus preocupaciones las había comentado con Urrutia, Carlos Franqui y otros. Para el verano de 1959 la “ilusión lírica” y el momento de decencia iban a terminar con el arresto y destitución de Matos.

El caso Matos terminará por resolver la imposibilidad del liberalismo del M-26. Al igual que Urrutia y los demás ministros desplazados, Huber Matos no movió

¹¹ La crisis provocada por Urrutia trajo como colofón la radicalización de la CTC, pues el 23 de julio se lanzó a la “huelga general” para solicitar el regreso de Fidel como Primer Ministro.

¹² La Marina de Guerra sería otra institución que permanecería sin modificaciones importantes, de hecho no desaparece como sí fue el caso del Ejército y Fuerza Aérea. Su tradición, ajena a las fuerzas armadas de tierra y aire, le permitió conspirar contra Batista en 1958. Incluso a lo largo de la lucha insurreccional se mantuvo ajena al conflicto; no fueron lanchas patrulleras las que descubrieron al *Granma*, fue la aviación y el primer ataque a los expedicionarios lo dio la Guardia Rural. No hay que olvidar el importante papel que jugó en el gobierno septembrista del 33, gracias a la reorganización que emprende Antonio Guiteras como secretario de Gobernación de Ramón Grau.

un dedo para defenderse políticamente. A diferencia de los otros, Matos sí tenía un prestigio revolucionario; era comandante y tenía a su cargo la provincia de Camagüey. Los verdaderos problemas para él empezaron con la aplicación de la segunda reforma agraria de mayo de 1959. Esta ley confería a las recientemente creadas Fuerzas Armadas Revolucionarias (el nuevo Ejército) el papel de ejecutor del reparto agrario que haría el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA). Como responsable militar en Camagüey, Matos estaba obligado a trabajar conjuntamente con la estructura provincial del INRA, sin embargo, no lo hizo y obstaculizó cuanto pudo dicho trabajo. Más allá de las motivaciones éticas que justificaban las decisiones que tomó, Matos reflejaba con esta actitud la verdadera imposibilidad del liberalismo cubano frente al problema social y la forma de atacarlo. Pese a que en sus memorias (Matos, 2002) jure que lo hacía por combatir al comunismo, lo cierto es que nunca dice nada a favor de la reforma agraria, ni se pronuncia sobre ninguna de las políticas redistributivas que se empezaron aplicar. También quedará como metáfora la forma en que acepta las consecuencias de su rompimiento: es una rendición política más que jurídica. Sin proponérselo, Matos fue capaz de paralizar toda la estructura provincial gracias al poder que le confería su comando militar, que ni la dirección local del M-26 ni la del flamante INRA pudieron oponerse. Ese era su verdadero peligro, como Fidel y Raúl advirtieron en sus acusaciones; el anticomunismo no fue el principal cargo.

Con el arresto y condena de Matos a 20 años de prisión, los liberales que quedaban se dieron cuenta que ya no había espacio para ellos. Uno de ellos, Felipe Pazos, se lo planteó a Dorticós y éste prometió tratar el asunto en el gabinete donde quedaban Rufo López Fresquet, Manuel Ray y Faustino. No hay indicios de que

Dorticós lo hiciera, pero lo que sí es un hecho que al amparo de esta coyuntura Ray sería reemplazado por Osmany Cienfuegos, el hermano de Camilo, en el ministerio de Obras Públicas y Faustino por el capitán de corbeta Díaz Aztaraín, cuñado de Vilma Espín. Felipe Pazos renunciaría al Banco y en su lugar entraría Che, que hasta entonces se había encargado de la sección de desarrollo industrial del INRA, cuando no estaba de viaje por el extranjero.

Con la salida de Pazos del Banco Central desaparecería el último reducto, sino es que el único, de lo liberales cubanos. Sin Pazos o Justo Carrillo, por ejemplo, los equipos de tecnócratas se vieron desprovistos de padrinos políticos que vigilaran sus carreras. Aunque no todos emigrarían del país, este hecho limitaba las posibilidades de formar un equipo alternativo a las opiniones dominantes. Regino Boti, un verdadero tecnócrata formado en las políticas del populismo cubano, se quedó y se amoldó a las nuevas circunstancias, lo mismo que Raúl Cepero Bonilla.

La pérdida, intencional, de los economistas liberales vendría a ser en pocos meses un déficit que se esgrimiría para justificar la asesoría soviética. A finales de noviembre de 1959 Anastas Mikoyan entró en contacto con el primer funcionario cubano importante, el subsecretario de Comercio Exterior Héctor Rodríguez Llompart, para llevar a Cuba la feria comercial soviética que se exhibía en la ciudad de México entonces. Un par de semanas después arribaba a La Habana Alexandr Alexayev, con la cobertura de periodista de la agencia de noticias soviética TASS, para dar un giro a toda esta historia. Alexayev era, en realidad un enviado del Primer Ministro soviético Nikita Kruchev, para ofrecer una alianza de beneficios mutuos a Fidel. 1959 fue el año de la transición y el inicio de la consolidación del

dominio de una nueva elite del poder en Cuba. Se había acabado con la oposición, que si bien no estaba articulada políticamente, permitía controlar los posibles disensos dentro de un grupo más homogéneo. Por último, si bien también existen indicios sólidos del acercamiento con la dirección del PSP desde mediados de 1958, estos se incrementaron desde octubre de ese año y continuarán al momento mismo que Fidel llegó a La Habana en enero, éstos se mantuvieron ocultos durante mucho tiempo. El fortalecimiento del liderazgo político de Fidel coincidió con la llegada de Alexayev, pero también con darle un lugar notorio a los comunistas cubanos que habían venido trabajando en diversos proyectos con los comandantes rebeldes más destacados, como la segunda reforma agraria y la creación del INRA. Al iniciar 1960, los comunistas cubanos se encontraron con una situación política donde ocupaban un lugar destacado, sobre todo con lo que sucedería en los siguientes años, como sería la construcción del partido de la revolución cubana, luego de varios intentos y de profundos desacuerdos con los comandantes emanados de la Sierra Maestra.

La elite

El primer intento de organizar el Aparato político fueron las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), donde observamos la clara hegemonía del Movimiento 26 de julio sobre las otras fuerzas, al mismo tiempo que representó el límite y quiebre de la coalición que representaron estas tres fuerzas políticas. En esta lucha por el control del Aparato es donde cobra importancia el papel de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, pues ésta fue el lugar natural donde llegaron los

veteranos de la Sierra Maestra; de hecho, podríamos decir que el ejército es la primera institucional nacional formada por la revolución, convirtiéndose en el primer Aparato del naciente Estado socialista. Gracias a ello, Fidel dispone de los comunistas del PSP opuestos a su liderazgo. Una vez depurado, el partido entrará en una asimilación gradual a la égida fidelista hasta diluirse totalmente. Resulta interesante este proceso, pues la asimilación de los restos del PSP se puede entender por las decisiones políticas de sus dirigentes históricos como Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez, principalmente, quienes aceptaron subordinarse al liderazgo de Fidel y demás comandantes revolucionarios. La lucha contra el sectarismo de Aníbal Escalante, denunciado públicamente por el propio Fidel es, en otras palabras, la lucha por el control del aparato político de la revolución.

Las FAR, entonces, se convertirá en la primera formadora de cuadros en esta etapa; sus más altos oficiales saltarán a la burocracia del Estado como después a la dirección del Partido. De acuerdo al razonamiento enunciado del Che Guevara, la vanguardia armada se fue convirtiendo en vanguardia política. Será, pues, este soldado metido a civil el modelo de militante que formará a la nueva elite dirigente encabezada por los hermanos Castro.

Al poco tiempo de la disolución de las ORI se anunció la formación de un Directorio Nacional para organizar al nuevo partido socialista. La composición de este cuerpo es indicativa de la relación de fuerzas al interior del grupo dirigente. De los 25 miembros, 14 provenían del Movimiento 26 de Julio, diez del PSP y uno del Directorio Revolucionario. A su vez, su Secretariado estaba compuesto por seis miembros, cinco de los cuales eran del 26 de Julio y uno del PSP. Esta última proporción la iremos encontrando en las otras instancias del aparato del Estado.

La fundación del Partido Unificado de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) en el verano de 1962 inició el proceso de institucionalización del *ethos* revolucionario, identificado por lo que el propio Fidel denominaría el “Trabajador ejemplar” como ideal del militante comprometido con la revolución y su liderazgo.

En 1965 se daría por terminado la organización del Partido al anunciarse la fundación del Partido Comunista de Cuba. Este hecho marca el camino institucional acorde con la nueva legalidad del país. Aunque formalmente el partido adquiriría el papel central en la vida institucional del Estado socialista, el peso de las FAR era todavía decisivo, pues los principales cargos dirigentes estaban ocupados por miembros en activo o que habían pasado a la vida civil de dicha institución, y en un discreto segundo plano –sin carecer de importancia– los militantes sobrevivientes del PSP encabezados por Carlos Rafael Rodríguez y Blas Roca.

La composición del Comité Central del Partido en 1965 y sobre todo su Buró político reflejarán, a su vez, al verdadero “círculo de hierro” que tardará veinte años en modificarse. Como característica de los miembros de éste, tenemos que empalman más de un puesto en una de las instancias donde se toman las decisiones en la administración del Estado¹³.

De acuerdo a este criterio, tres personas tenían un puesto en las cuatro instancias de decisión: Fidel y Raúl Castro y Carlos Rafael Rodríguez. El primero preside todos los estos cuerpos, además de ser el Comandante en Jefe de las fuerzas armadas. El segundo es el primer vicepresidente en todas estas instancias, además de ser ministro de las fuerzas armadas. Rodríguez, por su parte, se encargaba

¹³ Las instancias de decisión del Partido están en el Buró político del Comité Central y sobre todo su Secretariado; en la administración del Estado tenemos el Comité ejecutivo del Consejo de ministros y el Consejo de Estado de la Asamblea Nacional.

adicionalmente de las relaciones internacionales. Debajo de ellos, encontramos a siete personas que ocupan cargos en tres de esas instancias, excepto el Secretariado del Buró político; todos ellos son, al mismo tiempo ministros de alguna cartera: Ramiro Valdés, Guillermo García, Blas Roca, Pedro Miret, Arnaldo Milián, Osvaldo Dorticós y José Ramón Machado. Otros ocho pertenece a dos de los cuatro: Juan Almeida, Joel Domenech, Flavio Bravo, Diocles Torralba, Belarmino Castilla, Osmany Cienfuegos, Armando Hart y Sergio del Valle. Los dieciocho, obviamente, pertenecen al Comité Central del Partido.

Cabe señalar que de ese número, la mitad, es decir, nueve, luchó en la Sierra Maestra, uno fue parte de la dirección urbana del Movimiento 26 de Julio; dos se incorporaron a dicho movimiento aunque no fueron militantes urbanos o guerrilleros; uno fue de las figuras civiles que formarían el primer gobierno provisional.

La militancia, entendida como el camino que se debe seguir (*ethos* revolucionario) se refleja en el trabajo del partido o bien en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. La estructura política construida por la revolución refleja una gran estabilidad en la medida en que los miembros de la elite política son el resultado de estas condiciones de acceso y permanencia alrededor del Comandante en Jefe.

Si trazáramos varios círculos alrededor del centro político, tendríamos que en el estrato principal aparecen los “históricos”¹⁴, los que han estado con Fidel

¹⁴ Aquí habría que abrir otro sub apartado, el de los amigos de la infancia: tenemos el caso de Baudilio Castellanos, amigo personal desde el pueblo natal de ambos Birán, en Oriente, compañeros desde la primaria en el Colegio de Dolores y La Salle de Santiago, donde conocerán y trabarán amistad con Jorge “Papito” Serguera. Los tres estudiarán Derecho y se harán abogados. Bilito, como se conoce a Baudilio, será el abogado defensor de la mayoría de los atacantes del Moncada, incluido

desde la etapa conspirativa en los años cincuenta, los del Moncada: Raúl, Pedro Miret, Ramiro Valdés, Juan Almeida, Chucho Montané, Melba Hernández y Haydée Santamaría, que además han acompañado todas las etapas del fidelismo. A estos se añaden los del M-26 y el Ejército Rebelde en la Maestra como Celia Sánchez, Armando Hart, Vilma Espín, Faustino Pérez, y los comandantes y oficiales serranos —donde inevitablemente y como homenaje tiene que incluirse a Che Guevara y Camilo Cienfuegos— pero también al primer campesino reclutado del Ejército Rebelde, Guillermo García, así como a otros que han estado momentáneamente, tal es el caso de Efigenio Amejeiras, Universo Sánchez, William Gálvez y los futuros internacionalistas en América Latina y África, desde Raúl Menéndez Tomassevich hasta Arnaldo Ochoa. Ellos se convertirán en el pilar del régimen, logrando extender su influencia en puestos de responsabilidad en forma personal y por las redes que se empiezan a tejer a su alrededor. En este sentido, todos pasan por un reclutamiento hecho personalmente por Fidel, desde esos años de la conspiración para el Moncada y la fundación del M-26. Su virtud ha sido mantenerse en torno al liderazgo de Fidel y articular sus capacidades individuales en torno a un objetivo común.

El segundo estrato lo componen los sobrevivientes del PSP a las purgas de los años sesenta cuando una parte de su dirigencia enfrentó la hegemonía de Fidel

Raúl, y después transitará por diversos cargos de relieve como embajador en Francia y director de empresas estatales. Papito Serguera se convertirá en colaborador del M-26 en Santiago y a lo largo de 1959 aplicará a pie juntillas la consigna de “Paredón” contra todos los acusados de ser contrarrevolucionarios en su calidad de Fiscal revolucionario. Al igual que Bilito sería embajador pero en la estratégica Argelia. Existe otro caso (Ramonet, 2006: 99), el del hijo del telegrafista de Birán, de apellido Valero, quien se encuentra viviendo en La Habana en el momento de la organización del ataque al Moncada. Este Valero será de los primeros reclutados por Fidel dado ese lazo con el pueblo común, pero se convertirá en una de las primeras desilusiones políticas al convertirse en informante de la policía; con sus informes confiscarían el mimeógrafo donde se imprimía *El Acusador*, con lo que Chucho Montané y Abel Santamaría pasarían unos días en la cárcel.

al frente de la revolución. La parte fidelista del partido (Rodríguez, Grobart, Blas Roca, etc.) se mantuvo al margen de la disputa, aun cuando Fidel arremetió contra el partido. Por último, habría que añadir a los comandantes del Directorio Revolucionario de Estudiantes, Faure Chomón y Rolando Cubelas, y muchos otros que encontrarán cabida en el aparato de seguridad del Estado, sobre todo el Ministerio del Interior con Pepe Abrantes y en las propias Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En la elite revolucionaria predominan los hombres, blancos y de clase media como origen social, aunque sí es necesario mencionar que Almeida es el único afrocubano en este nivel, al igual que Guillermo García es el único campesino. Por parte de las mujeres, todas tienen el mismo origen social y racial: blancas de clase media. Este primer círculo, al igual que los otros, es muy importante para entender las redes de reclutamiento que se extenderán hacia abajo, ya sea por jerarquía política, burocrática o por cambio generacional. Destaca en esta tarea Raúl; desde los tiempos de la preparación del *Granma* tuvo un papel de promotor, no en balde propuso a Fidel la incorporación de Che a la expedición; ya en la Maestra se destacaría como un comandante bien organizado, en su columna se formarían como guerrilleros y después como cuadros políticos y militares que empezarían a ocupar puestos importantes desde la formación del gabinete presidencial de Manuel Urrutia¹⁵. Al ser nombrado ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en octubre de 1959, su papel como promotor se incrementó pues contó con el principal productor de cuadros del Estado cubano. Su papel como el

¹⁵ Augusto Martínez Sánchez, su consejero jurídico en la Sierra Cristal ocuparía el ministerio del Ejército y posteriormente el del Trabajo en 1959. Derminio Escalona, otro de sus oficiales, sería nombrado comandante militar de Pinar del Río.

número dos en la jerarquía se ha mantenido inalterable desde entonces. Ramiro Valdés y Juan Almeida ocupan un lugar relevante en esta estructura; nunca han estado subordinados a Raúl y forjaron su propio prestigio como revolucionarios en el Moncada y luego en el Ejército Rebelde. Almeida fue uno de los tres capitanes iniciales del Ejército Rebelde junto con Raúl y desde entonces su carrera ha estado asociada al mando de tropas y luego de las estructuras burocráticas del Estado como ministro. Valdés formó parte de la columna del Che y entró como su segundo al mando en La Cabaña; su carrera ha estado relacionada con las funciones de la seguridad, primero del propio Ejército y luego como ministro del Interior.

Un lugar destacado en este nivel lo tuvo, hasta su muerte en la década de los ochenta, Celia Sánchez. Como coordinadora del M-26 en Manzanillo, le tocó estar muy de cerca en la gestación del Ejército Rebelde. En la Maestra se convirtió en la mujer con más influencia política, siempre al lado de Fidel actuó como una jefa de gabinete en la guerra y la paz. Era ella la que coordinaba la agenda de Fidel y la que controlaba mucha de la información que le llegaba. Su opinión fue siempre valorada y respetada. Las otras mujeres de la elite, las históricas Haydée Santamaría y Melba Hernández, así como Vilma Espín, desarrollaron sus propios espacios de control, donde promovieron las carreras de nuevos valores, sobre todo de la siguiente generación. Haydée desde la dirección de La Casa de las Américas; Vilma al presidir la Federación de Mujeres Cubanas y casarse con Raúl, mientras que Melba ocupaba junto con Chucho Montané, su esposo, una oficina al lado de la de Fidel. Sin cargo formal, ambos seguían contando con una fuerte influencia política.

Sobre los comandantes que ganaron sus grados en la Maestra, Camilo y Che estaban destinados a ocupar espacios importantísimos en la toma de decisiones, como fue hasta el momento que vivieron. Con su muerte, muchos de sus subordinados tuvieron que buscar acomodo entre los otros comandantes y ministros; de haber sobrevivido por más tiempo se hubieran colocado al lado de los históricos en cuanto a su influencia y poder dentro de la elite.

Los otros sectores que integrarían a la elite socialista, los dirigentes del PSP se incrustaron en el primer círculo del poder, al lado de Fidel y Raúl, pero siempre en desventaja con respecto a la composición de los órganos rectores del partido y el Estado. Tanto Carlos Rafael Rodríguez como Blas Roca estarían en los principales directorios pero sabían que su influencia se limitaba a ciertos aspectos, sobre todo cuando siempre podía pedírseles lealtad luego de las fricciones con Aníbal Escalante al frente de las ORI.

La institucionalización del poder revolucionario se dio por etapas hasta culminar con la formación del partido político marxista-leninista. Siguiendo la tradición teórica es un aparato elitista. Pertenecer a él lleva a la aceptación de un proceso de eliminación que deja fuera a la gran mayoría de la población. A su vez, acceder a la dirección de éste trae otro proceso de selección que es igual de discriminatorio que el primer filtro. En el caso de los partidos comunistas, su organización característica ubica al Comité Central como la instancia donde se ejerce el liderazgo político; a su vez, dentro del comité, existe un Buró político donde se concentra la verdadera influencia de la dirigencia. En estricto sentido, sería la verdadera élite de poder dado su influencia sobre el resto del partido y, por ende, el aparato del Estado y la sociedad.

La década de los sesenta representó los años de construcción del sistema político a partir de una legalidad o institucionalidad que fue marcando los mecanismos con los cuales la élite política se relacionaba con la sociedad. En Cuba, durante esos años, la construcción política difería del modelo tradicional soviético. Con el partido, existen cuatro instancias con la cual se gobierna al país: en el partido, el Buró Político y su Secretariado están por encima del Comité Central. En el aparato del Estado, el Comité ejecutivo del Consejo de Ministros (todos son vicepresidentes, de acuerdo a la Constitución), y el Consejo de Estado de la Asamblea Nacional.

Los miembros de estas instancias son los que toman las decisiones más importantes en la dirección del país, huelga decir que se empalman en varios puestos a la vez. Haciendo un recuento muy somero, podríamos decir que en Cuba los hombres y mujeres con “influencia” política no sobrepasan las dos docenas. El seguimiento de estas personas: antecedentes familiares, sociales, culturales y, sobre todo, relaciones políticas, resulta de vital importancia para entender el funcionamiento de esta estructura política dominada por un solo hombre, que necesita de ellos para gobernar.

Conclusión

El eclipse de la vieja Cuba

Así como Machado terminó por remover el modelo de los libertadores de 1898, Batista haría lo propio con la revolución de 1933, siendo él producto de la misma. Su llegada al poder en 1952 marcaría el fin del modelo nacional revolucionario. El fracaso de los Auténticos (Grau y Prío) sólo aceleró el derrumbe que la corrupción de Batista desmoronó en sus últimos años de gobierno. Con esos ejemplos, los cubanos no habían tenido mucho en que creer, dada la debilidad del edificio republicano. El antiguo régimen se derrumbaría porque su ciclo histórico había concluido y ni los individuos, que los hubo, ni las organizaciones políticas lograron contener su derrumbe. Todos serían eclipsados por el brillo incesante de la nueva realidad política de tal modo que en un corto tiempo, de meses, nadie en Cuba se acordaba de ellos, era como si nunca hubieran existido, salvo para demostrar la podredumbre del pasado. Eran eso y ahí se iban a quedar, ajenos al presente. A diferencia de la tesis de Thomas que considera que esto de debió al debilitamiento y deterioro de todo el andamiaje institucional de la II República que fue incapaz de contener la irrupción de un liderazgo tan abrumador como el de Fidel, nuestro trabajo demuestra que lo que determina la desaparición de las instituciones republicanas no es su propia debilidad sino la acción consciente y concertada de la organización política para controlar a esas mismas instituciones una vez que se ha tomado el poder. En ese sentido, el error de la vieja clase política, en particular los Ortodoxos, fue creer en la formalidad de las instituciones y que el control se hallaba en el gabinete formal encabezado por Manuel Urrutia y no donde siempre había

estado, en la fuerza armada. La desaparición del ejército de la II República fue la clave para afianzar el poder de los recién llegados. Concluir que la ineficacia de las instituciones democráticas es el resultado de una cultura política basada en la corrupción, como Thomas lo afirma, también significa menospreciar la experiencia histórica de los pueblos.

La formación de la elite gobernante de la III República cubana si bien se consolida entre 1959 y 1965, tiene como antecedente la formación de un movimiento político de vanguardia que devendrá en matriz de los miembros de la elite política revolucionaria y posrevolucionaria. En este sentido, existe una relación entre el individuo y el aparato político que, en conjunción con otros elementos, genera el escenario donde la elite política actúa su principal papel: gobernar. Detrás de la épica de los héroes queda la otra trama, la sociológica, con sus reglas que gobiernan el comportamiento político.

Durante el periodo que va de 1952 a 1959 se van conformando las bases para la reproducción de la elite gobernante en Cuba¹. En los años previos a la revolución encontramos una constante que nos ayudará a entender el ejercicio del poder político después de 1959: alrededor del Comandante en Jefe se cerrará un círculo de allegados entre colaboradores, seguidores y familiares. La lucha insurreccional

¹ Podríamos definir a la élite como aquel grupo integrado por un conjunto de personas que ejercen un liderazgo e influencia sobre el resto de la organización política y después, sobre la sociedad. Este problema poco estudiado de la revolución cubana está planteado en su texto histórico por excelencia, *La historia me absolverá*. Al anunciar las leyes revolucionarias que se hubieran aplicado de triunfar el asalto al Moncada, Castro sostuvo que: “La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo no decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

“Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia”.

se convertirá en el filtro de reclutamiento de la verdadera elite que se plasmará con la fundación del Movimiento 26 de Julio en 1955, como primera etapa y posteriormente con el Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. El Movimiento legitimará primero la formación y el Ejército Rebelde la permanencia en la nueva elite del poder; a partir de estos hechos se conformarán una serie de valores que cohesionarán a sus miembros. Varios serán los rasgos característicos en este proceso; por ejemplo, la fidelidad a la figura del líder, en este caso Fidel Castro y la aceptación de los valores políticos que éste implantó como las bases de una nueva fórmula política. Así, el reclutamiento estará abierto para todo aquel que acatara estas premisas. El movimiento insurreccional encontrará en la resistencia urbana, y posteriormente en la lucha guerrillera su camino hacia la disputa del poder y su posterior conservación. Ellos conforman lo que Robert Michels denominó el “círculo de hierro de la oligarquía” en su ya clásica tesis sobre los partidos políticos. Para Michels toda organización política lleva hacia la oligarquía en su nivel de dirección, es decir, lleva a garantizar la existencia misma de los dirigentes a través de los mecanismos de selección y permanencia en el “aparato”.

En el caso cubano, este círculo lo forman hombres y mujeres que desde 1959 aparecen en el primer plano de la política cubana y que han logrado permanecer en ese nivel en tres instancias que fueron institucionalizando la carrera política en Cuba.

1. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias y el Ministerio del Interior, instancias donde los veteranos de la Sierra Maestra encontrarán un lugar para desarrollarse dentro del aparato del Estado.
2. Dentro de la estructura administrativa del Estado en el Consejo de Ministros y muy particularmente su Comité Ejecutivo.
3. El Buró político del Comité Central del Partido Comunista.

A diferencia de otras experiencias históricas socialistas donde el partido es la instancia a partir de la cual se organiza todo el aparato del Estado, en Cuba, por la dinámica propia de la toma del poder, este proceso adquiere particularidades *sui generis*, pues el mismo Partido es el resultado de este proceso de organización del Aparato del Estado. El Estado socialista en Cuba se origina en un proceso insurreccional donde no existe la conducción del partido. En la primera década de la revolución observamos las formas que van adquiriendo la organización de esta nueva realidad política. La vanguardia insurreccional requiere de la construcción del Aparato para garantizar las condiciones mínimas de su reproducción como elite dirigente por medio de instituciones para ejercer el poder político. Así, si bien el Partido fue fundado formalmente a mediados de la década de los años sesenta tras dos intentos de organización, aparece como institución gobernante una década después cuando se celebra su Primer Congreso.

Resulta fundamental advertir que la creación de la organización política será el resultado de un reacomodo de fuerzas políticas que confluyeron en la profundización de la revolución nacionalista a otra de carácter socialista. El socialismo será presentado como la culminación de una lucha de siglos por la independencia y libertad del país. En ese sentido, habría que llegar hasta las últimas consecuencias para aplicar los postulados del nacionalismo cubano. No es extraño que la profundización y radicalización se haya justificado como una necesidad histórica. La radicalización del proceso político cubano paradójicamente facilitó la consolidación de la nueva elite, pues las fuerzas contrarias abandonaron el país dejando libre el campo para la organización de un nuevo sistema político. Primero los aliados de última hora, como las organizaciones de la sociedad civil que

contribuyeron al desplome del gobierno de Batista, y posteriormente los propios militantes del M-26 que no quisieron traspasar la línea liberal, entre ellos la mayoría de los ministros del primer gabinete encabezado por Manuel Urrutia, pero sobre todo, la depuración de las fuerzas armadas luego del juicio y encarcelamiento del Comandante Huber Matos. Esto facilitó el control político que modificaría la historia cubana, y latinoamericana, con el giro hacia el socialismo dado formalmente en 1962, aunque desde finales del mismo 1959 se empiezan a percibir cambios importantes en el entorno político, sobresaliendo las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y la incorporación del PSP a las tareas del gobierno.

En 1961 existían tres fuerzas políticas unidas en ese propósito: el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular. El primero era la fuerza mayoritaria y de mayor prestigio revolucionario, era la organización insurreccional que había triunfado sobre un ejército profesional y había creado las condiciones para este periodo de transición; el segundo era otra fuerza insurreccional contemporánea al 26 de Julio formada por activistas universitarios de la Universidad de La Habana, el tercero era el partido de los comunistas cubanos, era el único partido –entendido como organización política– que se había sumado a la insurrección en los últimos meses de lucha insurreccional. Con esas tres fuerzas se construiría el nuevo universo político.

El liderazgo carismático de Fidel Castro matizaba todas las acciones políticas del nuevo orden mientras que la visión teórica marxista leninista del PSP hacía de ambos cuerpos totalmente diferentes, aunque los uniera su intención final. Para Fidel y sus partidarios, la insurrección era el medio por el cual se tomaba el poder

político; para ello se requería de una “organización” acorde con una operación de carácter militar. El guerrillero es un soldado no un militante de partido. Al teorizar este proceso, el Che Guevara advirtió, para salvar la contradicción, que era más fácil que una organización militar de vanguardia marxista (insurreccional) se convirtiera en el embrión de un partido, que éste se transforme en un organismo militar para tomar el poder.

Sin duda esta forma de tomar del poder será la que imprima las peculiaridades al proceso de organización política, misma que iba contra los principios marxistas leninistas postulados por el PSP. Las dos fuerzas principales que impulsaban la construcción del nuevo orden en Cuba no tardarían en chocar por este punto. La historia de la organización del partido no será otra cosa que el desencuentro entre dos visiones de cómo organizar al Aparato que garantice la reproducción de la propia elite dirigente. Situación que terminará cuando una parte del PSP sea excluida con el caso del “sectarismo” achacado a Aníbal Escalante, el principal teórico del partido entonces. Con un PSP depurado se iniciará otro intento de organización, el PURSC que preparará la llegada del verdadero partido marxista, el Partido Comunista de Cuba en 1965.

Bibliografía Consultada

A. Obras generales

Dirección Política de las FAR (1985). *Historia de Cuba*, 5ª reimpresión, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Guerra y Sánchez, Ramiro, *et. al.* (1952). *Historia de la nación cubana*, La Habana, Editorial Historia de la Nación Cubana, 10v.

Márquez Sterling, Carlos (1969). *Historia de Cuba; desde Cristóbal Colón a Fidel Castro*, New York, Las Américas.

Rodríguez, Javier (1988). *Cuba una historia breve*, México, Instituto Mora, Universidad de Guadalajara, Alianza Editorial.

Thomas, Hugh (2005). *Cuba la lucha por la libertad*, 2ª edición, trad. del inglés por Neri Daurella, Barcelona, Debate.

----- (1982). *Historia contemporánea de Cuba; de Batista a nuestros días*, trad. del inglés por Neri Daurella, Barcelona, Grijalbo.

B. Documentos

Almeida Bosque, Juan (1992). *¡Atención! ¡Recuento! Presidio, exilio, desembarco*, 2ª edición ampliada, La Habana, Editora de Ciencias Sociales.

Almodóvar Muñoz, Carmen (Comp.) (1989). *Antología crítica de la historiografía cubana (periodo neocolonial)*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación.

Bernal, Beatriz (Comp.) (1994). *Cuba: fundamentos de la democracia. Antología del pensamiento liberal cubano desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XX*, Madrid, Fundación Liberal José Martí.

Betto, Frei (1986). *Fidel Castro y la religión*, México, Siglo XXI.

Bonaechea, Rolando E., y Nelson P. Valdés (Eds.) (1972). *Revolutionary struggle 1947-1958 V. 1 of selected works of Fidel Castro*, Cambridge, The MIT Press.

Castro, Fidel (1975). *La historia me absolverá*, versión revisada, La Habana, Editora de Ciencias sociales.

----- (1983). *La revolución cubana 1953/1962*, selección y notas de Adolfo Sánchez R., 5ª edición, México, Era.

----- (1976). *Discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 3v.

----- (1988). *Hoy somos un pueblo entero*, 10ª edición, México, Siglo XXI.

----- (1985). *Nada podrá detener la marcha de la historia*, La Habana, Editora Política.

Castro, Raúl (1988). *Selección de discursos y artículos 1959-1974*, La Habana, Editora Política, 2v.

Conde, Alfredo (1989). *Una conversación en La Habana*, Madrid, El País Aguilar.

Conte Agüero, Luis (1959). *Cartas del presidio*, La Habana, Ed. Lex.

Desnoes, Edmundo (Editor) (1961). *La Sierra y el Llano*, La Habana, Casa de Las Américas.

Fernández Sosa, Miriam (Comp.) (1989). *Selección de lecturas de historia del pensamiento político cubano II*, La Habana, Facultad de Filosofía e Historia Universidad de La Habana.

Franqui, Carlos (1977). *Cuba: el libro de los doce*, 3ª edición, México, Era.

----- (1976). *Diario de la revolución cubana*, Barcelona, Ediciones R. Torres.

----- (1981). *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral.

Guedea, Hilda (1978). *Che Guevara años decisivos*, 1ª reimpresión, México, Aguilar.

Guevara, Ernesto (1986). *Obra revolucionaria*, Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, 10ª edición, México, Era.

Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista en Cuba (1983). *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*, La Habana, Editora Política, 2v.

Matos, Hubert (2002). *Cómo llegó la noche*, Barcelona, Tusquets.

Martí, José, *Obras completas*, La Habana, Editora Nacional, 1963-1966, 27v.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Minà, Gianni (1988). *Un encuentro con Fidel*, 2ª edición, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Núñez Jiménez, Antonio (1983). *En marcha con Fidel*, México, Presencia Latinoamericana.

Pichardo, Hortensia (Comp.) (1986). *Documentos para la historia de Cuba IV*, 2ª edición, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 2v.

Ramonet, Ignacio (2006). *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, México, Debate.

Rodríguez, Javier (Comp.) (1990). *Cuba*, México, Instituto Mora, Universidad de Guadalajara, Editorial Nueva Imagen, 2v. (Textos de historia de Centroamérica y el Caribe).

S. A. (1972). *Moncada Antecedentes y preparativos 1952-1953*, La Habana, Fuerzas Armadas Revolucionarias (Colección revolucionaria).

Vignier, E., y G. Alonso (1973). *La corrupción administrativa en Cuba 1944-1952*, La Habana, Ciencias Sociales.

C. Obras Monográficas sobre Cuba

Aguilar, Luis E. (1972). *Cuba 1933. Prologue to revolution*, Itaca-London, Cornell University Press.

Anderson, Jon Lee (1997). *Che Guevara, una vida revolucionaria*, Barcelona, Emecé Editores.

Aguirre, Sergio (1990). *Nacionalismo y nación en el siglo XIX cubano*, La Habana, Ciencias Sociales.

Balfour, Sebastián (1999). *Castro*, traducción por Rosemary Vargas Martino, Madrid, Biblioteca Nueva.

Bonachea, Ramón L., y Martha San Martín (1974). *The Cuban insurrection, 1952-1959*, New Brunswick, Transaction.

Bornot Pubillones, Thelma, et. al. (1981). *De México a la Sierra Maestra*, 2a. ed., México, Nuestro Tiempo.

Carrillo, Justo (1985). *Cuba 1993, estudiantes, yanquis, soldados*, Miami, Instituto de Estudios Interamericanos University of Miami.

Castañeda, Jorge G. (1997). *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, México, Alfaguara.

Casuso, Teresa (1963). *Cuba y Castro*, Buenos Aires, Plaza & Janés.

Cepero Bonilla, Raúl (1976). *Azúcar y abolición*, Barcelona, Ed. Crítica.

Clerc, Jean-Pierre (1997). *Las cuatro estaciones de Fidel Castro. Una biografía política*, 1ª reimpresión, traducción de Marcos Mayer, Buenos Aires, Aguilar.

Domínguez, Jorge I. (1978). *Cuba order and revolution*, Cambridge, Harvard University-Belknap.

Draper, Theodore (1965). *Castrismo teoría y práctica*, Buenos Aires, Marymar.

Dubois, Jules (1959). *Fidel Castro ¿Rebelde, libertador o dictador?*, trad. del inglés Agustí Bartra y Aníbal Argüello, Buenos Aires, Grijalbo.

Dumont, René (1982). *¿Cuba es socialista?*, trad. del francés Carmen Bueno, Madrid, Narcea Ediciones.

Ely, Roland T. (1963). *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Ette, Ottmar (1995). *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, trad. del alemán por Luis C. Henao, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos UNAM. (Nuestra América, 45).

Farber, Samuel (1976). *Revolution and reaction in Cuba 1933-1960; a political sociology from Machado to Castro*, Middletown, Wesleyan University.

Fermoselle, Rafael (1992). *Cuban leaderships after Castro: biographies of Cuba's top commanders*, 2ª ed., Miami, North South Center University of Miami.

Fuentes, Norberto (2004). *La autobiografía de Fidel Castro. I El paraíso de los otros*, Barcelona, Ediciones Destino.

Furiati, Claudia (2003). *Fidel Castro. La historia me absolverá*, traducción por Rosa S. Corgatelli, Barcelona, Plaza & Janés.

Guerra y Sánchez, Ramiro (1976). *Azúcar y abolición en las Antillas*, La Habana, Editora de Ciencias Sociales.

Harnecker, Marta (1986). *La estrategia política de Fidel del Moncada a la victoria*, México, Nuestro Tiempo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Hernández, Rafael (2002). *Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil*, México, Fondo de Cultura Económica.

Horowitz, Irving Louis (1987). *Cuban communism*, 6ª ed., New Brunswick, Translations Books.

Ibarra, Jorge (1992). *Cuba 1898-1922. Partidos políticos y clases sociales*, La Habana, Ciencias Sociales.

Leante, César (1999). *Revive, historia. Anatomía del castrismo*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Leogrande, William (1976). *The political institutionalization of mass-elite linkages in revolutionary Cuba*, Syracuse, University of Syracuse.

Llovio Menéndez, José Luis (1989). *Desde dentro. Mi vida secreta como un revolucionario en Cuba*, trad. del inglés por Agustín Bárcena, México, Lasser Press Mexicana.

Lockwood, Lee (1990). *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, New York, Vintage.

López Avalos, Martín (2003). *La clase política cubana o la historia de una frustración. Las elites nacionalistas*, México, Siglo XXI Editores.

Luque Escalona, Roberto (1990). *Fidel Castro: el juicio de la historia*, Mérida, Editorial Dante.

Marel García, Gladis (1996). *Memoria e identidad: un estudio específico (1952-1958)*, La Habana, Ciencias Sociales.

Martínez, Marcial (1959). *Cuba, la verdad de su tragedia*, 2ª ed., México, Galeza.

Mencía, Mario (1986a). *El grito del Moncada*, La Habana, Editora Política, 2v.

----- (1980). *La prisión fecunda*, La Habana, Editora Política.

----- (1986b). *Tiempos precursores*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Merle, Robert (1965). *Moncada, primer combat de Fidel Castro, 26 juillet, 1953*, Paris, Laffent.

Mesa Lago, Carmelo (1979). *Dialéctica de la revolución cubana: del idealismo carismático al pragmatismo institucionalista*, Madrid, Playor.

Mills, C. W. (1980). *Escucha yanqui*, trad. del inglés por Ramón Hernández, Barcelona, Grijalbo.

Ortiz, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, prólogo de Julio Le Riverend, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Pardo Llada, José (1988). *Fidel y el "Che"*, Barcelona, Plaza & Janés.

Pérez, Louis A. (1995). *Cuba Between reform and revolution*, 2a ed., New York, Oxford University Press.

Pérez-Stable, Marifeli (1999). *The Cuban revolution. Origins, course, and legacy*, 2ª ed., New York-Oxford, Oxford University Press

Rodríguez Reiner, Aida Elena (Comp.). (1983). *Moncada: Motor de la Revolución*, La Habana, Editora Política, 3v.

Roig de Leuchsenring, Emilio (1973). *Historia de la Enmienda Platt*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales.

Rojas, Marta (1979). *La generación del centenario en el juicio del Moncada*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Soto, Lionel (1985). *La revolución del 33*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 3v.

Sosa, Ignacio, et. al. (1993). *Cuba de la utopía al desencanto*, México, CEIDS UAEM.

Suchlicki, Jaime (1972). *University students and revolution in Cuba 1920-1968*, Miami, University Miami Press.

Szulc, Tad (1987). *Fidel un retrato crítico*, trad. del inglés por Ramón Garriga y Esteve Riambau, Barcelona, Grijalbo.

Tabares del Real, José A. (1990). *Guiteras*, 2ª edición, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Taber, Robert (1961). *M-26. Biography of a revolution*, New York, Lyle Stuart.

Winocur, Marcos (1979). *Las clases olvidadas en la revolución cubana*, Barcelona, Ed. Crítica.

----- (1989). *Historia social de la revolución cubana (1952-1959)*, 2a. ed., México, Facultad de Economía UNAM.

D. Monografías sobre el estudio de las elites y marxismo

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Albertoni, Ettore A., *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, trad. del italiano por Alberto Pulido Silva, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 345p. (Breviarios, 509).

-----, *Gaetano Mosca, storia di una doctrina politica, formazione e interpretazione*, Milano, Fonti e studi di storia, 1978, xiv+545p.

-----, *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Milano, Giuffrè Editore, 1983, xl+510p.

-----, *Storia delle dottrine politiche in Italia*, Milano, Arnoldo Mondadori Editore, 1985, xix+411p.

Bobbio, Norberto, *Estudios de historia de la filosofía: de Hobbes a Gramsci*, Madrid, Ed. Debate, 1991, 364p.

Geraint, Parry, *Political elites*, 2a. ed., New York, 1970, 169p.

Gouldner, Alvin W. (1985). *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, 2ª edición, Madrid, Alianza Universidad.

Meisel, James, *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la élite*, trad. del inglés por Flora Setaro, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975, 361p.

Mills, C. W., *La élite del poder*, trad. del inglés por Florentino Torner y Ernestina de Champourcin, 7a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 388p.

Mosca, Gaetano, *La clase política*, selección de Norberto Bobbio, trad. del italiano por Marcos Lara, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 351p. (Colección Popular, 260).

-----, *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, s.p.i., 1941, XVI+341p.

-----, *The ruling class; elementi di scienza politica*, New York, McGraw Hill, 1939, XLI+514p.

Nye, Robert A., *The antidemocratic sources of elite theory: Pareto, Mosca, Michels*, London, SAGE Publications, 1977, 58p.

Pérez Miranda, Rafael y Ettore A. Albertoni (comp.), *Clase política y élites políticas*, México, Plaza & Valdés, 1987, 240p.

Bachrach, Peter (1973). *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Basmanov, M. y Leibzon, B. (1978). *Vanguardia revolucionaria y problemas de la lucha ideológica*, Moscú, Editorial Progreso.

Camp, Roderic Ai (1996). *Reclutamiento político en México*, México, Siglo XXI Editores.

Djillas, M. (1957). *La nueva clase*, Buenos Aires, Emecé.

Lenin, V.I. (1977). *¿Qué hacer?*, Moscú, Editorial Progreso.

Lenin, V.I. (1977). *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Moscú, Editorial Progreso.

Geraint, Parry (1970). *Political elites*, 2a. ed., New York.

Meisel, James (1975). *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la élite*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Mills, C. W. (1978). *La élite del poder*, 7a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica.

Gramsci, Antonio (1975) [a]. *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, México, Juan Pablos Editor.

Gramsci, Antonio (1975) [b]. *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México, Juan Pablos Editor.

Guerra, Francois Xavier (1988). *México, del antiguo régimen a la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2v.

Mannheim, Karl (1982). *Libertad, poder y planificación democrática*, México, Fondo de Cultura Económica.

Marx, Carlos y Federico Engels (s.f.). *Obras escogidas*, 2v, Moscú, Editorial Progreso.

Michels, Robert (1991). *Los partidos políticos*, 2v, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Mosca, Gaetano (1939). *The ruling class; elementi di scienza politica*, New York, McGraw Hill.

Novick, Peter (1997). *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora.

Reinhard, Wolfgang (Coordinador) (1997). *Las elites del poder y la construcción del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Sartori, Giovanni (1991). *Teoría de la democracia*, México, Alianza Editorial.

Schumpeter, Joseph (1968). *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar.

Smith, Peter H. (1981). *Los laberintos del poder*, México, El Colegio de México.